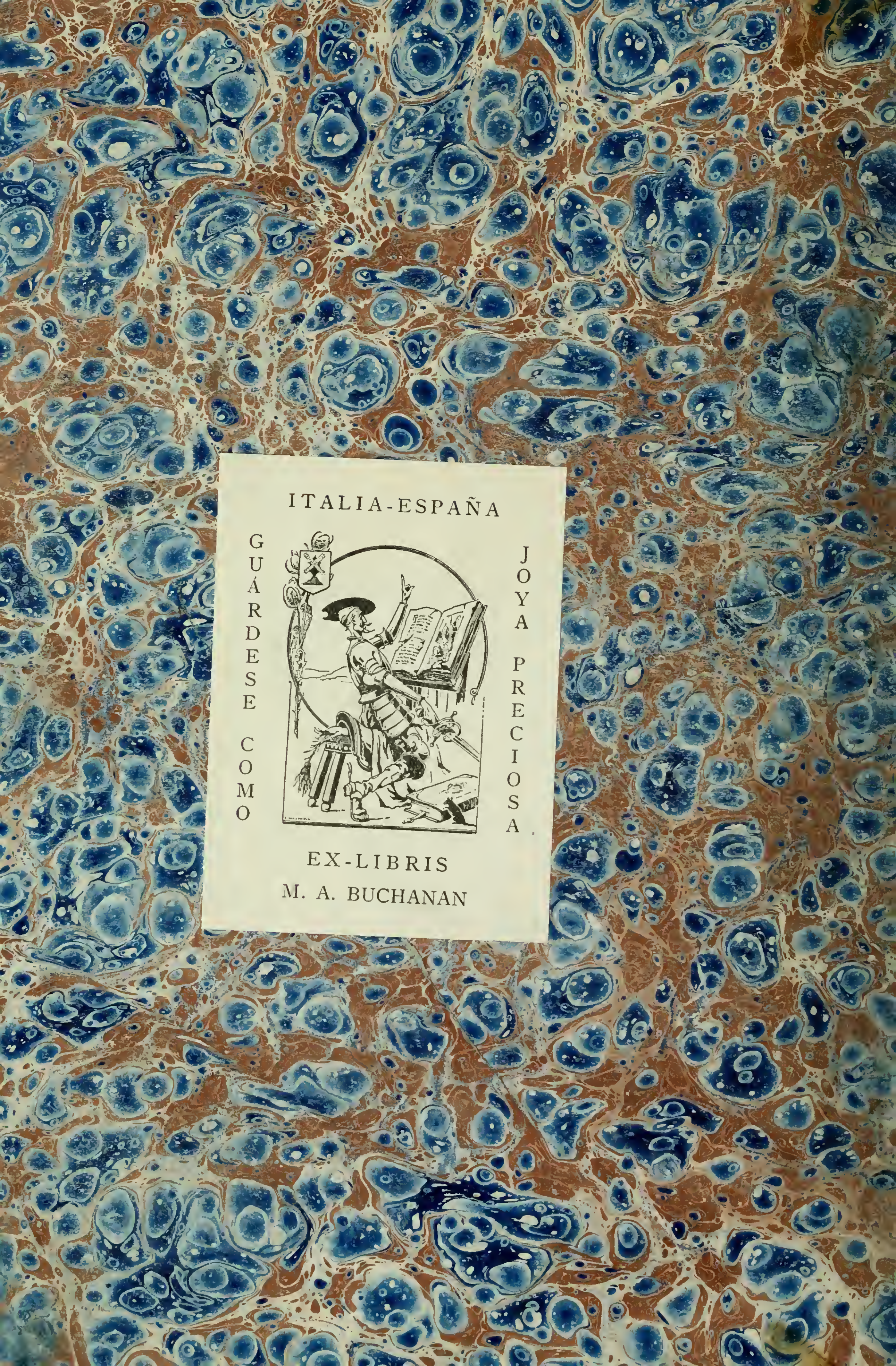
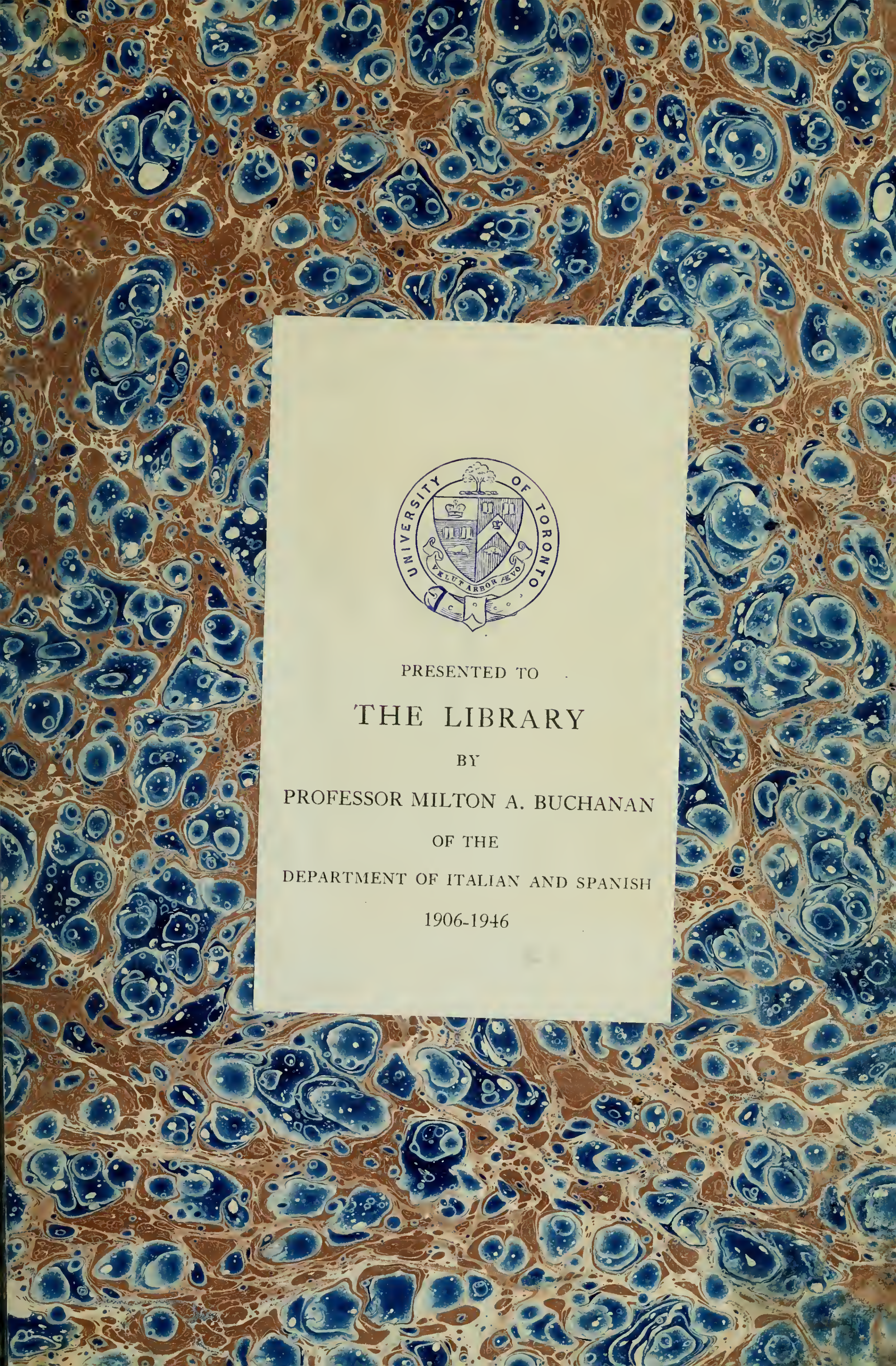




ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

MADRID

AL DAGUERREOTIPO.

MADRID

AL DAGUERREOTIPO.

COLECCION DE CUADROS

POLITICOS, MORALES, LITERARIOS Y FILOSOFICOS,

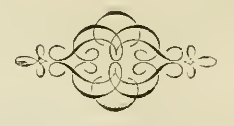
SACADOS DEL NATURAL Y PINTADOS DESPUES

al óleo, á la aguada, al pastel ó en miniatura, segun á cada uno de ellos conviene; y que representan escenas cómicas, trágicas, dramáticas, melo-dramáticas, pantomímicas y asainetadas; en las que figuran los grandes y los pequeños, los gordos y los flacos, los ricos y los pobres, los tontos y los discretos, con su nombre y apellido, y el delito que han cometido.

Obra escrita en español

POR EL BARON DE PARLA-VERDADES, (pseud.)

PRIMER CHISMÓGRAFO DE LA CORTE.



MADRID.—1849.

IMPRENTA DE L. GARCÍA, CALLE DE LOPE DE VEGA, NÚMERO 26.



INTRODUCCION.

Tiempo es de que nos burlemos de todo el mundo, ya que todo el mundo se burla de nosotros. Tiempo es ya de que tomemos por asalto una de las hermosas localidades del gran teatro de Madrid, para que desde cómodas butacas podamos asistir á la representacion del melo-mimo-drama-mitológico-burlesco de mágia y de grande espectáculo que contínuamente ejecutan los cómicos, juglares, histriones y farsantes de nuestra patria. Tiempo es ya de que examinemos con detencion la política de los políticos;

la diplomacia de los diplomáticos; la grandeza de los grandes; la pequeñez de los pequeños; la filosofía de los filósofos; la ciencia de los científicos; la literatura de los literatos; el valor de los valientes; la filantropía de los filántropos y el patriotismo de los patriotas.

Vamos á verlo todo, á examinarlo todo, á enterarnos de todo y á referirlo todo.

Para aplaudir lo que merezca aplauso;
para silbar lo que merezca silba;
para reir cuando nos haga gracia;
para llorar cuando nos cause grima.

Vamos á hacer todo esto, pero á decir siempre la verdad. Nada de invenciones. La verdad sobra y basta para entretenerse, solazarse, distraerse, divertirse y desgañitarse riendo y mas riendo, hasta desternillar de risa. ¿Quién podria imaginarse un cuadro mas risible que el que presenta Madrid, con sus palacios, sus calles, sus fiestas, sus teatros, sus banqueros, su aristocracia, sus comerciantes, sus bellas, sus solemnidades, sus hombres de Estado y sus toros? ¿Qué imaginacion, por fecunda que fuera, fabricaria retratos mejor concebidos y perfilados que los que presentan á la faz de todos, esos habitantes de la coronada y siempre heróica villa, con sus galones, sus bordados, sus títulos, sus dignidades, sus relumbrones, sus calvarios, su prestigio, su influencia, su gravedad y su fantasmagoría? Y aun suponiendo que hubiera alguna, ¿no sirve de nada ese refran castellano que dice: «mas vale malo conocido, que bueno por conocer?»

La invencion seria desabrida, insustancial y monótona al lado de la realidad bella, deslumbrante, puntiaguda, espresiva y emperegilada.

Lo dicho, dicho; la verdad, y siempre la verdad.

El que tenga buen ver, saldrá bonito.
El que tenga defectos, espantable.
El agraciado quedará contento;
aquel á quien le pique, que se rasque.

Nosotros sabemos todo lo que ha pasado, todo lo que está pasando y una gran parte de lo que tiene que pasar. Hemos frecuentado los bailes y las tertulias; los teatros y las sociedades; los palacios y las embajadas; las cortes y los ministerios; el grande y el pequeño mundo; lo de arriba y lo de abajo; la bolsa y el Rastro. Hemos tratado á todos los hombres, y los hemos conocido á todos. Los amigos nos han hablado mal de sus amigos; los hermanos de sus hermanos; los padres de sus hijos; los maridos de sus mujeres, y las mujeres de todo el mundo.

Con tal copia de datos, con tan abundante cosecha de noticias, hemos formado nuestro libro, curioso y entretenido como el que mas; útil y provechoso cual ninguno. En él encontrarán los vagos su pasatiempo; los trabajadores su distraccion; los chismógrafos su comidi la; los cándidos

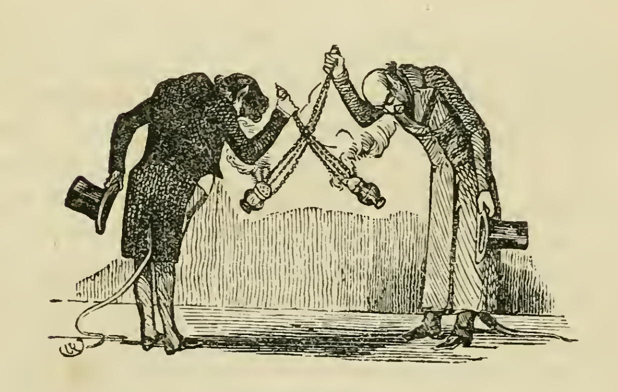
su desengaño; los forasteros su guia; los burlones ancho campo para sus burlas; los pensadores espacio inconmensurable para pensar; los curiosos cuanto deseen, y los interesados su retrato.

En este libro se da cuenta de las fortunas improvisadas; de las carreras precoces; de las posiciones injustas; de las reputaciones usurpadas; pero de todo con sus pelos y señales, su mas y su menos, sus dimes y diretes, su sal y pimienta, su patatin y su patatan, por arriba, por abajo, por detras y por delante.

Vamos, en fin, á verlo todo, á examinarlo todo y á referirlo todo.

Para aplaudir lo que merezca aplauso;
para silbar lo que merezca silba;
para reir cuando nos haga gracia;
para llorar cuando nos cause grima.

Atencion, que ya da principio.



CAPITULO PRIMERO.

Un paseo por la Villa.

I.

Al recorer las calles y las plazas de la capital de la monarquía española; al visitar los templos, al contemplar los paseos y los edificios públicos, deben necesariamente nacer dos opiniones opuestas y encontradas en la cabeza de dos individuos encontrados y opuestos tambien por su nacimiento, por su índole y por sus inclinaciones.

Todo será objeto de admiracion y de asombro para el habitante de la aldea; todo objeto de mofa y de menosprecio para el viajero que, armado de sus lentes, estudia á los hombres tras de las vidrieras de su alojamiento, ó desde el fondo de una góndola de viaje. Uno y otro se engañarán probablemente en su juicio, porque uno y otro le forman exagerado. Al primero, ávido de sensaciones, hasta lo mas pueril le impresiona; al segundo, gastado en fuerza de la costumbre, ni aun lo verdaderamente maravilloso puede impresionarle.

Un escritor estranjero, un hombre superficial y vano que con motivo ó sin él figura entre los novelistas franceses, hablamos de Teófilo Gautier, dijo á la vuelta de su viaje á España, que las damas mas elegantes de Madrid bailaban el fandango y la cachucha los domingos por la tarde en la Puerta del Sol; y refiriéndose á los edificios públicos, añadia, que nada habia encontrado sublime y magestuoso en el monasterio del Escorial, mas que el canto de los grillos en una serena noche de verano.

Por el contrario un sencillo paisano nuestro, que á la categoría de fiel de fechos de su aldea, reune la pingüe fortuna que su enlace con la hija de un sacristan muy rico le ha proporcionado, nos decia poco hace que solo envidiaba en el mundo á los que podian pasar la vida en Madrid, en medio de tanta gente, andando por calles tan espaciosas, paseando por aceras tan anchas, viviendo en casas tan bonitas, admirando el hermoso alumbrado por las noches, la limpieza por las mañanas y la multitud de carruajes por las tardes.

Madrid no es de las primeras capitales de Europa ni de las últimas; no pertenece al número de las mas grandes, ni al de las mas reducidas; no es sin duda la mas adelantada, ni es tampoco de las que se hallan en mas sensible atraso. Madrid tiene algo de los soberbios alcázares de Roma, de las grandes plazas de Lóndres, de las pintorescas calles de Florencia, de las tortuosas callejas de Francfort y de las pintadas cúpulas de Constantinopla.

En Madrid hay bueno y malo, grande y pequeño, magestuoso y risible como en todas partes; pero ni las lindas españolas que embellecen la corte de España bailan la cachucha los domingos por la tarde en la Puerta del Sol, ni el yerno de un sacristan muy rico debe abandonar su esposa y sus terrones por gozar los encantos de la limpieza.

Con efecto, los naturales del pais aseguran que Madrid se ha trasformado en pocos años, que la corte está desconocida; pero esto no prueba otra cosa sino que hace algunos años era peor que ahora, lo que no impide el que ahora esté muy lejos de ser un paraiso.

Madrid ha duplicado el número de sus habitantes, ha triplicado el de los viajeros que llegan á sus puertas; pero estos habitantes y estos viajeros, en vez de dar ensanche y grandeza á la poblacion, se han colocado los unos encima de los otros, estableciéndose en el aire y agrandando la capital de abajo á arriba, y no del centro á la circunferencia, como debiera haber sucedido.

Hace veinte años que en las casas de Madrid no se contaba mas que piso bajo, principal y pocas veces segundo; pues hoy, gracias á esa decantada trasformacion, contamos el subterráneo, el bajo, el entresuelo, el principal, el segundo, el tercero, el cuarto, el sotabanco, las bohardillas habitables y las trasteras. Hemos elevado las casas sin ensanchar las calles; hemos construido barrios sin proporcionarles plazas; hemos pintado y repintado las paredes sin buscar puntos de vista desde donde contemplarlas; y por no atrevernos á derribar las puertas que aprisionan al pueblo, hemos formado una ciudad estrecha y alta, á la que ni puede tachársela de fea, ni le conviene el adjetivo de hermosa.

Quizás dependa esto de la falta de órden y concierto que ha presidido á la realizacion de los trabajos; quizás esté la culpa en las autoridades que, poco celosas ó ignorantes, no han previsto los resultados; quizás

tambien tenga alguna parte la natural incuria de que nos tachan los que bien nos conocen; pero debemos confiar en que, si mal se ha hecho en este punto hasta ahora, de aqui en adelante y con la ayuda de Dios lo iremos haciendo peor que de costumbre.

Ya estamos en la época de las mejoras, en los venturosos tiempos de que se corrijan los desaciertos de nuestros antepasados, y en que principiemos á tocar las ventajas que nuestros contemporáneos nos ofrecen. Ya estamos empedrando las calles con *adoquines*, que cuestan á cinco reales cada uno, y que si bien se destruyen con la misma facilidad que las antiguas piedras, con solo cincuenta ó sesenta mil duros se arregla una calle por ancha y estirada que sea.

Ya estamos retocando las fachadas de nuestros templos con almazarrón y ócre, que si bien destruyen el aspecto severo y religioso que antes presentaban, les dan en cambio toda la gracia de un parador de posta y toda la alegría de una taberna.

Ya estamos arreglando la tan desarreglada Plaza Mayor, en la que, si bien conservamos los antiquísimos solares que la afean, colocamos en cambio en su centro la estátua absurda de un rey que monta una yegua *en estado interesante*, y á los que hemos encerrado en una jaula por miedo sin duda de que nos los roben.

Ya estamos alumbrando nuestros sitios públicos con gas, que aunque no huele muy bien, ni luce de lo mejor, tiene en cambio la ventāja de ser mas caro, de perjudicar á los labradores, y de apagarse repentinamente, dejando á oscuras un gran pueblo con sus tiendas y todo.

Ya estamos colocando arbolitos en nuestras calles, que aunque quitan la vista é impiden el tránsito, proporcionan en cambio humedad y frio en el invierno, lodo en la primavera, mosquitos en el verano y hojas secas en el otoño.

Ya hemos dispuesto que se barran las calles en medio del dia, para evitar el que se empolven los serenos durante la noche. Ya hemos hecho todas estas cosas, y otras que estamos proyectando, y otras que inventaremos despues; porque hemos llegado á la época de las mejoras, á los venturosos tiempos en que se corrijan los desaciertos de nuestros antepasados, y en que principiemos á tocar las ventajas que nuestros contemporáneos nos ofrecen.

Bien es verdad que nos sale algo mas caro, que las exigencias crecen, aumentándose como se aumentan los beneficios; pero ya se puede perdonar, como suele decirse, el bollo por el coscorron; pues aunque si buena ínsula me dan, buenos azotes me cuesta, lo que no va en lágrimas, va en suspiros, y atras viene el que las endereza.

¡Luego que todos cargan con el pobre corregidor!... Si llueve y se mojan los transeuntes por la acera, el corregidor tiene la culpa; si un pozo de aguas sucias se pronuncia, aviso al corregidor; si un carro se atasca al ad-

vuelta á una esquina, llamamos la atencion de la autoridad competente; ¡como si en todas estas menudencias pudiera estar impuesto el corregidor! ¡Ahi, como el que no quiere lo cosa, todo un señor corregidor!

Y ya que de él hemos hablado, vamos á confesar una flaqueza propia que raya en puerilidad. Nosotros creíamos antes de saber lo que era el corregidor de un pueblo, que tan importante destino versaba solo en grandes asuntos de gobierno, en secretos de Estado, en negociaciones diplomáticas; pero cuando mejor informados vemos que un corregidor diligente y entendido tiene que estar al cuidado de las mas groseras atenciones, del servicio material y diario del público, no comprendemos el cómo se disputen el puesto, le ambicionen, le consigan, le posean hombres que se desdeñarian de aceptar un cargo semejante en sus propias casas, con sus propias familias y en su solo y esclusivo provecho.

Oigamos el despacho de un corregidor:

«El sereno número 20 daba anoche la hora desde la ventana de su casa.»=«Que se le despida.»

«En la calle del Turco arrojó ayer por el balcon de una casa, una moza de servicio, el agua de fregar los platos, con estropajo y todo.»=«Que se la multe.»

«El barrendero de la Puerta de Moros se emborrachó ayer por la mañana.»=«Que se le quite el sueldo de ocho dias.»

«Un periódico llama la atencion sobre el lodo que se observa en las aceras.»=«Que se limpie.»

«Otro periódico....»=«No mas periódicos.»

«Se ha atascado la alcantarilla de Leganitos.»=«Que llamen al contratista.

«Se quejan los vecinos de la Plaza del mal olor que exhala....»=«Que se tapen las narices.»

«Ayer un chico hizo una diligencia en....»=«Basta por hoy.»

Y la escena se repite al dia siguiente, y continúa, por variar, el otro, y siempre el fregado y el barrido, y la peste y la basura, que no sabemos cómo hay oidos que tales cosas aguanten, ni boca que á tales denuncias preste providencia con resignacion. Y luego de dia mucho de cruces, de bordados, mucho de correr por las calles, de dar audiencia, de perdonar vidas, y por la noche asistir á juntas, á saraos, á fiestas, para venir despues á parar en la cama, donde se le representen las visiones que personifiquen los asuntos del despacho, y las mejoras de que estos asuntos son susceptibles.

Porque un corregidor diligente y entendido no puede soñar como los demas hombres, con glorias y con triunfos, con dignidades y con riquezas, sino que sueña con los carros, con los serenos, con el empedrado,

con las canales, con.... ¡pero á qué nos cansamos si Urrabieta se ha excedido á sí mismo al retratarnos los sueños de un corregidor!



Nuestro personaje ve en lontananza carros de limpieza que se mueven á impulsos del vapor; sombreros-campanarios que anuncien la hora de recojer la basura; serenos con trompeta que den el grito penetrante á compás y con armonía; y otros y otros adelantos que le honren, que le halaguen y que le inmortalicen.

El corregidor se desvive por nosotros, el corregidor no descansa, no sosiega por proporcionarnos goces y comodidades, y sin embargo, nosotros, hijos descontentadizos, le satirizamos, le reprendemos, le argüimos... ¡Oh! ¡miseria humana, y cómo desconoces el mérito de los que desinteresadamente se sacrifican por ti!!

Vamos á dejar en paz al corregidor, de quien hemos hablado por incidencia, y continuando nuestro paseo visitaremos separadamente algunos de los sitios públicos de la corte mas dignos de notarse por su posicion y por sus circunstancias.

Entrémonos de rondon en la plazuela de Oriente.

II.

Hubo un tiempo en que el trono se apartaba de la multitud; en que medroso ó mal aconsejado se encerraba en un fuerte castillo impenetrable á las miradas de los hombres y al clamor de los pueblos. Buscaba un asilo en la soledad como temiendo ser presa de sus semejantes, y se rodeaba de un numeroso séquito de guardas, como si esperase raptores en vez de súbditos y flechas ó cintarazos en lugar de bendiciones.

¡Como si el trono no fuera la mas popular de las instituciones! ¡Como si ese ente monárquico llamado rey, no fuera el mas noble y el mas bondadoso de los hombres!

Nosotros tambien tuvimos nuestro régio alcázar, ese magnífico alcázar asombro de nacionales y envidia de estranjeros, apartado del seno de la multitud, prófugo de la ciudad y como temeroso de que el pueblo se le viniera encima.

Montones de cascajo y de escombro lo separaban del resto de la poblacion por entonces, y un ambiente fétido y corrompido alejaba á los curiosos que por inadvertencia ó por capricho se dirigian equivocadamente en su busca.

Hoy la civilizacion ha allanado el camino. Soberbios edificios se construyen á su alrededor; el pueblo le cerca y riega con olorosas flores las sendas que conducen hasta él.

En la época á que aludimos, el terreno árido y desigual presentaba un aspecto repugnante, haciendo casi imposible el tránsito de la morada del súbdito á la morada del monarca: no se habian levantado esas calles á cordel que hoy embellecen tan pintoresco lugar, trasformándolo de miserable arrabal en delicioso paseo.

El gran teatro de Oriente no existia, aunque mas valiera que no hubiera existido, si de templo de las artes á que se destinaba, habia de convertirse en Congreso provisional y en cuartel para nuestros soldados.

Ese bellísimo parterre, en cuyo centro se colocó la estátua ecuestre de Felipe V, rodeado de lindos jardines y de abundantes surtidores, no se habia proyectado siquiera.

Solo un monumento digno de visitarse existia en aquel sitio, y ese por desgracia no era muy frecuentado de propios ni de estraños. La Biblioteca Nacional.

No lucian en aquellas inmediaciones los reverberos del gas de agua, descubrimiento escondido entonces en los arcanos de la ciencia, y que no permitia escudriñar la falta de proteccion y la ignorancia.

En apartadas cuevas subterráneas yacian mutiladas esas magníficas estátuas que representan á nuestros antiguos reyes, y que sobre graciosos pedestales cercan hoy el parterre, sirviéndoles de gruta los frescos ramajes de los álamos y de las acacias.

Nada contribuia á embellecer aquel sitio escabroso y desierto. Convertido en muladar, nadie queria aproximarse á sus alrededores, habitados solamente por la indigencia y frecuentados por la mendicidad.

Hoy la escena ha variado completamente. Allí donde el trono vejetaba, triste y apartado, le cercan distinguidas y numerosas familias. De un lado el templo de las artes representado en el gran teatro; de otro el templo de las letras simbolizado en la Biblioteca.

Enfrente la Cámara de los diputados; mas allá los ministerios y la Cá-

mara vitalicia, desde donde se recrea el curioso á la vista del bonito palacio que hoy habitan los duques de Monmorot y de Riánsares.

En el centro se solaza y distrae la juventud que gira alrededor del paseo, corriendo por sí sola ó en hombros de graciosas niñeras y de robustas pasiegas, ó bien sobre diminutos coches y pintorescas góndolas arrastradas por cabras y mansos caballitos.

En aquel paseo, frecuentado por una concurrencia particular, reciben durante el dia en el invierno los ardientes rayos de Febo multitud de gentes que discurren por todas partes, multitud, que en las noches de verano acude á respirar el aire sutil de Oriente y la balsámica brisa del Campo del Moro.

Por Dios, que nos vamos deteniendo demasiado en la contemplacion de este sitio, y que ya que del paseo de Oriente en las noches de verano hemos hecho mérito, no debemos apartarnos de él, sin observar al lado de lo sublime de la estancia lo caricaturesco de la reunion.

En las noches claras y serenas de estío, cuando una atmósfera pesada y sofocante dificulta la accion libre de los pulmones aplanando la cabeza y perturbando los sentidos, los habitantes de la corte abandonan presurosos esos tabucos á que han dado el nombre de casas, buscando en la esplanada y al contacto de las flores y de los árboles momentos de reposo, de alegría y de placer.

Divididos en dos grandes grupos, corren los unos apuestos y engalanados á confundirse con las bellas en el magnífico salon del Prado, célebre ya por lo escogido de su concurrencia en todas las cortes y capitales de Europa.

Los otros en confuso tropel y un tanto desaliñados en su traje, marchan con direccion opuesta en busca de un espectáculo original, divertido y económico que diariamente se celebra alrededor de los reyes godos, presidido por la estátua de Felipe V.

Un amigo nuestro ha dado al paseo de Oriente en las noches de verano el nombre de *amable desórden*; y al considerar la estremada coquetería que preside á todas las acciones y palabras de las damas y galanes allí reunidos, junto con la encantadora libertad que en palabras y acciones, galanes y damas se permiten, no puede menos de aplaudirse lo oportuno y acertado de tal denominacion.

Una masa apiñada y compacta de figuras de uno y otro sexo, siempre risueñas, siempre juguetonas y agradablemente entretenidas, gira constantemente sobre el parterre alrededor de la gran verja alumbrada de gas que veda al público el paso á los jardines.

Aquel es un circo olímpico que goza al propio tiempo de las fiestas clásicas y severas de los antiguos romanos, y de las variadas y divertidas funciones de nuestros modernos circos ecuestres.

De un lado potros cerriles é indómitos, á los que oportunamente debie-

ra haberse arrendado, relinchan á los oidos de las damas confusas frases de amor que ellas rechazan por el buen decir algunas veces, las menos, ó admiten gozosas y satisfechas en otras ocasiones, las mas.

Por otra parte, una turba de vocingleros gimnastas hace grupos y evoluciones por las rejas, por los árboles y sobre las sillas.

Mas allá, jóvenes inespertos y mal aconsejados piafan, rebuznan y cocean, creyendo divertirse y divertir al público levantando columnas de polvo que perturban la vista y ahogan la respiracion.

Aqui se encuentra un enorme elefante que con su panza descomunal arroba el fresco de un ciento de personas, y que ha salido á paseo con objeto de distraerse, ignorando que con su facha sirve de distraccion á los demas.

Alli enanas y jorobadas, cojas, tuertas y calvas lucen sus perceptibles defectos, aunque indirectamente; porque su objeto al presentarse en la plazuela fue para tomar el aire; pero una vez colocadas en semejante lugar, son el blanco de agudos epígramas y de picantes alusiones.

Este cuadro pintoresco y animado se completa por último con el canto de los aguadores, el pregon de los fosforeros y los penetrantes chillidos de las graciosas niñas que asidas de las manos y formando círculos, entonan cantares tan antiguos como el rey Wamba que los escucha.

Si nos paramos en la contemplacion de los trajes que actores y público, paseantes y sedentarios ostentan, encontraremos todo lo raro y estravagante en vistoso museo amalgamado y confundido.

¡Qué de vestidos largos ocultando cautelosamente la mutilada estructura de los, en otro tiempo, zapatos!

¡Qué de manchas y lamparones velados á la generalidad por las espesas sombras de la noche!

¡Qué de encajes amarillos ostentando su blancura á la macilenta luz de los reverberos!

¡Qué de góndolas y calesines con plumas, á guisa de sombreros, deseando emanciparse de sus dueños para pasar á conducir gente los lunes por la tarde á la plaza de toros!

¡Qué de chales, qué de adornos, qué de cintas construidas del tafetan de antiguos paraguas!

¡Oh! ¡la guardaropía de la plazuela de Oriente es digna de la concurrencia!

¡Alli todos se conocen, todos se galantean, todos se insultan! ¡Y á cuántos peligros no se espone el que ignorando el terreno que pisa, no procura resguardarse de los comunes percances de que es víctima el curioso!

De repente salen de un grupo, poco antes sosegado y pacífico, dos gladiadores que defienden á estacazos una marchita flor de la Tomasa ó un billete amoroso de la Joaquina. En la contienda toman parte activa los diversos amigos de ambos combatientes, y repartiendo mandobles á dies-

tro y á siniestro, viene á descargar sus furias sobre el pacífico transeunte que no creyó necesario ponerse en guardia.

Por otra parte, si se para á encender un cigarro, á comprar confites ó á saludar á un amigo, se ve repentinamente bañado por un vaso de agua que equivocadamente le han dirigido.

Si prueba á escapar de aquel amable desórden, satisfecha ya su curiosidad, es atropellado veinte veces por los carros que, dando vueltas al hipódromo por un precio fijo, se disputan la carrera para utilizar de un modo mas positivo la tontería de los muchachos ó la estupidez de los mozalvetes.

Todo por alli es desórden, confusion y baraunda. A la soledad de otro tiempo, ha sustituido la animacion mas espresiva. A la oscuridad, la luz. A los escombros, las flores. Al silencio, la algazara. A las citas amorosas, el amor manifiesto y ostensible. A la oscuridad, la concurrencia. A la tristeza y el espanto, la mas loca y pronunciada alegría.

He aqui el retrato de la moderna Plaza de Oriente trasformada en pocos años y convertida en uno de los mas concurridos paseos de la corte. Síganos el lector, atravesemos algunas calles y entremos en el Prado.

III.

El forastero que desde el fondo de su provincia oiga hablar con pasmoso entusiasmo del célebre Salon del Prado de Madrid, al comparar las pomposas descripciones que propios y estraños en todas ocasiones hacen de él, con los bonitos paseos que en casi todas las capitales de España se encuentran hoy, naciendo de este parangon el gran deseo de admirar al mónstruo de los arrecifes, al coloso de los paseos públicos, seguramente quedará estupefacto, arrepentido y desengañado al colocarse por vez primera delante de la fuente de Cibeles, contemplando á su izquierda el camino de Recoletos que conduce á la fuente Castellana, y á su derecha la vasta esplanada que interrumpida por la fuente de Neptuno se prolonga hasta la puerta de Atocha, y aun torciendo un poco á la izquierda, hasta el cuartel de los Inválidos.

Aquella série continuada de caminos, ya estrechos, ya dilatados, ora suaves y cómodos, ora escabrosos y desiguales que con tan poca simetría y menos visualidad constituyen el gran paseo; aquellos toscos y groseros asientos que distantes y desparramados á todo convidan menos al descanso á que parecen destinados; aquellos álamos, ya seculares, ya en flor, colocados sin son ni concierto de aqui para allá; aquellas grasientas y tabernarias sillas con las que convidan al transeunte; aquella falta de compostura y de adorno, hacen que el forastero ansioso de visitar al mónstruo

de los arrecifes, al coloso de los paseos públicos, recuerde con sentimiento á su vista, los deliciosos parajes de su pais, en los que al despuntar del alba aspiraba el vivificante aroma de las flores y se estasiaba dulcemente recostado en un banco de follage, al escuchar los armoniosos trinos del ruiseñor, que se ocultaba á su vista entre las espesas copas de los árboles.

Nada delicioso, nada verdaderamente sublime presenta ese dilatado salon, vasto erial, incómodo y prosáico, mas á propósito para ejercicios militares y para carreras de caballos, que para recibir en su seno la elegante y vistosa concurrencia de la corte de España.

Allí, en el salon principal, dividido solamente por una moderna barra de hierro, van á pasear caballos y caballeros, cocheros y ministros, lacayos y diputados, palafreneros y senadores, todos en amor y compañía confundidos y entrelazados.

De un lado puede recrearse el curioso con la estravagante perspectiva que ofrecen las mezquinas tapias de los jardines de Alcañices y Villa-hermosa; de otro con el barranco escabroso y pendiente que conduce al palacio de San Juan, nuevamente engalanado con una tosca escalinata de mampostería. Hasta las hermosas fuentes, sucias y descuidadas, contribuyen al mal efecto del primer golpe de vista, efecto que no bastan á neutralizar las exageraciones de las gentes del pais, que se empeñan en hacer pasar por una maravilla de la naturaleza y del arte, lo que está abandonado por el arte y dejado de la mano por la naturaleza.

Pero lo que el viajero no puede concebir, lo que no puede fácilmente creer, y lo que debieran esplicarle minuciosamente los que tanto ponderan el célebre lugar, es la situacion única y esclusiva en que el Salon del Prado no tiene puntos de comparacion con ninguno de los restantes de España y aun con muy pocos de los estranjeros; esto es, en las horas de concurrencia.

De la concurrencia y solo de ella ha nacido la justa celebridad y nombradía que este enorme salon tiene adquirida y adquiere cada dia en todas partes. Cuando poblado de gentes en toda su estension, encadenado por una línea no interrumpida de carruajes y caballos en una hermosa tarde de verano ó en una despejada mañana de invierno se contempla, entonces el Prado adquiere esa decantada grandeza tantas veces descrita, que el forastero buscaba inútilmente; entonces el que habia recordado con sentimiento el poético retiro de su provincia, asiste á un espectáculo magnífico y deslumbrador que no conocia, y del que queda completamente satisfecho.

Hasta la desigualdad, hasta la aridez, hasta el prosaismo entonces adquieren su poesía; poesía que le comunican los trajes, las galas, la animacion y el ordenado desórden de los transeuntes. En la simetría, en la igualdad, en la compostura, está la belleza; pero las grandes emociones, la verdadera sublimidad está en el desaliño, ora estravagante y sombrío, ora pintoresco y animado.

Aquella vasta estension podia solo contener la enorme concurrencia; aquellas sillas rústicas, ocupadas únicamente por quien las paga, aislan el buen tono de la muchedumbre; aquella ligera barra de hierro hace contrastar la elegancia de los que pasean con la muelle voluptuosidad de los que viajan; de un lado lujosos trenes y soberbios caballos ocultan lo escabroso del barranco; de otro, la hermosura y la coquetería, vestidas de baile, separan involuntariamente la vista de las mezquinas tapias de los jardines, que aparecen entonces coronadas con las verdes ramas de los árboles. Todo coincide á dar espresion al cuadro que por su colosal tamaño exigia, mas que la belleza del órden, la sublimidad y la mágia del desconcierto.

El salon principal, dividido en varias secciones, contiene en las horas de concurrencia varias y diferentes clases de personas tambien que, aunque al parecer revueltas y apiñadas, no dejan de apartarse convenientemente, segun su posicion y sus instintos.

Los estremos del paseo se hallan cubiertos por ordenadas hileras de carruajes, á cual mas bello y elegante, y los criados de lujosa librea apenas pueden contener la fogosidad de los caballos alemanes, cuya colosal estatura contrasta con la pequeñez y finura de las modernas carretelas y de las berlinas en miniatura. Aquellos saloncitos de raso, ocupados poco há por sus apuestos dueños, aguardan la hora de recojer en su seno lo mas escogido y noble de la sociedad que pasea.

A lo ancho del salon se encuentran dos calles estremas, empedrada la una, y por la que transitan los carros y góndolas de viaje; arenosa y plana la otra, destinada esclusivamente al lento y acompasado paseo de los carruajes que sus dueños no han querido abandonar, y desde cuya altura dominan el bullicioso movimiento de los de á pie. Entre las líneas de carruajes se tercian y cruzan multitud de caballos montados por la elegante juventud, que ya al galope y á la carrera, ya al paso regular de los carruajes, contribuyen á dar espresion á la girante carabana, que va ganando un terreno en la subida para perderlo variando de visualidad en la bajada.

Las gentes de á pie, discurriendo por entre una y otra calle, se dividen en tres porciones, ocupando cada una de ellas los tres arrecifes diferentes en que está repartido el ancho salon principal. Los unos van y vienen de uno al otro estremo por la primera calle de árboles, que corresponde á la espalda de la fuente de las Cuatro Estaciones; esta porcion de la concurrencia, la mas pasiva y la menos elegante, se compone de modestos empleados, de vetustos señores, de honrados artesanos y de toscos y desaliñados estudiantones. Las figuras de estos concurrentes, sin las que apareceria despoblada una parte muy principal del salon, sirven únicamente de vago punto de visualidad, y representan allí reunidas el papel destinado á los bolos, comparsas y figurantes que adornan las grandes escenas teatrales.

En el paseo del centro, limitado por los árboles en uno de sus costados, y por asientos de piedra en el otro, se reune una concurrencia mas escogida y numerosa, á la que se dignan pertenecer algunos opulentos comerciantes, visibles diputados y grandes señores, que alternan en su indiferente paseo con la juventud de la clase media, decentemente ataviada y por demas tiesa, que elige este menos elegante lugar por campo de sus atenciones y de sus conquistas.

Aquí se cruzan con algun mas desahogo que en el reducido y aristocrático *Paris*, nobles mamás que acompañan pequeños y engalanados parvulitos; jóvenes recien casadas que temen ajar sus hermosos encajes de novia, y encorbatinados mancebos que circulan allí para esponer su humanidad toda entera á la espectacion pública; pero donde el lujo es verdaderamente deslumbrador, donde la belleza se halla profusamente representada, es en el reducido espacio que media entre los asientos de piedra que limitan el paseo del centro y la barra que separa los carruajes y caballos del resto de la concurrencia.

Aquel es *Paris*; aquel era *Paris*, pues que no nos atrevemos á darle la misma denominacion á un lugar bautizado con el nombre de una ciudad entonces monárquica, y que por las circunstancias ha venido á convertirse en una ciudad republicana.

Este pequeño *Paris*, este estrecho recinto tan elegantemente apellidado, representa en las horas de concurrencia la unidad monárquica mas absoluta junto á la democracia mas democrática, con sus tres principios de *igualdad, libertad, fraternidad.* Allí se reune y marcha apiñado y compacto el proto-tipo de las aristocracias de la sangre, del talento, de la belleza y del dinero. Todo en aquel lugar es afectacion y coquetismo, todo engaño y fantasmagoría.

La sangre azul de suyo es aun mas azulada en aquel hormiguero de grandes; el talento parece aun mucho mayor con sus calvas frentes, sus brillantes arrugas y plateadas canas; la belleza quiere convertirse en presuntuosa hermosura á merced de los adornos y de los afeites; y hasta la aristocracia del dinero, que desciende de soberbio carruaje y que se cubre de joyas y de diamantes, parece en aquel sitio todo lo grande y opulenta que su representante quiere hacerla aparecer.

En *Paris* se codean los grandes y los pequeños, se miran indiferentes jefes y subalternos, se entrelazan y confunden las palabras de los nobles, de los artistas, de las coquetas, de los poderosos y de los sábios.

Todos parecen preocupados por una sola idea, por una idea fija, invariable y comun en aquella vasta reunion de imaginaciones; y esta idea agradable y universal es el amor de las mujeres. Los unos se recrean en la esperanza de la pasion que nace, los otros disfrutan con la posesion del amor ya nacido; estos saborean la venganza del amor que murió. El indiferente, galantea con indiferencia; el apasionado, con verdad; el galantea-

dor, por costumbre. Si posible fuera recoger en una sola todas las conversaciones que giran, bullen, se cruzan y entrelazan, amor y solo amor se desprenderia de ellas, ya verdadero y franco, ya artificioso y seductor.

Aquel es el único lugar en donde se acallan todas las pasiones y todos los deseos, escepto los del amor. Ya pueden levantar barricadas en las calles y plazas de la villa; ya pueden arrojarse los tinteros en el Congreso, y arrancarse las cruces y las charreteras en el Senado, que no por eso dejarán en el *Paris* madrileño, damas y galanes, de dirigirse flores, ternezas y galanteos.

Alli es donde está representada la verdadera *igualdad*: alli es donde se disfruta de la verdadera *libertad*: alli es donde reina la verdadera *fraternidad*. El que tropieza no se cuida de la persona con quien tropezó; el que pisa no se disculpa ante aquel á quien ha pisado; al que habla en secreto, se le respeta; al que habla á gritos, ni aun se le escucha; todos llevan la mirada vaga y altanera; parece que á nadie miran, y que de nadie son mirados; y sin embargo, van alli con el solo objeto de ver y de ser vistos.

Aquella amable anarquía, aquella encantadora república, dura mientras tanto el sol se manifiesta radiante y claro en el invierno, ó velado y oculto en el estío; pues que pasada esta indispensable oportunidad, los pedestres abandonan el lugar paso á paso; los caballeros al trote en sus rocines; los grandes al escape en sus carruajes, y las gentes de todas clases, mas ó menos contentas, mas ó menos animadas, segun que las cuestiones que á aquel punto fueron á ventilar, se encuentran á una altura mas ó menos favorable.

Si el forastero entonces piensa ir al Salon del Prado en busca del espectáculo descrito, tambien llega tarde, y tiene que contentarse con presenciar la retirada, con ver apagar los faroles del alumbrado, con estar presente al arreglo de las sillas, con admirar las magníficas fuentes de Cibeles, de Apolo y de Neptuno, ó con tomar parte en las animadas escenas que se representan en el célebre Dos de Mayo, ó en las nunca bien ponderadas verjas del Botánico.

IV.

Acabamos de echar una rápida ojeada sobre las calles, las plazas y los sitios públicos de la corte: una ojeada de curiosos, ó lo que es lo mismo, de forasteros. Acabamos de examinar el vasto cascaron que encierra á los cortesanos; y sin detenernos á mas consideraciones que las puramente locales, pues que tal es la naturaleza del capítulo que nos ocupa, estamos casi al término de nuestro paseo. Réstanos solo añadir aqui, á guisa de

contera, un memorandum á cuantos estas líneas vieren y entendieren, para que sepan, mayormente si no son del pais, los innumerables percances y peligros que cercan por do quiera, al que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se arroja en el intrincado laberinto de calles que constituyen el gran pueblo.

Muchos son los peligros á que se espone el forastero en Madrid; y si quiere eludirlos oportunamente, necesita ir armado de un grueso garrote, de una buena dósis de indiferencia y de aquellas dos grandes cualidades tan recomendadas por todos los filósofos; esto es, *cachaza y mala intencion.* El que no siga estos consejos es hombre al agua.

Ser tonto es la peor cosa que hay que ser en el mundo; es la mas ridícula de las simplezas; es la mas pesada de todas las cruces; es la mas costosa de todas las propiedades; pero de ser tonto en un pequeño pueblo de provincia, á ser tonto en Madrid, va tanto como de escribiente á escritor; como de pobre hombre á hombre pobre; como de cabo segundo á segundo cabo; y hacemos esta reflexion á propósito de que los vagos, rateros y petardistas de la corte, dicen, contando sus truanadas, *que todos los dias entra un tonto por la puerta de Toledo.* En no ser ese tonto consiste a habilidad del forastero.

Armado de su garrote, de su indiferencia, de su cachaza y de su mala intencion, échese á rodar por las calles, que si bien no se habrá preservado de todo, puede hacer frente al menos á los contínuos é indispensables percances que, por desgracia y para su mal, le esperan de contínuo.

Si la curiosidad le atrae hasta leer los anuncios que cubren las esquinas, á registrar con la vista el interior de las tiendas, ó admirar las formas arquitectónicas de un edificio, acuérdese de su indiferencia, y continúe su camino, si es que no le estorba el pañuelo que lleva en el bolsillo, la cadena que sujeta el reloj, ó la cartera donde guarda sus billetes.

Si se le presenta una pobre viuda ó un retirado militar á venderle casi de balde una alhaja de gran valor para mantener á sus pobres hijos que se mueren de hambre, acuérdese de su mala intencion, si no quiere ser objeto del mas sensible de los petardos. Si recibe algun pisoton al paso, alguna brusca embestida, algun cascote de una obra ó el cubazo de alguna asturiana cabalgadura, recuerde su cachaza y conténtese con lo recibido, si no quiere ser el blanco de todas las burlas, el objeto de todas las miradas, y esponerse por reprender el primitivo contratiempo, á caer en otro mas lamentable y de peores consecuencias.

Si se ve amenazado por un carruaje, perseguido por un caballo y confundido entre una recua, eche mano de su garrote, y sin compasion descargue á diestro y á siniestro sobre el ginete, sobre el cochero y sobre las bestias; solo asi será respetado por todos y de todos temido; pues de lo contrario, el caballo piafará sobre su abdómen, el carruaje tronchará

sus piernas, las bestias trillarán sobre su cara, y los numerosos espectadores saborearán á sus anchas la chistosa escena, sirviendo al otro dia de pasto y material á las gacetillas de los periódicos.



Hasta ahora no se ha librado el transeunte mas que de aquellos lances que con las armas referidas puede arrostrar victoriosamente; pero aun asi, ¡cuánto le espera que padecer y sufrir en su caminata, á todas horas, en todas partes y por todas circunstancias!

Todavía puede verse obligado, por ceder con demasiada galantería la acera á una señora, á tener que andar toda una calle por los duros guijarros y frecuentes vaches en que abundan, sin esperanza de volver á conquistar el puesto que de derecho le corresponde.

Todavía puede verse atropellado por un gentío inmenso que corre desatalentado al ruido de una carretilla, temiendo escision ó pronunciamiento.

Todavía puede encontrarse en un verdadero motin y ser cogido como jefe, sin culpa alguna, ó fusilado por sus mismos amigos equivocadamente.

Todavía puede hallarse junto á un incendio que acaba de estallar, y verse obligado á echar cubas de agua con su levita y sus guantes, ó á ser conducido al *Saladero* por desobediente en caso de resistencia.

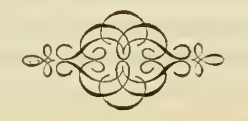
Todavía puede encontrarse de noche en medio de las calles, y entonces ser víctima de alguna arrebolada beldad que le atraiga con sus prendidos, con sus encajes ó con su aire de gran señora, y perder la vergüenza, el dinero ó alguna cosa mas.

Todavía puede dirigirse al teatro y encontrar un revendedor que le exija el precio de una butaca por un infernal asiento de *ignominia.*

Todavía puede olvidar las señas de su casa y no tener quien lo guie; ignorar los golpes que se dan á su puerta y no tener quien lo enseñe; encontrar un convoy de Sabatini y no tener medios de librarse de su tras-

cendental influencia sobre el órgano del olfato; verse cara á cara con los nocturnos barrenderos que hacen como que limpian las calles, y no respirar sino polvo, arenisco y basura; todavía, en fin, puede quedarse á oscuras, aunque sea temprano, porque los faroles de la corte se apagan temprano, y darse de calabazadas contra una esquina, recibir una estocada que iba dirigida á otro, ó llegar hasta su casa tan mondo y lirondo como su madre lo parió.

Pero de estas y otras infinitas desgracias nadie se halla libre, y solo la costumbre ha podido hacerlas mas tolerables; porque no se crea que suceden de vez en cuando, que hay lugar de que se olvide la una cuando la otra viene á sorprendernos, nó; ellas constituyen el pan de cada dia, el silicio perdurable y el cuento de nunca acabar.





CAPITULO II.

El comercio á vista de pájaro.

I.



AY en Madrid una porcion de cosas que no se comprenden á primera vista, y que despues de examinarlas con detencion, de analizarlas escrupulosamente y de estudiarlas hasta en sus pormenores mas minuciosos, no se comprenden tampoco.

Es incomprensible, por ejemplo, el que haya todavía hombre que cuando principia á caer un fuerte chaparron, se apresure á tapar su sombrero viejo con un pañuelo de seda nuevo.

Es incomprensible, el que habiendo mujeres que engañen á sus maridos, sean estos los últimos que sepan que son engañados por sus mujeres.

Pertenece tambien al número de las cosas incomprensibles, el que haya quien gaste veinte y cinco duros en una piña de América, habiendo por dos cuartos hermosas naranjas de la China.

Son por último incomprensibles tantas y tantas cosas de las que vemos y tocamos á cada paso, que si fuéramos á hacer de ellas mérito á propósito de su incomprensibilidad, en vez de hablar del comercio como nos hemos propuesto, haríamos un artículo incomprensible; y para no incurrir en semejante torpeza, nos limitarêmos á decir que no comprendemos el cómo vivan y se sostengan en la corte de España un número tan considerable de tiendas de todo género, número que escede no solo al de edificios, sino al de las personas que en ellos habitan.

Con efecto, en Madrid hay mas tiendas que casas, mas comerciantes que consumidores, mas *truenos* y relámpagos por consiguiente de los que realmente debieran acaecer; pero dejando aparte la cuestion económica y concretándonos á nuestro primitivo objeto, solo diremos que en Madrid hay mucho comercio; que Madrid es un pueblo eminentemente comercial.

Verdad es que en sus vistosos y sorprendentes almacenes suele no haber otro capital efectivo que el que arroja de sí la venta en pública subasta de los soberbios espejos y de los primorosos estantes de caoba. Verdad es que hay muestras colosales admirablemente pintadas, que no cabrian, si á introducirse fueran, dentro de los establecimientos que anuncian. Cierto es tambien que á través de resplandecientes y deslumbradoras mamparas góticas, donde el oro esparcido con profusion contrasta con el mas esquisito mosáico, no se encuentra otra cosa que cajas, aunque rotuladas, vacías, y libros henchidos de trampas forradas de terciopelo con cantoneras esmaltadas; pero dejando á un lado estas pequeñeces, considerando solo el aspecto esterior, el barniz de grandeza que han sabido dar nuestros tenderos á sus cuchitriles públicos, no puede menos de confesarse que en Madrid hay mucho comercio; que Madrid es un pueblo eminentemente comercial.

En medio de esta farsa mercantil, entre pagarés que cumplen, letras que se protestan, y saludos que se prodigan al bello sexo al otro lado del mostrador, tramposos y hombres honrados, tenderos y comerciantes, todos comen, todos viven y todos prosperan.

Recorramos, embebidos en estas consideraciones, algunas de las calles comerciales de la capital de la monarquía española. Establezcamos el punto de partida en la calle de la *Montera*; sigamos esta espaciosa y pintoresca calle, hasta desembocar en la *Puerta del Sol*, y dando vista á la *Bajada de Santa Cruz*, continuemos por los antiguos *portales de Santiago* la calle *Mayor* hasta las *Platerias*; de allí por la izquierda entremos en los soportales de la *Plaza*, abandonándolos en el *Arco de Toledo* para seguir la calle del mismo nombre, y sin perder el ala izquierda de esta, lleguemos á la de los *Estudios de San Isidro*, desde donde empezamos á admirar la variada perspectiva de la plaza del *Rastro*, término de nuestro paseo.

En el corto espacio que dejamos trazado; en esta calle, casi no interrumpida, si bien denominada de diferente modo, se encuentra todo el comercio de Madrid. El máximum y el mínimum, la grandeza y la miseria,

el hambre y la indigestion, el vasto almacen y el aceitoso puesto. Esta calle comercial, y hablando á la moderna, este mónstruo *financiero*, tiene su cabeza, su vientre y su cola. La primera llena de vida, de esplendor, de riqueza, está apoyada mansamente en donde en otro tiempo estuvo el *Banco Español de San Fernando*; la última, mugrienta y andrajosa, se arrastra por el muladar del matadero sobre las asquerosas piedras de la plaza del *Rastro*.

Este mónstruo, como llevamos dicho, tiene vida; la vida da impulso á sus órganos, y los órganos ejecutan funciones; de manera que cuando en su pulida boca recibe los manjares que el lujo y la coquetería admiten como mas esquisitos, sufren su alteracion digestiva; caminan de tienda en tienda, de casa en casa, de persona en persona, hasta que inservibles y mutilados, sucios y desconocidos, se esponen á la vergüenza pública en las mesas del *Rastro*.

Lo que hoy llama la atencion aun del mas desimpresionable oficinista en los aparadores de un tirolés de la calle de la *Montera*, dentro de algunos años se encontrará confundido con otros incoherentes y despreciables objetos, en los baratillos de su antagonista.

Esta proyeccion regular que se observa en el comercio de Madrid, este paso de mayor á menor, de lujo á modestia que entre la calle de la Montera y el Rastro existen, no es obra del acaso; aunque inadvertidamente, se ha formado por reglas fijas é invariables; es una obra natural, una obra perfecta. En vano el trapero colocaria su comercio entre las tiendas de sedería y encajes, ni el estatuario estableceria oportunamente su taller en la calle de la Fresa. Todo debe ser respectivo: allí se fija un ramo de la industria, donde naturalmente pueda ser buscado.

Á la cabeza del comercio se hallaba hasta hace poco el *Banco Español de San Fernando*, y aun ahora que ya no existe en aquel sitio, quedan sin embargo esos almacenes que á manera de santuarios ostentan en sus paredes el oro y las piedras preciosas; oro y pedrería que no son obra de la naturaleza, pero que se venden á grandes precios, aunque su valor intrínseco es escaso, y los caprichosos dibujos y sus delicados matices les dan una importancia tal, que son preferidos á las mas ricas producciones de la tierra.

Las preciosas cajas incrustadas de ébano y marfil; los soberbios pebeteros de china; las coronaciones minuciosamente entalladas que adornan las lunas venecianas; el marfil, el ámbar, el pórfido y la cornerina que bajo diferentes formas y caprichosas figuras ostentan los armarios de estos almacenes, todas esas maravillas del arte están fabricadas en los talleres de Paris, de Amsterdan y de Constantinopla. Con ellas engalana sus salones el potentado, su tocador la coqueta, su gabinete el voluptuoso *dandy*.

Dirigid la vista mas allá y distinguireis otros almacenes mas opacos, mas lúgubres al parecer. Allí no hay oro, ni pedrería, ni porcelana; pero

en cambio teneis ricos encajes de Holanda, lienzos tejidos de cristal, lujosa pañolería de esparto y seda, y las riquísimas telas fondo mate bordadas de relieve por manos chinescas á tres mil leguas del continente.

Contrastando con estas variadas producciones, se hallan de un lado las tiendas de florista; de otro las estamperías francesas y alemanas, que con sus creaciones fantásticas las primeras, y sus caprichos reales las segundas; en flores las unas, y en estátuas las otras; en ramos y adornos aquellas, en grupos y en imágenes estas, están desafiando al arte, admirando al curioso, y dando envidia á la naturaleza.

Los objetos de comercio que se encuentran en el descenso de esta calle, no rebajan en mérito á los anteriores; pero sí rebajan considerablemente en valor y en importancia. Los de adorno, aunque hábilmente ejecutados, son de materias mas groseras; los de vestir, aunque finísimos y de las mejores fábricas estranjeras, pertenecen al uso masculino, que nunca igualan en coste á los prendidos y adornos de las bellas.

Ya estamos en la famosa *Puerta del Sol*: aqui no busquemos comercio, aunque le hay; no busquemos lujo, aunque existe; no busquemos hermosas, aunque se encuentran. Aqui todo es confusion, todo baraunda; pasemos de largo con cuidado de no ser atropellados por un millon de carruajes que á todas horas transitan, y que en la velocidad con que caminan demuestran claramente la vida agitada y bulliciosa de la corte.

Siguiendo la acera de Correos, dando vista á la *Bajada de Santa Cruz*, entremos en los antiguos portales de *Santiago*, en la calle *Mayor*.

Aqui de repente se ha españolizado el comercio; no en el nombre, no en la forma, sino en el fondo. Mirad: en esas magníficas tiendas tambien hay encajes, pero no flamencos, sino catalanes; esos bordados que os aseguran ser originarios de Francia y de la China, se trabajan en Andalucía y en la Mancha; esos tejidos que juzgais cándidamente importados de Inglaterra y de Escocia, han salido de fábricas castellanas; pero disculpad á los que ocultan su orígen y los bautizan con nombres estranjeros; ellos saben que asi los pagareis á mejor precio y que os retirareis mas complacidos con vuestra compra.

Os engañan y se engañan; pero ambos quedais satisfechos del doble engaño. Por otra parte, esos prosáicos nombres de Mancha, Andalucía, Castilla, son insoportables: ¿cuánto mejor es llevar un pañuelo en el bolsillo trabajado en Leipsick ó en Antuerphia, que no en Galicia ó en Asturias, obligándoos á que os paseis por el rostro un objeto nacido en el mismo lugar que vuestro aguador?

Proseguid vuestro camino: ahi teneis á Baltar, á ese *apóstol* de las estremidades inferiores, como dirian los modernos; él os hará unas botas por el módico precio de trescientos reales, y os calzará un zapato por solo media onza; pero os durarán tal vez lo mismo que si pagárais la sesta parte; en cambio os recostareis en una cómoda butaca; admirareis el

precioso cartabon con que os toma medida, y podreis miraros el rostro en una luciente horma de caoba ó de palo santo.

Siguiendo nuestro camino, observaremos que insensiblemente se van perdiendo los géneros de vestir en corte; pero de estos á los trajes confeccionados queda algun trecho. Este espacio se halla ocupado por el fabricante de galon y charreteras, que alterna con el platero español y el constructor de pantuflos de casa y chapines de baile.

Hemos llegado á los almacenes de ropa hecha, á esa pesadilla de los sastres, á ese consuelo del forastero, que se elegantiza por un módico precio en diez minutos. Al principio son casas de fondo, almacenes surtidos, donde se encuentra buen género, el mas de moda tal vez, y las piezas construidas con arreglo á los mejores figurines de Paris. Alli ya han entrado la moda y el lujo con todo su furor; podeis ver los *maniquis* elegantemente vestidos, atrayendo con su novedad la multitud. Tambien hay magníficos gabinetes para vestir, grandes espejos en que recrear la vista, y finos y atentos jóvenes en el despacho.

Pasad la calle de la Amargura, y mirad con atencion: las telas han rebajado en calidad; la mayor parte de las prendas llevan una moda de atraso; los que compran se prueban los vestidos en la misma tienda, y aun detrás del mostrador; sin embargo compran: esto manifiesta que el público es diferente, que la concurrencia no es la misma que invade las tiendas anteriores.

Aun no es eso todo: al entrar en los primeros soportales que corresponden á los de Manguiteros, alli se nota una diferencia inmensa, el comercio es otro enteramente. Alli se venden capas en el verano, pero capas con su ribete de color y sus embozos de pana: alli hay chaquetas con sus botones dorados, y chalecos de algodon y de muselina, de esos que no pueden gastarse sino con faja. Tambien esas tiendas tienen su público. En medio de ellas ya no se ve mas que alguna horchatería ó algun puesto de queso manchego.

Siguiendo la carrera que trazamos al principio, al dar vista á las *Platerías* debemos tomar la izquierda y entrar en los soportales de la Plaza *Mayor*. Aqui el mónstruo *financiero* parece que ha querido adornar su cuerpo, valiéndose sin duda del hermoso sitio en que está echado, pero sin fuerzas. Alli hay buenos almacenes del reino; fábricas de ropas como en la calle *Mayor*; con todo, ni estas ni aquellos respiran elegancia: son frecuentados solo por la gente de los barrios bajos ó por la municipalidad de algun pueblo de la comarca. Si la plaza *Mayor* no fuera de nueva construccion, estos almacenes serian viejos, pero no serian pobres. El espacio comercial de la *Plaza* es corto; pronto se llega al arco de *Toledo*, y se da vista al comercio del ala izquierda de la ruidosa calle del mismo nombre.

El ala izquierda de la calle de *Toledo* está formada de almacenes ó tiendas, donde se venden bayetas, paños, chorizos, zapatos, albardas y

velas de sebo; pero el comercio que predomina en esta calle, formando la mayor parte del mercado, son las ropas hechas.

Ya aqui han emigrado los gabanes; no se conoce el levita, y se rien de ese *aguilucho* que llaman frac. Los mismos comerciantes sustituyen estas prendas en sus almacenas con la modesta chaqueta ó el cómodo casaquin.

En estas tiendas hay ropas *originales*; esto es, de primera intencion: las hay tambien *traducidas* y arregladas del frances y de otros idiomas: el boton dorado está á la órden del dia; en la forma y hechuras van las prendas con el figurin de 1834. Ancho calzon, botin de paño, faja encarnada y montera manchega, son los objetos que por do quiera ondulan (los que ondulantes sean) colgados de largas estacas que salen hasta el medio de la calle.

En estas tiendas se visten y se desnudan los que compran, sin reparo alguno; y suele acontecer que un paleto se prueba sus anchos calzones á presencia de alguna señorita de lugar, que creyéndose en el retiro de su aposento, descubre su albo seno para cubrirlo despues con una pañoleta de algodon blanco con encajes de idem.

En estas tiendas se compra y se vende á gritos; los horteras llaman de *tú* á los parroquianos, y estos por su parte injurian y denuestan á los vendedores, sin que jamás se ofendan unos ni otros.

Antes de llegar á *San Isidro*, quiere el comercio de la calle de *Toledo* mejorar su posicion, pero inútilmente. Algunas tiendas de mas lujo y mejor forma parece como que pretenden señorearse entre las demas; con todo, en estas tiendas los géneros son ordinarios, y los dependientes llaman á las mujeres *rubias*, y á los hombres *muchachos*.

Pasado *San Isidro* se deja á la derecha la calle de *Toledo*, que degenera de su primitivo carácter comercial, y siguiendo el ala izquierda toma el nombre de la calle de los *Estudios de San Isidro*. Esta calle es de comercio, porque asi debe llamársele á una calle en que se compra y vende lo que es ó ha sido objeto de comercio; desde aqui se divisa el Rastro.... el Rastro, con sus banderolas, sus guiñapos nuevos y sus hermosas ropas viejas; ¡el Rastro! con sus tricornios, sus espadines, sus uniformes; ¡el Rastro! con sus comerciantes por mayor y menor, sus corredores, sus prestamistas, su público; ¡el Rastro! con sus habitantes, con sus costumbres, con su idioma.... ¡ah! ¡la calle de los *Estudios de San Isidro* y el *Rastro* merecen un artículo especial!

II.

Al pasar nosotros por la calle de los *Estudios de San Isidro*, olvidamos por un instante que el pavimento que hollamos con nuestras plantas está

cubierto de groseras piedras como lo restante de las calles de Madrid.

En un momento de éstasis poético, nos consideramos sobrenadando en las revueltas aguas de la laguna Estigia; creemos distinguir los remeros que lentamente conducen la horripilante barca de Aqueronte, y vemos en lontananza al famoso Cancerbero que vomita furias por cada una de las bocas que adornan sus tres voluminosas cabezas. Sí, benévolos lectores, la calle de los *Estudios de San Isidro* es la portería del infierno.

Dumas dice que Granada envia delante de sí algunas bellísimas casas que anuncian al viajero los encantos y las delicias que va á visitar. Nosotros decimos que el *Rastro* envia delante de sí algunos de sus establecimientos mercantiles, para que el curioso pueda formar una idea del importante panorama que va á pasar por delante de sus ojos.

Mentira parece que en una calle donde se encuentran almacenados por do quiera los objetos mas indispensables y cómodos de la vida humana, se note tal incoherencia y confusion tan repugnantes. Pero esta es una desgracia que acompaña generalmente á todos los grandes efectos: si se examinan sus causas aparecen mezquinas. Visitad si no el taller del escultor, de donde vereis salir en breve una primorosa figura delicada y perfecta como las obras del Criador. ¿Creeis hallar en aquel aposento el órden, la compostura que estén en armonía con la acabada imágen que en él se construye? os equivocais. Birutas y serrin sirven de alfombra a vuestros pies; la mutilada cabeza de una estátua, de percha para vuestro sombrero; y entre cacharros de cola y de pintura, y entre troncos carcomidos de árbol, distinguireis un braserillo con algunas ascuas ante el cual se ostenta un atleta inanimado, que con sus largos y nervudos brazos sirve de seca-ropas á la mujer ó criada del artista.

De la misma manera la calle de los *Estudios* os presenta entre su confusion y baraunda, entre la amalgama de encontrados objetos, el aforrado cofre donde asegurar vuestros tesoros; los indispensables chismes con que completar vuestra batería de cocina; y para vosotras, hermosa mitad del género humano, el blanco lecho donde podais muellemente conciliar el sueño bajo la sombra de una tierna madre, de un sentido esposo, ó arrulladas con el blando susurro que produce un cuento de vuestra abuela.

Si fuéramos á considerar arquitectónicamente la plaza del *Rastro*, perderia mucho en su descripcion ulterior; porque repugna la exactitud geométrica en un lugar donde todo es desórden, donde nada se esplica.

El *Rastro*, pues, es una plaza irregular y pendiente, limitada por una porcion de casas nuevas las menos, y notablemente deterioradas las mas, en cuyo centro, á merced de una hilera de cajones de tabla, se establecen dos tortuosas calles, donde se esponen los objetos de la industria, que mas tarde serán buscados con avidez por los curiosos.

En la sola contemplacion de estas tiendas movibles encontraremos

el primer contraste, y si no, veamos. En el Madrid aristocrático, en el Madrid rico, á una pequeña sala se le llama gabinete; si puede contener una docena de personas, la bautiza el comerciante con el nombre de salon; y si por un descuido del arquitecto la habitacion consta de dos piezas, recibe la pomposa denominacion de establecimiento. Huyen del esterior, se replegan sobre sí mismos para dar á entender que mas adentro se oculta la grandeza. En el *Rastro*, por el contrario, las mas de las casas tienen estensos corrales y habitaciones desahogadas; y sin embargo, los traficantes abandonan lo que los otros podrian llamar con razon grandiosos almacenes, para esponer su capital mercantil, como dijimos mas arriba, á la vergüenza pública. Este proceder será mas ordinario, mas plebeyo, pero es mas franco, se acerca mas á la verdad.

Los dueños de estos establecimientos no conocen la partida doble, ignoran el valor que pueda tener el dinero en las principales plazas de Europa; pero saben el valor que tiene en su casa, lo que quizás ignoran los comerciantes del centro de la corte. No conocen la partida doble, repetimos; pero saben buscar do quiera que se halle el elemento de su prosperidad en la eleccion de los cambios y de los empleos; mientras que la ciencia comercial aristocrática de Madrid, está reducida á comprar barato y vender caro.

Los baratillos de mampostería, esto es, los que se encuentran colodos á la puerta de la casa-habitacion del mercader, merecen la preferencia entre los ambulantes. Dirijamos una rápida ojeada desde la calle del *Cuervo* donde dan principio, hasta la *Ribera de Curtidores* en que cambian repentinamente de faz, para formar parte del nuevo comercio alli establecido. ¡Alli! ¡hermosa dependencia del *Rastro*, que al contemplar su grandeza no han podido menos de llamarla unos la *India Oriental*, mientras que otros con unánimes impresiones la apellidaban el *Nuevo-Mundo!*

Los comercios de la calle del *Cuervo* y del *Rastro* son inclasificables, ó mejor dicho, son comercios universales: en cada una de las tiendas se encuentra todo lo que es vendible, todo lo que puede ser comprado. Difícilmente lograria un curioso, aun preguntando por el objeto mas estravagante, que le contestasen «no hay.»

Aparte de los trajes completos para el uso del pueblo bajo, que nuevos y arreglados se hallan en primer término, la mas espantosa anarquía se nota en lo restante de los efectos espuestos á la pública consideracion.

Alli se ven casacas de nacional vendidas el año de 24; casacas de realista vendidas el año de 34; casacas de nacional vendidas otra vez el año de 44. ¡Quién sabe si en aquellos oscuros almacenes se encontrarán ya casacas de las que han de vender los realistas, siguiendo esta regla, el año de 1854!

Ante las puertas de los almacenes se encuentran unas mesas bajas (su-

ple aparadores) donde está colocado el *mosáico*, las *variedades*, el *totum revolutum*.

Allí están representados todos los poderes del Estado. Forman contraste el baston del alguacil con la cachiporra del majo; la cruz del pronunciamiento de setiembre con el escudo de fidelidad; el sable de caballería con el hisopo, y un cuerno de buey ó una cadena de hierro con la *Fisiología del marido*, ó con el *Estatuto real*.

¡Qué frases tan elocuentes se desprenden de esta amalgama! La muleta de un cojo junto á una estrella del Norte, está como diciéndole: «Miserable, tú que aguardaste á que tu amo perdiera su juventud, sus miembros y hasta su vida en defensa de su patria por espacio de cuarenta años para adornar su pecho, ¿no tenias suficiente valor para sostenerlo en su desgracia, cuando vienes hoy á cambiarte por mi antigua compañera, que le ayude á arrastrar la miserable existencia á que está reducido?...»

Hay en el *Rastro* efectos tan antiguos, que ya pertenecen á la última moda. ¡Hablen los sillones dorados forrados de damasco, las churrigrescas cornucopias, y aquellos anteojos que se gastaban cuando la invasion francesa, idénticos á los que hoy usan nuestros elegantes! ¡Díganlo si no esos vestidos con profusion de volantes que sirvieron á nuestras abuelas cuando eran jóvenes, y que hoy sirven á nuestras jóvenes con gran satisfaccion de nuestras abuelas! ¡Respondan por nosotros aquellas góndolas corniabiertas que, á manera de sombreros, gastaban las mujeres cuando se cantaba la Atala, y que con una pequeñísima alteracion lucen hoy nuestras bellas en los paseos públicos!

El *Rastro* es un museo de antigüedades, que á manera de tonel de vino se renueva para que siempre sea antiguo. Allí se deben estudiar nuestra política y nuestras costumbres, porque los hábitos con que se han vestido nuestras costumbres y nuestra política estan allí á un golpe de vista. ¿Quereis dibujar los uniformes que desde el principio del siglo han gastado nuestros soldados? Id al *Rastro*. ¿Quereis admirar las estravagantes formas que han tomado nuestros trajes de cincuenta años acá? Entrad en un almacen de la calle del *Cuervo*. ¿Quereis, por último, solazaros ante los muebles que adornaban la casa de vuestros padres, ante el lecho en que descansaban vuestros abuelos, ó en la contemplacion de los trajes de vuestros mayores? Acudid allí, y si necesario fuera, llevad en vuestra compañía á uno de esos estranjeros que ponen en duda los adelantos de nuestra civilizacion, para que á presencia de aquellos objetos podais darles un solemne mentís. ¡Que comparen lo que éramos hace treinta años y lo que somos hoy!

La fisonomía del *Rastro* debe estudiarse por las mañanas á la hora del mercado: entonces presenta toda su espresion, toda su vida. Por una parte multitud de objetos incoherentes formando una amalgama repugnante, si bien original, cubren las paredes de los baratillos; tapizan el pórtico

de las tiendas; se estienden por las fachadas mismas; se adelantan en perchas hasta el medio de la calle, y como si aun no fuera suficiente, los vendedores, convertidos en aparador, ostentan sus mercancías en la cabeza, en los hombros y á lo largo de las estremidades. Por todas partes se ofrecen al curioso trastos viejos, por todas partes harapos.

De un lado riñen las prestamistas al mil por ciento, porque una traficanta al pormenor se niega á satisfacerle la cuota diaria; de otro, se insultan mútuamente vendedor y parroquiano; este por lo que aquel ha pedido, el otro por lo que este ofreció. Mientras tanto chicos vocean como de costumbre; vendedores pregonan; carros y bestias aumentan la confusion y el desórden; siendo de notar entre la multitud unos hombres que andando de aqui para alli, con solo fijar la atencion en el semblante del que transita, se dirigen alternativamente al de un lado para preguntarle: «¿qué va usted á comprar?» y al de otro para decirle: «¿tiene usted algo que vender?» Estos corredores no se engañan nunca; ¡tal es el poder de la costumbre!

En la parte baja del *Rastro*, que corresponde á la *Ribera de Curtidores*, ya no hay vida; alli está la muerte de los objetos inanimados. Aquel es un hospital de inválidos donde arrastran su miserable senectud las cosas que fueron y que saldrán de alli para el muladar ó para volver á ser. Poco tiempo estaremos en este sitio, porque el ambiente está embalsamado de esencias no muy gratas al órgano del olfato.

Sobre raquíticas mesas, y apiñados en desórden, se encuentran cuantos objetos se han descubierto desde que Adan pecó hasta nuestros dias. No pasaremos á enumerarlos porque seria imposible; bástenos saber que alli está todo, es decir, toda lo que puede ser buscado. Hay llaves para abrir todas las puertas de Madrid; trapo para surtir todas las fábricas de papel del reino; cencerros y cascabeles para todas las bestias, y zapatos *irremendables*, y sombreros *incomponibles* que, á no presenciar su venta, no se creeria que habia moneda por qué cambiarlos.

Nada exageramos en este punto; en el *Rastro* se venden esteras de junco quemadas; gícaras sin asa, agujereadas por el fondo, y trípodes faltos de dos patas; entre estas preciosidades suele hallarse un reloj de esos que por los años de 1700 fabricaban Carrier y Freres Brandt, y que hoy son propiedad esclusiva del actor que ejecuta el papel de *vecino* en la *Noche toledana*. ¿Cómo se compondrán, preguntamos nosotros, para la venta de un muñeco de plomo viejo, de esos que compran los muchachos en la fábrica nuevos por un ochavo?

Cuanto se diga, es poco: la pluma no puede bosquejar cumplidamente cuadro tan portentoso; los incrédulos que vayan alli y se convertirán.

Hemos llegado al término de nuestro paseo, á la cola del mónstruo *financiero*; pero aun nos queda que decir. Este mónstruo se enrosca con la facilidad de la culebra, y entonces la cabeza se junta con su estremidad.

En el *Rastro* hay dinero; y el comercio aristocrático suele acudir allí en carretela á firmar un pagaré en la asquerosa estancia de un baratillero. No es una ilusion; hombre hay en el *Rastro* que en medio de su aparente miseria, y entre clavos y hierro viejo, conserva una carpeta de talones de Banco. Si nos fuera dado desgarrar el velo de la vida privada, señalaríamos con sus nombres mercaderes del *Rastro* que han hecho empréstitos considerables á asociaciones mercantiles de las mas acreditadas de la corte. Estos capitales se han formado en inmundos baratillos y entre trastos viejos; y han venido á probar claramente que en el comercio aristocrático se aprende á gastar, mientras que en la democracia del comercio se aprende á juntar dinero.

Esta es en globo la fisonomía del comercio de la corte de España. Digamos algo de nuestros banqueros.





CAPITULO III.

Los banqueros en camisa.

I.



Todos los americanos pasan por ricos en España, ya porque real y verdaderamente posean inmensos dominios en su pais, ya porque tengan la incomparable habilidad de hacérnoslo creer con esa melíflua sencillez y esa artificiosa franqueza que les distingue. Tan cierto es lo que decimos, que ninguno de nuestros lectores dejará de convenir con nosotros en que en España, desde hace mucho tiempo, son sinónimas las palabras rico y americano, estando en nuestra imaginacion confundidas y mezcladas de tal modo las ideas que de esas palabras se desprenden, que nunca oimos decir *rico*, sin que se nos venga

á las mientes la idea de un *americano*, ni escuchemos la voz americano, sin parar nuestra consideracion en los cuantiosos bienes de fortuna que debe poseer.

Con efecto, ¿quién conoce á uno de esos hombres de mediana estatura, de crespos y rizados cabellos, de color moreno chocolate, de blancos dientes, de rasgados y negros ojos, mesurado en su andar lo mismo que en sus palabras, que no haya dejado en las apartadas regiones donde vió la luz primera algunos ingenios de azúcar en poder de sus deudos, algunas docenas de acciones de ricas minas, algunos centenares de negros á su servicio ó un puñado de velas atravesando el Océano y siendo envidia de los mares?

¿Qué padre de familias no se deleita con la idea de poder enlazar algun dia la mas hermosa de sus hijas, nacida en el mundo antiguo, con uno de los mas feos potentados del nuevo mundo? ¿Qué empresa comercial no cree asegurado el éxito de sus especulaciones con el imponderable refuerzo de un americano? ¿Qué patrona de huéspedes cederia su habitacion á uno de nuestros opulentos labradores ó encopetados títulos que la solicitasen, terciándose por medio un tostado *general de azúcar* (1) ó un fabricante de cigarros habanos de esos que vienen á pretender la gran cruz de Isabel la Católica?

Pues bien, de la misma manera que, sin saber darnos una razon plausible, juzgamos cándidamente que son ricos todos los que atraviesan los mares para visitarnos, tenemos la debilidad, sin que sepamos tampoco darnos la razon del por qué, de creer en los bienes de fortuna y en las riquezas de los que atraviesan la calle del Desengaño para entrar en la Bolsa, ó el espacioso salon de la Bolsa para salir á la calle del Desengaño (2).

No basta que sepamos, como no podemos menos de saber, que en la Bolsa se pierde una fortuna con mucha mas facilidad que se conquista: no basta que estemos íntimamente convencidos de que la mayor parte de los que atraviesan cada dia sus umbrales tendrán muchísimo que ganar, pero que no tienen nada que perder: no son suficientes ninguna de estas consideraciones para apartar de nuestra imaginacion la idea de que los bolsistas son hombres de provecho; del mismo modo que no nos basta saber que en América hay muchos que se mueren de hambre, ni recordar el suceso de aquel paisano nuestro que fue á Méjico en busca de fortuna, y dió de puntapiés al primer duro que hubo de hallarse á las puertas de la ciudad creyendo que ya empezaba á perseguirle, sin que despues tuviera ocasion de ver otro ni pintado, para acabarnos de convencer de que no todos los que vienen de América tienen minas, in-

(1) Asi llaman á los cubanos que alcanzan el empleo de mariscal de campo.

(2) Asi se denomina la calle donde se halla establecida la Bolsa. No nos ocupamos ahora de este establecimiento porque lo reservamos para el capitulo en que se hable de las casas de juego.

genios ó esclavos. Necesitamos otra razon mas poderosa; y esa la hallaremos, cuando desentendiéndonos del indiano, que cambia algunos millares de pesos por una cruz, y del opulento banquero que suministra empréstitos considerables, estudiemos detenidamente y uno por uno á los indianos y á los banqueros.

Tal vez mas adelante nos ocupemos de los hijos del nuevo mundo; ahora contentémonos con estudiar en camisa y á la luz de una linterna, algunas de las figuras del mundo antiguo.

II.

Danton decia que para salvar la república se necesitaba audacia, audacia y no mas que audacia. Napoleon dijo que para hacer la guerra se necesitaba dinero, dinero y no mas que dinero. Lamartine ha dicho que para salvar al pueblo se necesita corazon, corazon y no mas que corazon. Nosotros decimos que para ser banquero en España, se necesita mucho de lo primero, muy poco de lo segundo, y carecer absolutamente de lo tercero. Si á estas tres cualidades se reune la de dejar á un lado aquella cosa que por ser verde se la comió un jumento, segun cuenta la historia, se pasa fácilmente entre nosotros de la esfera de simple ciudadano á la de Creso comercial.

Apuntemos sino algunos de los infinitos medios que nuestro dorado siglo de las luces nos ofrece como mas eficaces para la realizacion de esta metamórfosis.

Se puede ser banquero apropiándose, por ejemplo, una suma considerable destinada á rescatar á algunos infelices prisioneros, que tal vez pierdan su vida por no llegar á su destino el precio del rescate.

Se puede ser banquero casándose con una vieja chocha, pero opulenta, siempre que haya un medio de matarla despues á pesadumbres.

Se puede ser banquero dilapidando la fortuna de otro banquero, aunque sea desde la humilde condicion de escribiente, toda vez que pueda verificarse un cambio por el cual el que era antes banquero se convierta en escribiente, y el que ocupaba la plaza de escribiente ascienda á la categoría de su principal.

Se puede ser banquero constituyéndose en director de una sociedad anónima.

Se puede ser banquero apropiándose con entera libertad lo que la libertad arrancó al que no era libre, con el solo objeto de asegurar de una manera estable la existencia de la misma libertad.

Se puede ser banquero, contratando un empréstito, aunque sea con fondos prestados, siempre que de las condiciones del empréstito, resulte

que los productos del empréstito sean bastantes á hacer frente á los compromisos del empréstito, quedando siempre la exorbitante suma que los intereses del empréstito proporcione.

Se puede ser banquero galanteando á la mujer de uno que lo sea.

Se puede ser banquero comprando títulos por órden y con dinero de otro que se halle imposibilitado de dar la cara, haciéndose cuenta siempre de que si se pierde, pierde el prógimo, y de que si se gana, no puede reclamar sus ganancias en los tribunales.

Se puede ser banquero teniendo la paciencia de hacerse el hombre de bien por espacio de treinta años, para arramblar en un dia con todo lo que la inocencia depositó en manos de una mentida buena fe.

Se puede ser banquero dándose maña para pasar de estudiante á diputado, de diputado á ministro, y de ministro á caballero particular.

Se puede ser banquero habiendo manejado el caudal de unos menores.

Se puede ser banquero haciéndole á la tropa un vestuario á entradas del invierno, con el filantrópico fin de preservarla de los rigores de la estacion.

Se puede ser banquero empeñando ropas y alhajas en buen uso al mil por ciento, con la precisa condicion de enagenarlos al año, siempre que se cuide de no dar mas que un duro por aquello que se tenga una seguridad de que vale veinte.

Se puede ser banquero declarándose defensor de las clases menesterosas, y haciéndose cargo de recaudar los fondos necesarios para promover un motin que las eleve al rango que por sus derechos sociales les corresponde.

Se puede ser banquero haciendo un periódico de oposicion para que lo compre el ministerio, ó un periódico ministerial para que lo compre la oposicion.

Y en fin, se puede ser banquero hasta buscando un buen caballo, armándose de un trabuco naranjero y saliendo al camino á detener una diligencia.

No se crea sin embargo que todos los medios que dejamos espuestos y otros que en gracia de la brevedad suprimimos, y por los que se puede llegar á rico en pocos dias, son los empleados hasta ahora por los hombres que en nuestra patria han alcanzado la envidiable posicion de capitalistas, no; estos son los únicos que nuestro siglo venal y corrompido ha dado á conocer como mas eficaces y oportunos, sin cuidarse de la *inmensa responsabilidad* y la *pesada carga* que acarrea una fortuna á tan gran precio conquistada. ¡Nuestros banqueros han trepado á la cúspide de su poder por medios mas honrosos, sin desprenderse de su buena fe, sin apelar á villanos recursos, sin dilapidar los bienes del huérfano, sin hacer contratos onerosos para su pais, sin incurrir en ninguna de esas arterías

á que por desgracia conduce el siglo venal y corrompido que alcanzamos!!!

Todo lo contrario; nuestros banqueros para hacer su fortuna han procurado mejorar al propio tiempo la condicion del pobre; se han enriquecido en fuerza de su trabajo personal, rodeados de afanes y de privaciones; ¡puede decirse que lo han hecho con el sudor de su frente, como Dios manda!... Ellos han protegido las ciencias y las letras, las artes y la agricultura, la industria y el comercio, y han prestado su apoyo á cuantos hombres de valer llegaban á sus puertas. ¡Solo el bien de sus semejantes les ha preocupado! ¡Solo el deseo de ver prosperar á su querida patria ha dirigido sus acciones y sus pensamientos!!!

Ellos han dotado escuelas públicas, han fundado cajas de socorros para las clases proletarias, han promovido grandes obras para dar ocupacion á los artistas y resucitar los gloriosos tiempos en que la España era la envidia de las demas naciones. A ellos se deben únicamente los progresos que de poco tiempo acá se notan en la pintura, en la mecánica y en las letras; porque ellos han formado museos, porque han construido fábricas, porque han establecido bibliotecas.

Tal vez alguno de nuestros mas incrédulos lectores se atreva á preguntarnos: ¿dónde están esa generosidad y filantropía? ¿cuáles son esas escuelas públicas? ¿en qué punto se han establecido las cajas de socorros? ¿quiénes son los artistas premiados? ¿quiénes los hombres eminentes socorridos? ¿dónde están las fábricas? ¿en qué lugar encontraremos las bibliotecas?... Pero nosotros podremos contestarles á nuestra vez con otra pregunta: ¿podeis dudar un momento de que existan estos preciosos bienes, por mas que no los conozcais, y aunque no hayan llegado tampoco á nuestra noticia? ¿qué han hecho si no de su fortuna nuestros modernos Cresos?... No... de sus beneficios no podeis dudar un momento.... porque esos los estais palpando todos los dias, á todas horas, en cada minuto de vuestra vida social.... porque ellos son la causa de ese bienestar, de esa abundancia, de esa modesta holgura que os rodea.... porque ellos constituyen el remedio heróico de todos vuestros males, vuestra panacea, vuestra piedra filosofal.... ¡Oh! ¡decir que nuestros banqueros no son espléndidos, y magníficos, y generosos!... ¡Blasfemia!... ¡abominacion!... ¡heregía!... ¡Que los tacharais de ignorantes!... ¡pase!... Esto no tiene nada de estraño.... ¡ya se ve!... atraidos por el deseo de hacer bien y ocupados solo en realizarle, no les ha quedado tiempo para instruirse, ni para brillar en ninguna de las carreras públicas, como suele acontecer en otras naciones; y por otra parte, ¿de qué serviria que fueran instruidos si por proporcionarse fútiles adornos hubieran desatendido los importantes y beneficiosos trabajos de que contínuamente se ocupaban?

Cuentan que el baron de Rostchild, entre otros muchos conocimientos, reune el de todos los idiomas de Europa.... de esa manera nada tiene de estraño, ni por cierto es gran mérito el haber llegado á ser de los prime-

ros potentados de la tierra! Donde está la gracia, donde se halla el mérito verdadero es en la mayoría de nuestros banqueros, que no solo desconocen los idiomas de Europa, sino que no están muy al corriente, que digamos, en el que se habla en la patria de Cervantes.

Los negocios, de que por todas partes se ven cercados, solo les dejan cortísimos instantes de reposo; y esos los ocupan con sobrada razon en correr sus briosos caballos, dirigir sus ligeros carruajes, contemplar á sus bellas compatriotas desde las aceras de la calle de la Montera, ó arreglar sus cruces y sus bordados para lucirlos en las solemnidades públicas.

Pero como en cambio de estos pasatiempos, que bien pueden perdonárseles por lo plausibles, han proporcionado y proporcionan tantos beneficios, no queremos pasar á hablar de ellos particularmente sin dejar consignado, que para nosotros es una ridícula preocupacion la del vulgo, cuando dice que el tener unos tanto y otros tan poco, consiste en que en nuestro siglo no impera otra ley que la ley del embudo.



III.

Digimos, al hablar del comercio de la corte de España, que la gran ciencia de nuestros tenderos, dejando aparte el ramo de saludos y galanteos, de abrir fardos y destapar cajones, de hacer la apología de los géneros y de medir varas de tela, cosas todas mas propias de dependientes que de comerciantes, digimos, pues, que estaba reducida á COMPRAR BARATO Y VENDER CARO. Este axioma del comercio menudo, que por sí solo se recomienda y que tan positivos resultados ofrece á primera vista, es el núcleo sobre que se forman modestos y seguros capi-

tales, que solo en muy raras ocasiones son objeto de la codicia del público ó de las conversaciones de los hombres que se llaman de negocios.

Ahora que desde la democracia del comercio hemos pasado á examinar, aunque rápidamente, el prototipo de la aristocracia mercantil, debemos asimismo dar á conocer el instrumento mágico de que se valen sus encopetados individuos para acrecentar de una manera prodigiosa sus caudales, sin gran trabajo, con muy escasa ciencia, y con menos esposicion que ciencia ni trabajo. Ese mágico instrumento, esa preciosa vara de virtudes tan fecunda en frutos, aunque ignoramos el nombre que tenga en el comercio, USURA le llamamos los profanos.

En efecto, la usura ha venido á ser en nuestros dias el negocio que absorbe los caudales, la especulacion casi esclusiva de los que los poseen, y el medio único de llegar á adquirirlos los que no contaban con ellos. A la usura se deben las improvisadas fortunas que admiramos, en la usura se emplean las soberbias riquezas que nos espantan, por la usura se mueven y se agitan diariamente la mayor parte de los banqueros. ¿A qué otra cosa, si no, habia de atribuirse el lamentable abandono á que se hallan reducidos entre nosotros todos los ramos de la industria y del comercio verdadero?

En otros paises, los grandes capitalistas proporcionan grandes ventajas y utilidades, no por patriotismo, como algunos suponen, porque el patriotismo casi nunca influye en las acciones personales de los hombres, sino porque cumplen con la mision que están llamados á desempeñar; porque al dedicarse á la carrera del comercio, son comerciantes antes que todo, y no descienden esclusivamente á la condicion humilde de usureros. Llevados del natural deseo de hallar mejor y mas fácil salida á los productos de su industria, se lanzan á los mares, y aunque no se acuerden de la marina nacional al construir sus buques, ello es que indirectamente la perfeccionan y la aumentan, refluyendo estas mejoras en provecho de su misma patria. Si pretenden beneficiar la tierra y esplotar sus productos aun en mayor escala que cuantos á la agricultura se dedican, introducen máquinas que simplifiquen los trabajos, instrumentos que los hagan mas provechosos, aplican á la práctica la ciencia, y al par que consiguen utilizar de una manera mas positiva sus caudales, sirven de maestros y de guias á los menos acomodados labradores, que nunca hubieran podido conocer los adelantos de la civilizacion en la agricultura. Si se dedican á los diferentes ramos de la industria, ensayan en sus fábricas los mas acreditados métodos, suplen con la mecánica los peligrosos trabajos de los hombres, perfeccionan los productos, rebajan sus costes, y por sobrepujar á todos sus iguales, y por adquirir honrosos privilegios y por obtener mayores utilidades que ningun otro, sirven á los consumidores, emplean á los necesitados y contribuyen á la prosperidad y gloria de su pais.

Pero lo hemos dicho y lo repetimos: estos preciosos bienes, estas ventajas positivas que los capitalistas proporcionan á otras naciones, consisten en que al dedicarse á la carrera del comercio son comerciantes antes que todo, y no descienden esclusivamente á la condicion humilde de usureros. En España no sabemos, ó lo que es mas reprensible, no queremos salir del tema obligado de la usura. Con ella nos va bien; y si es cierto que no hace aumentar la marina, que no mejora la agricultura y que hunde en mayor abatimiento las artes, proporciona en cambio buenos doblones sin gran trabajo, con muy escasa ciencia y menos esposicion que ciencia ni trabajo. ¡Gracias sean dadas una y mil veces á nuestros poderosos usureros!... Y no se crea que lo decimos irónicamente, no; gracias les sean dadas, y quiera el cielo que nunca se aparten de la senda que se han trazado, porque una vez que lo hicieron fue para establecer sociedades en comandita, con el santo fin de monopolizar el carbon, el agua, el trigo, y hasta el aire que respirábamos, encargándose de probar los mágicos efectos de tan maravilloso ensayo, los pacientes y sufridos pueblos, y los no menos pacientes y cándidos accionistas. ¡No, no! ¡Seguid, banqueros, seguid vuestro camino, que no haya miedo de que tratemos de separaros de él! Si el gobierno se encuentra en grave apuro, hacedle empréstitos, aunque sea al mil por ciento, pues tendrá que aceptarlos si de no contar con vuestros recursos habian de seguirse males á la patria. Si un grande piensa contraer matrimonio, ofrecedle vuestros caudales para que celebre sus bodas con pompa y aparato; estad seguros de que no reparará en el premio que le exijais, porque sin vuestros tesoros no podria aceptar la sagrada coyunda que apetece. Si un jóven gastador y disipado os empeña su patrimonio por una insignificante suma, facilitádsela al momento, pues que tras de aquella necesitará otra, y podreis triplicar vuestras ganancias á medida que aumente sus pedidos. ¡Hacedlo asi y no volvais por Dios á ensayar un nuevo método de especulaciones, como el que tan sábiamente planteasteis, pues si es preciso que haya ó sociedades anónimas ó usura, bien os agradecerán vuestros compatriotas que ejerzais la segunda, con tal de que no volvais á acordaros de las primeras!

IV.

Excmo. Sr. D. José de Salamanca, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, condecorado con el gran cordon de la órden de Cristo, comendador de la muy veneranda de San Juan de Jerusalen, ex-ministro de Hacienda y diputado á Córtes.

Asi como hay hombres que nos son antipáticos desde el punto y hora en que se presentan á nuestra vista, sin que nos hayan hecho daño alguno ni esperemos nada malo de su persona, asi tambien los hay que sin que tengamos nada que agradecerles ni aguardemos de ellos beneficio alguno, se atraen prontamente nuestras simpatías. A estos últimos corresponde, sin duda, el banquero que nos ocupa, y al que colocamos en primer lugar, porque segun nuestra doctrina, la desgracia es primero que la fortuna; debe el vencido llamar nuestra atencion antes que el vencedor. Salamanca, en efecto, es uno de aquellos hombres que difícilmente desagradan á nadie, y mas si se le contempla en la época de su apogeo, como generalmente debe estudiarse á todos los que un tiempo permanecieron oscuros y desconocidos, viniendo despues, por aquellos caprichos de la fortuna, á ocupar una distinguida posicion en la sociedad.

Al generoso no se le puede apreciar en la miseria: al hombre espléndido difícilmente se le reconoceria en medio de las privaciones; y Salamanca posee ambas cualidades.

El carácter de retratista fotogénico que nos hemos impuesto, al tratar de cada una de las personas llamadas á figurar en esta coleccion, exige que digamos algo del principio de su carrera.

Andaluz de orígen, vástago de una familia honrada, aunque sin grandes bienes de fortuna, de talento claro y despejado, de viva imaginacion, decidido y resuelto como suelen ser los hijos del Mediodía, se dedicó Salamanca al estudio de la jurisprudencia, mas por seguir las inspiraciones de su padre, afamado discípulo de Galeno, que por vocacion propia á la carrera del foro. Abogado, fiscal despues, juez de primera instancia por último, no sobrellevaba con paciencia el monótono al par que grave desempeño de los negocios anejos á su profesion. Un dia abandonó el juzgado sin otra formalidad que la de dar parte de su soberana resolucion á la audiencia á que pertenecia su distrito judicial, y sin detenerse un momento emprendió el camino de la corte con propósito de dedicarse á la carrera mercantil, para la que contaba con algunos elementos por parte de sus parientes y amigos. Los resultados de esta empresa, acometida con tanto valor como de buen éxito coronada,

están consignados en los primeros párrafos de un discurso que su leal amigo y compañero el Sr. D. Patricio de la Escosura pronunció en el congreso de los diputados al hacer su defensa, cuando despues de ser ministro se le acusaba; datos y razones de su vida pasada que aducia el ex-ministro de la gobernacion, como prueba de gran peso en los tribunales, porque dan á conocer la clase de persona que ha de juzgarse.

«Señores, decia, el Sr. Salamanca es un hombre que vino á Madrid pobre, con pocos y escasos medios de fortuna; pero con audacia, con resolucion, y se dedicó á lo que hoy llaman carrera de negocios: comercio lo llamaban nuestros padres.

»Favoreció la fortuna al Sr. Salamanca porque tenia talento, generosidad; porque trajo á este género de negocios una cosa rara, el corazon y el sentimiento; el Sr. Salamanca es un hombre de negocios con corazon y con sentimiento. Su engrandecimiento rápido, prodigioso, llegó á hacer dudar de que fuera una verdad á muchos hombres; pero en esa carrera no hay una sola mancha, no hay una sola lágrima; ¡yo no he oido nunca á nadie que la fortuna del Sr. Salamanca se haya hecho á costa de la ruina de un solo español, que se haya dudado jamás de su probidad comercial en ningun mercado!

»Pero no es esto bastante (*y entre españoles hablo)*: su casa fue un hospicio abierto para el talento, para el porvenir, una fuente para las artes, y prueba de ello es su magnífica galería de pinturas, y un raudal caudaloso que salia por la ancha vena del Sr. Salamanca á la sociedad entera (*muestras de aprobacion*); pero hay mas: imitando á los romanos espléndidos, funda un teatro gastando inmensas sumas para sostenerle. El Sr. Salamanca tiene una naturaleza espansiva, y acaso no fuera su fortuna en el dia la que ayer ha manifestado S. S., si en lugar de gastar con esa esplendidez hubiera atesorado como hacen otros que se encuentran en su clase.

»Pero dar lo suyo, pero gastarlo magníficamente, pero hacer beneficios, y esta parte la habia olvidado, y permítame el congreso que vuelva atrás, beneficios no solo á la miseria honrada, beneficios, señores, hasta la humanidad frágil!....

»No creo que el congreso interpretará mal lo que acabo de decir; ha habido hombres que, encargados de los intereses públicos han abusado de ellos, llevados acaso de una estrema necesidad, y estos hombres han encontrado en el Sr. Salamanca los medios de restituir estas cantidades, reparando asi su honra y no dejando este legado á sus hijos: esto es lo que he querido decir antes.

»Y, señores, el ser benéfico, generoso, espléndido, no le bastaba al señor Salamanca. El Sr. Salamanca llega hasta el punto de renunciar á sus ganancias legítimas en el terreno de los negocios. Hubo época en que personas que no debieran atravesar las puertas de la bolsa, jugaron; como tenian poco conocimiento de este género de negocios, perdian frecuente-

mente; el Sr. Salamanca ganaba: llegaron las épocas del vencimiento, y entre esas cuantas personas las hubo que no podian hacer frente á los pagos; podrian decir cuántas fueron las pólizas que el Sr. Salamanca rasgó.

»Hay, pues, señores, en esta ocasion acusado un hombre espléndido, generoso, pródigo, que comercia solo en dinero, porque no sabe darle valor: ¡á ese hombre es á quien se quiere sujetar á una acusacion mezquina!»

Las palabras que dejamos apuntadas y con las que un amigo generoso procuraba sincerar á Salamanca de los cargos que se le dirigian, recordando los principales hechos de su vida pública, revelan suficientemente el carácter del que supo elevarse desde una condicion humilde á los primeros puestos de la sociedad. Inteligencia, actividad, valor, audacia, generosidad, corazon y sentimiento, son las principales dotes que le distinguen, y con ayuda de las que se vió en camino de conquistar una envidiable fortuna: su trato amable y simpático y una buena estrella nunca contrariada hicieron lo demas.

Salamanca comerciante, Salamanca capitalista, Salamanca banquero, no hallaba en ninguna de estas posiciones el colmo de su dicha, el término de sus deseos. Necesitaba adquirir honores y distinciones, necesitaba ser diputado, necesitaba ser consejero de la corona; y como la carrera política, para la que en España no se requieren grandes méritos, absorbe sin embargo por sí sola todos los cuidados y atenciones del hombre que la emprende, bien pronto Salamanca desatendia sus verdaderos intereses, fascinado por la mentida gloria que esperaba adquirir en uno de los sillones del consejo.

Algunos pretenden que la esplendidez y generosidad de Salamanca tenian solo por objeto el figurar sobre todos los que se hallaban en su clase y adquirir de este modo una popularidad que mas tarde pudiera servir de medio á su ansiada elevacion; pero nosotros, para quienes la idea de interpetrar los pensamientos y las acciones de los hombres entra en el número de las suposiciones sin fundamento, y que medimos únicamente los hechos por lo que arrojan de sí, sin cuidarnos de la intencion que pueda acompañarles, debemos confesar que la generosidad y esplendidez de Salamanca no habian hallado desgraciadamente muchos imitadores entre los capitalistas y banqueros españoles.

alamanca es uno de los pocos hombres de negocios que han comprendido el deber en que estaban de protejer de una manera ostensible las artes y los que á ellas se dedican, porque jamás podrian salir de la postracion y de la inercia esos ramos de los humanos conocimientos que por considerarse de lujo, son patrimonio esclusivo de los poderosos. Él formó una magnífica galería de pinturas, en la que figuraban al lado de las grandes creaciones de los antiguos maestros, las mas aca-

badas obras de nuestros buenos pintores contemporáneos. Él abrió un teatro, favorecido siempre de lo mas principal y escogido de la corte de España, porque allí tenian cabida todos los artistas nacionales y estranjeros de verdadero mérito y de esperanzas reconocidas; teatro en donde se fomentaba á la par que el gusto del público, la aficion de los jóvenes principiantes que veian en él el término de su laboriosa carrera y la recompensa de sus afanes. El acometió la empresa de fabricar un suntuoso palacio, á cuya obra debian concurrir los conocimientos y oficios de pintores y escultores, de arquitectos y artistas de todo genero, dándoles ocasion de medir sus fuerzas, de realizar sus creaciones y de utilizar de un modo digno sus trabajos. Él concibió y llevó á cabo antes que ningun otro el proyecto de construir un camino de hierro, no ideado hasta entonces en España, y que, á los enormes desembolsos que ocasionaba, reunia el inconveniente de la novedad que hace dudoso siempre el éxito de las empresas. Él en fin dispensaba su proteccion franca y desinteresada, en la apariencia al menos si es que no queremos concederle estas virtudes, á cuantos á su amparo se acogian; no limitándose á premiar el mérito porque esto hubiera podido creerse una manía, aunque siempre meritoria y plausible, sino llevando el consuelo á la desgracia, ausiliando al desvalido é impidiendo la ruina de muchos que, á no valerse de su generosidad, la hubieran esperimentado sin duda.

Sentimos una complacencia estraordinaria al consiguar aqui estos hechos de todos conocidos, porque se refieren á un hombre que ha visto amenguar su fortuna, efecto de su misma prodigalidad, que ha sido generoso hasta con sus propios enemigos, y que si un dia volviera á elevarse á la altura que en otras ocasiones ha ocupado, seria uno de los que mas habian de contribuir á las mejoras y adelantos de su patria. Tal vez si se encontrára en la época de su apogeo seríamos severos con él hasta el punto de no perdonarle flaqueza alguna ni estravío de ningun género; tal vez le reprochariamos ese reprensible afan de quererse salir de la esfera de comerciante, donde le aguardaba un porvenir lisonjero, para entrar en otra carrera en la que esperaba menos felices resultados; pero en esto no hariamos mas que seguir las huellas de sus encarnizados enemigos, que no contentos con presenciar su derrota, se recrean en zaherirle y en calumniarle.

Acontecimientos políticos harto deplorables, y cuya apreciacion es ajena de este lugar, obligaron á Salamanca á alejarse de su patria en ocasion de que su fortuna necesitaba mas que nunca de sus cuidados, comprometida como estaba en grandes empresas, de cuyo abandono podia seguirse una ruina lamentable. Ajenos al comercio, y no siéndonos por consiguiente fácil inquirir la verdadera situacion de los negocios mercantiles, no podemos señalar de una manera positiva el estado de su casa;

pero, atendiendo á lo que se dice de público y á otros datos que hemos podido proporcionarnos, resulta que este no es el mas satisfactorio, si bien todavía ofrece algunas probabilidades de prosperidad y de bonanza.

No queremos terminar estos incoherentes y descuadernados apuntes sin decir algo de sus cualidades personales, curiosas siempre cuando se trata de un hombre que por espacio de mucho tiempo ha llamado la atencion de todos y que tal vez continúe llamándola en lo sucesivo. Salamanca es hombre de unos treinta y seis años, de alta estatura, cuerpo flexible y suelto, al que mas que de alto acomoda el epiteto de largo, de formas demacradas pero angulosas y salientes, signo cierto de actividad, vida y energía; de rostro alegre y malicioso, con grandes ojos movibles y despiertos, entornados á veces, como si á la sagacidad unieran la indiferencia; de ancha y espaciosa frente coronada por abundantes cabellos echados hácia atras en elegante desórden. Hay en el todo de su aspecto poco de vulgar y algo de estraordinario, que revela desde luego por sus cualidades físicas las morales de que se halla adornado el individuo. Habla con facilidad y desembarazo de todas materias, amenizando siempre su conversacion con oportunos chistes y ocurrencias festivas que producen doble efecto por la acentuacion andaluza, que aun conserva, y el gracejo propio de su pais. Elegante y apuesto en el vestir, aunque sin la afectada coquetería del petimetre, comunica á su trage cierto desaliño y abandono del que parece hacer mérito hasta en sus movimientos y acciones, ya se le vea caballero en un brioso alazan, ya se le contemple en el fondo de una berlina, ó bien repantigado en la butaca de un palco de la ópera.

Cuéntanse de Salamanca una porcion de rasgos notables, ya de puro ingenio, ya de generosidad y esplendidez, que, aunque comentados y glosados de diferente modo segun la clase de personas que de ellos se ocupan, merecen sin embargo, que se haga mencion de algunos porque acaban de caracterizarle completamente.

Asistia una noche con otros muchos sugetos notables á la lectura de una tragedia bíblica, lánguida y eterna como lo son la mayor parte de ellas, y no encontraba un pretesto plausible para abandonar al autor de la obra que tan cruelmente le martirizaba; pero como quiera que en una de las escenas, irritado sin duda el protagonista del drama con las personas que le rodeaban, que debian ser de la tribu de Levi, gritase con despecho: *¡Fuera Levitas!!!*... Salamanca, echando una rápida ojeada sobre su trage y saliendo precipitadamente de la estancia, esclamó como asustado:

—¡Me voy, me voy, antes de que arrojen de aquí á los *fraques!*

Refiérese que en otra ocasion, siendo ministro y viéndose acosado de muerte por las viudas que le reclamaban sus pagas, les decia:

—Señoras, ¡cuánto celebraria ver á ustedes reunidas con sus caros esposos!...

Un dia llegó á visitarle muy de mañana un oficial de ejército bien portado y de modales finos, pero profundamente afligido bajo el peso de la mas angustiosa de las desgracias. Encargado segun se esplicaba de una comision del cuerpo á que pertenecia, habia empleado en asuntos propios una suma considerable que era llegado el momento de reponer, para lo que no contaba con otros medios que los de la proverbial generosidad del banquero. Enternecido Salamanca por el triste cuadro que el caballero oficial acababa de pintarle, mandó á su cajero que le facilitase la cantidad que pedia sin recibo ni documento alguno, lo que rehusó el pundonoroso militar dejando consignado bajo su firma aquel rasgo de desprendimiento. Un mes despues se halló Salamanca rodeado en su gabinete de una porcion de oficiales del mismo cuerpo que, habiendo tenido noticia del suceso, venian á devolverle la cantidad citada exigiendo el recibo que debia obrar en su poder, para dejar de este modo en su lugar el buen nombre de los individuos del ejército. Conoció Salamanca entonces que al confesar su accion, si bien se reintegraba del donativo que habia hecho, podia seguirse la ruina del desgraciado oficial á quien poco antes habia favorecido, oyó con estrañeza el relato de aquellos jóvenes militares, y aseguró que no recordaba el suceso que le referian ni conservaba entre sus papeles recibo de cantidad alguna dada con tal motivo. Inútiles fueron las reiteradas aseveraciones de todos los oficiales á quienes les constaba de una manera indudable lo que decian: Salamanca se mantuvo en su propósito, sin que le hiciera abandonarle ni aun la amenaza de tener que batirse uno por uno con todos los oficiales del regimiento; lo que indudablemente hubiera sucedido á no mediar muchos amigos y personas de suposicion que disuadieron á los delicados jefes del imprudente estremo á que pretendian llevar un asunto digno solo de elogio y de eterna gratitud.

Dicen por último, que siendo empresario del que se llamó teatro del Circo, hoy de la Opera, y ejecutándose una funcion cuyos productos se habian destinado á establecimientos de beneficencia, cuidó de echarse en el bolsillo antes de salir de su casa algunas monedas de oro para entregarlas en la puerta del coliseo á las primeras actrices de la compañia encargadas de implorar la caridad pública antes de que diera principio el espectáculo. Apenas le vieron llegar las damas peticionarias, cuando se arrojaron á él para pedirle algun socorro y muy principalmente con el fin de manifestarle el profundo sentimiento que les causaba la falta de asistencia aquella noche de una augusta señora de quien esperaban una limosna proporcionada á su rango y nunca desmentida caridad.

—Deploro tanto como Vds., las dijo, ese inesperado contratiempo, pero estando yo aquí me creo en el deber de interpretar los piadosos sentimientos de esa augusta señora.

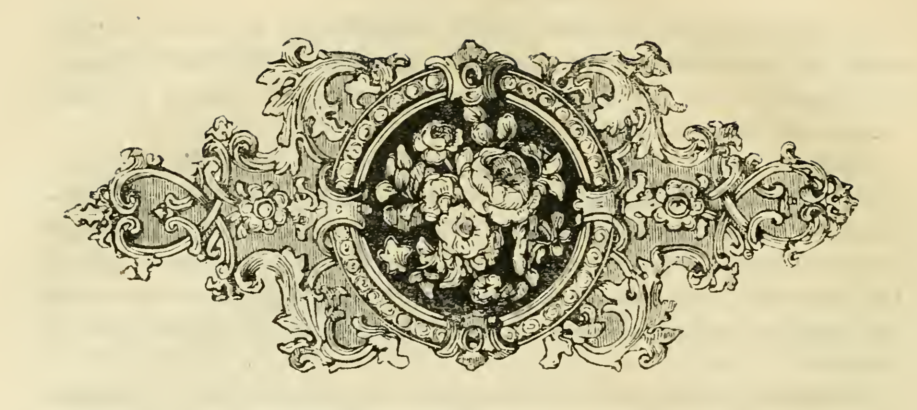
Y echando mano entonces, no al bolsillo en que guardaba las monedas de oro, sino á una cartera bien provista de billetes de banco, los depositó en la bandeja con grande asombro de cuantos tuvieron ocasion de presenciar aquella escena.

Muchos son los rasgos de desprendimiento que como llevamos dicho se cuentan de Salamanca; rasgos que por mas que algunos se empeñen en desvirtuar dándoles una interpretacion desfavorable, no dejan de ser dignos de particular mencion y de alabanza, atendiendo solo á los resultados, y lo que es mas, á los pocos ejemplos de competencia que pueden sostener con los de otros hombres de su misma clase y posicion.

Salamanca nació para ser rico, pero no para ser rico en España, donde la acumulacion de fortuna en un solo individuo, en vez de proporcionar bienes materiales, acarrea males estraordinarios, aminorando y reduciendo la circulacion; nació para ser banquero inglés, para gastar sin tino y sin reparo, para satisfacer á toda costa sus caprichos, para dejar bien puesto su nombre en todas ocasiones. A propósito de esta última consideracion nos viene á la memoria un episodio que hace relacion con él, y que por las circunstancias que le acompañaron y por las personas que en él tomaron parte, bien puede figurar en el contesto de nuestro libro, donde es fuerza que alterne lo festivo con lo grave, lo útil con lo indiferente, lo novelesco con lo histórico.

El deseo de no privar de su conocimiento á nuestros lectores, nos mueve á suspender durante algunas páginas la galería de retratos que tenemos comenzada y que continuaremos tan luego como termine el lance que motiva esta digresion del momento.





EPISODIO.

La noche del veinte y cuatro de diciembre de mil ochocientos cuarenta y seis, aunque nebulosa y fria como suelen las de esta época del año, principiaba alegre y divertida cual ninguna para los habitantes de la corte de España que, armados de besugos los unos, de panderetas los otros, de chicharras estos, de turrones aquellos, y no pocos de pellejos de vino con que poder digerir la indispensable sopa de almendra, se disponian á celebrar con la pompa y aparato de costumbre el nacimiento del hijo de Dios.

Grandes patrullas, no de soldados sino de alegres y bulliciosos cantores, recorrian las calles de la villa atronando con el estrépito de sus tamboriletes y de sus destempladas canciones los oidos de los transeuntes, que marchaban á paso largo en busca de sus deudos y parientes para dedicarles toda aquella noche, segun una rancia y antigua costumbre conservada religiosamente hasta nosotros.

Cuatro jóvenes, sin embargo, agenos á la alegria y al movimiento universal, permanecian silenciosos alrededor de una mesa del elegante café

que por entonces habian establecido en la calle de Alcalá los suizos Matosi, Fauconi y compañía. Aunque ninguno de los cuatro contaria mas de los veinte y tres años, y aunque la fisonomía de todos ellos revelaba bien claramente agudeza y despojo naturales, parecia que dominados todos por un mismo pensamiento, se hallaban á muy larga distancia del punto en que visiblemente se encontraban reunidos. No daba señales de romperse el silencio en aquella corta reunion segun el recogimiento particular



de cada uno de los jóvenes amigos, y tal vez se hubieran separado sin despedirse siquiera, á no presentarse un nuevo personaje de la misma edad y catadura que los anteriores, y que con desenfado calaveresco acercó á la mesa uno de los asientos que por allí habia, principiando á entonar á media voz y llevando el son con los dedos sobre la mesa de alabastro, la conocida cancion de circunstancias:

Esta noche es Noche-buena...

cancion que se apresuró á continuar uno de los hasta entonces mudos contertulios, saliendo del soñoliento estado en que se hallaba, y al que siguie-

ron casi instantáneamente sus tres camaradas, viniendo á concluir en coro y al unísono todos cinco el cantar ramplon y prosáico que dice:

Esta noche es Noche-buena
y mañana Navidad
Saca la bota morena
que me quiero emborrachar.

El que habia dado principio á la cancion, en quien despues reconoceremos uno de los principales actores del lance que se preparaba, acababa de escucharla con acompañamiento de tambores y panderetas, á una turba de alegres gana-panes; y al repetirla, sentia los deseos, ya que no de salir á entonarla en coro por las calles, al menos de hacer bueno, como suele decirse, el segundo período de la cuarteta. Sus compañeros, que tal vez deseaban lo mismo, y que en el espacio de tiempo que permanecieron silenciosos recordaban sin duda alegres reuniones de familia á muchas leguas de distancia, desecharon de repente su mal humor, y con la sonrisa en los lábios y la satisfaccion en los semblantes, dieron principio al animado coloquio, cuyo pálido bosquejo vamos á reproducir.

--Y bien, señores, preguntó á sus camaradas el jóven á quien vimos acercarse á la mesa: ¿en dónde habeis determinado celebrar el feliz natalicio del que tuvo la suerte de ver la luz primera, en el sagrado establo de Belen?

--En tu casa, contestaron á la vez los cuatro compañeros, como si asi lo hubiesen acordado; aunque á decir verdad, ninguno de ellos habia parado mientes en la necesidad de reunirse con semejante objeto.

--Pues os llevais un solemne chasco, repuso el agraciado; porque yo acabo en este instante de no tener casa, ó lo que es lo mismo, de reñir con mi patrona, para no volver á ver en mi vida la luz de sus avinagrados ojos.

--¡Cómo! esclamó uno de los circunstantes.

--Muy sencillamente. Figuráos una abominable mujer que se empeña en suprimir por innecesaria la comida del dia veinte y cuatro de diciembre, so pretesto de exacerbar nuestro apetito para cuando llegue la hora de la cena, en cuya confeccion se ha ocupado durante el dia.

--¡Oh! ¡eso es atroz!

--¡Inaudito!!

--¡Bárbaro!!!

--¡Como si para cenar con apetito, fuera necesario suprimir la comida!... continuó el ofendido huésped.

--Mucho que sí, gritó un tercero; yo apruebo ese sistema, y aun lo considero como eminentemente provechoso.

--Veamos por qué.

--Sí, sí, que se esplique!

--Para vosotros que estais montados á la francesa, prosiguió el que ha-

bia convenido con el parecer de la patrona, será un absurdo mi proposicion; pero para mí, que vivo á lo castellano viejo, no es sino una verdad.

--¡La prueba!

--¡La prueba!! gritaron todos.

--Allá va. Yo considero la comida y la cena como dos cosas inseparables, correlativas y que deben sucederse mútuamente....

--Entonces estás vencido. Si son dos cosas inseparables, correlativas, que deben sucederse, no deben suprimirse; á mí me han suprimido una, luego tu argumento flaquea por su base, habiendo destruido la inseparabilidad, la correlatividad y la mutualidad.

--Tiene razon, se apresuraron á decir todos á la vez.

--Todavia espero convenceros, pero necesito que me escucheis.

--Habla.

--Sí, dejadle hablar!

--Siendo inseparables, correlativas, mútuas, se asemejan claramente al marido y á la mujer.....

--¿Qué tiene que ver el matrimonio con la cena?..

--Ahora lo vereis.

--Entonces estás vencido, vuelvo á repitirse. Si la comida y la cena se asemejan como dices al marido y á la mujer, es claro que no puede suprimirse ninguno de los dos sin que quede disuelto el matrimonio; á mí me han suprimido uno, luego.....

--¿No me dejareis en toda la noche? He dicho y repito, que la comida y la cena son semejantes al marido y á la mujer; porque la mujer y el marido son dos entes inseparables, correlativos, mútuos. Ahora bien, ¿no os ha sucedido á vosotros nunca el que para llegar con mas desembarazo, con mas satisfaccion, con mas empeño á la mujer, os hayais visto obligados a suprimir el marido?....

Una carcajada general demostró al festivo orador que todos sus compañeros asentian con su modo de discurrir, y que tomando la cuestion bájo semejante punto de vista, no habia hecho la patrona del otro sino muy bien al suprimir la comida por innecesaria. Al llegar á este punto acababa de aumentarse la reunion con dos individuos mas que, habiendo escuchado la palabra cena, y creyendo percibir en aquel círculo intenciones hostiles de asaltar alguna despensa bien provista, solicitaron ser incluidos en el número de los comensales.

--¿A dónde pensais que vayamos á cenar? preguntó uno de los nuevos cofrades.

--Eso es precisamente lo que discutíamos en este momento, replicó otro de los antiguos en tono irónico; son tantos los compromisos que tenemos pendientes, que no sabemos en verdad por quién decidirnos

--¡Pues la hora se acerca; de modo que si ha de ser, debe decidirse cuantos antes!

Hasta entonces ninguno de los individuos de aquel *comité* que principiaba á ser revolucionario, habia pensado formalmente, como llevamos dicho, celebrar en familia la Natividad del hijo de Dios; pero como entre gentes de poco sexo y ansiosas de divertirse, nunca las bromas tienen otro orígen que la casualidad, y esta les habia deparado la idea de asistir á un banquete, ya desde entonces no se pensó en otra cosa que en designar la casa que habia de elegirse para realizarlo, y sobre este punto se abrió una ámplia y luminosa discusion.

Opinaban algunos que para exigir siete asientos á una mesa en aquella noche, debia echarse mano de una persona elevada por su posicion y rango, con objeto de no tener que causar gran molestia en los preparativos, aumentándose, como de hecho habia de suceder, hasta siete mas el número de convidados; y como todos convinieran en la idea, se presentaron en terna las casas de tres pastores de la iglesia, gente que está acostumbrada á no darse muy mala vida en asuntos de refectorio. Hubo quien observó á propósito de este pensamiento que los obispos cenaban temprano, y que por lo tanto guardarian la vigilia, cosa no muy á propósito para destripar botellas, si es que abundaban en la mesa de un venerable prelado. Teniendo en cuenta tan poderosas razones, se desechó el proyecto por unanimidad.

Otros creian que debia elegirse la casa de un grande de España, y aun citaron las de algunos nobles muy conocidos en la corte, pidiendo que se votára por mayoría absoluta el nombre del favorecido; pero considerando que si el orgulloso aristócrata no aceptaba la proposicion con el mismo placer y regocijo con que habia sido discutida, lo cual entraba en el cálculo de la posibilidad, era forzoso que todos siete le exigieran una satisfaccion en el acto; se desistió asimismo del propósito por no acibarar la noche con el triste espectáculo de siete duelos que irremisiblemente habian de provocarse.

En tal conflicto, y sin saber la asamblea deliberante qué partido tomar en un negocio que se iba haciendo tanto mas urgente á medida que el tiempo pasaba, hubo uno que entre otros nombres como por aquel momento queria recordar á propósito de jovialidad y esplendidez, pronunció el del banquero Salamanca: en aquel instante todos los concurrentes, como heridos de una ráfaga eléctrica, se pusieron de pie.

Un momento despues, siete jóvenes que salian del café Suizo, atravesaban la calle de Alcalá, diciendo en tono resuelto y decidido:

—¡Vamos á cenar con Salamanca!

Serian las ocho de la noche cuando nuestros jóvenes llegaban á la casa del banquero. Una porcion de personas de diversas edades, sexos y categorias poblaban la primera antesala, en medio de la cual pavoneaba-

se erguido y peripuesto uno de los representantes de la confederacion porteril que, á juzgar por las desdeñosas miradas que dirigia á los que á su alrededor se hallaban, y por el aire de gran tono que procuraba dar á su esterior, hubiérasele tenido por el dueño y señor de aquella espléndida morada. El jefe de la portería no pudo menos de quedar sorprendido en presencia del indisciplinado ejército que, sin prévio anuncio ni permiso, acababa de invadir sus dominios. Paróse enfrente del peloton que poblaba la estancia, y dirigiéndose al que mas cerca se hallaba de su respetable persona, recitó una especie de salmodia mandada entonar sin duda por su amo á la llegada de cada uno de los que alternativamente se introducian en aquel primer aposento.

--¿Podré saber, señores, dijo, qué asunto les ha hecho venir hasta aquí?

--Necesitamos, contestó uno de los siete á quienes se acababa de hacer tan original como estrambótica pregunta, hablar en este momento al señor don José de Salamanca.

--Su señoría, repuso el portero con sequedad, no ha venido á casa ni aun creo que llegará hasta muy entrada la noche. Todos estos señores, añadió dirigiéndose á los que paciéntemente esperaban, le aguardan todavía, y aunque yo creo que inútilmente, pueden ustedes imitarles si lo tienen á bien.

--No es necesario; esclamó otro de los jóvenes, adelantándose á los demas. Nosotros respetamos las razones que pueda tener su señoría para no hacerse visible en esta noche; sabemos, sin embargo, que se halla en casa, que dentro de un instante debe salir para ir al Circo, en donde se ejecuta una funcion dedicada esclusivamente á su persona; pero sabemos tambien que no ha de concurrir á ella hasta habernos recibido, en lo que tiene un particular interés. Sírvase usted pasarle recado de que desean ocupar algunos momentos su atencion siete escritores públicos.

Habia pronunciado el imberbe mancebo su discurso con tanto aplomo y con un acento de conviccion tan profunda, que el portero dudó un instante acerca del partido que deberia tomar. Siete jóvenes de porte distinguido á aquellas horas, en semejante noche y que tan informados se hallaban de los pasos de su señor, ciértamente traian alguna comision de importancia. Por otra parte, el carácter de *escritores públicos* con que se presentaban en una época en que, segun la chismográfia de los demas dependientes de la casa, debia resucitar un periódico de grandes dimensiones que en otro tiempo se habia señalado como órgano de su amo, todas estas consideraciones, en fin, debieron influir en que el portero, estricto observador hasta entonces de la consigna que se le daba, faltase á ella quizá por la primera vez de su vida, por si prestaba, obrando de este modo, un particular servicio á su señor. Asi es que desapareció sin pronunciar palabra por algunos instantes, al cabo de los cuales volvió á la estan-

cia con aspecto algo mas agradable que anteriormente, y con una atencion y finura estraordinarias.

—Su señoría me ordena, dijo, manifestar á ustedes que se tomen la molestia si gustan de esperar un momento en su gabinete.

Al reproducir el portero la galante invitacion que por órden de su amo debia hacerse á los escritores públicos, hizo girar sobre sus goznes una elegante mampara que se destacaba en el fondo de la estancia, indicando con un espresivo movimiento de sus brazos, acompañado de la mas profunda reverencia, que por aquella parte se llegaba directamente al gabinete de su señoría.

Aunque con el solo objeto de ser recibidos por el banquero, se habian dado á conocer como escritores públicos los jóvenes de que vamos hablando, en verdad que no habian hecho sino darse su propio nombre, como tendremos ocasion de reconocer en el discurso de este relato. Cierto es que en aquella época ninguno de los siete era apreciado por sus obras como lo son hoy la mayor parte de ellos; pero tampoco es menos cierto que la misma oscuridad en que vivian no rebajaba en nada el mérito de que cada uno pudiera estar adornado. Tal vez en aquella noche en que la casualidad acababa de reunirles sin otro fin que el de llevar á cabo una aventura gastronómica, habian de estrecharse mas y mas los lazos de una sincera y verdadera amistad que un dia produjera sazonados frutos, por haber formado de aquellos aislados individuos un solo cuerpo, del que brotáran grandes creaciones del ingenio, debidas á la emulacion y á las nobles aspiraciones de la gloria.

Recostados en soberbios divanes de damasco, y con la coquetería y elegancia propia de los pocos años, permanecian nuestros jóvenes guardando el mas prudente silencio en el sencillo á par que magestuoso gabinete del banquero. Su vista podia recrearse largas horas en los grandes cuadros al óleo que cubrian las paredes del aposento, en términos de que apenas llegaba á percibirse el finísimo tapíz de seda de que estaban vestidos. La mayor parte de aquellas famosas pinturas de los mas célebres autores eran pasos de la historia sagrada, entre los que alternaba solo algun moderno retrato de familia. En una chimenea de alabastro acababan de pasarse secos troncos de encina, cuyo reflejo comunicaba un suave calor al aire de la estancia embalsamado ya por las emanaciones de las bujias perfumadas que ardian en graciosos candelabros colocados sobre trípodes de ébano. En uno de los testeros del gabinete, y sobre una consola embutida de maderas de colores, estaba colocado bajo un brillante fanal el busto de la reina Isabel, sin que ningun otro adorno pudiese hacer separar la vista de aquella acabada obra del arte que presentaba la efigie de otra bellísima obra de la naturaleza.

La suntuosidad del lugar, el respetuoso silencio que se habian impuesto los jóvenes, el carácter con que acababan de darse á conocer, la be-

névola acogida que les habia dispensado el dueño de la casa, tal vez juzgando de suma importancia la entrevista que se le pedia, todas estas consideraciones tan agenas al verdadero carácter de la embajada, hacian aparecer como casi imposible la realizacion de un negocio que de caricaturesco se habia elevado á sublime, con gran disgusto de los que le proyectaron.

Es indudable que si les hubiera sido posible á los festivos jóvenes cejar en su propósito aun en el caso en que se hallaban, lo habrian hecho unánimes y conformes, renunciando generosamente al opíparo festin que un momento antes se prometian. Pero una vez colocados en semejante lugar y sin poder comunicarse uno á otro sus pensamientos, cada cual juzgaba que habia de tachársele de cobarde si abandonaba el campo á sus compañeros. Por otra parte, el banquero debia llegar en breve; en su presencia era de todo punto necesario esplicar el objeto de tan estraña visita, y para hacerlo asi no quedaba otro arbitrio que pedirle lisa y llánamente de cenar.

En efecto, pocos instantes se hizo esperar nuestro hombre, que a presentarse en la estancia no pudo contener un ligero movimiento de sorpresa á la vista de aquella falange de jóvenes desconocidos. Su aspecto, sin embargo, no perdió nada de la amable cortesanía que le distingue.

--Querré merecer de la atencion de ustedes, dijo con la mayor urbanidad despues de recibir las felicitaciones de todos, que me dispensen la incomodidad que haya podido causarles haciéndoles esperar algunos momentos. La necesidad de asistir á la mesa, donde varios amigos me hacian el honor de acompañarme, ha motivado mi tardanza. Ahora que tengo la satisfaccion de poder dedicarme esclusivamente á ustedes, solo aguardo sus órdenes.

--A nosotros toca la disculpa, esclamó uno de los siete amigos, puesto que no somos en esta ocasion los incomodados. El objeto de nuestra visita, que voy á esponerle en pocas palabras, dará á conocer á usted cláramente la causa de que háyamos querido hacerla en una hora tan inoportuna. Es el caso que, hallándonos poco hace reunidos en el café de Matossi como solemos hacerlo diariamente, acordamos entre otras cosas celebrar en familia la Natividad del Señor, por no interrumpir esa santa y patriarcal costumbre observada religiosamente entre nosotros; faltábanos solo una persona de respeto á quien dedicar nuestras humildes felicitaciones, y una casa á propósito en donde pudiera tener lugar el festin. La persona digna por mas de un título de presidir el banquete no es otra sino usted; el lugar en que deba verificarse aguardamos que usted se sirva designarle.

Al pronunciar el jóven estas palabras, la escena varió completamente de aspecto. Una carcajada general se dejó sentir en la estancia, y como por encanto se encontró rodeado el banquero de sus improvisados ami-

gos, á quienes apretaba indistintamente las manos con muestras de la mas sincera alegría.

—Cuánto celebro, señores, se apresuró á decir con ese aire de franqueza que le es tan peculiar; cuánto celebro haber tenido el honor de ser el elegido por esta respetable asamblea para dirigir los debates gastronómicos que se preparan! Acepto desde luego consideracion tan distinguida, y me apresuro á darles las gracias por sus recuerdos. Sentiria, sin embargo, que por lo que voy á decir se enfriára en lo mas mínimo el entusiasmo de que les véo animados, y al que procuraré corresponder por cuantos medios estén á mi alcance; pero debiéndose hacer esta misma noche una funcion en el Circo en obsequio mio, como ustedes no ignoran, y teniendo palabra empeñada de asistir á ella, no podré ser todo de ustedes hasta una hora que me es imposible determinar. Con todo, yo les ruego que acepten mi mesa, por mas que no me cuente en toda ella entre el número de los comensales.

—¡Oh! siendo asi retiramos desde luego nuestra proposicion, dijo el que habia usado anteriormente de la palabra.

—No puede verificarse la sesion faltando el presidente!... añadió otro individuo de la asamblea.

—Queda retirada!!.. se esforzaron á repetir los demas.

—Yo no puedo consentirlo, señores, dijo á su vez Salamanca; eso equivaldria á hacerme un desaire al que no me considero acreedor. Es necesario conciliarlo todo; y puesto que no renuncio al derecho que tengo adquirido á figurar en ese banquete, no encuentro una razon para que deje de llevarse á cabo. Yo empeño mi palabra de asistir á él, y ruego á ustedes por segunda vez que se sirvan aceptarle. Si mi ausencia pudiera ser un obstáculo á que ustedes lo celebrasen en mi propia casa, me atrevo á proponerles como lugar mas independiente y cómodo el *restaurant* de Mr. Lhardy, en la Carrera de San Gerónimo. Alli debia yo concurrir tambien á última hora, por habérmelo exigido asi otros amigos, y alli tendré la satisfaccion, si ustedes consienten, de que brindemos todos por una amistad que principia hoy.

A tan terminantes palabras difícil hubiera sido oponer resistencia dentro del círculo de la razon. La cena estaba pedida y otorgada; dejar de aceptarla podia interpretarse desfavorablemente, pues equivalía á manifestar que el paso dado habia sido solo con ánimo de poner á prueba la esplendidez y generosidad del banquero. Repitiéronse por una y otra parte las protestas de adhesion y reconocimiento, y los jóvenes se retiraron por demas satisfechos de la singular y franca acogida que Salamanca les habia dispensado.

Apenas se vieron en la calle, cuando cien opiniones diversas principiaron á germinar entre los miembros de aquella asamblea, segun que cada uno discurria acerca del partido que se deberia seguir. La discusion

se abrió de nuevo en una de las anchas aceras de la calle de Alcalá; y aunque el cielo encapotado y oscuro principiaba á derramar sobre nuestros siete individuos un mediano turbion, no por esto dejaban de ser acalorados y enérgicos los discursos que se pronunciaban al dilucidar cada una de las cuestiones que se proponian. ¿Era prudente renunciar el convite ó dejar de asistir á él á la hora designada? Entonces mas valia no haberle solicitado. ¿Convendria, acaso, disponer otro para el dia siguiente, con objeto de obsequiar á Salamanca? Esto seria lo mismo que mandarle á su casa el precio de la cena. ¿Habia necesidad de darle á conocer el verdadero carácter de la peticion que acababa de hacerse? Sí, pero era necesario dejar pasar algun tiempo para poderle obligar á admitir una corta fineza, sin que se hiriera en lo mas mínimo su escesiva susceptibilidad.

Acordando estaban las bases de esta última proposicion, que á juicio de todos era la mas equitativa y conveniente, cuando el portero mismo, á quien los jóvenes habian hallado en la primera antesala, salia presuroso de casa del banquero, dirigiendo sus pasos hácia la Carrera de San Gerónimo. Sin detenerse en parte alguna, llegó nuestro emisario al establecimiento de Mr. Lhardy: cambió con él algunas palabras, y se retiró satisfecho al parecer del buen desempeño de su cometido. Cuáles fueron estas palabras, solo Mr. Lhardy y el jefe de la portería lo saben; el hecho es que de allí á un instante se preparaban á salir á campaña las mas robustas cacerólas del *restaurant*, se estraian de los aparadores los mejores peces, se sacaban de las cuevas los mas esquisitos vinos, y todos los dependientes de la casa, resueltos como pocas veces y solícitos como nunca, adornaban con el mayor esmero una espaciosa mesa colocada en el salon principal del establecimiento.

A las doce y media de la noche dió principio la cena. Antes de pasar á referir lo que tuvo de notable, séanos permitido apuntar algunos curiosos pormenores que la precedieron.

La sala destinada para el banquete presentaba un aspecto deslumbrador y magnífico; tal era el gusto con que su entendido dueño habia mandado disponerla. Detenerse en su descripcion seria por demas ocioso, dirigiéndose á personas todas que, como nuestros lectores, habrán asistido á la representacion del cuadro final de la ópera *Lucrecia Borgia*. Hay que notar, sin embargo, una pequeña diferencia. Los convidados al banquete de Lucrecia aspiraban un ambiente corrompido por el roedor veneno que encerraban los ánforas, mientras que los convidados al banquete de Salamanca percibian clara y distintamente el delicioso aroma que exhalaban sanas y frescas frutas colocadas en graciosos canastillos de flores.

Mr. Lhardy hizo á los jóvenes amigos los honores de su casa en nombre del banquero, con toda la galantería de un diplomático, con toda la

finura de un francés. Ya sea por el interés que pudiera reportarle el buen desempeño de aquella comision, ya por el deseo de agradar al desprendido señor que habia delegado en él sus facultades, ó bien porque una y otra consideracion influyerán en su ánimo, ello es que el fondista no hallaba medios de servir dignamente á los convidados, á quienes dispensaba todo género de atenciones. Estos, por su parte, que se habian impuesto el deber de aceptarlo todo sin exigir nada, correspondian á las reiteradas invitaciones de los fámulos, que hacian circular por la sala preciosas bandejas con cigarros habanos y anchas copas de vino de *Bermut* por via de entretenimiento y como medio de despertar el apetito.

Antes de sentarse á la mesa colocaron nuestros jóvenes enfrente de la puerta de entrada, y sobre un pequeño velador de caoba, una caja de pistolas inglesas, cuyos lucientes cañones se dejaban ver distintamente fuera de la estancia por los vidrios de la mampara, en uno de los cuales habian fijado con anticipacion un enorme cartel, que en caractéres bien inteligibles decia de este modo: EL QUE OSE PENETRAR EN EL SALON SIN PRÉVIO CONSENTIMIENTO DE LOS QUE LE OCUPAN, TENDRÁ QUE BATIRSE UNO POR UNO CON SIETE JÓVENES QUE SE HALLAN SENTADOS Á LA MESA. Este reto, dirigido á la humanidad entera, prescindiendo de su carácter púramente francés, no significaba otra cosa que el deseo que los comensales tenian de no ser incomodados por nadie durante aquella noche, en que debia reinar la mas cordial y agradable franqueza. Por lo demas, bien sabian nuestros jóvenes duelistas el modo con que se llevan á cabo la mayor parte de los lances de honor en la corte de España.



Satisfechos asi del aislamiento voluntario á que se habian reducido, no les quedaba otra cosa que hacer que entregarse completamente al festin. Digamos algo de cada uno de los convidados, siguiendo el órden con que acababan de tomar asiento.

El decano de aquella reunion, que ocupaba uno de los testeros de la mesa, contaria sobre veinte y cinco años. Su color moreno-chocolate, su pelo crespo y una acentuacion gutural, revelaban que era americano: su

mirada vaga y maliciosa y el destemplado timbre de su voz, daban á conocer que era sordo. Hablaba poco, fumaba mucho y no bebia nada. A la derecha de este, se habia colocado el reverso de la medalla. Era un jóven de bastante menos edad, de tez blanca y sonrosada, de calva frente, bajo de cuerpo y pronunciado de abdómen. Hablaba mucho, fumoba mucho y bebia con bastante desenfado. Sin duda que aquel prógimo habia escogido el puesto en que se hallaba para poder hablarlo todo sin ser interrumpido por su adlátere.

Seguia por la derecha otro grave y barbudo ciudadano, calvo tambien, tan chupado de rostro como de cuerpo, tan parco en sus palabras como en sus ademanes. Hubiérasele tenido por todo un pobre hombre, á no saber que se ocuparia en la confeccion de un centenar de epígramas que asestar en ocasion oportuna á sus desprevenidos compañeros. Contrastaba con este último personage un angosto y descolorido mancebo de luengas guedejas, ojos grandes, azules, de clara voz, resuelto en el decir, y que en vez de reservar los epígramas como el individuo de que hablamos anteriormente, se esforzaba en abortarlos *volis nolis*, sintiendo solo el tener que intercalar palabras vagas en medio de ellos para hilar y zurcir su razonamiento. Este era precisamente el que mas usó de la palabra en casa del banquero, el que llevaba la voz en el *restaurant* de la Carrera de San Gerónimo, y el que mas tarde habia de usarla ante la estátua de uno de nuestros grandes ingenios.

Ocupaba el otro testero de la mesa uno de esos jóvenes destinados á desempeñar la secretaría de una embajada; un jóven de rizados cabellos, de blanquísimos dientes, espuestos al público á favor de una habitual sonrisa; siempre armado de lentes, siempre deslumbrador por el brillo de su charolada bota; uno de esos jóvenes á quienes todo agrada, todo divierte, todo admira, y que parecia llamado á hacer los honores de la mesa segun la solicitud con que obsequiaba á todos y á todos atendia. A su lado colocó sin duda la casualidad otro de estos que parecen haber nacido para lores ingleses ó bajás de tres colas; de estos que gustan de la comodidad y del reposo; que se cuidan poco de las cosas del prógimo, bastándoles el tiempo apenas para ocuparse de las propias; que aunque saben mucho no creen equivocarse nunca; que se dejan servir y reverenciar, no por malicia, sino por instinto. Completaba el cuadro finalmente otro, el mas jóven quizá de la reunion, y del que nada puede decirse por no serle permitido retratarse á sí mismo en esta historia.

Todos los jóvenes amigos reian y hablaban, festivos y animados, cuando los dependientes de la casa depositaron en medio de la mesa soberbias *pirámides* de ostras, escanciando al propio tiempo ese que llamamos *prosáico* vino de Valdepeñas. Prosáico porque se cria en nuestro pais, porque le vemos nacer, porque nos cuesta barato, porque no se encierra en caprichosas vasijas de vidrio pintoréscamente lacradas; ese

vino que usamos al principio de los comidas, y que hace en nuestro estómago el mismo oficio que el agua de que se sirve el albañil para rociar las paredes con objeto de que pegue el yeso. Durante este introito é ínterin se llamaba Valdepeñas el héroe de la funcion, todos los comensales hablaban el idioma castellano: pero castizo, puro, *sin mezcla ni tolerancia de otro alguno conocido.*

Tras las ostras llegó con no poco aparato la *indispensable* sopa de almendra, llamada á figurar en las cenas de Navidad como las procesiones políticas en los aniversarios nacionales; esto es, una vez cada año y sin que ninguno de los que toman parte en ellos sean lo que representan, representen lo que sienten, ni sientan lo que aparentan sentir. Esa sopa de almendra que se desea porque va á venir, que viene porque se come, y que se come porque es Noche-buena. ¡Indispensable sopa, de la que pudiera decirse lo que nuestro primer poeta cómico dijo del chocolate! (1)

Bien poco se hicieron desear por fortuna los cuerpos sólidos y compactos; los tasajos de buey servidos á la inglesa, los *imperiales* compuestos de trozos de animales mamíferos, y las suculentas pechugas de gallina, alternando con chochas y perdices, con langostas y anguilas, con percebes y coquinas. Ya se habia desterrado el siempre *bebible* Valdepeñas, al que debia sustituir el no menos sano y corfortante, gustoso é incitativo *Chateau Lafitte* de *Bourdeaux.* Ya tambien se habia desterrado de la reunion el siempre fácil y armonioso idioma castellano, para reemplazarle con el no tan fácil ni elocuente lenguaje de Racine. Los miembros de la asamblea hablaban en francés, aunque no debian hacerlo con mucha perfeccion que digamos, segun indicaban las maliciosas sonrisas de los apuestos camareros, nacidos todos al otro lado del Pirineo.

Un escelente ponche á la romana vino oportunamente á calmar el furor *monómono-francaise* que se habia apoderado de los siete individuos, y con su deliciosa frialdad dejó lugar sobrado en los estómagos para recibir otras viandas, aunque mas frugales, no menos dignas de figurar en el opíparo banquete. Entonces se cubrió la mesa de pájaros asados, balanceándose en verdes y aromáticos ramos de berros, de truchas y pajeles, de cangrejos y bocas. Entonces aparecieron las humildes verduras, las sencillas compotas, las retemblantes jaletinas. Entonces llegó tambien el esquisito vino de Madera y el nunca bien ponderado bálsamo de Tokay, y con ellos los brindis de costumbre, nunca tan oportunos como entonces.

Un ruido de carruajes que se paraban á la puerta de la fonda se dejó sentir en la estancia, y de repente todos los convidados se pusieron de

(1) El autor habla asi de la sopa de almendra porque no le gusta.

pie, guardando un misterioso silencio, como queriendo adivinar quiénes fueran las personas que se disponian á tomar posesion del establecimiento. El ruido habia cesado: sintiéronse pasos en la escalera que conducia al salon principal, y todos aplicaron la vista hácia la puerta-vidriera, aguardando ver llegar algun otro convidado; pero aunque parecia que alguna persona observaba desde la puerta lo que dentro de la habitacion acaecia, nadie sin embargo traspasó los umbrales del aposento. Un cartel, del que ya ninguno se acordaba, prohibia bajo rigurosas penas la entrada en el salon; y ninguno, por temerario que fuese, se hubiera atrevido á arrostrar la cólera de siete jóvenes que estaban concluyendo de cenar.



Devuelta á la escena la animacion y alegría que acababa de perder un momento antes, los convidados se apresuraron á llenar sus copas, y levántandolas en alto aguardaron á que uno de ellos encaramado en una silla gritase:

—¡A que antes de seis meses sea ministro de Hacienda el generoso banquero que en este sitio nos reune!!

Para contestar todos con entusiasmo:

—¡¡¡A que lo sea!!! (1)

(1) El dia 24 de diciembre de 1846 se pronunciaba este brindis. El dia 28 de marzo de 1847 fué nombrado ministro de Hacienda el señor don José de Salamanca

Tan inesperado y feliz pensamiento evocado en aquellos instantes en que mas que nunca debia hallarse presente á la memoria de los jóvenes el nombre de su anfitrion, produjo en la asamblea un efecto imposible de describir. Todos los circunstantes se apresuraron á vaciar sus copas aplaudiendo de todo corazon la idea, y deseando sinceramente ver realizado el presentimiento del jóven que habia sido el primero en proponer el bríndis. Si los que de tal modo juzgaban bajo la impresion del momento, hubiesen podido prever las funestas consecuencias que de tan ansiada elevacion habian de seguirse, seguramente que hubieran ahogado en gérmen aquellos generosos impulsos procurando alejar al comerciante de una mentida gloria tras de la que solo habia la ingratitud, la ruina y el olvido. Pero sigamos nuestra relacion.

Un curioso hubiera podido notar la escena que simultáneamente se verificaba en uno de los estremos del salon, parodia de la que tenia lugar alrededor de la gran mesa, cuyo bosquejo acabamos de esponer á la consideracion de nuestros lectores.

Mr. Lhardy, á quien conocemos ya como dueño del establecimiento, y cuyas simpatías hácia el sugeto aludido en el bríndis eran bien manifiestas, no habia conceptuado oportuno permanecer pasivo en medio de la enérgica y animada manifestacion que acababa de hacerse; por lo que desde el lugar que ocupaba en su despacho y puesto de pié lo mismo que los demas circunstantes, apuró á su vez una copa de licor que al efecto tenia preparada, dando á entender así que se hallaba animado de iguales sentimientos que los jóvenes convidados.

No fué solo el dueño de la fonda quien tributó este homenage de consideracion y afectuoso respeto á la persona agraciada en el bríndis; sinó que los camareros ocupados entonces en la asistencia de la mesa, no pudiendo contener sin duda el deseo de remojar sus fauces con tan plausible motivo, se empinaban en otro estremo de la estancia el resíduo de las botellas, abundante por cierto, merced á la presteza con que habian procurado retirarlas á medio vaciar. Todos, pues, bebian en aquel instante dominados por una misma influencia, gozosos por una misma causa, y á costa y en memoria de una misma persona.

Siguiéronse otros bríndis en prosa y verso como de costumbre és en casos semejantes, no sin haber dedicado uno, el mas notable de todos, al gran príncipe de los ingenios españoles; á Cervantes, de quien nadie se acordaria problablemente á aquella hora y en aquella noche: bríndis tanto mas justo y merecido cuanto que se tributaba por jóvenes todos dedicados al cultivo de las letras, y que unidos desde entonces habian de cooperar en proporcion de sus fuerzas al progresivo desarrollo y engrandecimiento de la literatura de su pais.

Inútiles eran ya en aquella ocasion los esfuerzos de los fámulos que reiteradamente cubrian la mesa de esquisitos manjares, pues que estos no

lograban alcanzar la misma distincion de ser devorados que sus antecesores. El festin habia concluido en su parte gastronómica ó llámese prosáica, y daba principio en su parte poética ó de inspiracion: de esa inspiracion que fermenta con el Valdepeñas, que chispea con el *Bourdeaux*, que se inflama con el *Tokay*, y que estalla en torrentes con el *Champagne* helado. Cada uno de los circunstantes se esforzaba á porfía en agotar el depósito de su erudicion, discurriendo pasmosamente sobre las mas árduas y delicadas cuestiones de las ciencias y las letras; sobre la crítica y el buen gusto, sobre clásicos y románticos, sobre el movimiento contínuo y la direccion de los globos aereostáticos, cuestiones todas que aunque tratadas las mas de ellas en verso de arte menor, y solo algunas en cuartetos endecasílabos ó en silva, no por eso repugnaban menos el alternativo movimiento de las mandíbulas, dejando apenas espacio para aspirar el aroma de los vegueros de la Habana ó del imponderable café de la Moca.

El aire de la estancia enrarecido por el calor de las viandas, la exhalacion de los licores y el humo de los cigarros, empezaba á hacer dificil la respiracion de los inspirados vates, por cuyas frentes corrian abundantes gotas de sudor, cosa verdaderamente estraña en una de las mas heladas noches del invierno. Era forzoso abandonar aquel lugar, buscando mas ancho campo donde pudieran disiparse los vapores del delicioso néctar, y continuar sin peligro de asfixiarse, las consideraciones humanitario-filosófico-literario-científico-moscateles que se habian principiado despues de la cena.

Los siete amigos se dispusieron á dejar el salon de Mr. Lhardy, quien manifestaba el mas profundo sentimiento por su precipitada marcha, aunque naturalmente la desearia de lo mas íntimo de su corazon. Pero si amable y complaciente se habia mostrado en la recepcion de los jóvenes convidados, no menos galante y espresivo se manifestó en la despedida, acompañando sus afectuosos saludos con esa sonrisa encantadora que le distingue; sonrisa que bien pudiéramos llamar traspirenáica, porque se aprende solo al otro lado del Pirineo, y que tendremos ocasion de observar en el rostro de Mr. Lhardy cuando le demos á la estampa al hablar de los fondistas célebres de la córte de España.

Despues de haber gratificado decorosamente á los solícitos dependientes del establecimiento, salieron nuestros jóvenes á la Carrera de San Gerónimo cuando el reloj de la Puerta del Sol señalaba las tres menos cuarto de la madrugada. El cielo se mostraba aun mas encapotado que al principio de la noche; el viento habia arreciado considerablemente, y la abundante lluvia, que no cesaba de caer, congelaba la sangre de las venas con su escesiva frialdad. Todo inducia á tomar el partido de retirarse cada cual en busca de su alojamiento para entregarse al sueño y al reposo; pero nada menos que eso: habiase tratado de hacer una visita á Miguel de

Cervantes aquella misma noche para rendirle un vivo testimonio de admiracion, y el pensamiento debia llevarse á cabo irremisiblemente.

Partió, pues, la comitiva por la Carrera de San Gerónimo adelante, sin cuidarse de la crudeza del tiempo y ansiando solo llegar á la plaza de las Córtes en donde en un sencillo monumento se encuentra la estátua del autor de la GALATEA. Todos los jóvenes en su presencia se descubrieron respetuosamente, esponiendo su cabellera los unos y su calvicie los otros, al azote del viento y de la lluvia. Solo uno de los circunstantes permanecia cubierto y arropado á alguna distancia del grupo, como temeroso por un lado de acercarse á gentes á quienes no conocia, y queriendo por otro comprender el verdadero sentido de la escena que tenia lugar á su vista.

El aspecto de aquel hombre que desafiaba el rigor de la intemperie á trueque de espiar las acciones de los otros, era á la vez siniestro y estravagante. Llevaba un enorme capoton de paño que le cubria de la cabeza á los pies, dejando apenas visible el óvalo de la cara, velado tambien á veces entre los pliegues de su capucha. Un resplandor lúgubre se desprendia de aquella especie de dominó, á favor del cual solía percibirse el brillo de algunas armas que el fantasma procuraba ocultar cautelosamente. Hubiérasele tenido por un espectro llegado del otro mundo en el tiempo de los duendes y de las apariciones nocturnas.

Embebidos como estaban los jóvenes en la contemplacion del monumento que era objeto de su visita, no habian echado de ver la persona que les seguia á muy corta distancia desde que salieron de la fonda. Uno de ellos, sin embargo, que efecto de la casualidad dirigió su vista al lugar en que se hallaba, dió parte á sus compañeros del descubrimiento que acababa de hacer, adelantándose hácia el bulto con ánimo de reconocerle. El embozado entonces dando un paso hácia atras se preparó como á la defensiva, desabotonándose las solapas de su gaban, echando la capucha á la espalda y blandiendo en la una mano una lanza descomunal, mientras que con la otra aseguraba fuertemente el mango de su linterna.

Digámoslo de una vez: era el sereno de la demarcacion. Desde que la lluvia se habia dejado sentir de una manera notable, habia visto nuestro hombre desaparecer mas que á paso las muchas comparsas de cantores que recorrian las calles de la villa; y como lejos de observar lo propio en aquellos señores que mas naturalmente debieran haber evitado las molestias del temporal, les viese dirigirse al centro de una plaza, contemplar á modo de forasteros un monumento á las tres y media de la madrugada, y descubrirse sin temor al agua ante aquella figura que él ni por asomo conocia, estaba estático y asombrado sin saber darse una razon de lo que todo aquello podría significar. Pero cuando su asombro debió subir de punto fué cuando el jóven que se le acercaba le hizo notar su falta de respeto y el castigo á que se esponia permaneciendo con la gorra calada en medio de aquella solemnidad. Entonces el sereno, á quien aquel sermon pilló des-

prevenido, se descubrió maquinalmente; dió algunos pasos hácia la verja de hierro, y colocándose detrás de todos, se encojió de hombros para impedir algun tanto el paso del agua, elevó sus ojos á la efijie como hacian los demás y se dispuso á escuchar el discurso que otro de los siete empezaba á dirigir con graves ademanes y campanuda voz, á la estátua de bronce colocada en la cúspide del monumento.



--«Génio inmortal!... decia el jóven de las luengas guedejas encargado de la alocucion. Venimos esta noche á visitarte siete jóvenes desconocidos; siete jóvenes que de lo intimo de su corazon te admiran y reverencian; siete jóvenes que se acuerdan de tí aun en medio de los placeres y de la orgía! Tú, en verdad, que no esperarias semejante visita, acostumbrado, como estás, á no recibir de la generacion presente sino pedradas. Disculpa á los que asi profanan tu memoria!... Ellos no te comprenden todavía! Hay en la patria, que lleva tu nombre, una muchedumbre que está aun por

civilizar, y esa es la que arroja la inmundicia, no á tí, sinó á un monumento levantado en la plaza de Santa Catalina. Hay tambien una clase que se cree completamente civilizada porque tiene la mision de gobernar y dirigir á la otra, pero que se engaña á sí misma en sus creencias. Si los unos arrojan las piedras, los otros no se encargan de quitarlas.

«En medio de todo hemos adelantado mucho desde la época en que andabas por el mundo, y de esos adelantos venimos á darte razon en este momento.

«Tú vivias pobre y perseguido, sin deudos, sin amigos, falto á veces hasta del preciso sustento que te negaban tus contemporáneos, y sin embargo, te llamabas Cervantes!.. Hoy en tu patria hay muchos dedicados á las letras que aunque carecen de instruccion, de ingénio y hasta de comun sentido, han hecho de ellas una profesion lucrativa, y lucen sus pechos condecorados y ocupan puestos distinguidos y reciben los plácemes y felicitaciones de la multitud. Tú no conoces á esos hombres, pero yo voy á referirte sus nombres uno por uno para que los tengas constantemente en la memoria!»

Aquí el orador fué minuciosamente relatando los innumerables nombres de escritores follones y zarramplines que tanto por desgracia abundan en nuestros dias. Nosotros suprimimos esta lista en gracia de la brevedad y porque mas adelante nos ocuparemos de ella con la debida detencion y en el lugar que le tenemos reservado. Baste decir ahora que Cervantes, segun confesion del sereno que no apartaba un momento los ojos de su persona, desarrolló el legajo de papeles que en la mano tenia, y fué tomando acta de las polillas de la literatura española del siglo XIX. Este movimiento pasó desapercibido para los demas circunstantes.

El orador continuó:

—«Por lo que acabo de manifestarte conocerás ¡oh príncipe de los ingenios españoles! la gran diferencia que hay de estos felices tiempos que alcanzamos á los calamitosos en que tú vivias; pues si bien es cierto que ahora como entonces los tontos y los necios llevan lo mejor del botin, tampoco puede negarse que los hombres de verdadero mérito, aunque escasos, no se ven reducidos al lamentable estado en que te viste, y cuyo recuerdo nos llena de amargura!

«Entonces no os quedaba otro arbitrio á los que como tú cultivabais las letras, que ofrecer la dedicatoria de vuestras obras á los poderosos y á los magnates para que ellos os dieran algunas monedas en cambio de las famosas alabanzas que les prodigábais. Ahora no contamos nosotros con ese recurso, porque nuestros magnates y nuestros poderosos creen que se lo merecen todo y no descienden hasta pagar el precio de la lisonja; pero en cambio sus mayordomos y dependientes van aprendiendo á leer y compran alguno que otro libro, con cuyos productos se ceban, hasta reventar, unos animales mamíferos de dos patas, que en nuestro si-

glo se llaman editores y que arrojan algunos huesos pelados á los que esos libros escriben y componen.

«Ahora tenemos, como ves, banqueros generosos que costean opíparos banquetes en nombre de las letras, y que de vez en cuando protejen y apadrinan las obras del ingenio. Ahora tenemos, en fin, una juventud ávida de gloria que interrumpe sus cánticos en el festin para venir á visitarte á media noche, arrostrando la furia de los elementos y descubriéndose en tu presencia como testimonio de la consideracion y respeto que le mereces.

«Descansa en paz ¡genio insigne! y si es tu voluntad volver los ojos hácia la tierra é infundir en tus hermanos un rayo de la luz divina que siempre te acompañó en tu peregrinacion por el mundo, no olvides á los que esta noche vienen á visitarte y que en ser tus imitadores fundan su mayor orgullo y su esperanza!

«¡¡¡Autor de RINCONETE y CORTADILLO, la juventud española te saluda!!!»

Concluida esta breve peroracion que fué recibida por la concurrencia con vítores y aplausos, todos los circunstantes se calaron sus sombreros, no siendo de los últimos en cubrirse el pacientísimo sereno, que aun despues de lo que acababa de oir, estaba tan en ayunas como al principio, si bien con un tanto de agua mas sobre su cuerpo. Los jóvenes se retiraron satisfechos del feliz éxito de su aventura, y antes de separarse del todo reprodujeron las protestas de union y de eterna amistad que se habian jurado anteriormente, y con las que esperaban hacer de todos ellos una sola familia en lo sucesivo.

Asi terminó este notable episodio del que despues se ocupó la prensa de Madrid, aunque imperfectamente segun los informes que á cada uno de los diarios pudieron llegar, ó segun el uso que de esos informes cada cual creyó oportuno hacer con respecto á sus miras particulares.

De este modo se espresaban algunos periódicos al siguiente dia:

«HE AQUI UNA VERDADERA CALAVERADA. La noche de Navidad se hallaban en el café Suizo unos cuantos jóvenes de buen humor, departiendo precisamente sobre la dura precision en que se veian todos de cenar separados, faltando en esto á la patriarcal y santa costumbre de celebrar en familia el nacimiento del Redentor. Despues de un ligero debate uno de los amigos interpeló á sus compañeros en esta forma: Señores, puesto que deseamos á toda costa cenar en familia, y que para ello hay algunos inconvenientes, creo que todo queda zanjado si nos ponemos de acuerdo con el señor de Salamanca, á quien ninguno de nosotros tiene el honor de conocer, pero que recibirá sin duda una especial satisfaccion en relacionarse por este motivo con unos jóvenes tan apreciables.....» In-

mediatamente aprobaron el proyecto los demas colegas, y diez minutos despues entraban todos (eran siete) en la casa del señor de Salamanca. Recibióles este caballero con la finura que le distingue, y despues de escuchar el sucinto discurso de aquellos señores, que iban á pedirle lisa y llánamente una cena de Navidad, les contestó con la mayor amabilidad que tenia una satisfaccion en obsequiarles de la manera que deseaban; en fin, les invitó á cenar. Los invitados dieron las mas espresivas gracias al señor de Salamanca; y no creyendo decoroso ni fino rehusar el convite despues de haberse convidado, se despidieron diciendo que admitian con el mayor placer. Un momento despues ya habia dado órden el espléndido banquero para que se preparase una opípara cena á aquellos jóvenes que, reunidos despues á una mesa como á las doce menos cuarto, hicieron honor á tan estraño convite con el mayor órden y compostura, y apuraron sendas copas de *Bourdeaux* y *Champagne*, brindando á la salud de su anfitrion.»

En otro periódico se decia:

«Podemos ya anunciar á nuestros lectores como cosa indudable, la reaparicion de nuestro colega *El Universal*, que como todos pueden suponer reforzará las filas de la oposicion. Antes de anoche hubo con este motivo en casa del señor don José Salamanca una reunion de escritores y personas notables, en la que quedó definitivamente acordado el proyecto de que damos cuenta en nuestro número de hoy.»

Cuando examinemos detenidamente el modo y manera con que se escriben y confeccionan los periódicos de todos matices, artículos que nos prometemos servirán de no poco solaz y contentamiento á nuestros lectores, entonces comprenderemos la razon de que aparezcan tergiversadas las mas insignificantes noticias en términos de que signifiquen lo contrario de lo que real y verdaderamente debieran significar. Pero dejando á un lado esta cuestion secundaria y viniendo al terreno de nuestra aventura, réstanos solo esponer á manera de epílogo algunas consideraciones que se desprenden de la aventura misma y que hacen relacion con las personas que en ella tomaron parte.

Reunidos algunos dias despues los jóvenes amigos con objeto de escogitar la fineza que convenia hacer al desprendido banquero que tan generosamente les habia obsequiado, no tardaron en ponerse de acuerdo, designando como época la mas oportuna de llevarla á cabo la próxima celebracion de sus dias. Una fatalidad para ellos, al paso que una honrosa distincion para él, sirvió de obstáculo á la realizacion del pensamiento. Don José de Salamanca fué nombrado ministro de Hacienda, y lo que en otro tiempo no era mas que una espresion de reconocimiento dirigida al comerciante, podia interpretarse entonces como memorial al secretario del despacho; razon por la que los jóvenes aplazaron su obsequio para el dia siguiente al en que se verificase su caida del poder. Inútil es

decir lo repentina é inesperadamente que esta tuvo lugar y aun mas todavia, recordar los tristes sucesos que tantas horas de amargura debieron ocasionarle cuando acusado, perseguido y con gran descalabro en su fortuna se vió precisado á buscar un asilo en tierra estraña. Si un dia luce para él estrella mas benéfica y restituido al seno de su familia, goza de la tranquilidad de que hace largo tiempo carece, entonces podrán los jóvenes que cenaron á su costa la Noche-buena de mil ochocientos cuarenta y seis, devolverle fineza por fineza y demostrarle cuán gratos son los recuerdos que conservan de aquella noche en que la casualidad les hizo formar una alianza tan fecunda despues en resultados.

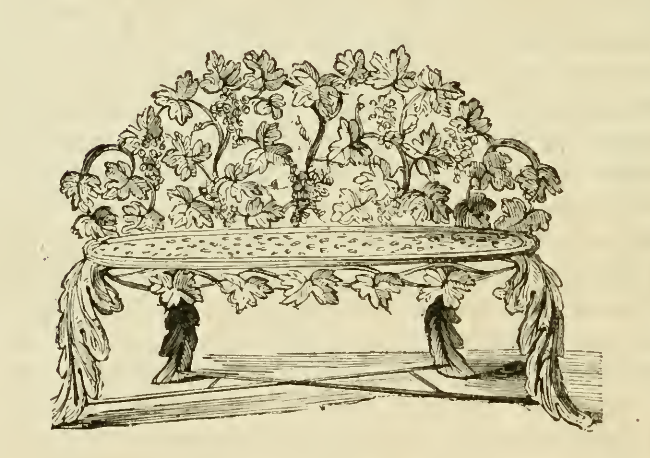
Veamos sinó la posicion que han sabido conquistarse los jóvenes en el espacio de tiempo transcurrido desde aquella época hasta el presente.

Uno de ellos dedicado casi esclusivamente á la política, escritor satírico y punzante que cada dia revela mas felices disposiciones para su género predilecto, ha publicado diferentes obras con notable aceptacion; algunas de las que, tales como ¡Un conspirador de a folio! ¡Atras que mancho! y Ecos nacionales, alcanzan en la actualidad la mas favorable acogida del público por el indisputable mérito que encierran.

Otros, los mas de ellos, pulsando la lira de Calderon y Lope, se han lanzado á la escena recogiendo abundante cosecha de laureles en los diferentes géneros que el arte dramático comprende, desde la sencilla comedia de costumbres hasta el drama de grandes proporciones, histórico y caballeresco, sentimental y trágico. Sus obras, entre las que hay algunas de primer órden, han sido por lo general bien recibidas del público; pues aunque es cierto que no todas ellas llenan completamente las exigencias del arte, consideradas como primeros ensayos en tan dificil carrera, tienen un mérito poco comun relativamente á las primeras producciones de otros aplaudidos ingenios. No queremos resistir al deseo de reproducir en este lugar los títulos de las que en este momento recordamos, á pesar de no confiar mucho en nuestra memoria á veces infiel. Enrique III, Un motin contra Esquilache, Los dos doctores, Don Francisco de Quevedo, Bernardo de Saldaña, La Voluntad del difunto, ¡Es un Angel!, Trabajar por cuenta ajena, El dos de Mayo, Del agua mansa nos libre dios, El bufon del rey, Verdugo y sepulturero, Los dos amigos y el dote, Nobleza republicana, La batalla de Clavijo, La ilusion ministerial, Misterios de bastidores, Los galanes duendes, El ventorrillo de Alfarache, son las que mas han llamado la atencion entre las obras de aquellos jóvenes. Constantes todos en su propósito de cultivar la literatura dramática, en la que tantas glorias han adquirido y de la que tantas tienen derecho á esperar, se ocupan actualmente en trabajos notables que dentro de poco merecerán, no lo dudamos, la consideracion y los aplausos del público, hoy que parece nacer para la escena un porvenir mas lisongero, gracias á la decidida y constante proteccion

que el gobierno le dispensa, proteccion que ha merecido siempre el teatro en los paises cultos por la notable influencia que en la moral y en las costumbres ejerce, y que hasta el dia no se ha conocido entre nosotros con gran desdoro de la civilizacion y cultura de nuestra patria.

Otro, en fin, el mas inútil de todos, que ni para la política ni para las musas presentaba felices disposiciones, ha invadido el terreno de las costumbres inaugurando su carrera literaria con una obra anónima que lleva por título MADRID AL DAGUERREOTIPO.





V.

Excmo. Sr. D. Joaquin Fagoaga, caballero gran cruz de la real y distinguida órden americana de Isabel la Católica, tesorero que fué de S. M. la Reina, ex-director del banco español de San Fernando y diputado á Córtes.

Siguiendo el órden que nos hemos propuesto en la reseña de los capitalistas de Madrid que se han dedicado á lo que se llama alto comercio, tócanos hablar ahora del mas desgraciado de todos ellos, por las tristes y lamentables circunstancias que han coincidido con la pérdida de su fortuna. En efecto; si desgraciado puede llamarse al hombre que, habiendo nacido escaso de necesidades y de recursos, se vé poderosamente alhagado por la suerte durante una dilatada época de su vida, y que al término ya de su carrera, cuando ha sabido conquistarse una posicion y un nombre, viene por la fatal complicacion de los sucesos á caer en la primitiva escasez á que estaba reducido, comprometiendo su nombre y su posicion, sufriendo las penalidades de un juicio público y quedando todavía jóven para contemplar el completo giro de la rueda de su fortuna: si se tienen

en cuenta, pues, tantas esperanzas burladas, tantos afanes destruidos, fácilmente se comprenderá que nada hemos exagerado al decir que Fagoaga es el mas desgraciado de los banqueros españoles.

Hace algun tiempo que su nombre era citado como modelo de probidad, como tipo de una honradez nunca desmentida; hace algun tiempo que Fagoaga merecia la confianza de todos los hombres de negocios, puesto que depositaban tranquilos en él lo mas caro que el hombre tiene en la sociedad, sus intereses; hace algun tiempo que su crédito no conocia límites, que la palabra *acusacion* dirigida á su persona hubiera sido sinónimo de *calumnia*; que ni un solo lunar empañaba el brillo de su carrera mercantil: y á pesar de todo hoy se encuentra acusado, preso y sugeto á la accion de los tribunales ordinarios que entienden en una causa de malversacion de los intereses públicos. Cambio tan repentino, mudanza tan estraña, inconcebible á primera vista y difícil de comprender aun despues de analizada con escrupulosidad, bien merece fijar la atencion del hombre imparcial y justo que, ageno á las privadas contiendas y sin prevencion de ninguna especie, al juzgar de los hechos por lo que ellos son en sí, ni reconoce yerros que disculpar ni lleva en su corazon venganza alguna que satisfacer.

No vamos á comenzar nuestras observaciones sentando por base la inculpabilidad é inocencia del acusado, cosa que deseamos ardientemente, porque amigos sinceros de la humanidad, nos duelen como al que mas sus aflicciones é infortunios: vamos á partir del supuesto, prematuro acaso, de que los tribunales acusen y condenen al que ya es objeto de la curiosidad pública por la clase de juicio á que se sujeta, y aun asi creemos encontrar esplicacion clara y precisa de los hechos que se le imputan y en los que por mas que aparezca como el principal actor, no ha podido menos de representar un papel secundario si aténtamente y con conocimiento de causa se le examina.

Fagoaga no ha sido nunca primer actor porque nació sin las dotes necesarias para serlo; provistó apenas de las cualidades que se requieren en nuestra moderna sociedad para servir de instrumento á las miras y ambiciones de otros, se ha limitado á representar un papel secundario como llevamos dicho, y del que segun han hecho uso los que en posicion estaban de manejarlo, ya con desinteresadas y benéficas miras, ya con dañada y torcida intencion, asi han resultado los felices tiempos de su prosperidad prodigiosa ó los tristes y calamitosos de su completa desgracia.

Fagoaga vino á Madrid pobre; y si se decidió á emprender una carrera, si abandonó á Navarra, su patria, para trasladarse á la corte en busca de una posicion, fué porque contaba en ella con un pariente inménsamente rico dedicado al comercio, y á cuya sombra podia facilmente hallarla como andando el tiempo vino á suceder.

Heredero universal de aquellos cuantiosos bienes por muerte de su tio,

y conociendo en parte la marcha de los asuntos mercantiles, no dudó ya en dedicarse al comercio, contando como contaba con grandes y poderosos elementos. Faltábanle algunos, sin embargo, harto necesarios en la carrera de los negocios. Fagoaga era indolente por costumbre, poco emprendedor por naturaleza, y escesivamente confiado por la bondad de su carácter; circunstancias todas mas á proposito para dejar perder una fortuna considera ble, que para conquistarla en medio de una sociedad que camina al vapor, que concibe y realiza los mas atrevidos pensamientos, y que desconfia de sí misma cuando se trata de intereses materiales ó de asuntos y cosas que con estos mismos intereses puedan tener una directa relacion.

No faltaron, por lo tanto, quienes conocieran el gran partido que se podia sacar de un hombre tan capaz de amoldarse á las exigencias y caprichos de las personas que lo rodeasen, careciendo de energía suficiente para no dejarse guiar por los consejos del que mas se le vendiera por amigo. Fagoaga ha tenido siempre, segun confesion de cuantos le conocen, la desgracia de confiar mas pronto en aquellos que con siniestra intencion se han terciado en su camino, que de los que desinteresada y noblemente le han aconsejado en favor de sus propios intereses. Con semejante modo de proceder no deberá estrañarse el giro que poco á poco fueron tomando sus negocios, en términos de dejarle reducido al estado triste y precario en que se encuentra.

Hay quien asegura que el principio mismo de su carrera, que esa ventajosa posicion que logró conquistar bajo el amparo de sus protectores y parientes, no fué en todo debida á la generosidad de estos ni á la estrechez y vínculos de la sangre, sino á las probabilidades que ofrecia de realizar una alianza de familia ventajosa á los intereses de todos, y en la que pudo, á ser cierta esta especie, servir de instrumento tal vez sin apercibirse de ello. Sin entrar nosotros en la averiguacion de estos hechos que tan íntimamente ligados están con la vida privada del individuo, y de los que hacemos referencia por creerlos mas que contrarios, favorables á la causa del sugeto que nos ocupa, solo sí diremos que este por su índole particular y por sus naturales inclinaciones estaba destinado á ser en muchos casos responsable de los pensamientos y acciones de los demás.

Hombre de rectos princios, de probidad suma, de estenso y reconocido crédito y en posesion de un capital importante, era el mas á propósito, teniendo en cuenta los antecedentes que dejamos apuntados, para contribuir á la felicidad de los estraños aun con gran detrimento de la suya propia. A esta y no á otra consideracion debe Fagoaga, en nuestro sentir, su repentina é inesperada elevacion hasta el puesto que ocupaba en el primer establecimiento comercial del reino. ¿Qué privilegiadas dotes, qué relevantes cualidades sinó habia mostrado para merecer la ilimitada confianza de un sinnúmero de sugetos que ni aun personalmente le conocian? ¿En dónde, en qué ocasion habia dado pruebas de disposiciones

bastantes para desempeñar con acierto tan elevado cargo? ¿Bastan la probidad y la honradez, el capital y el crédito para encargarse de dirigir y acrecentar los caudales agenos, en un hombre que no ha tenido necesidad de dirigir ni acrecentar el suyo? Fácilmente se encontrará respuesta á estas preguntas recordando lo que decíamos poco há: Fagoaga por su índole particular y por sus naturales inclinaciones estaba destinado á ser en muchos casos responsable de los pensamientos y acciones de los demás.

Llegó una época en que la fortuna principió á volverle la espalda, y entonces pudo conocer que habia errado el camino aunque ya tarde, y cuando no quedaba otra salvacion á su buen nombre que la de un juicio solemne.

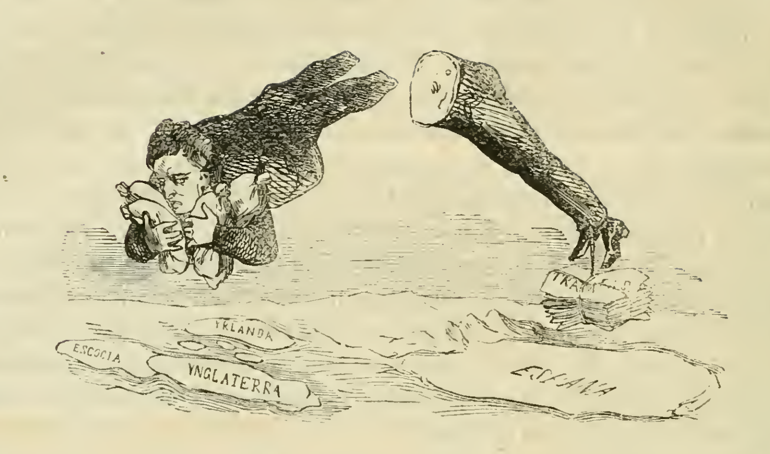
El fallo que de ese juicio pueda desprenderse aun no se ha pronunciado, y hasta que esto suceda, nosotros no podemos hacer otra que desear le sea favorable, sino á sus intereses, por que esto no sea posible, al menos á su honra, que es el verdadero patrimonio del hombre. Cúmplenos solo consignar aqui algunas particularidades que han podido llegará nuestra noticia acerca de su conducta en los momentos últimos de su poder, y que le favorecen demasiado para que renunciemos á la satisfaccion de publicarlas.

Fagoaga se condujo con la nobleza propia de su carácter aun en las críticas circunstancias de su persecucion y cuando veia cerca de sí la miseria por término á una vida llena en otro tiempo de satisfacciones y comodidades. En aquellas terribles circunstancias en que los hombres suelen desdecir en un momento la conducta de toda su vida, conservó, sin embargo, la energía y fuerza de voluntad suficientes para renunciar algunas sumas considerables que hubiera podido sustraer á la accion judicial, único recurso con que desde entonces contaba para atender á sus mas precisas necesidades. Ordenó que todo fuera religiosamente entregado, y aun reconvino con aspereza á alguno de sus mejores amigos, que atento solo á su desgracia, le inducia á reservar lo indispensable siquiera para su conservacion. Este desprendimiento, verdaderamente notable por mas que no constituya sino un deber sagrado, es tanto mas digno y meritorio cuanto raros son los ejemplos que encuentra en hombres de otro temple que se hallan bajo iguales ó parecidas influencias. Lo que solo turbaba su razon en aquellos instantes, era el recuerdo de sus mas queridas afecciones que dejaba abandonadas, y el entredicho que habia de esperimentar su fama durante la accion lenta y mesurada de los tribunales.

Hoy su continente es sereno y apacible. El valor no le ha faltado un momento, y habla y discurre con pasmosa serenidad de todas materias con las personas que constántemente le visitan, sin dejar traslucir esos rasgos monomaniacos que acometen á los desgraciados y que les obligan á no ocuparse de otro asunto que de aquel que de muy de cerca les concierne. Si murmura alguna queja, si sus lábios se entreabren á propósito de

su posicion actual, es para dolerse de la inconstancia de los hombres que tan pronto olvidan al que en otra ocasion han prodigado todo género de atenciones hasta con humillacion y servilísmo. Aparte de las personas con quienes le unen otros lazos que los de la amistad, se nota en su prision el mas completo abandono. Ninguno de esos hombres que viven por él, que conservan su nombre y sus riquezas, por que él ha querido conservárselas; que elevan erguidas sus frentes ante la multiud, porque él no ha consentido que se cubran de vergüenza y de infamia; ninguno de esos hombres, repetimos, ha traspasado los umbrales del lúgubre edificio donde sufre su protector, su amigo y su providencia. Solo alguno que otro de los que nada le deben, de esos que jamás han necesitado de sus servicios, y con quienes ni aun estrechas relaciones le unian, son los que han llegado en mas de una ocasion á prodigarle sus consuelos y á ofrecerle cuanto son y cuanto poseen. En estas ocasiones es cuando ha derramado abundantes lágrimas de gratitud y reconocimiento, lágrimas que dicen mas que cuanto pudiéramos añadir en su defensa.

Por lo demás, Fagoaga espera tranquilo el fallo de los tribunales, seguro de que le absolverán en su dia; y á juzgar por los antecedentes de su educacion, de su vida pública, de su carácter, del modo con que en todas ocasiones se ha conducido y de las protestas de honradez con que constántemente le justifican cuantos le conocen, estamos casi seguros, sin pretender con todo prejuzgar la cuestion, que si bien del procedimiento judicial pueda resultar digna de castigo la culpabilidad del acusado, no por esto dejará de quedar triunfante su inocencia.



VI.

Excmo. Sr. D. . . . .
. . . .
. . . .
. . . .

(El nombre de este comerciante y los apuntes que habiamos podido proporcionarnos con respecto á su vida pública, se han traspapelado en la imprenta sin que hasta ahora hayamos conseguido dar con ellos. En vista de este deplorable incidente, que no ha estado en nuestra mano evitar, suplicamos á nuestros lectores que se contenten con el retrato que encabeza estas líneas, y que debe dar una idea aproximada del sugeto en cuestion, toda vez que al mandarlo dibujar tendríamos presentes los rasgos mas notables de su carrera mercantil.)

VII.

Señor D. Vicente Bertran de Lis, senador del Reino.

El comerciante cuyo nombre acabamos de dejar apuntado, debia ser el hombre mas rico de España y aun de Europa, si en vez de estender el vuelo de sus aspiraciones á la esfera política lo hubiera reducido á la de los negocios mercantiles. Ninguno ha contado con mas medios para acrecentar su fortuna en el terreno de los negocios, y ninguno quizá se ha aprovechado menos de la brillante posicion en que su inteligencia y su suerte le colocaron. Desde el principio de su larga carrera ha visto Bertran de Lis sucederse en el poder político á los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones, en los variados é innumerables cambios de gobierno de que ha sido víctima la España del presente siglo, y cosa rara; lo que para otros no podia menos de ser funesto, atendida la instabilidad de los negocios públicos, era para él un manantial inagotable de riqueza, por la singular proteccion que merecia de todos los gobiernos, ya militasen bajo la bandera de *la libertad y los derechos del pueblo*, ya bajo el influjo de las deportaciones y las cadenas. No necesita mas un comerciante para ser el primero entre los de su clase.

Bertran de Lis, como decimos, gozó de gran favor con los gobiernos, principalmente desde el año 14 al 20; y en esta época, entre otros negocios lucrativos, se ocupó mas principalmente del de contratas de suministros para el ejército. No bastaban á su propósito las especulaciones comerciales; y mezclándose de contínuo en las oscilaciones políticas, desatendia notablemente los asuntos de su casa, posponiéndolos en muchas ocasiones á los de la patria. Las consecuencias de este sistema son fáciles de adivinarse. Envuelto y arrastrado de contínuo por los mismos acontecimientos que elevaban á unos y que deprimian á otros, comenzó á sentir las incomodidades y trastornos que traen consigo los torbellinos revolucionarios; y al primitivo aumento de su fortuna sucedieron las molestias y dispendios de la emigracion.

Esta monomanía política, tan contraria á sus intereses, podia ser en Bertran de Lis como en todos los hombres, ó hija del afan de figurar en los primeros puestos del Estado, ó inspirada por un sentimiento leal y noble de patriotismo. Si lo primero, no llegó á conseguirlo; si lo segundo, no sabemos hasta qué punto deberá estar la patria reconocida á sus esfuerzos, difícil como es apreciar el valor de los hechos de un solo individuo en la masa comun que proporciona los bienes ó las calamidades á

los pueblos. Lo que sí podemos asegurar es, que merced al influjo de ese ascendiente político, ha tenido ocasion de tocar en su familia los resultados que trae consigo, alhagüeños alguna vez, pero tristes y desgarradores en la mayor parte de los casos. Uno de sus hijos fué víctima del furor de los partidos, y su nombre figura al lado de los de tantos mártires por la libertad é independencia de su patria; otro ha tenido la honra de aconsejar á la Reina, y la no menos grande de representarla ante una de las cortes estrangeras.

Don Vicente Bertran de Lis es en la actualidad senador del Reino, y aunque su edad es bastante avanzada, se muestra todavia ágil para el desempeño de los negocios, en los que siempre ha dado pruebas de particular despejo é inteligencia. Su fortuna, aunque no tan importante como habia motivo á esperar, se considera, sin embargo, respetable, en vista de las operaciones en que está interesado, de las fincas propias con que cuenta, y del lujo y esplendidez con que atraviesa los postreros dias de su existencia.



VIII.

Excmo. Sr. D. Felipe Riera, marqués de Casa-Riera, caballero gran cruz de la real y distinguida órden americana de Isabel la Católica, senador del Reino.

Con buenas disposiciones para ser rico, pero sin los medios necesarios para conseguirlo, vino al mundo el sugeto cuyos dictados acabamos de presentar á la consideracion de nuestros lectores. No parece sino que la fortuna se empeña en perseguir, ya que no en proteger, á los que menos esperan sus favores, porque menos han hecho para alcanzarlos, segun la obstinacion con que los sigue à todas partes, y la constancia con que corona sus actos y hasta sus pensamientos. La buena estrella del que hoy se llama marqués de Casa-Riera, hizo que este, cuando parecia reducido á vejetar humildemente sobre el suelo que le vió nacer, pudiera aliarse con casas de comercio importantes que un tiempo necesitaron de sus oficios.

Riera tuvo que limitarse en un principio á desempeñar comisiones y negocios agenos, que le valieron por el acierto y destreza con que logró llevarlos á cabo, el crédito y los medios suficientes para emprender especulaciones por cuenta propia, sin tener ya que dividir los trabajos que estas mismas especulaciones traen consigo, ni las grandes utilidades que bien desempeñadas producen cuando á la actividad y á la inteligencia se asocia la fortuna. Ayudado poderosamente por los gobiernos absolutos, y protegido por ciertos y determinados corifeos que en largas épocas se hallaban al frente de ellos, logró acrecentar de una manera prodigiosa su capital en poco tiempo, dedicado casi esclusivamente á los negocios de puertas, marina, tabacos y guarda-costas. Guarda-costas, tabacos, marina y puertas, que debieron rendir inmensas utilidades al tesoro público; pero que vinieron á henchir las gabetas del contratista, como suele suceder en todas ocasiones, cuando se tercian y combinan contratistas y gobiernos. ¡Achaque propio de gobiernos y contratistas!

Don Felipe Riera llegó á ser hombre de importancia; y como tuvo la habilidad de no mezclarse en otros asuntos que aquellos de que habia adquirido nociones especiales, lejos de descender de su altura, caminaba viento en popa, como suele decirse, en todos sus negocios, sin esperimentar los frecuentes contratiempos de que son víctimas por lo comun los que habiendo nacido para blancos, quieren á todo trance convertirse en negros por el solo capricho de variar notablemente de color. Dócil sí, y en estremo amable y complaciente, se resignó á aceptar humildemente una pesada carga de honores, títulos y condecoraciones.

El marqués de Casa-Riera vió quizá con sentimiento alejarse del horízonte político la *pitita* para ser reemplazada con el *trágala*, y este repentino cambio de aires populares debió influir mucho en su prudente determinacion de cambiar los *aires* nacionales por otros estrangeros, en donde poder terminar tranquilamente una vida llena de zozobras y de trabajos. Paris fué el punto designado para su residencia, y aunque en aquella gran ciudad no podia fácilmente figurar como opulento banquero, bien podia, sin embargo, ocupar un puesto distinguido como marqués de Casa-Riera.

Allí, pues, atraviesa sus postreros dias el noble marqués, y solo en muy raras ocasiones y por cortísimas temporadas, pisa el suelo patrio, en donde entre otros bienes considerables posee un bonito palacio que lleva su nombre y que destina esclusivamente para su habitacion cuando se digna venir entre nosotros.

La casa del marqués, considerada como de comercio, es hoy de escasa importancia, atendido al poco trato que sostiene y á la ninguna intervencion que parece tomar en los negocios públicos: pero aunque no pueda fijarse su situacion mercantil por varias razones que contribuyen á que unos la aumentan y la disminuyan otros, siempre se considera como una de las mas desahogadas y ricas de España.

Solo podemos apuntar un rasgo del marqués de Casa-Riera, que si no basta á caracterizarle porque no tiene relacion precisamente con el individuo, dá sí, una idea aproximada de sus pensamientos é inclinaciones. En uno de los sitios mas pricipales y bellos de Madrid, en la calle de Alcalá, compró un locar espacioso que pertenecia á bienes nacionales, con objeto de construir la casa-palacio de que hablabamos hace poco; aunque la estension considerable del terreno y el punto en que se encontraba situado, lo hacian á propósito para fabricar un vasto edificio que albergase multitud de familias, él se limitó á plantarlo de árboles y de flores, á hacerle cómodos y suaves caminitos con asientos de piedra, á poblarlo de estanques y de grutas, y á construir graciosos invernaderos para las plantas mas delicadas, con la doble ventaja de que sus aromas pudieran ser aspirados por los transeuntes, que al contemplar aquel solar inmenso convertido en jardin, no pueden menos de exhalar hondos y tristes suspiros, recordando los goces y comodidades que le estan reservados al hombre que destina para lugar de recreo el centro de una gran poblacion.

Si no poseemos otros datos que puedan darle á conocer tan completamente como deseáramos, si nos faltan materiales para hacer su perfecto retrato, cúlpese solo á la escesiva distancia á que se ha colocado, donde no alcanzan ni las ventanas de nuestra descomunal nariz, ni la virtud absorvente de nuestra máquina fotogénica.



IX.

Excmo. Sr. D. Manuel Gaviria, marqués de Casa Gaviria, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española, de Cárlos III.

Si hay algun hombre que deba estar constántemente dando gracias á la Providencia por la suerte que le ha deparado, es sin duda alguna el anciano marques de Casa-Gaviria. Pobre en su orígen como una gran parte de los actuales banqueros de la córte, y sin contar como muchos de ellos con protectores ni parientes de quienes merecer los primeros auxilios tan necesarios para la adquisicion de una fortuna, todo cuanto ha poseido, todo cuanto en el dia conserva, lo debe á su propia actividad y á su propicia estrella. No sucedió á Gaviria como á otros que, nacidos como suele decirse para ricos, ven desde el principio de su carrera sembrado de flores el camino y dispuesto á conducirlos siempre en alas de la prosperidad y la abúndancia: por el contrario, cuantas veces se halló en posicion de prosperar notablemente contando ya con algunos elementos, otras tantas vió desaparecer el edificio de sus esperanzas, arrastrado por

las adversidades inherentes á los negocios comerciales. Pero estaba escrito que su nombre habia de figurar entre los de tantos opulentos capitalistas, y gracias á esta envidiable predestinacion, llegó un dia en que concluyeron los reveses para dar principio á una série no interrumpida de felicidades.

Uno de los principales negocios de que se ocupó Gaviria cuando hubo mejorado un tanto de posicion, fué el arrendamiento de la casa de postas, empresa de magnitud reconocida y de grandes resultados, dirigida con la inteligencia y acierto con que él supo llevarla á cabo. Tuvo despues en diferentes épocas contratas de provisiones y vestuarios para las tropas; especulaciones todas con las que obtuvo por entonces los resultados mas lisongeros y que le colocaron despues en posicion de adquirir los honores y distinciones con que le vemos adornado.

Una observacion nos ocurre á propósito de esto, y es; que en todos los tiempos y en todos los paises, los capitalistas que se han ocupado de suministros y asistencias militares, son los que han conquistado las dignidades y titulos constituyendo la mas refinada aristocrácia entre la aristocrácia del dinero, con preferencia á los especuladores de anticipos y empréstitos. Esto podrà consistir en que los gobiernos son mas considerados y premian de una manera mas honrosa á los que les sirven, contribuyendo con sus caudales y algo de inteligencia, que á los que se limitan á entregar los primeros sin otro trabajo que el de volverlos á recibir centuplicados de allí á la fecha convenida.

El marqués de Casa-Gaviria ha tenido tambien en varias ocasiones las empresas de los teatros y plaza de toros, siendo entre los aficionados á este ultimo espectáculo, justamente célebre por la famosa ganaderia que lleva su nombre.

Muy anciano yá y trabajado en fuerza de una vida activa y laboriosa, se ocupa poco de los negocios; y su casa no es en verdad comparable en importancia con la de el mayor de sus hijos de quien nos ocuparemos mas adelante y con la cual suele confundirse en la opinion general por la identidad de nombre y apellido.

X.

Excmo. Sr. D. Antonio Guillermo Moreno caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, del consejo de comercio y senador del Reino.

En las oficinas del real giro, cuando estas eran una dependencia del real Tesoro, sirvió en sus primeros años don Antonio Guillermo Moreno. Dedicado despues á la carrera mercantil con algun capital, con aplicacion é inteligencia, la ha continuado incesántemente hasta llegar á la ventajosa posicion en que hoy se halla colocado.

En muchos y diferentes negocios se ha ocupado este señor durante el largo período de su existencia comercial, pero entre ellos merecen especial mencion los de marina, subsistencias militares y anticipos de fondos al gobierno, por ser los que mas comunmente han contribuido al engrandecimiento de nuestros actuales capitalistas. Hay quien dice que la fortuna de Moreno seria inménsamente mayor de lo que aparece, si hubiera tenido mas resolucion para los negocios comerciales, y si su carácter no pecára de cauteloso y reservado; pero nosotros, por mas que en alguna ocasion hallamos dicho que para ser banquero se necesita audacia sobre todo, hoy que vemos llegar á contarse en este número al que jamás ha necesitado de ella, decimos á nuestra vez, que sin la reserva, la irresolucion y la cautela, tal vez tendria en la actualidad que vivir del presupuesto público, el que cuenta con una posicion independiente y cómoda.

Don Antonio Guillermo Moreno, aunque no es hombre que se atrae próntamente las simpatias de los que le tratan, acaso sin razon alguna para ello, las tiene sin embargo, entre los principales banqueros de la córte, para quienes su opinion es siempre respetable y su crédito estenso y bien sentado.

En la cámara vitalicia donde en union de otros capitalistas representa el comercio de España, no ha conseguido nunca demostrar sus no limitados conocimientos mercantiles, por la escasa voz con que cuenta y la timidez y encogimiento que se apodera de él desde el instante en que tiene que dirigir la palabra á mas de una persona. Un periódico político que se distingue principalmente por el picante gracejo con que se ocupa de ciertos asuntos, decia poco hace, á propósito de este senador: «Usó el señor Moreno en seguida de la palabra que tenia pedida de antemano; y aunque S.S., segun hemos podido saber habló sobre *bancos*, se limitó á hacerlo con su banco.

XI.

Excmo. Sr. D. Manuel Cantero, de la órden de Cárlos III, director que fué de la Caja de Amortizacion, ex-ministro de Hacienda y diputado á Córtes.

Educado espresamente para la carrera mercantil, es este caballero uno de los comerciantes que cuentan con mas elementos para serlo; pero que no por esto ha adelantado mas que otros en el desempeño de su profesion. Habiendo heredado de su respetable padre la instruccion, la honradez y la fortuna, supo aprovecharse de las dos primeras cualidades con preferencia á la última, de la que siempre se ha mostrado al parecer indiferente. Diputado en casi todas las legislaturas durante la época constitucional, y ministro de Hacienda en ocasion en que estaban encargados de los negocios públicos los hombres mas avanzados del partido liberal, en cuya comunion milita, ha sido uno de los pocos que sin sobresalir en ninguno de los ramos á que se ha dedicado, lleva, sin embargo, libre su nombre de esa reprobacion que generalmente acompaña á los que ocupan los primeros puestos del Estado.

Su decision por la política le hizo naturalmente desviarse de la senda del comercio, sin que desatendiera por esto los negocios en su totalidad. Asi es que, falto de aficion por una parte, poco emprendedor por otra, y lo que és mas, político de buena fé, si no ha destruido el caudal respetable con que contaba desde sus primeros pasos, no debe haberlo aumentado tampoco considerablemente.

Consecuente en su palabra, firme en sus tratos y puntual en los compromisos que adquiere, goza de buen crédito en el comercio. Hombre de órden, templado en sus opiniones y tolerante con sus adversarios, obtiene las simpatías de todos los partidos. En alguna ocasion ha usado de la palabra en el Congreso, y si bien por sus discursos no ha llegado á conquistar el nombre de orador, se ha hecho sí oir siempre con indulgencia por el concurso, y sus observaciones y consejos han merecido ser tomados en consideracion

Jóven todavia y ageno á las acaloradas contiendas de los bandos políticos, parece hoy mas dedicado al comercio que en otras ocasiones; y si se decide por este último ramo, no dudamos en asegurar que tocará ventajas mas positivas manejando el caduceo de Mercurio, que el timon de la nave del Estado.

XII.

Excmo. Sr. D. Juan Sevillano, marqués de Fuentes de Duero, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, coronel retirado y senador del Reino.

Es estraño por cierto hallar entre los dictados de un banquero el título de coronel, no siendo la carrera de las armas la mas á propósito para adiestrarse en negocios mercantiles, ni para inclinar el ánimo de un hombre al estudio de la partida doble. Solo considerando que el que por vocacion se dedica á la milicia, revela desde luego una imaginacion viva y ardiente, que desea acometer grandes empresas y que busca la gloria por medio de las penalidades y del trabajo, puede comprenderse el paso repentino de las armas á los números, de la poesía á la prosa, de las ilusiones que alcanzan hasta obtener una cruz de San Fernando, á las realidades que tienen por término la posesion de acciones en el Banco de idem. El dia en que un jóven recibe los cordones de cadete, sueña en ser general; cuando es alférez, se contentaria con mandar un regimiento; al llegar á teniente, solo desea igualar sus dos hombros; pero cuando es nombrado capitan, se limitan sus ambiciones á manejar la caja del regimiento. Esta es la teoría de la humanidad.

Sin la venida de la guerra de la independencia que impulsó á muchos jóvenes á adoptar el partido de la causa nacional, Sevillano hubiera seguido una profesion literaria á que sus padres le habian destinado; pero comenzada la lucha y sintiéndose con vocacion para la carrera de las armas, la empredió desde luego haciendo en ella rápidos progresos. Concluida la guerra, creyó tambien terminada su mision militar, y aunque ocupaba ya un distinguido puesto en la milicia, tuvo por conveniente retirarse del servicio y reunir la fortuna que de sus antecesores habia heredado, para dedicarla á negocios mercantiles.

Contando como contaba desde luego con un buen capital, sus especulaciones y sus negocios no fueron limitados como suelen ser en la mayor parte de los que principian el comercio. Ayudado poderosamente por la fortuna y con una laboriosidad y energía poco comunes, acometía grandes empresas comprometiendo siempre casi todos sus intereses, á trueque de hacer adelantos en la línea que se habia trazado.

Llegó una época en que los apuros del gobierno español se repetian frecuéntemente, teniendo que atender á los considerables gastos que ocasionaba una guerra civil y al considerable número de tropas que circunstancias tan críticas para la tranquilidad del pais hacian necesario tener en pié. Sevillano se decidió á encargarse del sostenimiento de esas masas de

tropa en diferentes provincias del reino, empresa arriesgada de suyo, no solo por los considerables fondos que absorvia, cuanto por la inseguridad que presentaba su reintegro si el éxito de las armas no era del todo favorable á la causa de la Reina; pero que prometia grandes utilidades, si, como vino á suceder, el triunfo se ponia de parte de la legítima sucesora del trono.

Las subsistencias militares, pues, fueron la gran especulacion á que por mucho tiempo se dedicó la casa del marqués, negocio que requeria gran actividad y despejo, conocimientos especiales en muchos ramos, valor y fuerza de voluntad estraordinaria, si habia de producir los beneficiosos resultados que de empresas de tal magnitud pueden prometerse. Ya hemos dicho al hablar de varios personajes mercantiles, que el ramo de subsistencias militares ha constituido la parte principal de su fortuna; y aun nos resta que apuntar algunos otros que deben su prosperidad al mismo género de especulaciones; pero es opinion generalmente admitida que ninguno ha rayado en este punto á la altura del marqués de Fuentes de Duero, quien ha dado repetidas pruebas de privilegiadas disposiciones para el desempeño de esta clase de negocios.

Es Sevillano, uno de esos hombres á quienes jamás arredra empresa alguna, trabajador y constante hasta el estremo de que nunca encuentre obstáculos á la realizacion de sus designios. Goza de un buen nombre comercial á toda prueba, nombre que se adquiere en esta profesion, no como en otras debido á la casualidad ó la lisonja, sino en fuerza de una rectitud nunca desmentida y del exacto cumplimiento de todos los compromisos contraidos.

Es ademas hombre de mundo y de talento despejado, un tanto origínal en su trato, y que á la cualidad de gran fisonomista reune la de observador constante de las cosas y de las personas que le rodean. De este onocimientó del mundo y sobre todo del esquisito análisis que hace de los negocios que se le proponen antes de llegar á emprenderlos, depende el que no caiga de contínuo, como suele suceder á otros, en los lazos que á cada paso se le tienden á los hombres de gran fortuna. Su estudio sobre las flaquezas de la humanidad llega al estremo de que se le tache de sarcástico y severo algunas veces cuando llega á ocuparse de estas cuestiones.

Cuentan que en una ocasion interrogado por un amigo suyo, de si sabia que llevaba cubiertas de yeso blanco las mangas de su frac, le contestó á tiempo que el interpelante le limpiaba con el mayor esmero:

—Ya lo sabia: pero no me daba gran cuidado, porque esperaba hallar quien, como usted, me lo limpiára antes de haber andado cinco pasos.

Nuestra sociedad, en efecto, no se manifiesta nunca indiferente con un hombre que ha sabido adquirir una gran fortuna; una fortuna tenida po de las primeras de su clase.

La casa del marqués de Fuentes de Duero es de la mayor importancia en España, y aun puede competir con algunas de las mas principales del estrangero, y su crédito es considerable en todos los mercados de dentro y fuera del reino.

En medio de esta posicion, que no puede ser mas brillante, no se cuida el marqués del lujo ni la ostentacion tan necesarios para hombres que, faltos de verdaderos medios, pretenden adquirirlos con el boato y la fantasmagoría. Modesto en el vestir, sóbrio en los goces y atento solo á la direccion de sus negocios, se le vé caminar casi siempre á pie, saludando con afabilidad á cuantos conocidos encuentra al paso, y conservando siempre un humor festivo y alegre sin tocar por esto en chocarrero.

Por servicios prestados á varios gobiernos y en diferentes épocas, se halla investido á mas de su carácter militar con el de título de Castilla, con una gran cruz y con la alta distincion de senador del Reino. Sin pretensiones de hombre de Estado, y lo que es mas, sin hacer gala de orador, ha usado de la palabra en varias ocasiones en el Senado, pronunciando discursos fáciles y sin artificio; pero luminosos y correctos principalmente en cuestiones mercantiles, en las que ha demostrado sus especiales conocimientos. Festivo en la tribuna como en la sociedad, rara vez usa de la palabra sin provocar á cada paso la hilaridad del auditorio, amenizando con oportunos chistes sus agudos razonamientos.

Otra cualidad y concluimos. El marqués de Fuentes de Duero es uno de esos hombres benéficos que sin hacer ostentacion de generosidad y esplendidez, son espléndidos y generosos cuando se trata del honor de sus amigos ó de la desgracia de sus semejantes. Sus buenas acciones siempre reservadas, suelen hacerse del dominio del público, cuando los que las reciben creen un deber de gratitud el publicarlas. Asi es que generalmente apreciado de todos y de todos querido, es el marqués de Fuentes de Duero uno de aquellos hombres que aunque, lo que no es de esperar, por un órden natural, perdiera su fortuna quedando reducido á una condicion escasa, seria igualmente querido y apreciado de todos los que por cualquier motivo tuvieran ocasion de conocerle.



XIII.

Excmo. Sr. D. Manuel Gaviria, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, del consejo de comercio y diputado á Córtes.

No deja de ser notable el que un capitalista empiece la carrera de sus negocios contando ya con algunos elementos de riqueza, cuando la mayor parte de los hombres que llevan en nuestros dias aquel envidiado título han tenido que dar una vuelta completa á la rueda de su fortuna, elevándose desde el punto mas ínfimo que ocupaban en sus primeros años hasta el mas culminante en que en el dia se encuentran.

En efecto. D. Manuel Gaviria, si bien no puede decirse que nació en cuna de oro, pasó su niñez entre las comodidades de una familia á quien su padre, el actual marqués de Casa-Gaviria, habia logrado proporcionar una renta poco comun por cierto. Pudo por consiguiente, como la mayor

parte de los hijos de nuestros hombres acaudalados, descansar en el porvenir que le habia asegurado el autor de sus dias, dedicándose, cuando mas, á esas mil pequeñeces que en esta nacion mas que en ninguna otra constituyen las *penosas* ocupaciones del rico. Lejos de eso, sin embargo, y queriendo adquirir con el hábito ese saludable amor al trabajo, que con harta frecuencia exigen las imprevistas vicisitudes de la vida, no tuvo dificultad en sujetarse á las tareas de algunas horas diarias de oficina en la direccion general del tesoro público, donde apenas entrado en edad solicitó y obtuvo un empleo secundario que desempeñó algunos años, dando siempre pruebas á sus gefes de laboriosidad y despejo.

Entretanto la casa de su padre iba prosperando visiblemente, y se hacia necesaria una persona que reuniendo á la inteligencia y honradez un interés por el lustre de la misma, dificil de encontrarse en un estraño, se encargase de la direccion de los negocios, manteniendo en la actividad conveniente la complicada máquina del comercio en su mas elevada escala. Reclamábanlo así por otra parte la edad algo mas avanzada y la disposicion de ánimo del marqués; el cual sobre estar ya poco apto para la agitacion que la vida mercantil lleva consigo, era natural que quisiera descansar de las faenas á que desde su juventud habia tenido que entregarse para labrar su fortuna. Todas estas circunstancias hicieron que don Manuel Gaviria se pusiese al frente de la casa de su padre, dando principio de este modo á su carrera.

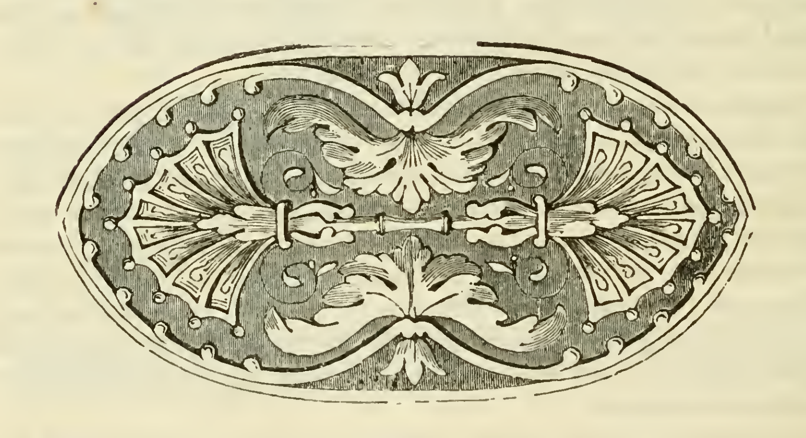
Desde entonces su único anhelo fué aumentar el capital que se le confiaba, desplegando la mayor actividad é inteligencia en cuantos negocios emprendia; y no perdonando medio alguno para conseguir el objeto que se habia propuesto. Tomó contratas de provisiones para las tropas; antes y durante la última guerra, hizo anticipos de fondos al gobierno, y se dedicó á toda clase de operaciones mercantiles, teniendo la suerte y la satisfaccion de ver coronados sus esfuerzos con un éxito tan completo, que hoy se le supone una fortuna de las mas considerables, colocándole la opinion pública, y muy particularmente la comercial, entre los primeros capitalistas de la córte.

La confianza que ha inspirado siempre Gaviria es tal, que mereció ser nombrado tesorero de S. M. la Reina, habiendo desempeñado algun tiempo este honroso cargo con la mayor lealtad y exactitud. No descuidó, sin embargo, por eso en aquella época sus propios negocios; antes bien, á pesar de las ocupaciones que su destino le imponia, continuó dirigiéndolos por si mismo con igual perseverancia que anterior y posteriormente ha demostrado.

Siempre activo, probo, laborioso, é inteligente, Gaviria goza hoy asi en España como en el estrangero, de una reputacion comercial, de la que pocos banqueros pueden preciarse. Su nombre es citado como un modelo en su profesion, y su firma es de las mas respetadas, considerán-

dose como la mejor garantía del cumplimiento de sus compromisos. Afable y llano en su trato particular, merece el aprecio de cuantos le conocen: su fisonomía es apacible y bondadosa, su continente grave y sus modales finos aunque sin afectacion cortesana.

Honrado padre de familias ama entrañablemente y educa con esmero á sus muchos hijos; y en cuanto á su vida pública, se mezcla poco en las oscilaciones de la política, y cumple con arreglo á sus convicciones el cargo de diputado con que le han honrado los pueblos.



XIV.

Excmo. Sr. D. Jaime Ceriola, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, diputado á Córtes.

Agítase la cuestion de aranceles. Un comerciante que tiene asiento en el Congreso, aboga ardientemente por el sistema prohibitivo. Este comerciante hace una proposicion al gobierno, por la que se obliga á satisfacer mensualmente el importe del rendimiento actual de las aduanas, con mas el esceso que debe ingresar en el tesoro público por la introduccion de géneros estrangeros. El que acomete empresa de tanta trascendencia y que manifiesta evidentemente lo interesado que se halla en la industria nacional por una parte y por otra los grandes capitales con que cuenta para hacer frente á los enormes compromisos de su proposicion, es Ceriola.

Nacido en Cataluña é hijo de un comerciante acaudalado, su educa cion literaria fué con arreglo á la carrera mercantil que habia de emprender. Muy joven todavia se puso al frente de su casa; y los conocimientos adquiridos y su natural despejo sobre todo, le hicieron prosperar notablemente, hasta que con buen crédito comercial y con un capital considerable, vino á Madrid en donde ha hecho la gran fortuna que en la opinion general posee.

Actividad y talento son las dotes características de Ceriola; pero estas, de las que no carecen sino una muy pequeña parte de nuestros ricos comerciantes, porque sin ellas difícilmente puede prosperarse en la profesion mercantil, suelen dar resultados mas ó menos positivos en los diferentes sugetos que de tan indispensables cualidades se hallan adornados, segun el buen ó mal uso que hacen de ellas en la práctica de los negocios.

En la carrera del comercio como en ninguna otra, la providad y la honradez, mas que deberes impuestos al hombre por la sociedad en que vive, son un medio de prosperar y de engrandecerse; son virtudes que hasta por egoismo y por cálculo deben profesarse. No basta el haber conocido un puñado de hombres acaudalados que deben su posicion al dolo y la mala fé; no basta ese triste y desconsolador ejemplo para envidiar las disposiciones que en ellos se descubren á medrar por medio de la miseria pública, pues que tarde ó temprano la maldad se pone de manifiesto, y al término de una dilatado carrera viene un dia en que con el honor se pierde la fortuna. La profesion mercantil es semejante á un vasto y complicado problema matemático, en el que si se parte de una base falsa y errónea, los resultados parciales de las operaciones secundarias

pueden ser exactos y conformes; hasta que despejada la incógnita, y creyendo encontrar un dato fijo, un número constante y determinado, se ve cuán estériles han sido los medios empleados y cuán distante se halla el calculista del punto en que creia encontrarse. Pero asi como en el ejemplo aducido, puede el matemático rehacer sus operaciones y rectificar el error do quiera que lo encuentre, en la carrera del comercio por el contrario el que una vez abusó de su posicion y de la confianza que en él depositaron otros, tarde ó nunca alcanza con el arrepentimiento lo que perdió con su torcido proceder. No es nuestro ánimo al hacer estas observaciones que incidentalmente nos ocurren, rebajar en lo mas mínimo el mérito que los comerciantes probos y honrados puedan haber adquirido en el recto ejercicio de su profesion; sino demostrar que tanto en el sugeto de que nos vamos ocupando como en tantos otros que en circunstancias análogas se encuentran, la honradez y la providad han entrado por mucho en el rápido acrecentamiento de su fortuna.

Al establecerse Ceriola como hombre en la sociedad, un dote considerable vino á reforzar su crédito y su posicion, y una constante y decidida suerte á coronar el éxito de sus empresas.

Ceriola se ha ocupado en muchos y diferentes negocios mercantiles; se le ha visto figurar en arriendos y grandes empresas, representando siempre capitales de importancia; ha tenido contratas de provisíones para el ejército, y hecho felizmente operaciones bursátiles de gran valía

Mirando siempre la política como una muy secundaria entre sus mas secundarias atenciones, ni ha usado nunca de la palabra en el Congreso á que pertenece ya hace algunos años, ni ha figurado en comisiones notables, ni sufrido las vicisitudes de los hombres avanzados de su partido, ni su vida pública, en fin, ofrece interés alguno. En su calidad de comerciante ha desempeñado sí, cargos distinguidos, de los que, al parecer, nunca se ha mostrado codicioso.

Tiene Ceriola, como hemos manifestado, un crédito indisputable dentro y fuera de España, y se le conoce como hombre benéfico y generoso hasta con personas á veces con quienes no le han unido otros vínculos que los de humanidad. Emprendedor y activo como elque mas, trabaja incesantemente en sus negocios, y al par que cuida del proporcional aumento de sn fortuna, se manifiesta muy celoso tambien por la perpetuidad y gloria de su nombre.

Dos de sus hijos dedicados al comercio despues de seguir carreras distinguidas, revelan grandes disposiciones para el buen desempeño de su profesion; y dan á conocer cláramente que si don Jaime Ceriola heredó de sus padres la instrucion, el crédito y la fortuna, ha sabido tambien trasmitir á sus hijos considerablemente aumentados estos bienes, con los que desde muy jóvenes se encuentran favorecidos.



XIV.

Excmo. Sr. D. Nazario Carriquiri, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M., del consejo de comercio y diputado á Córtes.

Cuando la última guerra civil ardia con mas fuerza en algunas provincias de España, época en que los hombres de resolucion y que contaban con medios de fortuna pudieron dedicarse á los negocios para perder sus bienes en poco tiempo ó aumentarlos considerablemente en breve plazo, fué cuando Carriquiri vino á la córte desde una ciudad del reino de Navarra, en donde se ocupaba de asuntos mercantiles. Si ya en otras ocasiones no hubiéramos manifestado el feliz éxito que alcanzaron los que se decidieron á acometer empresas, fiados en la palabra del vacilante gobierno de entonces, tendriamos que reproducir uno por uno todos los negocios tantas veces nombrados, y que como á otros muchos sirvieron para labrar la fortuna de este capitalista.

Hombre emprendedor y activo, dotado de natural despejo, y no el mas á propósito para contentarse con los bienes que la suerte habia puesto en sus manos, abrazaba á la vez diversas especulaciones, prósperas en-

tonces en sus resultados, pero que no dejaban de influir en perjuicio de comerciante, haciéndole confiar demasiado en su buena estrella. Carriquiri fué de los banqueros que mas parte tomaron en las sociedades anónimas de siempre dichosa recordacion; y como en estas, segun todos sabemos, los interesados se dividieron en *gentiles* y *paganos*, tocóle ser de los últimos y perder en tan poco envidiable rango una crecida y envidiable fortuna. Con todo, su capital, segun la opinion comun, era respetable, y este desgraciado incidente no le obligó á desaparecer de la lista de los comerciantes desahogados.

D. Nazario Carriquiri es acreedor á la consideracion y aprecio de los hombres de letras, y muy particularmente de los que se dedican al cultivo de la literatura dramática. En una época no muy lejana, se declaró único protector de la sociedad que, con el nombre de Talia, se fundaba con el solo objeto de levantar de la postracion humilde en que se hallaba la carrera de escritor dramático, ofreciendo á los autores de este género de obras una pronta y decorosa recompensa con que hasta entonces no habian podido contar. Este desprendimiento es tanto mas notable, cuanto que en el protectorado de la sociedad no podia envolverse idea alguna de lucro, sabiendo, como nadie ignora, que el teatro en España no es aun susceptible de especulacion en ninguno de los ramos que comprende, y mas si se establecen con lujo y prodigalidad. La absurda y descabellada direccion de la Talia, encomendada á personas incompetentes en la materia, y que tan sin provecho comprometieron el nombre y los intereses del protector, fueron causa de su temprana muerte y de que llevára en pos de sí las justas esperanzas que muchos jóvenes escritores habian concebido de ella, perdiéndose de paso algunos miles de duros con que contribuyó generosamente Carriquiri para su formacion y desarrollo. La prensa toda en aquella ocasion tributó los mayores elogios al rico banquero por su conducta, y nosotros tenemos un placer en consignarlo aquí como única recompensa á aquellos favores, dignos de ser secundados con mejores auspicios y bajo mas sólidas bases.

Carriquiri, como demuestra el retrato que hemos colocado al frente de estos apuntes, es jóven todavía, de buena presencia, de aspecto agradable, y complaciente y fino en su trato particular. Dotado de una vivacidad estraordinaria, trabaja incesantemente en sus negocios, sin que esto le prive, sin embargo, de aparecer con frecuencia en público, haciéndose notar su persona en los paseos, en los teatros y en las sociedades. Vive cómodamente y se presenta siempre con ostentacion; pues aunque en los asuntos mercantiles es comerciante antes que todo, no por eso olvida en los dias de solemnidades públicas el vestir ricos uniformes y el encerrarse en una magnífica berlina servida por criados de empolvadas pelucas, mayormente cuando por su carácter de gentil-hombre de cámara vá á ofrecer sus respetos á la Reina de España.

XV.

Excmo. Sr. D. José Safont, caballero gran cruz de la real y dintinguida órden española de Cárlos III.

Los hombres, lo mismo que las cosas, tienen su época. En ella todo les sale á medida de sus deseos; los demás hombres con quienes tratan se declaran sus amigos y protectores; la suerte se encarga de aumentar sus riquezas; la voz pública de darles importancia, y los elementos todos de prosperidad se agrupan en su derredor para elevarlos al pináculo del poder y de la felicidad. Pero la época pasa, y con ella, si no del todo, se pierden en gran parte estos preciosos bienes. Tal es en globo la vida pública del conocido comerciante con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

En una ocasion no muy lejana, el nombre de Safont se asociaba á todas las grandes combinaciones y empresas comerciales, servia de punto de comparacion con respecto á las fortunas considerables, y apenas habia una casa en el reino que gozara de tanta popularidad como la suya, ni que se creyera mas capaz de acometer negocios y especulaciones de importancia. En efecto, don José Safont, hijo de un rico comerciante, asociado con él en unas ocasiones, otras por sí solo y á veces en participacion con casas respetables, pero protegido siempre por los hombres políticos de todos los partidos, tuvo á su cargo empresas de consideracion, tales como de anticipos de fondos al gobierno, contratas de provisiones, utensilios, vestuarios, puertas y grandes operaciones de Bolsa que elevaron su fortuna á un grado de prosperidad poco comun entre los de su profesion.

Una desgràcia de familia, bastante conocida de todos para que juzguemos necesario recordarla, parece que señaló el límite á su carrera. Desde entonces, ya sea que abandonó en parte los negocios, ó bien que los resultados de estos no correspondian á sus esperanzas, el hecho es que su nombre dejó de figurar como en otro tiempo á la cabeza del comercio, y sus empresas y especulaciones continuaron en menor escala. Hoy, si hemos de dar crédito á nuestros propios informes, su casa no representa el papel que anteriormente, si bien todavia cuenta con un decente capital. Safont, separado de los negocios del momento, se dedica, principalmente en la actualidad, al cuidado de una fábrica de hierro que posee, y á la buena administracion de los bienes raices que aun conserva.

XVI.

Sr. D. Domingo Norzagaray.

Mas de treinta años hace que este caballero figura como comerciante en la córte y como comerciante poderoso en primera línea. Hombre entendido y con buena reputacion mercantil, ha visto, sin embargo, disminuir notablemente su capital en esta última época de crisis por sociedades anónimas, y en consecuencia de gentes de mala fé. Su casa, aunque no tan nombrada como en otras ocasiones, es aun de mucha importancia en la actualidad.

XVII.

Sr. D. Dámaso Cerragería, de la órden de Cárlos III, director que fué del banco español de San Fernando.

Si una honradez proverbial y la consideracion y el respeto de cuantos le conocen, no garantizasen la conducta de este caballero, difícilmente contaria un número muy considerable de amigos, por la aspereza é impetuosidad de su carácter. Esta circunstancia prueba de un modo evidente, que no solo la melifluidad, el agrado y la diplomacia son las dotes indispensables para adquirir una fortuna, sino que tambien puede conquistarse careciendo de todas ellas.

Cerragería principió con un mediano capital su carrera, se ocupó por espacio de mucho tiempo en el comercio de frutos coloniales, tuvo tambien algunas contratas de provisiones para el ejército, y últimamente se ha dedicado á negocios de banca. Su fortuna en estas especulaciones ha ascendido á una altura respetable; y la rigidez de sus principios, junto con el buen nombre que ha sabido adquirirse, le valen en el dia ser considerado aun mas que por estas cualidades, que por su sola representacion mercantil. Cualquiera que haya oido hablar de este sugeto, pero que no le conozca personalmente, creerá que es un anciano enfermo y achacoso; sin embargo, Cerragería tiene un aspecto agradable y su edad no pasará de cuarenta y cinco años.

XVIII.

Sr. D. José Manuel Collado, caballero de la órden de Alcántara, del consejo de comercio, senador del Reino.

Procede de una casa de las Provincias Vascongadas que se ocupa en el comercio de frutos coloniales, y que en la última guerra civil se interesó en contratas de víveres para las tropas y en empresas de anticipos de fondos al gobierno. En consecuencia de estos negocios reunió el crecido capital que conserva. Es laborioso, inteligente y un tanto suspicaz.

Como senador, es de los comerciantes que mas se ponen en evidencia por los largos discursos que en diversas cuestiones, y muy principalmente en las económicas, pronuncia. Confuso al ordenar sus pensamientos, y pausado por demas al espresarlos, suele ocupar una sesion entera de la cámara en un discurso cuya sustancia podia reducirse á pocas líneas. Sus peroraciones por otra parte ofrecen poca novedad é interés; porque limitadas en los mas de los casos á esplanar las mismas ideas emitidas ya en el Congreso de los diputados ó en los artículos de fondo de los periódicos progresistas, se reducen á manifestar un buen deseo por el órden administrativo y económico, y á pedir al gobierno el mayor aumento posible en los ingresos, junto con las prudentes economías que en los gastos del Estado puedan adoptarse.

D. José Manuel Collado es hombre entrado en edad, y su porte no desdice del que parece corresponderle por la categoria que representa en el comercio. Tiene buena opinion mercantil y un capital que, como hemos dicho, figura en primera linea entre los de su clase.

XIX.

Excmo. Sr. D. Manuel Perez Seoane, caballero gran cruz de la rel órden americana de Isabel la Católica, gentil-hombre de Cámara de S. M., senador del Reino.

Fué abogado, oidor, regente de Manila; abandonó la carrera de la magistratura, y establecido en Madrid emprendió la del comercio. Tiene un capital de bastante consideracion y se le conceptúa muy entendido en

las teorías mercantiles, al paso que con las mayores disposiciones para la direccion y desempeño de los negocios.

Senador con buenos recursos oratorios, hace uso de la palabra con frecuencia, y puede decirse que en la cámara vitalicia es el órgano mas autorizado del comercio; pero no por esto el que representa las opiniones de sus colegas. Asi es que se le vé votar en diferentes cuestiones separado de ellos, sin que hasta ahora pueda decirse que formen una fraccion aislada en el Senado, ni que él sea su gefe reconocido. Acostumbrado á las tareas del foro, habla con facilidad y desembarazo, haciendo gala de estensos y varios conocimientos, y desenvolviendo con acierto y maestria los asuntos de que se ocupa

Su respetable edad y su porte distinguido, á mas de las cualidades que hemos enunciado, le hacen aparecer como un hombre de importancia. De este comerciante si que podemos decir, al ver los adelantos que ha hecho en la magistratura, en el comercio y en la política, que lo mismo sirve para manejar la vara de la justicia, que el cadúceo de Mercurio, que el timon de la nave del Estado.

XX.

Excmo. Sr. D. José Segundo Ruiz, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, director general que fué del tesoro público y del banco español de San Fernando, del consejo de comercio.

Desde muy jóven ha favorecido constantemente la fortuna á este caballero, siendo uno de los pocos que con dificultad podrian quejarse de ella despues de haber examinado con detencion el largo período de su vida. Contando aun muy pocos años vino á Madrid y se ocupó en casa de un título de Castilla bastante conocido, pasando en seguida á ser empleado del gobierno en varias escalas, hasta llegar á la altura de director general del Tesoro público. Dedicado á los negocios mercantiles, supo sacar partido de sus disposiciones, y con ayuda de los negocios que tantas veces hemos ennumerado en el discurso de nuestras reseñas, llegó á reunir un vasto capital.

D. José Segundo Ruiz ha desmostrado siempre particular aficion al engrandecimiento y prosperidad de la ganadería trashumante, y trabajado incesantemente en perfeccionarla. Asi es que desde el punto en que el gobierno principió á mirar con alguna deferencia esta clase de mejoras materiales y á proporcionar estímulos y premios á los que de tan importante ramo se ocupaban, fué nombrado director general de la asociacion de ga-

naderos del Reino, cuyo cargo desempeña con actividad y constancia á satisfaccion de todos los asociados. Es hombre de alguna edad, regularmente despejado y de conocida riqueza, lo que no quita, sin embargo, de que su manera de vivir sea bastante modesta.

XXI.

Sr. D. Miguel Nágera, de la órden de Cárlos III.

Hijo de un agente de negocios de buena opinion, vivia decentemente al lado de su familia, iniciándose en la práctica de los asuntos mercantiles; pero enlazado á una señora rica hija de una viuda comerciante de la córte, emprendió los negocios por sí, llegando á contarse en breve entre los banqueros mas acaudalados. Constantemente ha figurado en empresas y especulaciones notables, para las que cuenta, á mas de su disposicion é inteligencia, con la decidida proteccion de los hombres políticos de todos los partidos. En la actualidad parece menos entregado á los asuntos del comercio, gozando de los beneficios de una vida tranquila y por demás cómoda.

D. Miguel Nágera es hombre que se distingue por su notable piedad, figurando á menudo en las listas de hermandades y cofradías religiosas, y contribuyendo con abundantes limosnas al culto de milagrosas imágenes y al socorro de pobres y enfermos. Su acendrada piedad llega al punto de que en su propia casa haya construido una capilla en donde rendir fervientes votos al Altísimo, capilla adornada con gran magnificencia, y objeto de un culto constante por parte de todos sus dependienies y allegados.

Al ver nosotros que su reputacion mercantil hermana con la religiosa, no podemos menos de felicitarle en este lugar por haber sabido unir á lo comerciante lo cristiano.

XXII.

Sr. D. Juan Manuel Calderon, del consejo de Comercio.

Segun nuestras noticias, correspondió este señor en su juventud á la carrera militar, y dedicándose despues á la mercantil, ha conseguido en fuerza de trabajo, inteligencia y tiempo, reunir una fortuna de consideracion. Sus primeros negocios fueron los suministros de marina, de cuyo ramo

es intendente honorario; y aunque ha abrazado con posterioridad otros diferentes, no ha sido de los comerciantes mas nombrados por la magnitud y arrojo de sus especulaciones.

Anciano ya y al termino de una vida activa y laboriosa, se conserva diligente y apto para el desempeño de las operaciones y asuntos de su casa, en los que se le considera bastante entendido. Su crédito es bueno entre los comerciantes.

XXIII.

Sr. D. Andrés Caballero, de la órden de Cárlos III, director que fué del banco español de San Fernando, senador del Reino.

Hijo de opulentos comerciantes y debiendo seguir la huella de sus padres, solo aprovechó en él la carrera literaria á que mostró aficion en un principio, para ilustrarle en sus primeros años. Inútil parece advertir que habiendo heredado una fortuna de consideracion, ni tuvo que hacer grandes esfuerzos para conservarla, ni ha necesitado de escesivos afanes para hacerla llegar al término que hoy toca. Las lecciones de sus maestros eran buenas: el aprovechamiento del discípulo, no ha podido ser mas ventajoso.

Los negocios de Caballero casi se han limitado al giro de letras y á préstamos. Tiene opinion de hombre honrado, y su crédito es tan importante como su capital. Es ya entrado en años. Su vida no puede ser mas modesta.

XXIV.

Sr. D. Alejandro Lopez.

Increible parece que un comerciante de los mas acreditados y ricos de España, no tenga título ni condecoracion alguna que ostentar, cuando apenas hay uno entre los de su clase, aun contando con los medianamente acaudalados, que no los presente en abundancia. Sin embargo, nada mas cierto. D. Alejandro Lopez solo ha obtenido en alguna ocasion empleos municipales, y desempeñado el cargo de senador cuando la eleccion para tan distinguido puesto se hacia por el sufragio de los electores.

Aunque este señor figura como comerciante en muchos negocios, la principal atencion de su casa es el comercio de hierro, en cuyo ramo no hay en la corte otro alguno que le aventaje. Alhagado por la suerte de una manera estraordinaria, no solo sus especulaciones en grande le han producido los mas satisfactorios resultados, sino que hasta el despacho de sus géneros por menor es considerable, en términos de que sus almacenes se encuentren siempre poblados de licitadores, y el despacho que en ellos se hace diariamente, iguale si no escede, á la suma total del que se verifica en todos los demas establecimientos de esta clase. A la proteccion, pues, de la fortuna, á la actividad y al sencillo método de vida que observa, debe este antiguo comerciante el cuantioso capital que posee y el buen nombre de que disfruta en el comercio dentro y fuera de España.

XXV.

A pesar del gran número de banqueros y ricos comerciantes de que nos hemos ocupado con algun detenimiento hasta ahora, quedan aun no pocos, notables por su capital, por su inteligencia ó por su nombradía, dignos de figurar en nuestra obra, destinada á dar una completa idea de los hombres y las cosas de la corte que, bajo cualquier concepto, deban y puedan llamar la atencion de los curiosos. Pero como quiera que entre los sugetos de que nos resta hacer mencion hay algunos que apenas se dedican ya á los negocios, otros cuya vida y particulares circunstancias no ofrecen el mayor interés, y otros, los mas de ellos, que tienen muchos puntos de contacto con los que llevamos apuntados, creemos mas á propósito incluirlos en un solo artículo, por evitar enojosas repeticiones, y por no hacer interminable el curso de nuestras reseñas.

Se cuentan, por ejemplo, entre los banqueros de primer órden algunos, tales como el Exmo. Sr. D. Julian Aquilino Perez, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, director general que fue del tesoro público, del consejo de comercio y senador del reino, que hace muchos años pricipió el comercio de banca, y le ha seguido constantemente con gran fortuna hasta reunir un crecido capital, ocupándose ya hoy poco de asuntos de comercio, y llevando una vida modesta. El Sr. D. Francisco Aceval y Arratia, caballero de la órden de Alcantara y senador del reino, que vino á Madrid á la inmediacion de unos tios comerciantes, á cuyo lado se educó espresamente para la carrera mertantil; hombre de buena reputacion, bastante despejado é inteligente, y que posee una buena fortuna. El Exmo. Sr. D. Jose Fontaguz y Gargoyo, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica y director que fue de la caja de Amortizacion;

sugeto que, segun nuestros informes, marchó muy jóven á América, en donde verificó un ventajoso enlace, y dedicado despues al comercio, reunió el opulento capital que disfruta hoy, cuando ya casi nada se ocupa de los negocios. El Sr. D. Fermin Lasala, individuo del consejo de comercio y diputado á córtes; sugeto bastante acaudalado y de regular inteligencia en la carrera mercantil. El Sr. D. Fernando Fernandez Casariego, que tuvo una lonja de lienzos, y que prosperó mucho durante la guerra civil con varios negocios, principalmente los de contratas de vestuarios, siendo en el dia un opulento comerciante, bien reputado y poco notable por su lujo. El Sr. D. Francisco de las Barcenas, longista tambien en su principio, contratista asimismo durante la guerra, y en posesion hoy de un capital importante. El Sr. D. Juan Luciano Valez, hijo de un rico comerciante, y que habiendo seguido la casa de su padre sino con grandes adelantos, sin sensible atraso por lo menos, es en la actualidad uno de los principales capitalistas. El Sr. D. Manuel Muguiro, poseedor y representante de la casa titulada *Miliquitorena, hermanos*, jóven de gran inteligencia y honradez, rico en demasía y justamente acreditado dentro y fuera del reino.

Otros tenidos por capitalistas respetables, entre los que se cuentan el Exmo. Sr. D. Antonio Hompanera de Cos, ex-ministro de la Gobernacion, director que fue del banco de Isabel II y comisario regio del de San Fernando; empleado en sus primeros años en una diputacion provincial, diputado á córtes despues, consejero de la corona mas tarde, y hoy rico comerciante. El Sr. D. Jorge Flaquer, que aunque abraza varios negocios, se ocupa mas principalmente del giro de letras, y cuenta con un decente capital. El Sr. D. Ramon Soriano y Pelayo, antiguo comerciante que disfruta, á la par que de buena fortuna, de no menos apreciable reputacion mercantil. El Sr. D. Ignacio Perez de Soto, que estuvo en sus primeros años en América, de donde trajo un buen capital, que ha aumentado bastante en el comercio; persona de reconocida disposicion y honradez, y demasiado modesto en su trato. El Sr. D. Joaquin Rodriguez Leal, diputado á córtes, y director general que fue del Tesoro público, sugeto inteligente y rico. El Sr. D. Manuel Salvador Lopez, individuo del consejo de comercio y gerente que fue del banco de Isabel II; jóven que siguió en su principio una carrera literaria, se ocupó despues en casa de un banquero acaudalado, y casándose con una de sus hijas, emprendió negocios por sí, llegando á adquirir una buena fortuna. El Sr. D. Manuel Gil de Santibañez, hijo de un desahogado comerciante, y que siguió los negocios de su casa, si bien no con tan buen éxito como su padre, pues se dice que ha disminuido algun tanto su capital. El Sr. D. Mateo Murga, que, dedicado desde luego al comercio, y habiendo obtenido la comision de bienes nacionales de la provincia de Madrid, se entregó despues de desempeñada á muchos y diferentes ne-

gocios, con una fortuna, en el sentir de todos, respetable. El señor D. Francisco de las Rivas, que aunque vino con escasos medios á la corte, su enlace con una señora opulenta, su actividád, su suerte y una mas que mediana dósis de inteligencia, le colocaron en la distinguida posicion en que hoy se encuentra. El Sr. D. Antonio Jorda, escaso asimismo de recursos al emprender su carrera, pero diligente y entendido para conquistar despues su fortuna; sugeto que con los dos anteriores formó la trinidad de directores del banco de Fomento. El Exmo. señor D. Juan Garcia Carrasco, conde de Santa Olalla, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, ex-ministro de Hacienda y senador del reino, hijo de un comerciante acaudalado, pero que no logró conservar los bienes que heredára de su padre; hombre dedicado constantemente á la política, hasta que llegó al poder, despues de cuya caida continuó los negocios mercantiles, habiendo prosperado notablemente, y vuelto á padecer por último en consecuencia de las pasadas crísis. El Sr. D. Luis Maria Pastor, diputado á córtes, director que fue de la caja de Amortizacion, estudiante en su orígen, empleado despues en casa de un banquero poderoso, posteriormente director de la empresa de la sal y hoy hombre de negocios, á quien designa como rico la opinion pública. Los Sres. D. Manuel y D. Sebastian de Torres, hermanos, conocidos bastantes años hace en el comercio, y que á su fama de entendidos y probos reunen la de tener buenos capitales; y el señor D. Gonzalo de Vilches, conde de Vilches, diputado á córtes, que aunque emprendió en su juventud la carrera diplomática en clase de agregado á una legacion, se dedicó despues al comercio, progresando en él notablemente, si bien parece que ha declinado hoy algun tanto su fortuna.

Figuran tambien como agentes de bolsa algunos sugetos verdaderamente notables y que pertenecen al comercio activo de la corte, tales como el Sr. D. Bartolome Santa Marca, que vino á la capital con algunos medios, y aumentados estos por su enlace con la hija de un rico comerciante, pudo dedicarse á los negocios, de cuyas resultas es hoy tenido por hombre de una considerable fortuna. El Sr. D. Antolin Urdaeta, que fue empleado en sus primeros años en una casa de comercio y despues se dedicó á trabajar por sí, habiendo llegado á reunir un buen capital; jóven inteligente y activo, tenido sobre todo por de una probidad suma. El Sr. D. Vicente Bayo, intendente honorario, sobrino de un comerciante, al lado del cual siguió la carrera mercantil, y que entregado despues á los negocios como agente de bolsa, ha reunido un caudal importante. El Sr. D. Antonio Maltrana, que se encuentra en idéntico caso que el anterior, y el Sr. D. Victor Muro, por último, que hace muchos años desempeña tan importante destino con buena reputacion y no despreciables adelantamientos en su carrera.

Hay tambien en Madrid longistas acaudalados, que á mas de los asun-

os del mostrador, emprenden grandes negocios, entre ellos podemos contar al Sr. D. Baltasar Gonzalez, comerciante de la calle de Postas, dedicado á esta profesion desde sus primeros años; hombre de gran suerte durante un dilatado período de su vida, y muy rico en la actualidad, á pesar de haberse lastimado su fortuna con la quiebra y ruina de algun banquero muy notable. A los Sres. D. Narciso y D. Gines Bruguera, hermanos, comerciantes de la calle del Cármen, que disfrutan de buenos capitales, de estenso crédito, y lo que es aun mas, del favor de lo mas escogido y elegante de la sociedad madrileña, que invade constantemente sus vistosos y bien surtidos almacenes; y al Sr. D. Lorenzo Garcia, longista asimismo rico, entendido y acreditado.

Réstanos, en fin, hacer mencion de dos estranjeros que figuran entre los banqueros de primer órden: uno de ellos, el Sr. D. Enrique O' Sea, de nacion inglés, establecido hace bastantes años en la corte, se ha ocupado de muchos negocios, ha hecho anticipos de fondos al gobierno, y tomado á su cargo contratas de utensilios para las tropas, que aun conserva; y el otro D. Daniel Weiswiller, que tanto como representante de las casas de Rostchil, como por sí, se ha interesado en grandes empresas que han producido exhorbitantes ganancias á las primeras, segun la opinion general, y robustecido considerablemente los propios recursos del representante, á quien se considera hombre activo, laborioso y muy entendido en asuntos mercantiles.



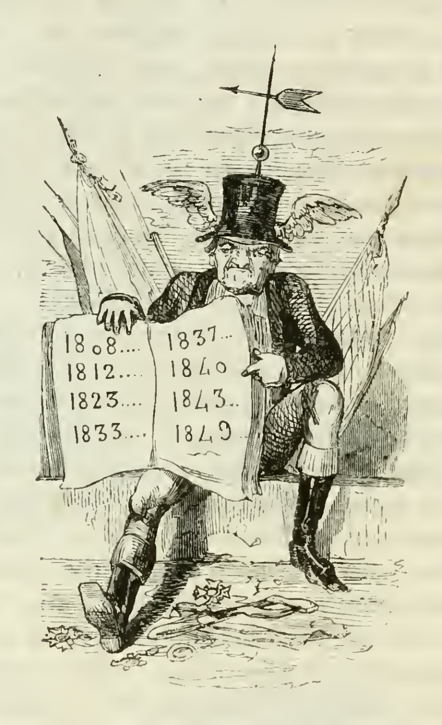
XXVI.

Hasta aqui llega la lista que hemos sabido proporcionarnos de los comerciantes y banqueros mas notables de la corte de España; y si acaso alguna omision involuntaria la ha dejado incompleta, bien podemos asegurar que será en una pequeñísima parte, pues que nuestro interés se cifra en dar cabal idea de los hombres y las cosas que por sus particulares circunstancias deben entrar en el dominio de nuestras observaciones. Pero asi como en los primeros artículos del capítulo que vamos á terminar, hicimos algunas advertencias preliminares acerca de la clase de sugetos de que íbamos á ocuparnos, asi tambien ahora que ya nos son conocidos debemos sacar algunas consecuencias, aunque breves, en vista de los datos que en comun arrojan de sí las individualidades.

Una cosa se desprende á primera vista de las reseñas histórico-biográficas que acabamos de hacer, y es la cualidad de políticos con que se encuentran adornados la gran mayoria de nuestros comerciantes. Al ver que los mas de ellos si no han podido conseguir un asiento en la cámara electiva, lo solicitan y admiten en la cámara de nombramiento real; al ver la parte activa que se toman en las continuas oscilaciones políticas, y el trato familiar y frecuente que sostienen con todos los hombres que están, han estado ó esperan estar en camino de gobernar á sus semejantes, no parece sino que son correlativas é inseparables ambas carreras, en términos de no poder declararse independientes la una de la otra, y asi es en efecto. Desgraciadamente en nuestro pais, donde la industria yace aun en el mas lamentable abandono, donde las artes, la agricultura y los elementos todos de prosperidad se encuentran en embrion, sin que su desarrollo dependa sola y esclusivamente de los particulares, se hace necesario dar á los capitales un giro que, al par que ofrezca ventajas positivas, preste asimismo las seguridades necesarias para tranquilizar el ánimo del especulador; y como en nuestra regeneracion política los gobiernos no se contentan ó no pueden contentarse con los recursos que lentamente proporciona la recta administracion del Estado, necesitando de continuo apelar á medios estremos para atender á estremas necesidades, y como estos auxilios no pueden fácilmente recibirse sino de las personas aquellas que los poseen, de aqui la identidad y amalgama de los políticos con los comerciantes, y de los comerciantes con los hombres políticos de nuestros dias.

Un banquero sin su ministro seria un absurdo, una aberracion, una mentira; seria tanto como un ministro sin su banquero; y de la misma manera que el primero no podria dar un paso ni realizar un pensamiento

sin los recursos materiales del segundo, ¿qué seria de los bienes del segundo sin los frecuentes y momentáneos apuros del primero? Solo considerando la inseparabilidad absoluta de ambos entes, se esplica el afán político-*financiero* con que los comerciantes aspiran á ocupar la silla de ministros, y los ministros, una vez perdida la gracia, se resignan á establecer sus reales en el bufete de los comerciantes. Pero digamos algo de la política de los banqueros.



La política de un comerciante, esto es, del comerciante que sabe serlo, y entre nosotros, sea dicho de paso, todos ellos han dado repetidas pruebas de que poseen en alto grado el instinto de la conservacion: la política de un verdadero comerciante, repetimos, debe ser el no tener ninguna, ó por mejor decir una política general y vaga que se amolde á todas las eventualidades, que cuente con vencer todos los obstáculos, que fraternice con todos los hombres, que se avenga á todos los sistemas, y que pueda hacer frente, en fin, á todos los resultados imaginables. Por eso el comerciante que se declara acérrimo defensor de una fraccion política cualquiera, deja perder bien pronto su primitiva consideracion, sin adelantar por esto gran cosa en la segunda, al paso que el que se manifiesta neutral, si no indiferente, en la marcha de los sucesos y de las cosas, y que, impasible en medio de las borrascas, ni se anonada ni enfurece, limitándose á apuntar en el gran libro de su conciencia política las fechas memorables de los acontecimientos en que ha sabido tomar parte

sin ser arrastrado en su corriente, prospera en su fortuna, llena de pendones é insignias los cuarteles de su escudo, y contemplando con desden á los que han sido víctimas de una mal entendida consecuencia, ve por premio á su acomodaticia conducta sembrado el camino de cuanto mas bello y deslumbrador ha inventado para su recreo la vanidad y el capricho de los hombres. Esta es la verdadera marcha del comerciante que conoce sus intereses.

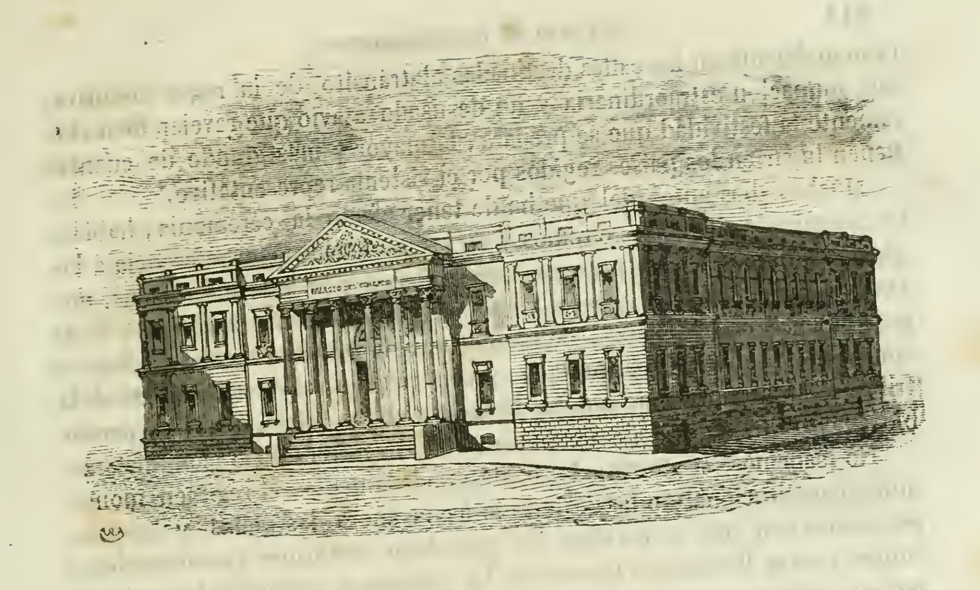
No deberá estrañarse por lo tanto que permanezcan un dia y otro mudos en sus puestos, dando continuas muestras de asentimiento á lo que dice la oposicion para atacar al poder y á las razones de que el poder se vale para destruir y rechazar los argumentos de la oposicion. Porque si se declaráran tan ministeriales que la oposicion les creyera sus contrarios, ó tan oposicionistas que el gobierno lestuviera por rivales, ¿cómo gozar los beneficios del poder viviente, ni tener derecho á repartirse las esperanzas del poder futuro? Solo con medias tintas suaves consiguen la necesaria dependencia para poderse llamar independientes. Esta es la causa de que los banqueros políticos no descuellen sino raras veces como acalorados órganos de un partido, ni se muestren tampoco indiferentes á á las habituales contiendas de todos ellos. Hombre conocemos nosotros de esta clase que se hubiera dejado cortar las narices el año de 1808 por la libertad y la independencia de su patria, que en 1812 hizo pedazos media docena de sombreros aclamando la Constitucion republicana, que iba á felicitar al inocente y narigudo rey pocos años despues por la acertada estrangulacion de los liberales, que sirvió en la milicia ciudadana en 1823, que á los diez años lloraba amargamente durante el estertor del monarca, que en 1837 mandaba apalear á los realistas, que era inseparable del Regente en 1840, que adora al duque de Valencia desde 1843, y que en la actualidad se ocupa de captarse el afecto de la persona que, segun sus noticias, ha de dominar la situacion monárquico-constitucional de la España de mediados del siglo XIX. Si no se hace fortuna con semejanre táctica, es por torpeza, pero no porque dejen de ponerse en ejercicio cuantos medios ordena el arte de enriquecer á poca costa. Y como la fortuna viene siempre, y como tras la fortuna vienen los títulos y tras los títulos las dignidades y tras las dignidades vienen el lujo, la importancia, la ostentacion y la prosopopeya, y como tras de todas estas relumbrantes adquisiciones viene el engrandecimiento del poderoso y la servil humillacion de los que le rodean, no sabemos cómo hay un solo español que se preste á ejecutar el papel de indiferente espectador pudiendo apropiarse el de galan primero, con solo dedicarse desde jóven á la carrera de comerciante para llegar cerca de los ministros, ó al trillado camino de ministro para entrar despues en la categoría de comerciante.

Hemos hablado de dignidades y títulos. ¿Qué español se librará en la época presente de incurrir en la estravagante y original monomanía de

aristocratizarse? Ninguno. Los hombres políticos, como tendremos ocasion de observar en los capítulos inmediatos, han hecho cuanto ha estado de su parte por engalanar sus nombres y sus personas lo mas brillantemente que les ha sido posible: ¿se han descuidado acaso los hombres mercantiles? Con solo volver la vista atrás podremos contestarnos. Ellos, que debieron darse por satisfechos con hacer su fortuna, porque á tal aspiraban, han querido tambien esclarecer sus timbres hasta la saciedad: los unos por sistema, por vanidad los otros; estos por especulacion, aquellos por condescendencia; quien, sin pretesto plausible, algunos sin duda por merecimiento. Esto, que parece un fenómeno, se esplica fácilmente; pues si bien es cierto que para el que desde su cuna contaba con semejantes alicientes, tan significativos aun por desgracia en nuestra sociedad, el aumentar su número debe haberle sido poco menos que indiferente, tambien lo es que, para el que vino al mundo con una condicion humilde, siempre será lisonjero, al echar una rápida ojeada sobre su pasado, el repetir los versos del célebre Calderon:



APRENDED FLORES DE MI
LO QUE VA DE AYER A HOI...................



CAPITULO IV.

El Congreso y el Senado.

I.



LA hora designada en los programas que con anterioridad se publican y reparten, el estampido del cañon anuncia la salida de S. M. la Reina del régio alcázar para dirigirse al palacio de las Córtes, en el que los representantes del pais aguardan la declaracion solemne de apertura de sus tareas legislativas, al principio de cada uno de los cinco períodos en que, con arreglo á la Constitucion del Estado, se divide la carrera parlamentaria de la representacion nacional, producto de unas mismas elecciones.

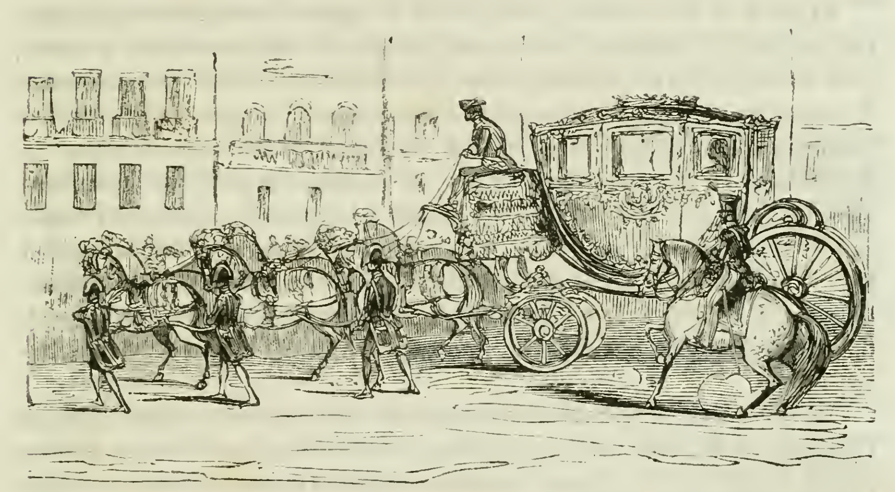
Desde muy temprano, el dia señalado para la celebracion de esta cívica y patriótica solemnidad, se nota en el pueblo de Madrid, y muy

principalmente en las calles destinadas al tránsito de la régia comitiva, una animacion estraordinaria y un desusado atavío que revelan bien claramente la festividad que se prepara, la mayor y mas grande de cuantas tienen lugar en los paises regidos por el sistema representativo.

Muchos dias antes del que ha de tener efecto la ceremonia, háblase largamente de ella en los círculos y en las sociedades con referencia á los papeles públicos y á las personas que se tienen por bien informadas, mirando y comentando el suceso, ya por su lado político y apropósito de la precipitacion ó la tardanza, de la oportunidad ó inconvencia, ya bajo el simple aspecto de festejo público, y con relacion al deseado billete de la tribuna, al elegante traje que ha de lucirse en las calles, ó al indispensable asiento que en uno de los balcones de la carrera debe conquistarse.

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente, el régimen monárquico-constitucional no ha desterrado hasta ahora las galas y adornos personales con que se invisten los que, bajo cualquier consideracion ó empleo, están llamados á figurar en las diferentes solemnidades públicas por su carácter de servidores del Estado. En otro tiempo, y durante la influencia de los gobiernos absolutos, los hombres que se sentian inspirados del amor á la libertad, y que á todas horas esponian sus bienes y su sangre por alcanzarla, clamaban de contínuo por la abolicion de los derechos y privilegios, por la igualdad completa de los ciudadanos, y porque terminase de una vez la preponderancia que á ciertos y determinados individuos daban los honores y las distinciones, sobre los que por su condicion humilde no habian podido alcanzarlas. Pero una vez en posesion de esa misma libertad, y gozando los bienes y comodidades que á cada paso proporciona, no se han cuidado menos los apóstoles de la igualdad de hacer alarde de sus títulos y dignidades, aumentando considerablemente el número de estos, y dando aun mas valor del que en lo antiguo tenian á las cintas pintadas de colores, á los insectos y animalitos de oro, á los mantos de teatro y á toda esa cáfila innumerable y varia de distintivos y pertrechos con que se adornan sériamente las figuras que juegan en el carnaval constante y eterno de la moderna sociedad. Asi que las solemnidades políticas, lo mismo que las populares y religiosas, se anuncian entre nosotros, mas que por cualesquiera otras señales, por las prisas del bordador, por la actividad del diamantista, los insomnios del sastre, la velada del zapatero y el movimiento y la animacion que en las artes de lujo se notan principalmente. Por eso la mañana en que principia el dia destinado á la ceremonia de apertura, se ven desde temprano caminar por las calles de la villa, á pie los menos, en vistosos carruajes los mas, todos los predestinados y elegidos que lucen grandes y costosos uniformes cubiertos de oro, de bordados y cruces, y que tiesos y encorsetados marchan al lugar que á cada uno por su categoría y oficios les corresponde.

Enarenadas las calles; tendidas por toda la carrera las tropas de la guarnicion que visten de rigurosa gala; coronados los balcones por multitud de personas de ambos sexos á cual mas apuesta y elegante; adornadas las fachadas con vistosas y ricas colgaduras; obstruido el paso de las aceras por millares de transeuntes, entre quienes figuran en primer lugar los forasteros con la confusion y el tumulto propio de la afluencia de jentes y de la novedad que les atrae, el cuadro que presentan las principales calles del tránsito no puede ser mas pintoresco y animado desde el instante en que se divisa un piquete de gastadores á caballo que abre la marcha á la comitiva que forma el acompañamiento de SS. MM. Entonces los espectadores todos, prévia la gritería de costumbre, se fijan en sus puestos; las tropas comienzan las evoluciones de ordenanza; las músicas entonan sus aires marciales, y la comitiva con acompasado y solemne movimiento va marchando en la forma prescrita de antemano.



Siguen al piquete de flanqueadores lujosos coches de la real casa tirados por juegos de á seis hermosos caballos destinados á las personas de la servidumbre, compuesta de gentiles-hombres de lo interior, mayordomos de semana, gentiles-hombres de cámara, jefes de palacio, damas y camarera mayor de S. M. Precedidos de batidores y escoltados cual corresponde á su alta dignidad, van despues los príncipes de la casa real en magníficos carruajes arrastrados tambien por tiros de á seis caballos que lucen penachos y arreos del mejor gusto, llevando á su espalda otros tantos coches de respeto engalanados y ricos como los anteriores. La augusta madre de S. M. la Reina, magníficamente vestida y ostentando prendidos y adornos de gran valor, va despues en un soberbio carruaje escoltado tambien, y á cuyo estribo derecho marcha á caballo el gobernador militar de la plaza. A este carruaje sigue otro de respeto; y por

último, en el grandioso coche coronado por los mundos y conducido por ocho briosos corceles de inmejorable estampa adornados con vistosos penachos y arreos, va S. M. la Reina vestida de traje blanco y con un riquísimo manto de color, luciendo en su cuello y pecho brillantes de gran valor, y en la cabeza una rica diadema de las mismas preciosas piedras. El Rey, su augusto esposo, la acompaña vestido con el uniforme de capitan general, llevando al cuello las insignias de la órden del toison y algunas otras de las mas distinguidas que posee. Al estribo derecho del coche de SS. MM. va á caballo el capitan general de Castilla la Nueva, y al izquierdo un caballerizo de campo. Cierra el acompañamiento una numerosa escolta de caballería.

Así ordenada la comitiva, recorre la carrera anticipadamente determinada hasta llegar al palacio de las Córtes. En el pórtico de este edificio esperan los ministros de la Corona y las comisiones del Congreso y del Senado nombradas, en una sesion preparatoria, para la recepcion de SS. MM.

El salon de las sesiones presenta en el momento solemne de la apertura un aspecto brillante. Desde muy temprano una numerosa y escogida concurrencia ha invadido todas las tribunas, ansiosa de presenciar el aspectáculo siempre imponente y nuevo por mas que se repita con frecuencia. Confundidos y mezclados los miembros de ambos cuerpos colegisladores en unos mismos escaños, la variedad de trajes y de uniformes, los bordados y las cruces, las bandas y las plumas, aumentan y realzan el esplendor del conjunto. Las tribunas situadas á los lados del trono, estan reservadas la de la derecha á S. M. la Reina madre y los príncipes de la sangre, y la de la izquierda al cuerpo diplomático, en la cual lucen algunas señoras de los representantes estranjeros elegantes y vistosos trajes.

La aparicion de los cuatro maceros del Congreso en el salon anuncia la llegada de SS. MM., en cuyo instante todos los concurrentes al acto se ponen de pié. S. M. la Reina se adelanta hácia el trono, llevando á su lado a su augusto esposo y seguida por la camarera mayor y dos damas, por los gefes de palacio, los ministros de la Corona y la comision de senadores y diputados. S. M. se sienta en el trono, y á su izquierda toma asiento S. M. el Rey, colocándose los empleados de Palacio y las damas detras de SS. MM., y los ministros en los escalones del trono por ambos lados. En seguida el señor presidente del Consejo de ministros, despues de besar la mano á S. M., le entrega el discurso, que S. M. lee en alta voz con suma claridad y precision, en medio de un silencio imponente. Aunque la voz de la reina Isabel es la de una dama que atraviesa los floridos años de su juventud, no por eso deja de dar á la lectura del discurso todo el aplomo y la gravedad que documento de tan alta consideracion é importancia requiere.

Terminada la lectura, el señor ministro de Gracia y Justicia recibe de

manos de la Reina el discurso para remitir copias legalizadas á los cuerpos colegisladores; y el presidente del Consejo de ministros, despues de recibir la órden de S. M. y de besar su real mano, declara en nombre y por mandato de la Reina, abierta legalmente la legislatura. Concluida esta ceremonia, S. M. desciende del trono con el mismo órden y acompañamiento con que habia llegado hasta él; y al atravesar el salon resuena en todos los bancos un ¡*Viva la Reina*!, á que S. M. contesta con un general saludo, que revela todas las gracias y toda la amabilidad que la caracterizan.

En un salon inmediato al de la sesiones ofrecen en seguida á S. M. los representantes del pais un sencillo y elegante refresco, en el que la Reina acostumbra á recibir con su habitual galantería algun pequeño obsequio por mera atencion, saliendo en breve del aposento acompañada de los ministros y de la comision de senadores y diputados, quienes tienen el honor de despedirla hasta su entrada en el coche. La comitiva entonces emprende su marcha al régio alcázar con el mismo órden que anteriormente, entrando SS. MM. en Palacio al son de las músicas militares y del estruendo de las salvas de artillería que anuncian la terminacion de la solemnidad.

Las tropas entonces se retiran á son de caja á sus cuarteles; la concurrencia que salió á presenciar la cívica ceremonia abandona las calles; desaparecen de los balcones las colgaduras; los barrenderos se encargan de recojer la arena; el pabellon nacional deja de ondear en los edificios públicos, y los amigos y conocidos de los diputados, no sin contar las amigas y conocidas de los mismos, devoran los restos del *buffé* que en el palacio de las Córtes se dispuso á costa del presupuesto de los cuerpos colegisladores.

De este modo termina la solemne apertura de las Córtes del Reino en cada una de las cinco legislaturas de que se compone el período parlamentario; pero hasta aquí solo llega la parte de fiesta y regocijo, de felicidad y *gaudeamus*; resta aun otra inauguracion borrascosa y dramática, llena de lances y episodios magníficos, fecunda en escenas del mejor gusto, y á la que reservamos capítulo aparte, porque ella sola es capaz de entretener por algun tiempo la atencion de nuestros lectores.

II.

Una vez reunidos los representantes del pais, aunque con el solo carácter de electos, y formada la mesa interina que se compone del individuo mas anciano de la cámara, presidente, y de los cuatro mas jóvenes que ejercen el cargo de secretarios, discutidas que son las actas de mas fácil solucion de entre todas las que se someten al dictámen de la comision calificadora nombrada de antemano, y constituido definitivamente el Congreso con la eleccion de la mesa propietaria, comiénzase desde luego la discusion del proyecto de contestacion al discurso de la Corona. Este documento, que como todos saben no es otra cosa que la recapitulacion de los actos gubernamentales que han tenido lugar durante la clausura de las sesiones, y el plan que el gobierno se propone seguir en lo sucesivo con la cooperacion de los cuerpos colegisladores; este documento, repetimos, pronunciado por los augustos lábios de S. M., pero obra de su gobierno, y que demuestra la perfecta armonía que existe entre el gefe del Estado y sus ministros responsables, es el blanco de los tiros de la oposicion apenas organizada, y sirve de pretesto para la gran lucha de los partidos políticos.

Las elecciones acaban de hacerse. Grandes afanes y no menores sacrificios acaba de costar á la mayoría de los representantes su deseado asiento del Congreso. Con la lucha de los bandos estremos que se disputaban los votos de sus candidatos respectivos, las pasiones se han exhacerbado, los ódios y las venganzas, á veces personales, han vuelto á aparecer, y la política acallada un tanto durante el interregno parlamentario germina con mayor fuerza, preocupando los ánimos de todos y absorviendo la atencion general.

Por otra parte, el bando que á la sazon se encuentra en minoría y que solo aspira á derribar á los hombres que en el poder se hallan para encargarse de la direccion de los negocios públicos, con el santo fin de hacer la felicidad de los pueblos, nunca como entonces ve llegada la hora de su elevacion, teniendo como tiene en la profesion de fé de sus adversarios ocasion de anatematizar una administracion *toda entera*, y pudiendo atacar sin ser interrumpido ni llamado á la órden del dia, todos los flancos que presentan las diversas cuestiones de gobierno, callando prudentemente lo justo y meritorio, y esforzándose en poner de manifiesto lo absurdo y reprensible que en largas horas de meditacion y de vigilia ha podido descubrir en ellas. El ministerio y su numerosa falange, compacta y decidida entonces, que solo aspira á conservar el poder con el patriótico fin de hacer la felicidad de los pueblos, ve tambien llegada la ocasion

de asegurarse al frente de los negocios públicos, haciendo una esposicion completa de todos los actos de su administracion, callando prudentemente los absurdo y reprensible, y esforzándose en poner de manifiesto lo justo y meritorio que en ellos ha podido descubrir. Todos se preparan á la lucha.

Los diputados noveles invaden el salon de conferencias una hora antes de la señalada para la apertura de las sesiones, y un poco mas tarde van llegando los que á la inveterada costumbre de acudir á semejante lugar unen el deseo de hacerse necesarios y bien recibidos por su tardanza. Los primeros visten generalmente trajes de etiqueta, elaborados exprofeso algunas semanas antes para lucirlos en el seno de la representacion nacional; mientras que los segundos, conocedores ya del terreno que pisan, se ofrecen á la vista del público con mas parlamentaria vestimenta, si parlamentario puede llamarse á un trafe que ha sido testigo de los debates de otras legislaturas.

Bien pronto se pueblan los escaños elípticos del salon de sesiones. Todos los diputados se hallan en su lugar, y los ministros ocupan el banco negro revolviendo y ordenando multitud de papeles que estraen de las voluminosas carteras colocadas encima de sus respectivos pupitres. El presidente desde su elevado asiento recibe de contínuo las comunicaciones que de todos los lados de la cámara se le dirigen, segun que los diputados presentan proposiciones, anuncian preguntas al gobierno ó pretenden ser incluidos en la lista de los que han de usar de la palabra. Los cuatro secretarios, jóvenes por lo comun, emborronan finísimas cuartillas de papel, calzados de guante y con la energía y actividad propias del que principia á ejercer un nuevo cargo. El público á su vez toma parte en el general movimiento, y en razon á su categoría ocupa los puestos que en el espacioso local tiene reservados. Llenas se hallan las tribunas designadas á los senadores y al cuerpo diplomático; llenas las públicas en las que, sin distincion de clases ni personas, ocupa cada cual el asiento que le ha sido posible conquistar; llenas las destinadas á los portadores de billetes especiales que, repartidos con sobrada profusion, representan centuplicado el número de los individuos que pueden colocarse; llenas, en fin, las reservadas á la mitad mas bella del género humano, que, llamada tambien á solemnizar los debates parlamentarios, contribuye á darles mayor animacion y vida con sus gracias.

En tal estado, los periodistas desenvainan sus lapiceros, esgrimen sus plumas los taquígrafos, asestan los diplomáticos sus lentes, el pueblo deja sentir su vago murmullo, los diputados hablan acaloradamente, las señoras murmuran, los ministros atienden por detrás, por delante y por los lados á cuantos se llegan á exigir su palabra, á recordarles sus pretensiones, ó darles las gracias por sus servicios; y toda esta confusion y baraunda que, ya sorda y alarmante crece, se pronuncia y estalla, ó bien

calmada un tanto ofrece momentos de silencio imponente para romper en seguida con mas fuerza, dura hasta el deseado instante en que el presidente agita su campanilla y con voz altisonante y hueca, despues de haber derramado la vista por los cuatro ángulos de la cámara como para asegurarse de que todo está prevenido, esclama arrellanándose en su mullido asiento:

—El señor Telon tiene la palabra en contra!!!



Aquí un silencio sepulcral sucede al antes perceptible tumulto; los cuerpos de los oyentes se despegan de sus adlátares ante cuyos oidos se inclinaban; los ugieres del salon se retiran á respetuosa distancia de los escaños; los maceros con sus túnicas de terciopelo y sus plumas blancas quedan inmobles en frente de la barra, y solo el ronco sonido de alguna tos imprudente, ó el chasquido de los troncos de encima que arden en las estufas, viene á turbar la imponente magestad del momento. El señor Telon, puesto de pie y armado de legajos y carpetas, de cuadernos, y libros, tose, se arregla el pelo, pasa por su rostro un blanquísimo pañuelo con encajes, y dirigiéndose despues á toda la concurrencia, dice en estos términos:

—Señores diputados: seguramente que no esperaba hoy tener la honra de dirigir mi palabra al Congreso: á ser así me hubiera prevenido cual corresponde para entrar de lleno en la espinosa y árdua cuestion de que vamos á ocuparnos (1). Con todo: ya que la precipitacion con que se ha traido á este lugar el debate, me obliga á hablar cuando menos lo esperaba, confio en que la bondad de la causa popular que defiendo supla completamente el vacío que en mis palabras deje la improvisacion. Yo, señores, me presento hoy al Congreso despues del interregno parlamentario, á cumplir una mision sagrada; una mision que solo comprenden los que, como los que nos sentamos en estos bancos, están lla-

(1) El señor Telon hace dos meses que sabe de memoria su discurso.

mados á poner de manifiesto las demasías del poder, á denunciar los abusos, á prevenir las catástrofes y á abogar ardientemente por la santa causa de la libertad y de los derechos del pueblo. (*Bien, muy bien, en la izquierda. Rumores en la derecha.*) Sí, lo digo en alta voz para que todo el mundo lo comprenda; vengo hoy á denunciar los abusos del poder, á dar cuenta al Congreso y á la nacion entera que nos mira, del espantoso precipicio á que insensiblemente nos conducen los hombres que para mengua y baldon de nuestra patria se hallan al frente de los destinos públicos.

«En dos partes divide el gobierno esa apología de sus actos, que estamos llamados á contestar. Trátase en la primera de la política esterior; de ella, pues, me ocuparé con anterioridad: habla en la segunda de la política interior, y esa será precisamente la segunda parte de mi discurso.»

El orador entonces discurre con pasmosa lucidez sobre la situacion de todos los pueblos del globo, demostrando sus vastos conocimientos geográficos y haciendo gala de las numerosas observaciones que ha recogido durante sus viages. Siguiendo el curso de sus razonamientos, culpa al gobierno porque ha solicitado relaciones de amistad con los paises en que las tiene, y lo culpa tambien porque no las ha alcanzado de las naciones en que está pendiente la negociacion. Pone de manifiesto las desgracias que afligen á otros pueblos, haciéndolas consistir en la identidad de principios que unen á aquellos gobiernos con el nuestro, y de aqui pasa á profetizar las horribles catástrofes que nos esperan, iguales en un todo á las que aguardan á los mandarines de los paises aludidos. Pero cuando el furor llega á su colmo, cuando la elocuencia se le *puntiaguza* hasta el punto de producir la consternacion y el terror en el auditorio, es cuando de las consideraciones vagas y genéricas desciende á los casos particulares. Entonces echa mano de sus carpetas y protocolos, saca cartas, pone á la vista documentos y anuncia estraordinarias é importantes revelaciones.

—Se dice señores, esclama, que hemos procurado por cuantos medios han estado á nuestro alcance adquirir relaciones en el estrangero, que las hemos conseguido, que nuestro pabellon ondea en todas las partes del globo, y yo voy á demostrar con datos irrecusables que esto es una falsedad tan grande como tantas otras que escuchamos diariamente con pacientísima resignacion. Todos sabemos, señores, que hay un pais rico y floreciente, privilegiado por la naturaleza, un pais asombro de Europa, escándalo del mundo, que ofrece en sus praderas y en sus montes, en sus arroyos y en sus lagunas, aurífero metal; pais al que han acudido de todas partes pueblos enteros en busca de su incomparable riqueza. El Congreso comprenderá que hablo de las Californias. Pues bien, señores, ¿ha procurado nuestro gobierno establecer relaciones con aquel pais? ¿ha puesto

alguna cosa de su parte para hacer sentir nuestra preponderancia en aquellas regiones? ¿Tenemos un embajador de las Californias? No y cien veces no. Y esto, ¿qué es lo que manifiesta palpablemente? ¿qué deducciones podremos sacar de tan vituperable olvido? Lo que se desprende á todas luces, señores, es que el gobierno no comprende los verdaderos intereses de los pueblos, cuya direccion se le ha confiado. Lo que los pueblos quieren, lo que España desea, lo que todos necesitamos con preferencia, porque sin ello ni hay paz, ni órden, ni garantías, ni libertad, ni progreso, es oro, oro y no mas que oro; por eso quisiera que nos hubieran reconocido las Californias. (*Estrepitosos aplausos en las tribunas. Muestras generales de aprobacion. El orador pide un vaso de agua con azucar.*)

Humedecido un tanto el sitibundo gaznate del individuo de la minoría, y prévio el competente pase de pañuelo por el rostro, acompañado de la no menos competente é indispensable tosecilla; creyéndose satisfecho en la parte que dice relacion con las potencias estrangeras, prosigue incansable nuestro fecundo orador en el uso de la palabra, para probar con incontestables y sólidos argumentos la marcha torcida y perniciosa que ha seguido el gobierno, respecto á la política interior, ó sea lo que atañe á la segunda parte de su discurso.

Despues de reprochar enérgicamente todos y cada uno de los actos gubernativos que en los diferentes ramos de la administracion han tenido lugar durante el intermedio de una á otra legislatura, sin mas razones que la de decir que debió ser blanco lo que ha resultado negro y que se debia haber pintado de negro lo que por creerlo mas conveniente se ha mandado teñir de blanco, desciende el implacable adalid oposicionista al punto luminoso de sus observaciones, á su caballo predilecto de batalla, esto és, á los casos aislados y especiales, que se han servido ponerle de manifiesto sus correligionarios políticos de las provincias.

—¿Que diré, señores, esclama en tono elegiaco, de la marcha seguida por los hombres que nos gobiernan, respecto al órden administrativo y económico de nuestro desventurado pais? La sola lectura de estas cartas, la simple esposicion de los hechos que con documentos fehacientes estoy dispuesto á probar á las Córtes, á la España, á la Europa entera, bastarán para desvanecer las dudas, si es que pudieran suscitarse, de la perniciosa y trascendental influencia que ejercen en los pueblos todos, esas descabelladas y absurdas teorías ensayadas por el partido dominante, y que han de producir sin duda la espantosa ruina de nuestra patria.

«Voy, señores, á tocar separadamente cada uno de los ramos de la administracion pública, porque en todos ellos veo las tristes señales de ese desastroso fin que acabo de presagiar. Se nos dice que nuestra Hacienda prospera, que nuestras rentas suben considerablemente, que nuestra triste y desordenada administracion se encuentra cercana al órden y al concierto; yo, señores, veo cabalmente lo contrario, y me duele como al

que mas, tenerlo que confesar públicamente. ¿Qué me contestarán los señores diputados de enfrente cuando les diga que ayer mismo, que ayer sin ir mas lejos, ví salir de casa del señor ministro de Hacienda á un contrabandista que acababa de dejar cigarros habanos para el uso particular de S. E.?... (*Señales de asentimiento en la izquierda. Prolongados rumores en la derecha. Los espectadores todos se dirigen al ministro aludido. S. E. se sonrie maliciosamente. Restituida la calma continúa el orador.*)

—«Si dispuesto estoy á probarlo si á ello se me obliga. Tengo mas de un testigo que respondan del hecho: ¿quereis que os los presente? (*Una voz de la mayoría: «no, no es necesario.»*) Pues bien, si no lo creeis preciso, decidme que nuestra Hacienda prospera, que las rentas suben y que el órden y el concierto han sucedido al desórden y al abandono. Pero no es eso todo: en el ramo de Gobernacion, señores, son aun mas sensibles los escesos; aun mas trascendentales los escándalos. Aquí, á la vista de todos, tengo una comunicacion de un honrado vecino de Salamanca, en la que manifiesta que el dia 21 del mes que nos rige cayó al suelo en la plaza pública, víctima de un accidente, un infeliz anciano, padre, señores, de ocho hijo pequeños, sin que en las dos horas que permaneció abandonado á las terribles influencias del mal, se presentára ni uno solo de esos cien mil salvaguardias que se costean del tesoro público para el cuidado y vigilancia de las públicas calamidades. ¿Puede darse mayor abandono y olvido de los intereses materiales de los ciudadanos? ¿Qué vá á responder el gobierno cuando esa infeliz viuda y esos desamparados huérfanos le pidan un esposo y un padre sacrificado á la crueldad de los agentes del poder que asi descuidan el sagrado egercicio de su profesion? ¿Puede darse mayor escándalo, repito? Si del ramo de Gobernacion pasamos al de Obras públicas, ¿qué se dirá del estado de los caminos cuando se divulgue el hecho de que ha sido testigo uno de nuestros mismos compañeros, cuya autoridad sola basta para responder de su exactitud? Señores, un dignísimo diputado que se sienta en este lado de la cámara, ha visto por sus propios ojos, al pasar por Tajuna para venir á la córte, que los peones camineros encargados de la reparacion de un trozo de la calzada, en vez de ocuparse de sus trabajos, como habia derecho á esperar, cantaban y bebian alegremente en medio del camino sin cuidarse de las muchas obras que tan imperiosamente reclama por el malísimo estado en que se encuentra? ¿Son estas las mejoras? ¿Para esto era necesaria la creacion de una nueva secretaría del despacho? El gobierno y solo el gobierno es el único responsable de estos abusos.

«Nunca concluiria, señores, si fuera enumerando uno por uno los escesos, la arbitrariedades, los escándalos á que está dando lugar la impericia, ya que no la mala fé, de nuestros gobernantes, en todos los ramos de la administracion pública; porque si recorremos nuestra Hacienda y Ma-

rina, nuestro Comercio y Gobernacion, nuestra Guerra y Estado, en todas partes, señores, encontraremos el elemento destructor y maléfico que ha de venir á dar al traste con nuestra trabajada nacion, digna por todos conceptos de una suerte mas lisongera.

«Asi que, habiendo demostrado, señores, hasta la evidencia con hechos claros é irrecursables que la conducta del gobierno actual, es fatal y perniciosa dentro y fuera de España, sin que en el bando político de cuyo seno se ha formado, existan elementos sanos y duraderos capaces de hacer variar esa política absurda y devastadora, me atrevo á suplicar á los señores diputados, que desentendiéndose de toda animosidad y espíritu de partido, nieguen su voto al proyecto de contestacion al discurso de la Corona que acaba de leerse, dando asi una prueba de imparcialidad y cordura, y demostrando que ni el partido actual ni los actuales gobernantes merecen su confianza, para que libre el campo de esa pandilla que inficiona la atmósfera respladeciente y pura del sistema representativo, puedan entrar en la direccion de los negocios públicos los hombres de otra comunion política, llamada á todas luces á labrar la prosperidad y ventura de nuestra patria.»

A tan sonoras, retumbantes y alhagüeñas palabras, la minoría á cuyo nombre acaba de pronunciar su discurso el señor Telon, no puede menos de responder con bravos y repetidos plácemes, mientras que la mayoría ofendida y celosa procura confundir con sus murmullos de desaprobacion las lisongeras demostraciones que sus correligionarios políticos dirigen al preopinante, mas hueco y encopetado entonces, que mayordomo de ánimas encargado de llevar el estandarte en dia de procesion. El público de las tribunas, á quien ha sojuzgado la peregrina idea del reconocimiento de las Californias, no sabe qué admirar mas; si el desembarazo y soltura del orador para atacar á sus contrarios, ó el respetable número de documentos y comprobantes que ha aducido en defensa de sus valientes y patrióticas doctrinas. Los diputados ministeriales por esencia, presencia y potencia, rodean el banco negro comentando en tono de mofa la agudeza de los cigarros de la Habana, el síncope del anciano salamanquino, y la alegre vacanal de los peones camineros. Los secretarios de despacho tomando parte en la algazara y la broma á que tan importantes revelaciones han dado margen, vociferan y rien cual si sentados se halláran en los mullidos divanes del salon de conferencias. Las señoras á su vez amigas siempre de lo original y estraordinario, que han visto indiferentes el ataque pero que aguardan con ansia la defensa, pronostican el varapalo que ha de sufrir el señor Telon cuando un respetable miembro de la mayoría se levante á dar cumplida contestacion á sus palabras: porque asi como los hombres que acuden á las sesiones del Congreso se identifican mas con el que ataca los actos del poder, sea cualquiera la opinion política que represente, sean bien ó mal traidas las razones que para conse-

guirlo esponga, asi las señoras que acuden á estos actos, ya por su carácter de *pretendientas*, ya por la afinidad ó parentesco que con los ministros y personas influyentes de la situacion les liguen, son mas apasionadas del *coquetil* adorno del diputado ministerial, poderoso al fin, que del comun desaliño que acompaña al que con datos, cartas y documentos se ve en la necesidad de pedir un poder que no ha alcanzado y el que ellas ven por entonces muy difícil de conseguir.

El vasto salon del Congreso vuelve á recobrar por lo tanto la animacion y vida que al principio, ofreciendo esta ocasion, con preferencia á la que describimos anteriormente, la posibilidad á los jóvenes diputados de lucir sus rizadas cabezas, á los viejos de engolfarse en acaloradas disputas, á los de la minoria paladear su triunfo, á los de enfrente pronosticar la derrota de sus contrarios, y á todos, público y actores, interesados é indiferentes el decidirse por cada uno de los bandos que los héroes del debate defienden y representan; porque si prestigio y nombre tiene entre los suyos el que pidió el vaso de agua con azúcar, no menos grande y merecido le ha conquistado entre los otros el antiguo paladin encargado de la solemne contestacion.

Pasados asi algunos breves instantes de respiro que sirven como de entreacto en el drama parlamentario, durante el cual la numerosa orquesta entona sus canciones quién con bombo y platillos, quién con la sonora trompa, quién con el voluminoso y retumbante violon, el presidente llama al órden por medio de su campanilla, á cuyo tiembre las disputas se acallan, los que permanecian de pié conquistan sus asientos, y la murmuradora concurrencia suspende sus diálogos para dejar oir la voz del director de orquesta que esclama desde su asiento:

—El señor Jimenez de la Ortiga tiene la palabra en pro!!!!



Decidido y apuesto como general en jefe que se prepara á dar una batalla, y en cuyo triunfo se goza aun antes de comenzado el ataque; ufano y satisfecho como novel amante que cree cautivar con sola su presencia el corazon de la dama á quien adora, el diputado de la mayoria sin mas

armas que sus lentes, ni otros documentos y comprobantes que sus propios recursos oratorios, abandona su asiento llevando en pos de sí la atencion de todos los concurrentes. Los unos, sus contrarios, que se hallan persuadidos de la impotencia de las razones que en pró de su perdida causa se prepara á esponer, se dejan arrastrar por un impulso de curiosidad suma, mayor entonces que en ningun otro de los debates parlamentarios. Sus amigos por el contrario, que con harta arrogancia confian en la justificacion de los hechos que han de servir de base à sus réplicas y observaciones, aguardan tranquilos y gozosos el término de la lucha en el cual se juzgan representando el envidiable papel de vencedores. Todos se esfuerzan á porfia en prodigarle señas é interjeciones, en murmurar á su oido cortadas frases, en dirigirle maliciosas sonrisas, como queriendo facilitarle pruebas y asertos con los que pueda hacer frente á sus contrarios. El señor Jimenez de la Ortiga que se tiene, y con sobrada razon, por muy bastante para arrollar y confundir á su antagonista, desdeña con cortés desembarazo las indicaciones que reiteradamente se le dirigen, y previniéndose solo de su pañuelo blanco, especie de tranquilla parlamentaria *sine qua nom*, los oradores no pueden dar un paso en su dificil tarea, comienza su discurso no con impetuosidad y arrogancia, sino con melíflua y edificante entonacion cual conviene al respetable carácter de que por entonces se halla revestido.

—Señores, dice: si grande fué el embarazo del ilustre orador que me ha precedido en el uso de la palabra al tener que tomar parte en cuestion de tan grande importancia cuando menos lo esperaba, ¿cuál deberá ser el mio hoy, que inopinadamente me encuentro en el imprescindible caso de tener que contestar á la brillante peroracion de S. S.? (1) Pero asi como el señor diputado con la facilidad y elocuencia que le distinguen, y cuyas relevantes dotes soy el primero en acatar y reconocer, ha sabido dar á sus injustas declamaciones y pobrísimos argumentos todo el carácter de severos cargos hasta el punto de creerlos incontestables, yo, que me reconozco muy inferior bajo todos conceptos á S. S., necesito apelar á la solidez y fuerza de mis razones para salir airoso con el pesado encargo que he tomado sobre mis débiles hombros. Cuento tambien con la indulgencia del Congreso.

«Señores, nada mas fácil que reprobar los actos de una administraccion; nada mas sencillo que conmover los ánimos con frases alhagüeñas un tanto gastadas, pero que producen siempre su efecto en la multitud á quien con intencion manifiesta se dirigen; nada mas obvio que asestar emponzoñados tiros à los hombres que se hallan al frente de los negocios públicos, siendo estos tan vastos y complicados como todos sabemos;

(1) El señor Jimenez de la Ortiga hace dos meses menos algunos dias que sabe de memoria lo que ha de contestar al discurso del señor Telon.

pero nada mas dificil, señores, que probar evidentemente lo que se dice, y convencer á todo un pueblo cuando no se cuenta con medios suficientes para conseguirlo.

«El señor Telon se ha ocupado primeramente del estado de nuestras relaciones esteriores y de todo lo que concierne á la situacion política de España respecto á los demas paises, y en ese terreno es en el que con anterioridad me propongo seguir á S. S. Yo me prometo demostrar hasta la evidencia que al obrar el gobierno de S. M. del modo que lo ha hecho en estas cuestiones, no solo ha merecido bien de sus conciudadanos, sino que ha orillado todas las dificultades que pudieran presentarse, de la manera mas equitativa y conveniente al engrandecimiento y prosperidad de nuestra trabajada y querida patria, digna, como ha dicho muy oportunamente el señor Telon, de una suerte mas lisongera.

«No seguiré yo á S. S. en el dilatado campo de consideraciones mas ó menos verídicas, mas ó menos oportunas que ha recorrido al ocuparse de la situacion política de Europa, y en el cual ha demostrado sus estensos conocimientos, pero sin atacar por esto la marcha independiente y noble que ha seguido nuestro gobierno. Demasiado conocida y apreciada es de todos para que yo me detenga á examinarla. Voy á entrar desde luego en el fondo de la cuestion y á refutar el tremendo cargo que el respetable miembro de la minoría ha dirigido al gobierno en la espinosa y árdua negociacion del reconocimiento de las Californias.

«Señores, es pasmoso el modo con que se tratan de algun tiempo á esta parte en este lugar las mas delicadas cuestiones por ciertos individuos, sin que les arrede para ello ni un la idea de la espantosa catástrofe que preparan con sus imprudentes y estemporáneas provocaciones ¿Ygnora por ventura el señor Telon la incomparable reserva que hay que guardar en los asuntos diplomáticos si no se quiere comprometer su éxito de una manera lamentable? ¿ Le consta acaso á S. S. de un modo evidente que el gobierno de S. M. no halla dado paso alguno para alcanzar el reconocimiento de esa preciosa comarca que ha de dar las leyes al mundo desde el otro lado de los mares? ¿ Cuenta el señor diputado con datos suficientes para dirigir cargos de esa naturaleza? No; porque si los tuviera sabria que el gobierno desde hace mucho tiempo trabaja incesantemente por llegar al resultado que apetece el señor Telon, y si me fuera dado en este momento entrar en mas consideraciones, tal vez haria presente al Congreso cosas por las que se levantaria en masa á dar un voto de gracias al gobierno, teniendo en cuenta su esquisita prevision y patriotismo (1.) El Congreso, señores sabrá apreciar los esfuerzos que necesito hacer en esta ocasion para no pasar adelante y echar un velo sobre asunto tan resvaladizo

(1) Inútil nos parece advertir que el gobierno no se habia acordado de las Californias hasta que las nombró el señor Tolon en su discurso.

de suyo, y que solo la imprevision ó un inmoderado deseo de censurar los actos del ministerio han podido traer á este lugar: baste decir, señores, que, si como ha dicho el señor Telon, lo que los pueblos quieren, lo que España desea, lo que todos necesitamos con preferencia, porque sin ello ni hay órden, ni legalidad, ni garantías ni progreso, es oro, oro y no mas que oro; baste decir, repito, que el gobierno, conocedor como el que mas de esta necesidad urgente é imperiosa, procura alcanzarla por todos los medios imaginables, y lo conseguirá, no lo dudeis; elevando asi á esta nacion grande y poderosa á la altura en que se hallaba cuando el sol no se ponia nunca en sus confines y cuando llevaba la palma á todos los pueblos del mundo en civilizacion y cultura; en riqueza y poderío. (*Bien, muy bien en la derecha.*) Creo haber refutado victoriosamente, señores, todos los cargos que el señor Telon se ha permitido dirigir al actual gobierno acerca de la política esterior, y demostrado hasta qué punto este es merecedor al aprecio y consideracion de todos los hombres independientes (1.) Pero ya es tiempo de que pasemos á ocuparnos de la política interior.

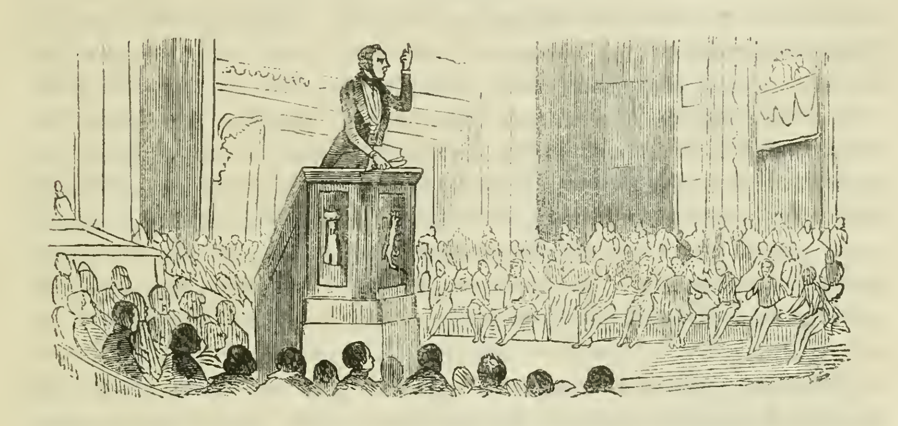
Al llegar aqui el diputado ministerial, no necesita como el otro, pedir agua azucarada para remojar sus fauces; pues que los porteros del Congreso que en fuerza de asistir á los debates parlamentarios, reconocen y acatan ciégamente el poder de las mayorías y que se inclinan naturalmente mas al que habla en nombre del gobierno, que al que no perdona ocasion de asestarle sus dardos, han tenido especial cuidado desde que conocieron que el señor Ortiga iba entrando en calor á medida que hablaba, de colocar en frente de su puesto una lucida bandeja de plata provista del económico refresco que se usa en el seno de la representacion nacional. Bebe, estornuda, tose el ilustre orador y emprende de nuevo su tarea revatiendo y pulverizando, segun sus mismas espresiones, todos los argumentos que espuso el señor Telon al impugnar el sistema económico y administrativo planteado por el bando dominante. Da cumplida contestacion á los hechos que la tienen; pone en duda los que cree no pueden contestarse fácilmente, y se esfuerza en probar que si el gobierno se ha visto alguna vez en el sensible caso de traspasar los límites de la ley, ha sido solo en beneficio del órden público y en provecho hasta de los mismos que se creen agraviados y que no saben agradecer, por cierto, las elocuentes lecciones que tan desinteresada y patrióticamente reciben. Pero llega el momento de contestar á los casos particulares, entre los que hay alguno que lleva el sello de personalidad y personalidad un tanto picante é incisiva, y entonces la cuestion varía repentinamente de aspecto viniendo á producir la parte mas cómica y divertida de la sesion.

---

(1) En este número se cuenta el señor Jimenez de la Ortiga.

—Voy á descender, señores, continúa el orador, á un terreno vedado, á un terreno resbaladizo y pendiente, como lo son todos aquellos en que se ventilan enojosas personalidades; pero en él me provocan los señores de enfrente, y en él espero confundirlos. Ha dicho el señor Telon que ayer mismo vió *salir de casa del señor ministro de Hacienda á un contrabandista que acababa de dejar cigarros habanos para el uso particular de S. E.* A semejante especie, señores, solo tengo que decir que es una calumnia!

—El Sr. Telon (*con calor*): Pido la palabra!!...



—El Sr. Gimenez de la Ortiga (*idem*): Sí, lo repito, eso es una calumnia!! (*Varios diputados de la minoría piden acaloradamente la palabra. El señor presidente agita la campanilla. El orador, con aire impetuoso y un si es no es de triunfo, continúa*): Una palabra, una palabra no mas!... El señor ministro de Hacienda no fuma!!! (*Una voz de la izquierda: «pero toma polvo...» Otra voz: «pero regala cigarros!...» Otra: «pero fuma su...»*)

—El Sr. Presidente: Orden, señores, órden!!!

—El Sr. Gimenez de la Ortiga: El señor ministro, vuelvo á decir, no fuma. Y si fumara, y si S. S. no añadiera esa loable continencia del vicio á las muchas que ya le adornan, ¿cree el señor Telon que necesitaria encargar á un contrabandista cigarros habanos para su uso particular? ¡Buena figura estaria la de un ministro de Hacienda comprando tabaco! (*Risas*). ¡Que lo comprára el señor Telon, pase! pero un ministro, señores!... todo un ministro del ramo!!... eso es desconocer hasta los derechos que como á tal le corresponden, ó querer sacar partido para una oposicion sistemática, de infundadas y gratuitas inculpaciones. Yo sí que voy á hacer un cargo gravísimo á S. S., á devolverle estocada por estocada; con la diferencia, sin embargo, de que la del señor Telon no ha conseguido herir á su adversario, mientras que la que yo le

dirijo no correrá, con harto sentimiento por mi parte, la misma suerte que la de S. S. (*General atencion*). Y digo con harto sentimiento, porque mi deseo es el de que este desagradable incidente hubiera terminado ya; pero puesto que, como dije antes, se me provoca en un terreno resbaladizo y pendiente, en él tengo que combatir, y combatiré aun arrostrando las consecuencias. Sepa el Congreso que el señor Telon, que tan partidario se declara por el aumento de las rentas públicas y tan solícito en denunciar á los que protegen el contrabando; sepa el Congreso que perteneciendo S. S. al gran número de los españoles que usan el tabaco por necesidad ó por capricho, cosa que no me toca en este momento calificar, no es, sin embargo, de los que contribuyen á la prosperidad de la renta con su consumo; pues que, como evidentemente me consta, y como probaria en caso necesario, el señor Telon se surte de esos contrabandistas al pormenor que espenden macillos de cigarros en los sitios públicos de la capital. (*Murmullos. El señor Telon, sin poder reprimir la cólera, hace apuntaciones en su cartera. Algunos amigos suyos le dirigen la palabra con calor. El señor ministro de Hacienda rie á carcajadas.*) Decid ahora que nuestra Hacienda no prospera, que las rentas públicas disminuyen, y que el desconcierto y el abandono han sucedido al órden y á la legalidad. ¿De quién estará la culpa? pregunto yo á mi vez.

«Paso en seguida á contestar al segundo cargo que el señor Telon ha dirigido al gobierno, tratando de la política interior. Nos ha dicho su señoría que un vecino de Salamanca, víctima de un accidente en la plaza mayor de aquella ciudad, no tuvo quien le socorriera en las largas horas que permaneció postrado, culpando de esta sensible omision al gobierno de S. M. y á sus agentes. Pero digo, señores: ¿se ha constituido el gobierno, por ventura, en enfermero público? ¿Tienen sus agentes la obligacion directa de asistir y medicinar á los enfermos tránsfugas que abandonan el hospital ó el lecho propio para tomar el fresco en los soportales de la plaza de Salamanca? Y aunque asi fuera, yo tengo conocimiento de este hecho, y voy á dar cuenta de él á los señores diputados, tal como es en sí, y por cierto que si algun cargo resulta, no será sin duda á los que nos sentamos en estos bancos. El desgraciado accidente, á que se ha referido el señor Telon, tuvo lugar precisamente á la puerta de la casa de un almacenista de géneros ultramarinos que pertenece á la comunion política de S. S.; y aunque este señor estaba en su despacho, y aunque la catástrofe sucedió á su vista, en vez de haber corrido á suministrar los indispensables y perentorios auxilios que el enfermo reclamaba, corrió, señores, á escribir la carta en que participaba minuciosamente el suceso, y que el señor Telon, segun nos ha manifestado, conserva en su poder. ¿Y dónde estaban los salvaguardias? Los poquísimos salvaguardias, señores, que el gobierno costea en Salamanca, se hallaban á aquella

hora ocultos en la casa del mismo almacenista vigilando una de las entradas, por la que se temia la invasion de unos malhechores; para impedir la cual habia impetrado el dia antes el auxilio de la fuerza armada el que tan resentido se muestra del abandono en que el gobierno tiene las públicas calamidades. Vea, pues, el Congreso como si algun cargo resulta en el hecho que el señor Telon ha denunciado, recae única y esclusivamente en el partido á que pertenece su señoría.

«Otro cargo y concluyo. ¡Que los trabajadores de Tajuna bebian y cantaban alegremente en medio del camino, sin cuidarse da la reparacion de la calzada!... ¿Puede darse un cargo mas pueril? ¿Se inventaria sutileza mas estravagante?... Sin embargo, no es sino un cargo grave, gravísimo el que resulta de este hecho, y ese cargo pesa cabalmente sobre el señor Telon y sus amigos. La carretera de Tajuna está contratada por una compañía; á esta compañía pertenecen una gran parte de los señores que se sientan allí; los trabajadores aludidos corren por cuenta de la empresa; la empresa no les paga sus jornales hace tres meses, y precisamente el dia que se cita habian recibido aquellos infelices una quincena de sus haberes, y bebian y cantaban alegremente por tan escaso triunfo, pues que no esperaban verse en mucho tiempo ni aun con los recursos para atender á sus mas precisas necesidades. La culpa toda recae sobre la empresa; la empresa la componen en su mayor parte, como llevo dicho, los señores de enfrente: esos señores pertenecen á la oposicion, á la oposicion que denuncia los abusos: pues bien, señores, nosotros admitimos la denuncia: ¡caigan sus consecuencias sobre los mismos que lá motivan!... La oposicion que, cual centinela avanzado, valiéndonos de sus propias espresiones, está siempre á la mira de los abusos para combatirlos, de las ilegalidades para ponerlas de manifiesto, esa oposicion deja perecer de hambre á las clases proletarias, contribuye á la desmoralizacion del pueblo, falta á sus promesas, desatiende las obras públicas y compromete al Estado... Esa oposicion, señores, aspira al poder: ¿qué haria si llegara á ocuparle?...

«Creo haber demostrado, señores, que la marcha política seguida por el gobierno actual, tanto con relacion á las potencias estranjeras, como respecto á los asuntos de nuestro pais, ha sido generosa, legal, justa, conveniente, y la única que podia y debia adoptarse en las circunstancias que hemos atravesado; que la oposicion que se le hace es sistemática, absurda y revolucionaria, y creo tambien que nosotros todos, sin distincion de colores ni banderías, estamos en el deber de dar nuestro sincero apoyo á la siguiente proposicion: «Pido al Congreso que acuerde un voto de gracias al gobierno de S. M. por su conducta durante el interregno parlamentario; y que atendiendo á los esfuerzos que ha hecho por la conservacion del órden, de la libertad y de las garantías individuales, y teniendo en cuenta las mejoras que ha realizado, las eco-

nomías que ha introducido y los beneficios que prepara para en adelante, se sirva declarar que merece y seguirá mereciendo la confianza de todos los señores diputados.» (*Bien, muy bien, en los bancos de la mayoría. Sonrisas y sarcasmos en los bancos de la minoría.*)

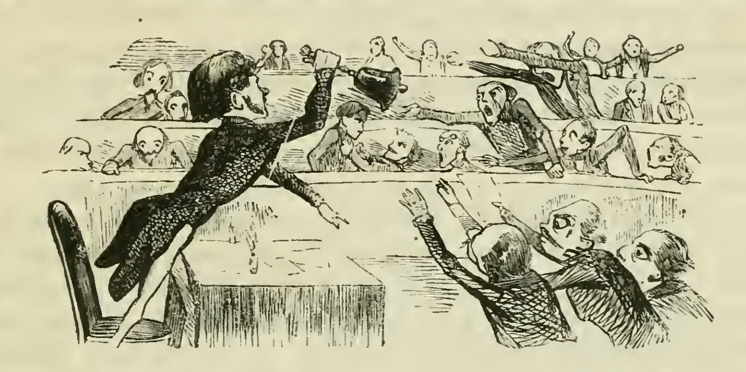
Concluido el discurso del señor Gimenez de la Ortiga, que ha parecido estremadamente bueno á los individuos de la mayoría, y rematadamente malo á los diputados de la minoría, obtiene el señor Telon la palabra para rectificar, como habia anunciado anteriormente.

No ya en el tono galante que al principio, ni con las corteses salvedades que lucian en el exordio de su primer discurso, sinó con la vaguedad y el desaliño propios de la improvisacion, y de una improvisacion que brota entre el despecho, la cólera y el amor propio ofendido, comienza el orador su perorata, impresionando á todo el auditorio con lo destemplado y ágrio de su voz, y lo imponente y tosco de sus ademanes.

—El Congreso no podrá menos de conocer, esclama, que despues del discurso del señor Gimenez de la Ortiga, faltaria á mis deberes como diputado y como caballero si dejara de darle una cumplida satisfaccion. Fuertes é irritantes han sido las palabras de S. S., irritantes y fuertes por demás serán las que yo pronuncie en mi defensa. No será mia la culpa de los resultados que puedan sobrevenir. Ha dicho el señor Gimenez de la Ortiga que mientras abogo yo por la prosperidad y aumento de las rentas públicas, protejo el fraude y el monopolio, consumiendo tabaco á los contrabandistas: el señor Gimenez de la Ortiga se limitó á decir que mi aserto acerca del señor ministro de Hacienda era una calumnia; pero yo, que estoy enteramente dispuesto á probar lo que dije, y que sé al propio tiempo que S. S. no podrá justificar las irreflexivas palabras que ha pronunciado, digo y sostengo que el señor Gimenez de la Ortiga es un calumniador.»

Aqui fué Troya!... La numerosa falange ministerial que, engreida en el triunfo que acaba de alcanzarle su adalid parlamentario, le ve denostado y escarnecido impunemente por su rival: los miembros del gabinete, que aun saboreaban el esquisito néctar, jugo de la mas perfilada y punzante de las *ortigas*, y que temen que se resfrie la idea del voto de gracias tan oportunamente reclamado; el presidente de la cámara, mas mayor que la mayoría y mas ministerial que los ministros; los periodistas y los taquígrafos, los porteros y la concurrencia, todos, en fin, se alarman, todos se precipitan, todos vocean. La minoría á su vez quiere aparecer imponente; pero no siéndolo por su número, no puede fácilmente conseguirlo por la agudeza y desentono de sus esclamaciones. La campanilla presidencial ahoga su penetrante eco; la voz de los contendientes se pierde entre el tumulto, quejas, recriminaciones, dicterios, amenazas y ofensas; todo se confunde y se entrelaza, se escucha y se pronuncia, se recuerda y se olvida. «¡Que se escriban esas palabras!» esclama colérico

el señor Gimenez de la Ortiga. «¡Que se escriban!» contesta impasible el señor Telon. «¡Orden!» prorrumpe el presidente, y solo desórden y anarquía reinan en la estancia. «¡Que se desalojen las tribunas!» gritan los diputados: «¡Que callen los diputados!» esclaman á su vez los de las tribunas. Los ministros aconsejan al presidente; el presidente aconseja á los diputados por medio de los ugieres, y la representacion nacional se convierte en una verdadera plaza de toros, con sus chulos y sus espadas, sus picadores y sus banderilleros, sus perros y su media luna, sus banderillas de fuego y su imponente y descomunal tumulto. «¡Viva la libertad!» esclamaria entonces lleno de rencoroso júbilo uno de esos apostólicos serviles que presenciara el pintoresco ensayo del sistema representativo!



Solo la moderacion y cordura de un presidente de la cámara que procura conciliar los ánimos y templar las malas pasiones, ya valiéndose del respetable carácter de que el reglamento le reviste, ya de las corteses y diplomáticas aclaraciones que su buen sentido le aconseja, consigue calmar un tanto el belicoso ardor de las partes contendientes. Estas por un lado, que no sienten deseos los mas vehementes de llevar á cabo los compromisos, ni de realizar las amenazas á que sus palabras han podido dar lugar en el calor de la improvisacion, fiados mas en su verbosidad que en sus puños; y considerando por otra parte que en el melodrama parlamentario han representado ya mas que medianamente su papel, el uno de valiente pesimista y el otro de optimista hábil y entendido, admiten de buen grado las interpretaciones y súplicas del presidente, que escusa incidentes desagradables con la necesidad y deber en que se hallan de no empañar el brillo de los cuerpos colegisladores. Tan poderosa razon dirime las contiendas, hace cesar el ruido de la campanilla, vuelve los diputados á sus puestos, sosiega las tribunas, tranquiliza á las damas, y tornando la sesion á su primitivo estado, deja lugar para que se diga: «Reconozco mi falta, y retiro mis palabras:»

O: «Quedan retiradas las mias en vista de mi error.»

O: «El contrabandista que hallé en la escalera de la casa del señor ministro, bajaba del cuarto segundo y no del principal, donde habita S. E.»

O: «Por una equivocacion, que deploro, dije que S. S. salia de comprar cigarros de un portal de la calle Mayor, siendo asi que de donde salia era de un estanco nacional.»

O: «No esperaba menos del señor Telon.»

O: «Es cuanto puede exigirse del noble carácter del señor Gimenez de la Ortiga.»

O: «El presidente da las gracias á los señores diputados por su cordura.»

O: «Los diputados proponen un voto de gracias al señor presidente por la dignidad y acierto con que dirige los debates.»

O: «Queda terminado este incidente.»

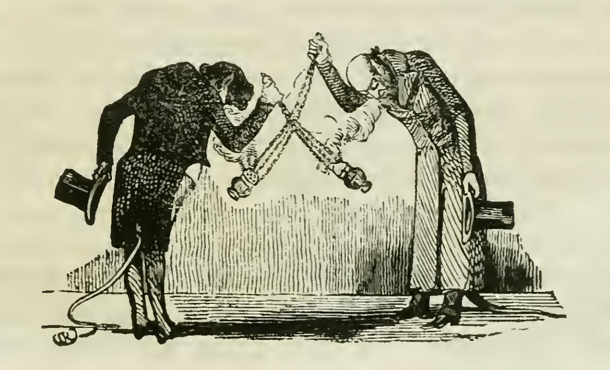
O: «Se pasa á la órden del dia.» Y con estas acarameladas frases y risibles argucias, todo queda arreglado; y á donde va el mar que vayan las arenas; y si un tiempo pequé, por eso la lengua me corté; y cuando ninguno quiere, dos no riñen; y mas vale mala transaccion que buen pleito; y lo que se ha de gastar en la justicia, gastarlo en vino.

Asi termina la acalorada, altisonante y tremebunda sesion política, en la que tantas verdades iban á ponerse de manifiesto, en la que tantos abusos se iban á denunciar, y la que á tan patibularias y horripilantes escenas iba á dar márgen. La oposicion enmudece; la mayoría triunfa; se otorga al gobierno el voto de confianza; los espectadores quedan satisfechos; los diputados gozosos; el presidente coronado de gloria; las prácticas parlamentarias á cubierto; el señor Telon rayando á una altura considerable; honrado, beatificado y santificado el señor Gimenez de la Ortiga; los pueblos felices; la patria salvada, y la mision de los representantes del pais desempeñada y cumplida á satisfaccion de todos sus comitentes.

No hubiera sucedido asi, si en vez de probarse palpablemente, gracias á los beneficios de la discusion, que ambos combatientes se habian equivocado en sus juicios, una desgarradora verdad se hubiese descubierto. ¡Ay de la mayoría si el señor ministro de Hacienda hubiera tenido el vicio de fumar!... ¡Ay de la minoría si el señor Telon no comprara en el estanco sus cigarros!... Entonces el tribunal habria sido inexorable; cualquiera de los bandos, una vez vencedor, hubiera confundido á su contrario; porque tratándose de las rentas públicas, del órden administrativo y económico, de la legalidad y la justicia, las personalidades entonces quedan á un lado, los ódios se deponen, las banderías se aunan, y la ley y solo la ley, cae sobre la cabeza del culpable, sin reparar en su estado, sexo ni categoría. Pero afortunadamente el señor ministro no fuma; el señor Telon se surte del estanquillo; la Hacienda marcha y las rentas públicas no padecen. Por eso han terminado en calma los debates;

por eso los verdes campos no se han visto teñidos con la sangre inocente de los mal informados políticos; por eso es loable y digna de mencionarse la conducta del que ataca la ilegalidad, asi como la del que defiende la justicia; por eso el bando caido encomia los importantes servicios de sus centinelas avanzados, y el banco dominante aplaude y reverencia los no menos meritorios de sus espertos y atinados defensores. Solo el espectador indiferente que asiste á estas sesiones sin prevencion de ningun género, y que desinteresada y patrióticamente desea el bienestar y la ventura de su patria; que quisiera razones y no sofismas; hechos y no promesas; virtud y no deshonra; abnegacion y no egoismo; ventajas y no enfadosa palabrería, es el que despues de presenciar una de estas tragi-comedias parlamentarias, en las que se ventilan cuestiones de importancia, cuestiones políticas, cuestiones llamadas de gabinete, únicamente saca ó unos breves apuntes para formar un desaliñado artículo como el nuestro, ó si no lleva semajante designio, lo que sacó el negro del sermon, esto es: los pies frios y la cabeza caliente.

P. D. Concluida la sesion, se marchan los actores al vestuario, ó llámese *salon de conferencias*, y allí reunidos y mezclados, sin distincion de colores ni banderías, comentan en tono de mofa los sucesos, y se disponen cada cual con su nuevo traje á dejar el palacio de las Córtes; soliendo acontecer que el señor Telon tome asiento en la berlina de uno de los ministros, y que el señor Gimenez de la Ortiga se retire dando el brazo á uno de los mas furibundos adalides de la oposicion. Por la noche ambos contrincantes se encuentran en el teatro, que es el lugar que eligen nuestros oradores para saborear sus triunfos parlamentarios: se divisan, se asestan los gemelos, se descubren, ponen la cara amable; y los que pocas horas antes estuvieron á punto de verter sin piedad su inapreciable sangre, se prodigan sin tregua ofertas, saludos y contorsiones. El público, que los vió en la Cámara y que los contempla en el teatro, no puede menos de conocer que tan ridícula fué la farsa que representaron por la mañana, como la que estan representando por la noche.



III.

Mucho tiempo ha pasado ya desde la apertura del Parlamento. Mas de cuatro semanas... ¡quizás cerca de cinco...! ¡Gran Dios! ¡Cuánto hemos trabajado por la patria! Cerca de cinco semanas ausentes del suelo que nos vió nacer; lejos de nuestras afecciones de familia; separados de todo cuanto mas amamos en el mundo!... ¡Gran Dios! ¡Cuánto hemos trabajado por la patria! En estas cinco semanas hemos contestado al discurso de la corona; hemos dicho *sí* ó *no* á lo que ya todos sabian que íbamos á afirmar ó negar; *bueno* ó *malo*, á aquello que todos estaban persuadidos que aprobaríamos ó desaprobaríamos; *tuerto* ó *derecho*, á lo que nadie ignoraba que habíamos de torcer y enderezar. En estas cinco semanas hemos aprobado muchas actas, muchísimas: las mas difíciles, las mas complicadas, las mas espinosas... ¡quizás aquellas que debiéramos haber reprobado obrando de ligero! En estas cinco semanas hemos analizado la marcha del gobierno en todas sus partes, y la hemos hallado buena, justa, equitativa, sin mancha!... Hemos velado por los intereses del pais, estamos velando, velaremos. ¿Puede pedírsenos mas? ¿Tendrán queja de nosotros los que en nosotros depositaron su confianza? ¿Nos queda alguna otra cosa que hacer por la querida patria? Nada, nada; absolutamente nada.»

Asi discurren los diputados españoles al mes y medio de abierta la legislatura: mes y medio de afanes y trabajos por la patria; mes y medio de dimes y diretes por hacerla feliz. Ya es tiempo de retirarse al descanso. ¿Qué resta por hacer? nada. Ya se han dicho cuatro desvergüenzas los unos á los otros en público, para apretarse luego las manos con mas fuerza en los salones y en los festines; para dirigirse despues una sonrisa mas significativa de lástima hácia los inocentes espectadores de la comedia. Ya está representada, sí. Los viejos diputados han dicho sus discursos, y han cumplido: esos discursos sacramentales que se pronuncian todos los años despues de largas horas de meditacion y de estudio, cortados siempre por una misma tigera. Tales diputados no pueden volver á usar de la palabra porque se gastarian, y un diputado en esa parte es como un duro: el dia que se gasta, se pierde. Los diputados nuevos llevan ya muchos dias de asistir á las sesiones, y estas son tan monotonas!... tan largas!... Luego hay tan pocas ocasiones de hacerse notar!... Nadie se acuerda del diputado nuevo... Ningun periódico le nombra... Nadie le saluda por la calle... Ya se vé, Madrid es tan grande!... Y sobre todo, el frio; el frio es insufrible en el invierno... Si fuera en el verano, pase!... pero el lodo... los vientos... Un coche cuesta cinco duros cada dia... Y

hay que rizarse el pelo... Las plazas de oficiales de secretaría están provistas por ahora!... ¡Se acuesta uno tan tarde... que.......................

....

A la una previene el reglamento que se declare abierta la sesion, contando con que estarán presentes todos los señores diputados; pero da el cuarto y da la media, dan los tres cuartos y las dos; da el cuarto y da la media, dan los tres cuartos y las tres; el salon vacío (1). Cualquiera creeria que iba á tratarse de una cuestion importante, segun la prisa qué se daban los diputados por llegar; pero nada menos que eso. Las cuestiones de importancia concluyeron con la contestacion al discurso y con las actas; concluyeron cuando se hubo demostrado que los electores del distrito de Valle-Loco depositaron sus votos en una cazuela y no en un puchero, como habia dicho la oposicion: concluyeron cuando se probó evidentemente que el príncipe de Metternich habia tenido dolor de muelas y no un zaratan, como aseguraban los anarquistas: ahora solo se va á tratar de presupuestos, y de reemplazos y de caminos, y de culto y clero, y de todas esas cosas secundarias, que bien pueden dejarse á la consideracion y sabiduría de los ministros: ahora va á tratarse de asuntos todos tan manoseados y sabidos, que como se presentan diariamente no hay sino apelar á la fórmula establecida ya para despacharlos. Y sino veamos.

Cuestion primera.—*Autorizacion para seguir cobrando las contribuciones.*—Aquí la oposicion dice que es necesario hacer economías, y el gobierno contesta que le parece muy buena idea, pero que debe guardarse para cuando se discutan los presupuestos.

Cuestion segunda.—*Modificacion de la ley de reemplazos.*—La oposicion, al ocuparse de este asunto, pide que se rebaje el cupo del ejército, considerando que el pueblo español no puede sostener tan considerable pié de guerra. El gobierno declara que este pensamiento le parece admirable, pero que lo juzga inoportuno y propio únicamente de la época en que se discuta el presupuesto del ministerio de la Guerra.

Cuestion tercera.—*Presupuestos.*—Esta en moda pedir una autorizacion para plantearlos; pero cuando se discuten, se suscitan tambien tres cuestiones secundarias: Primera, la de economías. A esta responde el gobierno que ninguno como él está interesado en que se lleven á cabo; pero que habiendo sido autorizado por el Congreso para seguir cobrando las contribuciones con arreglo el presupuesto anterior, no se halla en el caso de introducirlas sino en el presupuesto del año entrante, que someterá al fallo de las córtes en los primeros dias de la próxima legisla-

(1) En la legislatura de 1848 la falta de asistencia llegó á ser tan notable, que un dia, despues de otros muchos de considerable retraso, no pudo celebrarse sesion por no haber concurrido al palacio del Congreso mas señores que el presidente y los secretarios.

tura. Segunda cuestion: La de rebaja en el contingente del ejército. La contestacion del gobierno es muy obvia: habiéndose aprobado la ley de reemplazos tal como estaba concebida, claro está que hay que votar la cantidad necesaria para sostener el ejército; pudiéndose solo acordar esta saludable rebaja cuando vuelva á ser presentada la ley que con arreglo á la Constitucion debe discutirse todos los años. Tercera cuestion: La de que los presupuestos se discutan con la anticipacion necesaria para que puedan tocarse las ventajas que resulten de su discusion dentro del mismo año en que deben regir; á cuya observacion el ministro del ramo asegura y ofrece, poniendo al tiempo por testigo, que asi lo verificará desde el año entrante, porque cuadra cabalmente con el pensamiento del gobierno.

Tales son las principales cuestiones que periódicamente se someten al exámen de los cuerpos colegisladores, y tales tambien los resultados que periódicamente se tocan de tan maduro y detenido exámen: esto es, la aprobacion mas ámplia, esplícita y terminante. Estas discusiones capitales, estas discusiones que, por decirlo asi, constituyen la gran mision de los representantes del pais, suelen ofrecer en sus primeros dias algo de aquella animacion que observamos cuando se trataban asuntos políticos y de partido en la revision de las actas y proyecto de contestacion al discurso de la corona. En ellas toman parte oradores de nota; y aunque procuran dar á sus discursos todo el carácter de económicos, siempre dejan entrever el lado político por la sistemática guerra de los unos, la no menos sistemática defensa de los otros, y la constante y decidida propension de todos á invadir el terreno de las personalidades. Lo restante de la legislatura se pasa en la discusion de los proyectos de ley que sobre diversos ramos y materias presentan los ministros sin anuencia de los diputados ú ofrecen estos últimos, prévio el consentimiento y beneplácito de los primeros, sin el que probablemente merecerian los honores del olvido. Estos proyectos y el fecundo é inagotable manantial de las interpelaciones, son los únicos alicientes que de vez en cuando animan y entretienen á los diputados.

Nótase un dia gran afluencia de gentes en las avenidas del palacio; los representantes del pais acuden ¡cosa rara! á la hora de abrirse la sesion: una elegante berlina alta, montada sobre muelles, de ancho pescante y servida por lacayos de lujosa librea festoneada de oro, párase á la puerta del edificio: los curiosos la cercan esperando conocer al distinguido señor que debe ocuparla; pero los que estan en antecedentes no necesitan acercarse para saber que el que se dispone á dejar el carruaje es un ministro (1). Viste S. E. de grande uniforme, lleva colgadas sus

(1) Con efecto, los carruajes de lujo de los secretarios del despacho no pueden confundirse con ninguno de los que diariamente corren por las calles de Madrid. Los pretendientes, para quienes este conocimiento es de gran valor, pueden repasar el capítulo en que nos ocupamos de los ministros, donde hablamos con alguna detencion de sus carruajes, mas notables en verdad de lo que á primera vista parece.

grandes cruces, y ostenta debajo del brazo la no pequeña cartera, principal distintivo de su elevado encargo. ¿Qué solemnidad se prepara? ¿A qué tanto lujo? ¿Por qué tan puntual asistencia? ¿Cuál es el objeto de tantas conversaciones? Es que el señor ministro va á salvar un pedazo de la patria; va á satisfacer una de tantas exigencias como el servicio público reclama; va á admirar á sus amigos y á confundir á sus detractores; va á someter al exámen de las cámaras un proyecto de ley sobre el cultivo de las patatas. ¡Admirable pensamiento!

¡Desgraciado del orador á quien haya tocado usar de la palabra en el principio de la sesion! Al divisar al señor ministro, el presidente toca la campanilla, interrumpe el discurso comenzado, y

—Suspéndese esta discusion, esclama; el señor ministro de agricultura tiene la palabra!!!



De repente se pueblan los escaños; todos los diputados, movidos por una aparente curiosidad, aguardan sorprenderse con la revelacion de una cosa que ya conocen, y que aunque no conocieran tampoco les sorprenderia; pero que no por esto deja de producir en los pesimistas burlas, en los optimistas admiracion estremada y delirante. Los ministeriales por escelencia, esos que no comprenden la felicidad sin los ministros ni los ministros sin la felicidad; esos que creen emanado del cielo lo que del poder emana; esos para quienes el discutir y comentar siquiera los actos del gobierno es entregarse en brazos de la anarquía; admiradores constantes del que manda y que defienden encarnizadamente á los ministros, llámense Juan ó Pedro, con tal de que lo sean; esos no se contentan con el puesto que ocupan en sus bancos, se levantan, cercan la tribuna, dilatan estremadamente los parpados, abren la boca, aguzan las orejas, y en su afan de tragarse las palabras de su patrono, se tragarian la tribuna y el ministro, el proyecto de ley y la concurrencia. El agraciado, el novio, porque asi podemos llamar al que es objeto de la atencion de todos y al que mas estirado y limpio que todos viste, revela en su semblante lo satisfecho que se halla de su obra; y despues de hacer por aclarar su

garganta con un poquito de tos, da principio á la lectura del importante documento, esforzándose en pronunciar clara y distintamente el preámbulo en donde ha tenido ocasion de demostrar sus raras prendas político-económicas y de dirigirse cuatro piropos bien dirigidos, resguardado con aquello de: *El consejo de ministros, Señora, ha tenido presente etc. etc.*

Inútil nos parece consignar aquí el éxito grandioso que el mencionado proyecto alcanza en los amigos del ministro. No se han repetido durante su lectura los bravos y las felicitaciones porque no se estilan; pero qué de elevar los ojos al cielo!... qué de mover de alto á bajo las cabezas en señal de la mas espontánea aprobacion!... qué de miradas lastimosas hácia los bancos de la minoría!... qué de espansivas demostraciones al llegar al sentido pasaje en que se describen los afanes del cultivador de patatas, la importancia del suculento manjar, su historia y su aplicacion, sus progresos y las mejoras de que es susceptible. Porque el ministro, considerando que su trabajo teórico seria incompleto sino le acompañára una demostracion práctica, ha preparado en medio del preámbulo una voluminosa sarten, ha frito aceite claro, ha mondado blanquísimas patatas, ha batido huevos y hecho una pastosa y acaramelada tortilla para poder repartir buenos fracmentos á sus admiradores. Por el decreto se nombra un inspector general de los patatares del reino, cuatro visitadores por provincia, cincuenta comisarios y á proporcion los indispensables empleados, cuyos sueldos se aplican por ahora al socorrido fondo de imprevistos. ¿Quién no se ha de entusiasmar con tan aceitoso, alimenticio y retostado proyecto? Los individuos de la minoría, para quienes no se ha frito la tortilla, son los únicos que pueden quejarse; pero ¿estan en el mismo caso los de la mayoría?...

Con sobrada razon atraen la concurrencia y con ella la curiosidad los proyectos de ley que los ministros se dignan traer al seno de la representacion nacional: En igual concepto, aunque con tendencias diferentes, se hallan las interpelaciones.

Las interpelaciones que, como todos saben, son un arma terrible en manos hábiles, nunca abundan tanto como al principio y fin de cada legislatura; esto es, cuando se ha estado callando mucho tiempo, ó cuando se espera callar durante un plazo indeterminado. Las cuestiones incidentales que de ellas se promueven revelan casi siempre el egoismo y la parcialidad: cada partido pide para sus hombres; cada fraccion para su provincia; cada individuo para su persona. Por ellas se denuncian los hechos mas ridículos, se hacen reclamaciones las mas absurdas, y se piden las mas humillantes esplicaciones. Un simple rumor, una calumnia, un chisme de café, bastan para producir una séria interpelacion en el Congreso; y como los ministros no pueden desentenderse aunque quieran cuando tales insinuaciones se les dirigen, tienen que sufrir resignados los insultos, envueltos las mas veces con el falso barniz de preguntas amistosas.

Pero asi como el interpelante cuenta con recursos en cualquiera ocasion para poner en un brete á los ministros, estos en su lugar tienen el medio de evadir las respuestas, sin traspasar por ello el límite de la ley. Una indisposicion repentina, una falta de datos ó un capricho, bastan para aplazar la contestacion; y si la pregunta se repite, y si el diputado pertinaz ó díscolo insiste en su propósito, un capricho, una falta de datos ó una indisposicion repentina, vuelven á eludir la esplicacion que se pedia.

No siempre, sin embargo, son las interpelaciones arma de oposicion, pues que en algunos casos las provocan los secretarios mismos del despacho ó las solicitan de sus amigos íntimos, para esclarecer y anunciar sucesos, de cuya publicacion esperan inmarcesible gloria. Entonces se representa un pequeño sainete, corto, reducidito, breve; pero no por esto menos chistoso y divertido. Levántase uno de los mas conocidos satélites del planeta ministerial, y afectando independencia y desenfado, anuncia su interpelacion: recíbela el ministro cortesmente; esplánala el interpelante, y ya que una *casualidad* plausible ha hecho que se halle presente el único que pudiera contestarla, los hechos se esclarecen, la fama los publica y la gloria se alcanza por un medio tanto mas apreciable á los ojos de todos, cuanto mayor ha sido el carácter de espontaneidad con que los actores han sabido presentarle.

Pero cuando las interpelaciones producen todo su efecto, cuando atraen la multitud, cuando causan escándalo, es cuando se refieren á un suceso que por espacio de muchos dias ha figurado en las gacetillas de los periódicos: á una crísis, á una promocion de empleados, á un juego de bolsa, á una denuncia oficinesca, á una cosa, en fin, sabida de todos, comentada por todos y por todos ridiculizada; entonces, como si fuera un hecho grave, trascendental y nuevo, las pasiones se exaltan, los conflictos se reproducen, las recriminaciones se prodigan y todos creen representar un papel interesante, cuando, á decir verdad, el que interpela no es mas que el último gacetillero, el ministro aludido el último lector y el público de las tribunas el último chismógrafo del acontecimiento.

¡Qué contraste tan singular ofrecen estas vergonzantes cuestiones tan cacareadas y lucidas, con las que se llaman económicas y que se arrastran lánguidamente en todo el resto de la legislatura! Hay quien dice que las discusiones sobre asuntos y mejoras materiales no estan aun aclimatadas en nuestro pais, que no proporcionan interés, que no atraen concurrencia: esto equivale á decir que aun carecemos de sentido comun; y aunque por desgracia nos falte á los profanos, no debiera faltar por cierto á los que solicitan y apetecen el alto honor de representarnos.

Un dia de los que hemos hecho notar anteriormente, de esos en que los individuos de la mesa esperan á pié firme la reunion de los señores

diputados, apenas se conoceria que celebraba sesion la cámara popular si el pabellon nacional no flotára al viento desde el instante en que el carruaje del presidente llega al pórtico del edificio. Nadie se encuentra en sus alrededores. Los guarda-ropas de las tribunas públicas se hallan tan desocupados como los guarda-bastones. Ni aun los vagos y curiosos que constantemente optan por el asiento de la tribuna, como medio económico de matar las horas, han tenido por conveniente asistir aquel dia á la sesion. No hay que detenerse á advertir que la órden del dia versa seguramente sobre un asunto de grave y trascendental interés para los pueblos. Ocupan el salon de las sesiones el presidente y los secretarios, el ministro del ramo á quien pertenece el proyecto de ley, los individuos de la comision nombrada para dar su dictámen, alguna media docena de diputados, los taquígrafos y los porteros. En vano se agitan fuertemente las campanillas por los corredores y antesalas del edificio para convocar á los representantes, del propio modo que se convoca á los fieles desde el pórtico de los templos los domingos por la mañana. No se tiene presente al practicar esta ceremonia que el que quiere venir viene sin que le llamen, mientras que para el rehacio son inútiles los badajazos de las campanillas.

Principia á leerse el acta de la sesion anterior aun sin estar reunido ni con mucho el número suficiente de diputados, y si fueran á detenerse los trabajos parlamentarios por esta importante circunstancia, probablemente no llegarian á discutirse nunca las leyes económicas que, segun la espresion feliz de nuestros políticos, no estan aun *aclimatadas* en España. ¡Qué estraño y ridículo á la vez es oir á un diputado celoso por el buen desempeño de su cometido, lleno de conocimientos y de esperiencia, avaro de la dicha y bienestar de su patria, de esos para quienes las cuestiones económicas son el áncora de salvacion de los estados, y que despues de muchos dias de continuados estudios se levantan en el Congreso á pronunciar su discurso aprendido ya: ¡qué estraño y ridículo á la vez, repetimos, el oirle decir lleno de entusiasmo: —«Grave, muy grave es la cuestion que nos ocupa: asi lo han conocido los señores diputados!»

El esperaba hallar poblados los escaños el dia destinado á la discusion del proyecto; él creia que todos, á semejanza suya, habrian pasado una y otra noche registrando las obras de los mas sabios legisladores; él contaba con que de la discusion ámplia y esplícita de la ley resultarian las ventajas mas positivas para los pueblos, y no tituheó en apelar desde el principio de su discurso al patriotismo de sus compañeros. Pero qué desengaño!... De los poquísimos diputados que se encuentran en el salon, los unos duermen el mas profundo sueño, revisan otros los periódicos del dia; estos escriben su correspondencia, aquellos convienen en las bases del negocio que tienen contratado; quién bosteza estrepitosamente, quién hace telégrafos y contorsiones á alguna espectadora de tribuna, y

todos si dedican algun momento al discurso económico-administrativo, es para renegar de las felices disposiciones del orador, y para dirigir fervientes votos al Altísimo por la pronta terminacion de aquel suplicio parlamentario.



¿Y para esto recorrian una y cien veces los pueblos de su provincia en la época de las elecciones? ¿Para esto dieron batallas campales en el terreno de las palabras y de los hechos, pronunciaron discursos, hicieron temerarias promesas, destrozaron reputaciones, mintieron patriotismo y espusieron sus vidas y sus fortunas por alcanzar la tan deseada diputacion?... No, no era este el objeto y fin de sus pretensiones. Si abandonan el Congreso, si desdeñan las últimas discusiones, si dormitan en tanto que se ventilan asuntos del mayor interés para los pueblos, es porque ya han hecho bastante, porque llevan muchas semanas de trabajos asíduos, porque ya se han sacrificado en aras de la patria; y como los trabajos tocan á su término y como la mision se ha desempeñado con gloria, los *nuevos gefes políticos* hacen falta en sus puestos, los *capitanes generales* en sus distritos, los *consejeros* en sus sesiones, los *intendentes* en sus provincias, y los que solo han obtenido por premio de su acendrado patriotismo algun ascenso, algun título ó alguna cruz, estan á aquellas horas tras del sastre, tras del bordador ó del diamantista. Tiempo queda de volver á empezar de nuevo los trabajos cuando la ley fundamental lo determina; ya se presentará motivo en otro año de reproducir los afanes y molestias que el servicio de los pueblos reclama; no faltará ocasion de sacrificar el sueño y el reposo, el talento y la fortuna en beneficio de la patria. Por ahora lo que cumple es aguardar con ánsia el dia en que el presidente del consejo de ministros, vestido de grande uniforme, asalte la tribuna, y con un papel en la mano, dirigiéndose á los representantes del pais, esclame á nombre de la Reina:

«EN USO DE LAS FACULTADES QUE ME COMPETEN POR EL ARTICULO TANTOS DE LA CONSTITUCION, VENGO EN DECLARAR TERMINADA LA PRESENTE LEGISLATURA.»

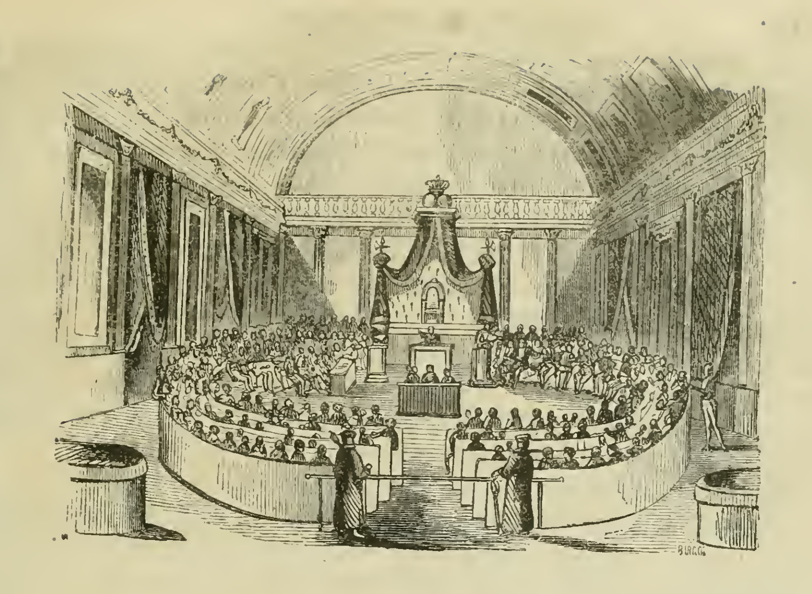
IV.

Lo que dejamos dicho con respecto al congreso de los diputados, puede entenderse por lo que hace al congreso de los senadores. Tambien allí se discute un proyecto de contestacion al discurso de la corona; tambien allí se pronuncian discursos ministeriales y de oposicion; tambien allí se ventilan asuntos personales; ¡pero qué diferencia! En el Senado todas las discusiones parecen económicas!... Qué dormirse al arrullo de los negocios de estado!... Qué refocilarse ante la idea de las dignidades y títulos que cada cual ha sabido conquistar!...

Porque los senadores, que por la índole particular del cuerpo á que pertenecen ocupan todos posiciones distinguidas y cuentan con empleos considerables, no necesitan tomarse mucho empeño en salvar á la patria, cosa mas propia de los que todavía no han tenido ocasion de sentarse en la poltrona de un tribunal supremo.

Hay, sin embargo, ocasiones en que el Senado dá señales de vida; porque nunca falta un general jóven é impetuoso que promueva un escándalo, habiendo, como hay, en el Senado generales impetuosos y jóvenes; porque nunca falta algun senador sin empleo que se muestre resentido, habiendo, como hay, en la cámara vitalicia miembros sin empleo; pero como unos y otros son los menos, y como al fin y al cabo lo que ha de ser ya está escrito, no hay sino dejar correr la bola, y retirarse á la vida privada algunos meses, para volver despues, sin necesidad de contiendas ni de elecciones, á sentarse en los escaños de la representacion nacional.





CAPITULO V.

Los Diputados y los Senadores.

I.

ANTES de pasar una rigurosa revista de inspeccion á cada uno de los hombres notables que figuran de contínuo en los cuerpos colegisladores, permítansenos cuatro palabras á propósito de las varias y diversas fracciones en que de algun tiempo á esta parte se han dividido los partidos políticos dentro de la representacion nacional. Principiemos por el Congreso de los diputados.

En la cámara popular española luchan solo ostensiblemente las dos fracciones progresista y moderada en que se halla dividido el gran partido liberal. El partido absolutista, ó no está representado en el Congreso, ó arrinconado y vergonzante permanece os-

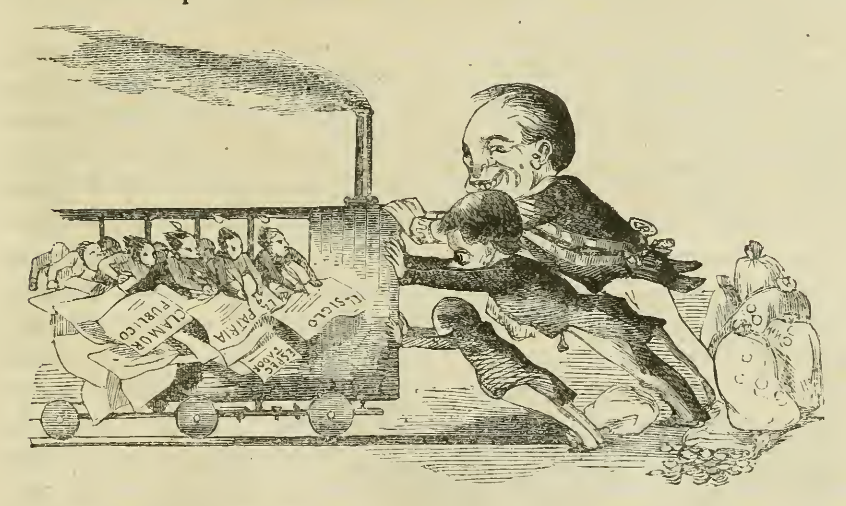
curo y silencioso sin atreverse á levantar su voz con la franqueza y el descaro que suelen elevarla los legitimistas en Francia y los secuaces del absolutismo en las demas naciones. Debe decirse, pues, que es eminentemente liberal el Congreso de nuestros diputados. Pero como la palabra liberal es entre nosotros una voz elástica que se estira ó se encoge, segun que de uno ó de otro modo les acomoda usarla á los que con tan simpático nombre se bautizan; de aquí el que para algunos de los interesados sea un verdadero y legítimo nombre, mientras que para otros sirva la referida voz de ridículo apodo ó de diplomático pseudónimo. Cuestiones son estas que iremos tocando en el curso de nuestras observaciones y que conviene ahora apuntar únicamente; quedando mientras tanto consignado que los representantes de los pueblos en la cámara electiva de nuestro pais, se dan todos el nombre de monárquico-constitucionales.

El bando conservador, como todo partido que se halla al frente de los destinos públicos, cuenta en su propio seno quien le defienda y quien le impugne: es, pues, necesario dividirlo primeramente en ministerial y oposicionista. La fraccion ministerial del partido moderado está formada de tres secciones diferentes: ministerial *á todo trance*, ministerial *por instinto* y ministerial *por conveniencia.*

Aquellos diputados esencialmente conservadores, que careciendo de mérito personal deben su eleccion al apoyo y galantería de los ministros; aquellos diputados inscriptos en la lista de los primeros contribuyentes, para quienes toda idea de progreso es la señal de alarma que pone en peligro sus capitales; aquellos diputados á quienes interesa sobre todo conservar su influencia, y que en fuerza de sumision y de agrado la tienen adquirida, esos son ministeriales en todo y para todo, lo han sido antes, lo son ahora y seguirán siéndolo toda la vida. «Aman apasionadamente, dice un célebre escritor francés, la tranquilidad, el órden, el silencio, su asiento en la cámara y la silla del gabinete. Consideran que el querer analizar incesantemente la conducta de los ministros es cosa poco menos que inútil, y que el pretender oponerse á sus proyectos es punto altamente peligroso. Pensarian que el trono vacilaba si por desgracia apartasen su voto de los representantes del poder; y en su sentir, asesinarian al Estado si con voz culpable dijeran *nó*, cuando el gobierno manda decir *sí.* Algunos llegan á creer que se pudieran regir los negocios constitucionalmente sin discusion, puesto que los debates producen cierto sacudimiento en el equilibrio de las ideas, cosa á veces muy desagradable: otros optarian porque se guardasen siempre en conserva los mismos ministros, ahorrándose así de hacer nuevos conocimientos, y de saludar á nuevos actores; pero como todos profesan una parte de la filosofía de Cándido, y como todo va lo mejor del mundo, en el mejor de los mundos posibles, desde que asoma y despunta otro nuevo ministerio se apresuran á rendirle homenaje en coro, armados de fidelidad y de votos de

confianza. Nada se cambia á su parecer; los ministros continúan, y solo hay la diferencia de que si ayer se llamaba uno Juan hoy se llama Pedro. Al ver á estos honrados representantes mudar de sistema cada quince dias, se les acusa de no tener convencimiento propio; pero en decirles esto les hacen una solemne injuria. Tienen la mayor, la mas firme, la mas íntima de todas las convicciones, pues creen en la palabra de los ministros, en la sabiduría de los funcionarios, en la infalibilidad del poder, y sobre todo en la necesidad de una garantía absoluta, para gastar sosegada y pacíficamente sus rentas; en una palabra, este escuadron de diputados representa, en medio de nuestras contínuas oscilaciones, la mas completa inmutabilidad. Son ministeriales en cuerpo y alma, y el gobierno dispone de ellos en tanto que se sienta en los escaños del poder, y cuando abdica entrega el sagrado depósito á su sucesor. Tales diputados son con efecto un valor indeleble, un mayorazgo inagenable, *viviente punto de apoyo de las fuerzas gubernativas.*»

Estos señores en España representan el esclusivismo, la unipersonalidad, el YO en su asercion mas lata: no son los adversarios, son los enemigos de los progresistas. Nada de concesiones, nada de debilidad; profesan en fin lo que se llama la POLITICA DE RESISTENCIA.



Hemos dicho que hay en la mayoría conservadora ministeriales por instinto, y estos, aunque pocos en número, no por eso dejan de ser notables si se atiende á lo mucho que de ellos puede esperarse. Esta patrulla se compone de esa juventud ilustrada que descuella muy temprano sobre las cabezas un tanto gastadas de los viejos apóstoles de la doctrina: jóvenes que, novicios en la escena política, ni tienen pasados agravios que vengar, ni miran por consiguiente como enemigos á los del opuesto bando; pero que esperan porque valen; y como en nuestro pais de nada ni de nadie puede esperarse sino del poder y de los que lo ocupan, en-

contrándose por afecciones de amistad ó parentesco en el partido moderado, son ministeriales por necesidad, pero serán independientes con el tiempo.

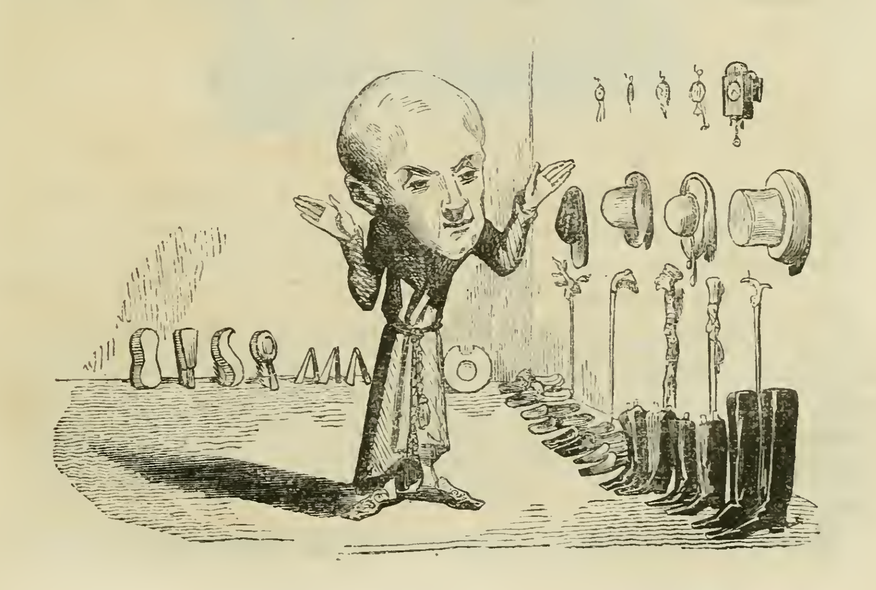
La tercera fraccion de la mayoría es la de los ministeriales por conveniencia. En ella están incluidos los grandes empleados, los que en mas baja escala gozan de los favores del Erario, y los que á su cualidad de hombres de negocios tienen ya algunas atenciones que agradecer. En estos el ministerialismo es una gala; defienden las ideas como cuestion de principios, y defienden las personas como cuestion de seguridad individual. Estos son los diputados que cambian con la oposicion hiel por hiel, insulto por insulto, que no permiten ni aun la ironía si se dirige á los ministros, que se titulan NOSOTROS en cuestiones de gobierno, que destrozan sus pulmones por defender una situacion vacilante, y que lucharian despues á brazo partido si los esfuerzos de la voz no fueran bastantes para sostenerla. Estos diputados tienen el deber de dar satisfactorias esplicaciones cuando se tercia una cuestion de oficina, de revelar las acciones meritorias de los ministros cuando un esceso de modestia ha hecho á los interesados ocultarlas; estos son en fin los diputados *pancistas*; los que en un dia de crísis se verian obligados, bien á su pesar, á presentar su dimision en masa.

El bando oposicionista moderado cuenta solo dos débiles fracciones, que se componen de los disidentes *mal-contentos* y de los *puritanos*. La primera, formada de esos hombres que envejecidos en el ministerialismo no han gustado las sabrosas delicias del poder, pide conciliacion por conciliarse, pide reformas para ser incluido en ellas, pide en fin el poder para mandar. Esta fraccion dejaria de existir en el momento que hubiera tantas canongías como aspirantes á canónigos. La fraccion puritana debe inspirar aun menos temores que la mal-contenta. Sus miembros, que profesan en política ese medio término entre el progreso avanzado y la moderacion retrógrada, que invocan la conciliacion y que se retiran espantados luego de sus consecuencias, que quieren ser progresistas en sus actos y moderados en sus principios, han probado ya la insuficiencia de sus teorías durante un poder efímero que se apresuraron á deponer antes de quedar completamente derrotados. Algunos de estos señores han pasado á reforzar las filas del progreso; otros se han acercado lenta y paulatinamente al banco de los mal-contentos, y los restantes se ocupan en rehacer fuerzas perdidas para arrojarse de nuevo al palenque y morir, si necesario fuere, en la demanda.

Tal es, pues, el estado del partido conservador en la cámara popular. Examinemos ahora el del partido progresista.

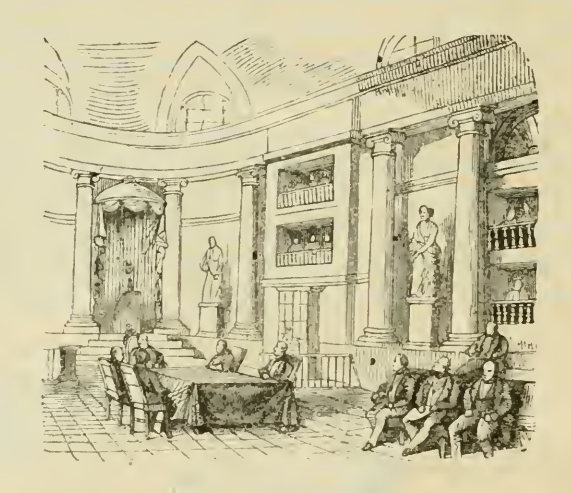
Este partido que cuando está en el poder cuenta tantos individuos como fracciones, en el estado de desgracia reconoce tantas fracciones como individuos. Pero sus órganos, autorizados en la prensa y en el par-

lamento, niegan este hecho, al parecer incontestable, y nosotros debemos creerlos bajo su palabra. Dos son únicamente, segun ellos, los bandos que se agitan en el seno del partido progresista: la fraccion del *órden* y la fraccion *social* ó de los *zurdos*. Pertenecen á la primera los miembros graves de la comunion liberal, fiel trasunto del centro izquierdo de las cámaras francesas en tiempo de la monarquía de julio. Esos hombres que invocan el órden cuando ya el desórden no les acomoda; esos que, nacidos y criados en la revolucion, necesitan la tranquilidad y el descanso en la edad provecta y en la vejez; esos que no sufren las penalidades y miserias del proletarismo, pero que se resignan por ahora á no disfrutar tampoco las comodidades y holganza de la aristocrácia. Hombres de fé, de principios, de corazon y de virtud si se quiere, pero cuyo ardor patriótico se ha resfriado un tanto en los destierros y emigraciones, y que conociendo por la anómala posicion en que se han colocado que habian de ser arrastrados en la corriente revolucionaria ni mas ni menos que sus adversarios, santifican y proclaman el órden como su única y legítima esperanza. De aquí el que estos hombres que no há mucho predicaban el progreso rápido, incesante, contínuo y sin tregua, se esfuercen hoy en atenuar el efecto que sus antiguas aspiraciones pudieron causar en el ánimo de sus contrarios, y persuadirlos de que todos, así los unos como los otros, y los otros como los unos, apetecen y quieren órden en las ideas, órden en los pensamientos, órden en las palabras, órden en las acciones y órden en todas las cosas, para que por medio de eso que ellos llaman revolucion pacífica de las ideas, puedan algun dia alcanzar un poder que de otro modo les sería casi imposible conquistar. Hé aquí los ensueños de esa fraccion del partido del progreso. EL ÓRDEN!



La juventud de ese mismo partido no ha podido mirar con indiferencia el giro un si es no es retrógrado de sus antiguos gefes, ha formado su pequeña fraccion con el título de *estrema izquierda*, á que otros han dado el nombre de *zurda*, por ser mas izquierda que la izquierda misma. Este partido social en miniatura cuenta con buenos brazos y buenas piernas; pero le falta sin duda una buena cabeza para formar un cuerpo compacto y homogéneo. A pesar de lo avanzado de sus ideas y de lo atrevido y audaz de sus pensamientos, no ha logrado aun esta fraccion hacerse escuchar formalmente en el Congreso. Pero téngase en cuenta que hasta en el desden con que se mira por los hombres de todas las opiniones, se asemeja perfectamente á aquel partido social francés de 1837, que constando solo de cuatro diputados vergonzantes, dió por fruto, á los diez años de su existencia, una sangrienta revolucion que arrastró á la vez una monarquía.

Conocido el congreso de los diputados, es fuerza asomarse, aunque de paso, al congreso de los senadores.



II.

Con recordar que la cámara vitalicia se compone de los grandes dignatarios del Estado, con tener presente que solo llegan á ocupar aquellos escaños, arzobispos y obispos, ex-ministros y tenientes generales, grandes de España, consejeros y opulentos capitalistas, se habrá dicho sobradamente que el Senado no es sino un pálido reflejo del otro cuerpo colegislador.

Hombres todos los que se congregan en aquel recinto cansados ya de

las lides parlamentarias, gozando en su inmensa mayoría de pingües rentas y enaltecidos hasta lo sumo con los títulos y distinciones con que se presentan á los ojos de la sociedad, no se distinguen por la vehemencia de sus opiniones, ni por un estremado espíritu de bandería. El Senado puede compararse á un vasto hospital de incurables donde se resignan á pasar el resto de su existencia los hombres políticos de todas las sectas, que habiendo envejecido en una idea, no esperan modificarla ni alterarla en toda su vida. Por otra parte, como el alto carácter de senador se confiere esclusivamente por la Corona á propuesta de sus ministros responsables, el Senado representa siempre por una considerable mayoría las ideas del gobierno establecido, dando esta circunstancia poco lugar á lides ni controversias. Existen sí, en su seno, fracciones de todos los partidos; pero tan pálidas y desfiguradas, que aun con muy buena vista sería casi imposible reconocerlas. El bando absolutista, numeroso por cierto, hace tantas protestas de adhesion al trono y á las prácticas constitucionales, que parece ¡cosa increible! arrepentido y convertido. La fraccion del progreso respira siempre con tal moderacion y parsimonia, que parece contenta con su suerte; y como lo restante de la cámara se compone de ese gran bando ministerial por *conveniencia*, de aquí el que la discusion sea siempre corta y muy frecuente la unanimidad de pareceres.

No concluiremos sin recordar la observacion que acerca de este cuerpo hizo un célebre cuanto infortunado orador progresista, porque de su reproduccion pueden reportar gran contento nuestros lectores. Segun él, no alterando absolutamente la forma del Senado por espacio de cincuenta años, y sucediéndose por un órden natural los partidos políticos en el poder, para que el último gobierno cuente con mayoría en esta cámara, tendremos que sentarnos en el Senado todos los varones de la península.

III.

Una vez conocidas las principales fracciones que constantemente se agitan en el seno de la representacion nacional, debemos pasar á ocuparnos separadamente de cada uno de los individuos que las componen, si bien con mas ó menos estension, segun su importancia política, pero teniendo siempre en cuenta que de la exactitud de los cuadros y de la veracidad del colorido pende el que nuestros retratos merezcan la unánime y espontánea aprobacion de nuestros lectores.

Seguramente que despues de pasar por ellos la vista, no han de quedar satisfechos ni con mucho los hombres que, afiliados á un partido estremo, solo ven por los ojos de su partido, escuchan por sus oidos, hablan por su boca y raciocinan y piensan con su cerebro. Para estos

hombres ni cabe la maldad en sus amigos, ni la honradez en sus adversarios; ni es suficiente nunca la lisonja cuando se dirige á los de su bando, ni la calumnia se ceba jamás bastante cuando se trata de los del opuesto. Semejante proceder, á mas de ser contrario á lo que el buen sentido y la razon aconsejan, lleva un sello de inverosimilitud marcada que repugna al que contempla á los hombres y las cosas desde una altura tan distante del optimismo, como separada y lejos del pesimismo.

La vida de los hombres públicos no debe principiar á escribirse hasta medio siglo despues de termidada; cuando no quedando de ellos ni de sus contemporáneos otra cosa que sus obras ó sus recuerdos, los ódios personales hayan caducado, las envidias hayan desaparecido y las generaciones solo juzguen al hombre por lo que fué y á sus acciones por lo que valen. Ensenada y Wal, Florida-Blanca y Campomanes, Jovellanos y Cambronero, se nos citan hoy á cada paso por los hombres de todas las opiniones, como autoridades en los diversos ramos de la administracion pública, como peritos en la ciencia de gobernar, y como súbditos leales de su patria y de su rey; mientras que en la época en que vivian y gobernaban á los pueblos, una oposicion constante y borrascosa seguia á cada uno de sus actos, llegando la terquedad de sus enemigos hasta negarles el valor y la inteligencia, la ilustracion y el patriotismo. Tal sucede siempre en todas las naciones, en todos los tiempos y con los hombres todos. Y si en aquella ocasion una pluma imparcial y ajena á las contiendas de partido les hubiera retratado con sus propios colores, aun arrostrando la preocupacion y el encono de los rutinarios; hubiera dado á conocer sus buenas prendas sin olvidarse de señalar sus defectos; hubiera marcado el límite á la alabanza y contenido el furor del vilipendio: ¿no se diria hoy que habia obrado cuerdamente y que habia sabido sobreponerse á mezquinas ambiciones y á necios escrúpulos de bandería? Esto es precisamente lo que tratamos hacer al hablar de nuestros hombres públicos contemporáneos.

España es el pais de las medianías. No tenemos aun, desgraciadamente, hombres que puedan citarse en otros pueblos como modelos acabados, como tipos perfectos del legislador, del tribuno y del guerrero; pero tenemos tribunos, guerreros y legisladores; tenemos diplomáticos, economistas y hombres de Estado; tenemos quienes comparativamente valen mucho, y quienes sin comparacion valen menos que los que menos valen en donde los hombres valgan poco; tenemos muchos á quienes respetamos por costumbre, y otros de quienes no nos acordamos ni aun por acaso; tenemos unos que son mas de lo que parecen, y otros que parecen mas de lo que son; tenemos, en fin, una larga série de figuras, ni tan hermosas que puedan salir al aire libre sin sus correspondientes adornos, ni tan feas que no merezcan los honores de la esposicion pública.

Estas figuras... pero hélas aquí:



IV.

NARVAEZ.

(*Senador.*)

El genio nace: su destino depende de Dios ó del acaso. Solo en el mundo, una mano invisible pero poderosa le arrastra: si no tiene elementos, los crea; si los elementos se le oponen, los vence; y si no puede vencerlos, los salva. Tal es en resúmen la vida de todos los hombres notables: tal ha sido tambien la de D. Ramon María Narvaez.

Soldado, político, ministro, orador y diplomático, una cualidad ha predominado en él á todas las que posee: el instinto del mando. En efecto, Narvaez ha nacido para mandar. Alma fuerte, carácter enérgico, temperamento inflexible, nada le falta. Por eso ha mandado en todas ocasiones; por eso mandará siempre. Sin embargo, sabe tambien obedecer, y cuando le ha tocado ser súbdito, jamás ha discutido las órdenes de sus superiores. Por lo que aprecia el mando, aprecia tambien la obediencia; y en lo que estima la obediencia, estima tambien el mando. Conoce que

las dos cosas son correlativas, y no concibe ni quiere la una sin la otra.

La actividad es otra de las cualidades dominantes de Narvaez. No come, ni duerme, ni pasea, ni se divierte. Cuando concibe una idea, no para, no sosiega, no descansa, no vive hasta ponerla en práctica: en cualquier empresa que acomete, hace juramento, como los antiguos caballeros, de *no comer pan á manteles* hasta llevarla á cabo: su constancia no tiene límites; su elemento es el trabajo. Bajo este aspecto, podria compararse á un *wagon* que tuviera en sí mismo una fuerza motriz inagotable; estaria siempre en movimiento, y en un movimiento rápido.

Pero, y los obstáculos?... Narvaez no los conoce. Osado, emprendedor, resuelto, marcha derecho al fin sin reparar en las rocas que obstruyen el camino: nunca se detiene á removerlas; salta por encima, ó bien las arrastra en su ímpetu: el dia en que ellas sean mas poderosas que sus fuerzas, se estrellará; pero morirá con valor, desafiando al destino que asi lo quiso. Al fin y al cabo, qué es la vida? una lucha incesante y contínua: un dia ú otro, el hombre ha de quedar vencido; qué importa que lo sea hoy ó mañana?

La viveza de sensaciones de Narvaez es incomparable. Todo le hiere, todo le estimula, todo le impresiona; nada retrata mejor en este punto su carácter que la frase vulgar: *parece que le pinchan con alfileres.* Pero su movilidad no es la de la ardilla, sin objeto y sin resultado: dominada por su voluntad, por esa voluntad de hierro que le distingue, le sirve siempre para el fin que se propone. Ocupado esclusivamente de este fin, cuando es importante, no por eso desatiende las demás impresiones que le rodean; sino que, por decirlo asi, *está en todo.* Cuéntase de él que, hallándose cierto dia tratando con varios altos personajes una cuestion política de importancia, y habiendo recibido un billete de su dama, le leyó y contestó sin que dejára un momento de tomar parte en la conversacion que se habia entablado.

No se crea, sin embargo, por eso que Narvaez es frívolo; al contrario: sério sin melancolía, grave sin afectacion, respetuoso sin vanas esterioridades, no reirá acaso de un chiste, pero se indignará de cualquier infamia. No vé el lado ridículo de las cosas, ni en lo bajo ni en lo sublime; pero se irrita ó se conduele de las debilidades humanas. Y es que él mismo no se dá razon de ciertas sensaciones: las percibe, y no puede menos de dirigir su espíritu hácia ellas, porque está dotado de una gran fuerza de atencion. Un pájaro que canta, un insecto que vuela, un ruido estraño que interrumpe el silencio, todo esto afecta su imaginacion, sin apartarle ni distraerle del pensamiento cardinal que le ocupa.

Las pasiones de Narvaez son violentas é impetuosas: ama con transporte; aborrece con frenesí; no comprende la indiferencia. Exaltado siempre en sus afectos, sustentará con entusiasmo cualquiera causa que

abrace; y cuando todos sus defensores hayan perecido en la demanda, y cuando hasta la bandera haya caido en poder del enemigo, él permanecerá asido inseparablemente del asta y morirá diciendo: ¡VIVA!!! Esta cualidad le ha espuesto á ser engañado, le espondrá tal vez en adelante, y le espondria mucho mas sin la esperiencia que le han dado los años, y sobre todo sin ese admirable conocimiento intuitivo del bien y del mal, de que está dotado. El es el que constituye la base de sus talentos: su ingenio y su saber pueden reducirse á él en último término.

Percepcion rápida, entendimiento claro, imaginacion viva, memoria fácil, hé aqui las facultades intelectuales de Narvaez. Tiene un golpe de vista seguro; una simple ojeada le basta para enterarse de las cosas. Pero al mismo tiempo es poco razonador, poco lógico, poco profundo: la fogosidad de su carácter no le permite entregarse á las frias investigaciones de la dialéctica. Asi es que comprendiendo perfectamente las cuestiones, no las resuelve, las corta. Y sin embargo, no suele deducir conclusiones falsas: sentadas las premisas, propone de pronto las consecuencias, y rara vez dejan de ser estas legítimas: diríase que es instintivo su juicio.

Franco, espontáneo, incapaz de disímulo ó fingimiento, Narvaez dirá la verdad, aunque supiera que debia costarle su ruina; leal y generoso, confundirá á su adversario en un momento de cólera, pero nunca penetrará el rencor hasta los pliegues de su alma; espléndido y desinteresado, raya en prodigalidad su desprendimiento. Una vez, el año 35, le ha exigido la patria el sacrificio de su fortuna, además del de su sangre que ya le habia consagrado, y no titubeó en depositar en las exhaustas arcas del erario las cantidades que constituian todos sus bienes, para contribuir, á ejemplo de sus conciudadanos, á la terminacion de aquella guerra fratricida.

Narvaez no puede sufrir el espectáculo de la miseria. En su primera emigracion, despues de la caida de la libertad en 1823, entró en Francia sin una peseta, despues de haber distribuido entre sus compañeros de desgracia algunas onzas de oro que contenia su bolsillo, y llevó su espíritu de caridad hasta el punto de dar su pantalon á uno de los oficiales prisioneros á quien en el rigor del invierno habian despojado enteramente de su ropa, viéndose él luego obligado á comprar otro por dos francos, único dinero con que podia contar por el pronto.

Pero á pesar de su corazon sensible, la adversidad no aterra á Narvaez. En esa misma emigracion, no tuvo reparo en dedicarse al humilde oficio de zapatero, ínterin su familia le facilitaba los recursos de que careció por algun tiempo: despues, á su vuelta á España, encontrándose ya con fondos, costeó el viaje á algunos de sus camaradas pobres que sin él no hubieran podido acaso regresar á su patria. Ejemplos de generosidad, de parte de Narvaez, pudiéramos aducir muchos. La prensa se ha encargado en todas ocasiones de publicarlos.

Narvaez, nacido y criado en una de las ciudades subalternas de la Andalucía, es hijo de padres nobles, y está relacionado por los vínculos de la sangre con lo mas ilustre de nuestra antigua aristocrácia. Segundo de una familia rica, en tiempos en que aun subsistia ese absurdo é injusto monopolio de la edad á que se daba el nombre de mayorazgo, debió buscar en su valer y sus méritos la posicion que le habia negado la naturaleza, y se dedicó con ardor á la noble carrera de las armas, á la cual se sentia por carácter y por instinto inclinado. Acaso tenia ya desde la infancia el presentimiénto de su destino. Aplicado por gusto y por temperamento, bien pronto *sobresalió* por sus conocimientos entre sus compañeros, y terminó brillantemente sus estudios académicos, dejando d ser discípulo para convertirse de repente en maestro. Desde entonces data su amor á las ciencias exactas, y en especial á las matemáticas, cuyos principios posee perfectamente, y cuyas teorías y problemas se complace en demostrar y resolver. Subordinado, pundonoroso y valiente hasta rayar en temerario, ha escalado despues en los combates los primeros puestos de la milicia con una rapidez increible. Su hoja de servicios es una página de oro de su vida.

Es verdad que Narvaez no ha dado grandes batallas; pero, no por jugar en pequeño círculo, son menos honrosos sus hechos. Dadle á mandar gruesos ejércitos, y vereis si conoce las mas complicadas operaciones del arte. Por lo demas, ahi está Majaceite para ser testigo de sus talentos de general: como subalterno, Castellfollit, Mendigorría y Guevara, pueden tambien dar fé de sus hazañas. Y en Arlaban, quien le ha visto herido gravemente en la cabeza, lanzando gritos de guerra, animar todavía desde una camilla á los soldados de la Princesa al combate, podrá dudar del genio militar de Narvaez?

Como soldado, qué decision la suya por la causa que defiende! Qué odio tan encarnizado á los enemigos! La primera vez que se vé al frente de una columna con la mision de perseguir á Merino, se dirige en busca del cabecilla, siempre á paso redoblado; y cuando, despues de haber invertido dias y dias en marchas y contramarchas rápidas, llega por fin á tener noticias seguras de su paradero, da rienda suelta á su entusiasmo, y esclama con su lenguaje exaltado en el parte oficial que daba de este suceso á sus gefes:

«He sabido que una fuerte columna de la provincia de Soria, que se cree es mandada por el brigadier Peon, sorprendió ayer al rebelde Merino y le mató 30 *foragidos* de caballería y 200 *pillos* de á pié....... Yo emprendo mi marcha en este instante á Lumbreras para seguir á los Modorios y caer á Montenegro. *Ojalá encuentre en este punto al rebelde!...*»

El valor de Narvaez es fiero é impetuoso como el de Aquiles. No busqueis en él la serena arrogancia de Diómedes ni la fria impasibilidad de Ulises. El humo de la pólvora le embriaga; el hedor de la sangre le irrita;

metido en el combate se ciega, se exaspera, se arrebata, y ya no es dueño de sí mismo. Amante de la gloria hasta un delirio caballeresco, sacrificará cien veces su vida por un *bravo* de sus camaradas, por una palabra de aprobacion de sus gefes, por una cinta de honor de la patria. Quiere que su nombre sea pronunciado con admiracion por sus contemporáneos, y se exalta á la sola idea de verse inscrito en la historia en la lista de los buenos. Pero no es egoista en este sentimiento; al contrario: solícito por la honra de sus soldados, ha repartido con ellos su propia fama y rehusado noblemente las distinciones, si estas no habian de alcanzar á sus súbditos. Dos ó tres veces se le ha visto renunciar por esta sola causa los cargos que ocupaba en la milicia.

Celoso de la subordinacion y del puntual cumplimiento de la ordenanza, Narvaez se ha mostrado siempre inflexible y severo para reprimir la menor falta de obediencia; pero ha sabido tambien recompensar dignamente las acciones heróicas. Como militar, ha sido la verdadera imágen de la justicia: en una mano la espada del castigo; en la otra la corona del premio. Despues de los sucesos de Cabra, acaecidos en noviembre del 36, en que tan mal parada quedó la disciplina del ejército, hizo dimision de sus grados, honores y condecoraciones, pidiendo volver á la vida privada, sin sueldo ni retiro alguno, hasta que fuese castigada la rebelion de las tropas de Alaix; y su obstinacion en dejar su puesto, porque el Gobierno no ejercia este acto de justicia, le ocasionó graves disgustos, viéndose envuelto por espacio de un año en una causa ruidosa, que terminó, sin embargo, por una rehabilitacion completa de su conducta.

La formacion de la reserva y la pacificacion de la Mancha, que se le confiaron despues á Narvaez, serán siempre dos páginas brillantes de su vida. En cuatro meses organizó un ejército de mas de 12,000 hombres, mandados por oficiales entendidos, que tuvo buen cuidado de elegir entre los jóvenes decididos y entusiastas de la época, demostrando de este modo que conocia y apreciaba en su justo valor los esfuerzos de que es capaz una juventud bien dirigida. Aquel ejército improvisado que tan pocos sacrificios habia costado al Gobierno, pues todos los gastos de su manutencion y equipo los sufragaron particularmente las provincias de Andalucía y la Mancha, confiadas en el crédito y la reputacion del general que habia de mandarle, devolvió á aquellas en cuatro ó cinco meses la paz, la tranquilidad y la abundancia, que habian desterrado de su suelo las hordas de bandidos que las recorrian. Para conseguirlo, empleó Narvaez un sistema de represion saludable, fusilando sin piedad á los criminales y á sus cómplices, pero acogiendo tambien y amparando á los que, desengañados ó arrepentidos, querian abandonar aquella vida de esterminio, de desolacion y de sangre. Los que entonces le acusaron de crueldad, exajerando ó desfigurando no pocas veces sus actos con infames calumnias, no tenian sin duda presente la clase de guerra que ha-

cian las facciones de la Mancha, y la triste necesidad de apelar á medios enérgicos para concluirla, en vista de la situacion estrema á que aquel pais se hallaba reducido. Esta situacion la ha descrito Narvaez con colores vivos pero exactos en el siguiente párrafo de una de las comunicaciones que dirigia al Gobierno en aquella época:

«La Mancha, dice en el mencionado documento, está invadida por facciones que cada dia se aumentan; la infestan cuadrillas de ladrones, y acaban de destruirla la ninguna cosecha del año anterior. La pobreza es espantosa; y hay pueblo que de 2,000 vecinos ha quedado reducido en menos de un año á 1,200, y en el que la emigracion continúa; pueblos en que no se veia un mendigo, y en que ascienden hoy á tantos como familias. Los mozos, agobiados por tantos infortunios y acosados por el hambre, ó se marchan á la faccion, ó se presentan á servir en las compañías y cuerpos francos, ó se preparan á hacerlo: todo perjudicial, todo funesto.»

No es menos enérgica ni exacta la pintura que hace Narvaez del estado de la guerra en todo el territorio de la península.

«El ejército enemigo, dice en otra de sus comunicaciones al Gobierno, descansa, se recluta, se organiza en las fuertes murallas naturales de sus montañas del Norte, y allí tambien convierte en soldados la leva que ha hecho en Castilla la Vieja. En Aragon y Valencia tiene reducidas nuestras fuerzas á la inaccion, por la superioridad numérica de las suyas y la buena organizacion que ha alcanzado en parte de ellas. Y mientras tanto, Estremadura arde; las facciones de la Mancha crecen por el hambre; las comunicaciones de la capital estan interceptadas; y cuando el enemigo invade nuevamente el interior de España por Asturias y por el alto Aragon á un tiempo, para desmembrar nuestro ejército en su persecucion, atravesando despues otro Zariátegui el Ebro por el camino mas corto á Madrid, Cabrera marchará tambien sobre la corte, y si no estamos preparados, es de temer que la fortuna se canse de ayudarnos. Preparémonos, pues; preparémonos sin descanso, que asi lo hace el enemigo: pongamos de nuestra parte todos los medios, que si los ponemos, la victoria coronará nuestros esfuerzos: equilibremos, á fuerza de actividad y energía, la prontitud de ejecucion de que todas sus resoluciones llevan el sello.»

Cuando, despues de terminada su mision en la Mancha, se presentó Narvaez en Madrid, llamado por el Gobierno, todo el mundo pudo admirar el aire marcial, la subordinacion y el sencillo pero elegante equipo de sus soldados que, llevando solo algunos meses de servicio, parecian ya veteranos aguerridos por luengos años de fatigas y de combates. Las vastas y patrióticas miras que tenia su jefe, y para cuya realizacion propuso á la Reina, en una estensa y razonada memoria, la formacion de un ejército de 40,000 hombres sobre la base del que tan digna-

mente mandaba, pudieron entonces mejor que nunca haberse llevado á cabo, pues contaba para ello con el apoyo y el asentimiento unánime de todos los partidos. Pero un genio maléfico le mezcló por medio de la astucia y el dolo en el célebre pronunciamiento de Sevilla del año 38; y aunque su participacion en aquellos sucesos se redujo á ser un mediador pacífico entre la autoridad y los alborotadores, acusado, encausado y perseguido por el ódio de sus émulos, abandonó su patria para escapar á una venganza segura, y terminó en playas estrañas su gloriosa carrera de soldado. Algunos años despues, y bajo la dominacion de Espartero, se sobreseyó, sin embargo, en la causa, mandando *que por ningun motivo pudiera volverse á tratar del asunto, ni perjudicar de modo alguno ni en ningun concepto la formacion de aquella á los que comprendia;* de modo que sus mismos adversarios reconocieron públicamente su inocencia.

Desde aquella época puede decirse que empieza la vida política de Narvaez. Liberal siempre desde su juventud, habia dado pruebas de su decision por esta causa, batiéndose con los defensores de la Constitucion en la memorable noche del 7 de julio; arrostrando despues de la restauracion el ostracismo, á pesar de las promesas y amenazas que por el gobierno absoluto se le hicieron, y permaneciendo oscurecido ocho años en un rincon del hogar doméstico, hasta el restablecimiento de la libertad en 1834; pero, atento solo á cumplir con sus penosos deberes de soldado, no se habia mezclado aun en las oscilaciones de la política palpitante. Elevado al puesto de general, y elegido á la vez diputado en las Córtes de 1837 por las provincias de Granada y Sevilla, la falta de actividad en que se halló despues su espíritu durante la emigracion, sus compromisos y las circunstancias, le arrojaron en brazos de un partido; y una vez afiliado en sus filas, nunca se le ha visto separarse de ellas. Los sucesos del 43 llevaron al poder á ese partido; y Narvaez, convertido de repente en su jefe, fué llamado á las primeras dignidades del Estado, y empezó á desplegar sus facultades de hombre de gobierno, de orador y de diplomático.

Como gobernante, posee dotes que rara vez se encuentran reunidas en un solo hombre. No es esta ó la otra cualidad la que constituye su aptitud para el gobierno, sino la suma de todas ellas. No es un genio, no es un talento profundo, no es un sabio en ninguna de las materias que constituyen la ciencia política; pero tiene un entendimiento flexible y vasto que abarca y comprende bien los objetos, y le pone en estado de resolver cualquiera cuestion, por ignorada y estraña que le sea. Asi es que ha desempeñado satisfactoriamente la cartera de la Guerra, y la de Estado, y la de Gobernacion y la de Marina; y podria desempeñar todas y cada una de las restantes, tan bien ó mejor que el mas celebrado de nuestros prohombres. Si esto sucediera, no seria estraño que se señalase

por la introduccion de alguna reforma grande y atrevida en cualquiera de las ruedas de la máquina política, aunque carezca de los estudios profundos que se necesitan para hacerla, porque se rodearia de todas las notabilidades del ramo, y tendria sobrado buen juicio para poner en práctica la opinion mas razonable que se le propusiese.

Nuestro ejército debe á Narvaez la admirable organizacion que tiene en el dia, y que él, con una inteligencia y constancia que honran seguramente á sus talentos militares, llevó á cabo durante su permanencia en el ministerio de la Guerra.

En cuanto á su plan de gobierno, Narvaez carece de sistema fijo. Su idea constante es gobernar, y usa de los medios que los tiempos y las circunstancias exigen. No es partidario de la política de resistencia ni de la de concesiones; sino que, dentro del círculo de sus principios, emplea alternativamente la una ó la otra, segun lo cree mas conveniente. Incapaz de transigir con los motines y las insurrecciones, cualesquiera que sean su orígen y sus tendencias, despliega en el ataque toda su severidad y energía, pero da entrada en su alma á la clemencia, una vez llegado el momento del triunfo; y cuando ha pasado la crísis, y cuando conoce que el gobierno puede girar sin obstáculos dentro de la órbita de las leyes ordinarias, abandona su espada de dictador, y convida con el perdon y la reconciliacion á sus adversarios.

Como diplomático, Narvaez no ha tenido todavía ocasion de darse á conocer de un modo brillante. Dos veces ha desempeñado el alto cargo de representante de la Reina y de la nacionalidad española, una en Nápoles y otra en la capital de Francia, y en ninguna de ellas ha tenido que llevar á cabo grandes negociaciones. Pero no creemos que su genio ni su carácter puedan amoldarse á la astuta y solapada habilidad de la diplomácia moderna: la franqueza y la sinceridad de su alma están en contradiccion con los hábitos de disimulo y fingimiento que se requieren en los embajadores de las córtes de Europa. Cuando la política de las naciones sea noble; cuando no consista la gloria de los gobiernos en engañarse mútuamente y reir despues á hurtadillas de sus *pequeñas diabluras;* cuando la palabra *diplomácia* deje de ser sinónima de falsedad é hipocresía, entonces podrán dedicarse con honra á los negocios de Estado los hombres francos y leales: mientras llega esa época, que por fortuna se divisa ya muy próxima en la vida de las naciones, solo podrán desempeñar dignamente el cargo de diplomáticos los Metternich y los Talleyrand. Si los embajadores modernos representasen á los pueblos en vez de representar á los gobiernos, no tendrian necesidad de apelar con tanta frecuencia á esas mañas y arterías añejas que, para oprobio de la humanidad, elevó á ciencia Maquiavelo. Como si la ciencia, cuyo principio y fin es siempre la verdad, pudiera ocuparse alguna vez de la mentira! Como si hubiese alguna moral en el mundo que autorizase á sistematizar el vicio!

Réstanos considerar á Narvaez bajo su último punto de vista: como orador político. La tribuna ha sido para Narvaez un terreno en el que ha entrado sin recursos ni preparacion alguna. Estraño enteramente á las lides parlamentarias, pero habituado á los reveses y mandobles de los campos de batalla, se ha encontrado en ellas vestido de etiqueta, sin casco, sin espaldar, sin coraza, llevando por única defensa su espadin y su tricornio. Asi es que cuando ha sido atacado, ignorando la táctica oratoria, se ha visto obligado á defenderse con su estoque cortesano, pinchando aquí y allí, sin órden ni regularidad á sus adversarios; mas no por eso le han acobardado los tiros, por firmes y certeros que se le hayan dirigido, sino que á todos ha opuesto una resistencia desesperada y muy á menudo victoriosa. Poco á poco se ha ido proveyendo despues de armas, tomándolas del arsenal de su inteligencia y sobre todo de su corazon, y afilándolas con la aplicacion y el estudio. Entonces se le ha visto pronunciar discursos llenos de animacion, de vida, de calor; y sus palabras, palpitantes bajo el influjo de esa elocuencia arrebatada que presta la pasion, han encontrado eco en la cámara. Su voz fuerte, vibrante, simpática, espresa en períodos cortos y rotundos, en frases enérgicas y en una especie de estilo ático y cortado, las impresiones que se suceden rápidamente en su alma. Nadie como Narvaez se posee del asunto de que trata: cuando habla, parece que lo hace arrastrado por un genio irresistible: sus ojos se inflaman; sus mejillas se coloran; su accion es vehemente; asi es que sus discursos, por mas que sean estudiados, llevan siempre el carácter de la improvisacion. Por eso donde mas brilla es seguramente en este género. Una observacion, una réplica, una interpelacion, un cargo hecho al descuido, le afectan de repente; y levantándose con ademan erguido y resuelto, pronuncia una de esas oraciones breves pero nutridas, que son en él tan comunes, y cuyo exordio *ex-abrupto* revela tan fielmente la conmocion que acaba de sentir. Entonces qué impetuosidad! qué rapidez! qué seguridad en el ataque!

Un general, destituido del mando de un ejército, acusa al Gobierno ante el Senado por el sistema de campaña seguido despues de su destitucion, y para justificar los cargos que le dirige, revela indiscretamente los mas secretos planes y las mas reservadas instrucciones. Narvaez irritado deja su asiento, atrae la atencion de la Cámara, y dejando estallar toda su indignacion, esclama:

«Si la causa de la libertad pudiera perecer en España; si el trono de la reina Isabel pudiese vacilar un momento, las palabras del señor senador bastarian á provocar tan espantosa catástrofe... Eso no es abogar por la buena causa... Eso es ponerse de parte de los enemigos!»

Discutíase en una sesion del Congreso de los diputados el proyecto de contestacion al discurso de la Corona. El abogado Cortina, célebre adalid del partido del progreso, habia dicho, al tratar de la política es-

terior en su discurso, que á la *casualidad* y solo á la *casualidad* debia el Gobierno la gloria que creia haber alcanzado con el reconocimiento de algunas potencias, ocurrido durante el interregno parlamentario; pues que debiendo acaecer aquel por la natural complicacion de los sucesos, una *casualidad* le habia colocado en la época en que los actuales gobernantes se hallaban al frente de los destinos públicos. Narvaez le contesta:

«Ya que el señor Cortina se muestra tan partidario de las *casualidades*, no me negará que si se arrojáran al aire las veinte y siete letras del alfabeto, podria muy bien bajar confeccionado un poema épico ó el brillante discurso de su señoría.»

Jamás se ha pronunciado en el Congreso español epígrama mas punzante, ni que hiera de una manera mas directa y decorosa al adversario á quien se dirige. Esta es una de aquellas réplicas que producen una espresion de hilaridad en el auditorio, y arrancan una sonrisa á los mismos labios del personaje aludido; pero una sonrisa irónica, amarga, que revela toda la verdad del ataque en la desagradable impresion que produce. Porque, en efecto; si á la *casualidad* se atribuyen todos los pensamientos y las acciones todas, siquiera sean hijas del ingenio, de la actividad ó de la fuerza, ¿por qué no se ha de decir que el orador mismo que arrebata á sus oyentes, que los arrastra con su mirada, que los cautiva con sus palabras, no hace otra cosa que sonar la flauta, como el jumento de la fábula?

Rasgos como el que acabamos de citar son tanto mas notables, cuanto que pertenecen á un hombre estraño, como hemos dicho, á las lides parlamentarias, y que ha principiado su carrera de orador tarde, muy tarde, cuando menos podia esperarlo. Narvaez se ha hecho orador, del mismo modo que se hizo militar y político, debiéndolo todo á su asíduo trabajo y á su constancia infatigable. Cada dia estudia, cada dia aprende. Aun no está muy lejana la época en que se levantaba en el Congreso con la desconfianza propia del que espera poco de sí mismo, y al usar de la palabra lo hacia en términos vagos, confusos, llegando á veces su turbacion al estremo de confundir citas históricas con grave peligro de su reputacion literaria. Hoy se le vé tomar parte en las discusiones políticas y económicas, improvisando con desembarazo, defendiéndose con energía y atacando con sagacidad; hoy á las cualidades de militar y político puede añadir con justicia la de orador. Pero separémonos un momento de la vida pública.

Aunque Narvaez es muy conocido en casi todas las provincias de España, no estará demas que digamos que tiene una regular estatura, formas pronunciadas, frente espaciosa, mirada firme, penetrante, y que revela en su rostro ese aire de superioridad que sus palabras descubren, y que corroboran sus ademanes. Su vida como particular, es solo comparable en actividad y método á la que lleva como hombre de Estado, y que

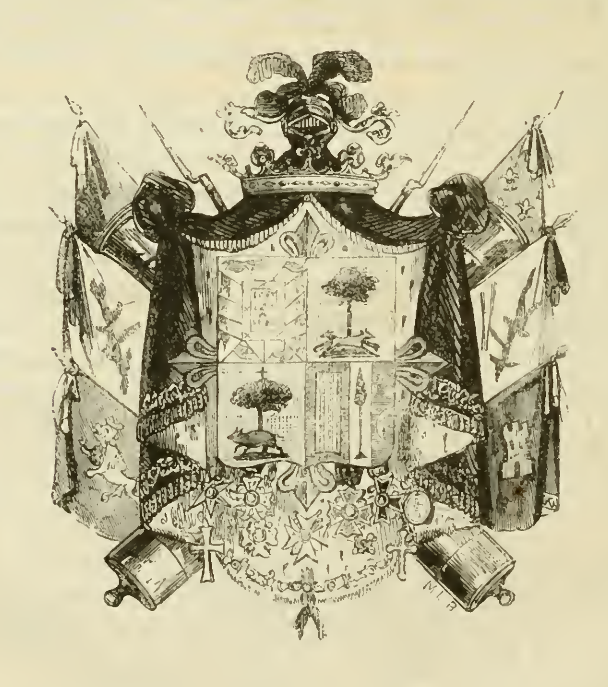
ya hemos tenido ocasion de hacer notar en estos apuntes. Los negocios públicos no le impiden despachar y dirigir por sí mismo todos los de su casa, administrar sus bienes, mantener una numerosa correspondencia, y aun disponer de algunos ratos de ócio para frecuentar los paseos, los salones y los teatros. Su cuerpo, lo mismo que sus maneras, se amoldan convenientemente á todos los trajes y posiciones. Parece un camarada vestido como de ordinario; un militar aguerrido, cuando ciñe la espada; un hombre de gobierno, cuando se sienta en el banco de los ministros, y todo un diplomático, cuando encerrado en su pequeña y elegante berlina, recorre las calles de la Córte á la hora de hacer visitas.

Narvaez se mantuvo largo tiempo soltero; pero decidido al fin á establecerse, se unio á una señorita francesa, llamada María Alexandrina, hija de los condes de Tascher-Pagerie, sobrina de la emperatriz Josefina, y por consiguiente parienta muy cercana de Luis Napoleon Bonaparte, actual presidente de la república vecina. La jóven duquesa es una señora de bella figura, de trato amable, de clarísimo ingenio, de elegantes modales, y posee una instruccion poco comun para su sexo. Fruto de este enlace, fué un solo hijo, en quien Narvaez depositó toda su ternura, y á quien estaba reservado un porvenir brillante; pero la muerte le arrebató á los pocos dias de su nacimiento, y la pompa y el fausto con que se verificaron los funerales del pequeño duque, vinieron á demostrar que la pérdida era doblemente sensible para su ilustre padre, pues que en ella iba envuelta la posibilidad de no tener un heredero directo de su memoria y de sus títulos.

Concluyamos. El duque de Valencia es uno de los hombres mas notables de su pais y de su época. Ese carácter resuelto, esa voluntad y perseverancia, ese sistema de vida pública, por el que se hace respetar de sus amigos y temer de sus adversarios; esas privilegiadas disposiciones que todo el mundo le concede, le han colocado al frente de un partido que se precia de encerrar en su seno la razon y la inteligencia, el valor y la fortuna. A la cabeza, pues, del partido moderado español está Narvaez, no por un capricho de la suerte, no por uno de aquellos azares imprevistos, sino porque los mismos hombres de su comunion política le han reconocido por su gefe; porque ese partido, dentro del cual germinan tantas malas pasiones y se agitan tantos elementos contrarios, tal vez no podria soportar por mucho tiempo el peso de los negocios, sin que una mano firme y segura le dirigiese. Pero hay en él muchos pobres palaciegos, muchos humildísimos cortesanos que si ensalzan y respetan á Narvaez no es porque le aman, sino porque le temen; y que, aunque mas de una vez han querido desembarazarse de su dominadora influencia, y pagar con la ingratitud y el ostracismo tantos servicios prestados, tantas glorias adquiridas, llega una época de turbacion y de conflicto, época aciaga para los hombres del partido, en que el órden se turba, en

que peligran las instituciones, en que á las comodidades del mando pueden suceder los apuros de la fuga, y entonces esos mismos hombres se arrojan sin vacilar en brazos de su jefe, porque en él fundan su salvacion y su única esperanza.

Por lo demas, los tiempos no se han manifestado injustos con el personaje que nos ocupa, pues que no teniendo aun mas edad que la del siglo, es hoy el Excmo. Sr. D. Ramon Maria Narvaez, Campos, Porcel y Mateos, Capitan general de los ejércitos nacionales, presidente del Consejo de ministros, duque de Valencia, vizconde de Aliatar, grande de España de primera clase, gentil-hombre de cámara de S. M., caballero de la insigne órden del Toison de Oro, de la real y militar órden de Alcántara, maestrante de la de Granada, gran cruz de la real y distinguida órden de Cárlos III, de la americana de Isabel la Católica, de las militares de San Hermenegildo y San Fernando; condecorado con la insignia de honor otomana de Nischan é Iftijar, con el gran cordon de la Legion de honor, con el de la órden de San Esteban de Austria, con la gran cruz de la Torre y Espada de Portugal, con la de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, con la del Danebrog de Dinamarca, con la de San Fernando de Nápoles, y con otras muchas de distincion ganadas en acciones de guerra.





V

ESPARTERO,

(*Senador.*)

Dos individuos hay que considerar en Espartero: el político y el militar: el hombre de Sevilla y Barcelona, ó el de Arlaban y Peñacerrada.

Como militar, arrebatado, belicoso, ardiente, mas seguro de la victoria cuanto mayor es el peligro: como político, glacial, dócil, indiferente, menos resuelto cuanto mas libre se le presenta el paso. Como militar, franco, contemporizador, *camarada*; como político, sordo, irreflexivo, *duque*. Como militar, deja enfermo la camilla de Jado por la metralla del puente de Luchana: como político, abandona sano la escalera del Palacio de Oriente por el lecho del palacio de Buena-Vista.

Si en España cada hombre sirviera para cada cosa, Espartero hubiera sido siempre general: regente nunca. General, hubiera podido sostener al regente: regente, no pudo sostener ni aun el prestigio de general. General, concluyó una guerra fratricida: regente, una guerra fratricida concluyó con él. General, seria hoy el primero de nuestro ejército: regente, es en la actualidad un honrado elector del partido del progreso. Como general, seria temible: como regente, es inofensivo. Como general, viviria: como regente, murió.

Si otro soldado que desde muy antiguo se habia colocado frente de Espartero hubiera pertenecido al bando progresista, Espartero seria moderado; pero el destino cambió la suerte de ambos; y al que por instinto y por inclinaciones parecia llamado á secundar los mas avanzados planes, y á ponerse de parte de las ideas mas atrevidas, lo hizo figurar como gefe de la moderacion; mientras que escogió para cabeza del progreso al hombre que por temperamento, por carácter y hasta por las circunstancias mismas de su nacimiento, se le hubiera visto con menos estrañeza ingresar en las filas de los conservadores.

Espartero, salido del pueblo, de oscuro aunque honrado orígen, halagado desde sus primeros pasos por la fortuna, debia soñar con un nombre y una posicion que enaltecieran su posicion y su nombre primitivos: Narvaez, vástago de una familia distinguida, realista de sangre y liberal de sentimientos, necesitaba mas bien descender de su altura y confundirse con el pueblo, para ganar por sí mismo en la senda liberal que se habia trazado, la posicion y el nombre que le negaban en este campo las tradiciones aristocráticas de su familia. Ambos se arrojaron al palenque, y ambos á dos conquistaron gloria; pero la gloria militar de Espartero es mas estensa que la de Narvaez.

Soldado voluntario desde su juventud, ha asistido á tres grandes campañas, defendiendo en ellas siempre la causa de su patria, y escalando, en fuerza de valor y bizarría, todos los puestos, desde el mas humilde hasta el mas distinguido de la milicia. Los dias de su vida se cuentan por los de sus servicios militares; y cuando en la última guerra civil su cualidad de gefe le hacia figurar en primer término al frente de aguerridas y disciplinadas huestes, sus triunfos y sus hechos de armas son los hechos y los triunfos de la España de estos últimos tiempos.

Despues de repetidas y parciales victorias alcanzadas contra los enemigos de Isabel II, él fué quien en la célebre batalla de Mendigorría mandaba el ala izquierda del ejército constitucional, y el último que dejó de perseguir á las bandas rebeldes derrotadas; él, quien en el memorable sitio de Bilbao abandonó el lecho, hallándose gravemente enfermo, para ponerse al frente de sus tropas y luchar cuerpo á cuerpo con la inclemencia de los elementos y con el furor de los enemigos; él, quien arrebató á las huestes de don Cárlos el inespugnable castillo de Peñacerrada; él,

quien llevó triunfante la enseña de la libertad por las alturas de Ramales y Guardamino; él, en fin, quien destruyó la causa del Pretendiente con el célebre abrazo de Vergara.

Inteligente en la concepcion, maduro en el exámen, diestro en el ardid, fuerte en la lucha, arrebataba el ánimo de sus soldados con el ejemplo de un valor invencible. Osado en las empresas, resuelto en los peligros, se creia invulnerable al plomo de sus contrarios: al divisarlos, peleaba; al pelear, vencia. Los reveses que esperimentaba, eran solo un nuevo aliciente á su corage: la infortunada empresa de Descarga, preparó sus hazañas en Mendigorría, en Arrigorriaga, en Bolueta y en las frondosas cumbres de Arlaban.

Jamás general alguno ha gozado en España popularidad tan grande y merecida. De jornada en jornada y de victoria en victoria, llegó á ser el ídolo de sus soldados, el terror de sus enemigos y la esperanza de los liberales. Sus deseos de concluir la guerra eran sinceros y la esperiencia vino á manifestarlo. Con harto fundamento le aclamaban los suyos por pacificador de España; pero ¿habia el mismo para hacerle doctor de la Universidad de Valencia?

Espartero nació para mandar un ejército; no para mandar un reino. Impresionable á la lisonja, accesible á la intriga, crédulo y confiado de los que mas inmediatamente le rodean, no vé mas allá de donde buenamente alcanzan sus ojos. Fácil de manejar al arbitrio de personas sagaces, incurre en faltas por cuenta agena y firma en blanco al pié de un periódico como editor responsable. Rodeado de buenos, siempre será bueno; en medio de los malos, hay quien le tache de perverso.

Con una debilidad, impropia de su carácter, cambia por un suntuoso palacio la modesta tienda de campaña; habiendo caminado en la cureña de los cañones, no estraña el mullido asiento de la carroza; trueca sin meditarlo los servicios del asistente por la enfadosa adulacion del palafrenero, y en vez de descender hasta sus camaradas, contempla sus bordados y sus cruces en el magnífico espejo de los salones.

Espartero, nacido en el pueblo, criado con el pueblo, seguido de él, por el mismo glorificado, y puesto á su cabeza como gefe de partido, no es aquel Washington de levita abrochada, que camina á pié, que conversa con los ciudadanos y que se adorna solo con su baston de caña; es el hombre que aspira al gobierno, que se cree con fuerzas para sobrellevarlo, que lo reclama y que lo ocupa con todas sus grandezas y su prestigio, su deslumbrante esplendor y vanas esterioridades. El pueblo se amostaza; adormece un tanto sus quejas con la esperanza del remedio; y como desgraciadamente este no llega, olvida un dia las glorias de su ídolo, y al derrocarle del poder á que le encumbró con sus propios hombros, destruye tambien injustamente la memoria de sus esclarecidos hechos.

Espartero es soldado; pero no político, y mucho menos diplomático.

Franco y veraz, lo mismo en sus pensamientos que en sus palabras, sus decisiones han sido enérgicas, pero sin reserva; contundentes, pero con escándalo. Su amor ha sido entrañable, su encono sin tregua, su venganza sin conmiseracion. Un general, una princesa, un diplomático, se han opuesto á su paso, y ha roto una espada, ha tronchado un cetro ó ha dado un pasaporte. Un amigo, en fin, le ha demandado aprecio y ha sido consecuente con él hasta su ruina.

Espartero no tuvo educacion literaria; pero desgraciadamente no cuidó de adquirirla con el tiempo: así es que no puede considerársele como hombre de tribuna, ni aun como orador de campamento. Sus proclamas y escritos militares correctos á veces, espresivos casi siempre, no pueden citarse sin embargo como modelos de elocuencia, aun cerrando los oidos á la voz pública que á personas estrañas los achaca. Sus oraciones en las trincheras y en los parapetos carecen de novedad y hasta de efecto. Esas voces de: «*Soldados, á ellos, que son pocos!!—Viva Isabel II! y á la bayoneta!!*» y otras por el estilo, si bastan á inflamar el ánimo del soldado español, es porque nuestros soldados son valientes por naturaleza. Bien es cierto que las clases del pueblo en nuestra patria no están, sensible es confesarlo, á la altura de aquellas legiones á quienes el capitan del siglo decia: «*Soldados, desde lo alto de aquellas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!* ó: *La primera ciudad que vais á conquistar fué fundada por Alejandro*»; pero tampoco es menos cierto que el lamentable atraso del subalterno, no puede prestar elocuencia á la oracion pálida de un gefe; mientras que la elocuencia del que manda, puede modificar la razon del que obedece.

Con todo; Espartero ha tenido momentos felices de inspiracion al dirigirse á sus soldados, que contrastan notablemente con otros en estremo desgraciados y que la historia debiera olvidar en beneficio de sus relevantes cualidades. En dos ocasiones diversas, aunque con un objeto análogo, se presenta á sus tropas y las arenga enérgicamente. ¡Qué desaliño! qué incorreccion!! qué estravagancia en la primera!!! Qué sentimiento! qué dignidad!! qué aplomo en la segunda!!!

Delante de Gomecha reune á sus soldados para castigar los crímenes del batallon de Chapelgorris y les dice:

«Este batallon es el deshonor de toda la division, de todo el ejército y de la nacion entera: antes de anoche han robado la iglesia del pueblo de Olibarri; sucedió lo mismo en la Bastida; pero todo se ha de descubrir aquí, y sino yo aseguro que daré fin de toda esta cuadrilla de ladrones.»

Otra vez se presenta á sus tropas en frente de Miranda, con propósito firme de vengar los manes de su amigo el general Escalera, bárbaramente asesinado por algunos individuos del regimiento de Segovia. Forma en cuadro su ejército, se adelanta á las filas y con acento conmovido esclama:

«Soldados: el ilustre general Escalera, aquel valiente, terror de los

enemigos de nuestra santa libertad, aquel honradísimo español, aquel decidido patriota, aquel héroe incansable que tanto trabajó por conduciros á la victoria en la terrible noche de Luchana... ¿os acordais?... Pues bien; ya no existe. Allí; allí mismo, unos cuantos asesinos pagados por los agentes de don Cárlos, clavaron el alevoso puñal en el corazon de un hijo predilecto de la patria; allí la mas sagrada de las causas perdió uno de sus mejores defensores; allí el trono de nuestra inocente Isabel se conmovió al frente de una de sus mas fuertes columnas; *allí os arrebataron un amigo digno de serlo vuestro, porque lo era mio*: allí el príncipe rebelde consiguió una brillante victoria con la terrible muerte de un poderoso enemigo; y allí, por último, los manes humeantes de la ilustre víctima claman venganza...—¡Sombra querida de mi recomendable amigo!... La espada de la ley, sostenida por las invencibles bayonetas de mis camaradas, va á caer como el rayo sobre las culpables cabezas de tus cobardes asesinos. Sí, soldados; entre vosotros se hallan los perpetradores de tan atroz delito: el aire que respiramos está infestado por su pestífero aliento; vais á conocerlos: vais á presenciar su muerte.»

En el primer caso, la perorata de Espartero fué estéril de todo punto; pues que los soldados de su ejército, aterrados y no arrepentidos con las palabras de su gefe, permanecieron mudos á las reiteradas instancias que se les hacian para la delacion de los criminales; y en la absoluta imposibilidad de descubrirlos, hubo de apelarse al atroz recurso de diezmar el batallon rebelde y privar de la existencia, para escarmiento de tamaños desórdenes, á aquellos individuos mas acreedores tal vez, al aprecio y consideracion de sus gefes; contándose entre ellos alguno que habia hecho á su patria el sacrificio de su libertad y de su fortuna.

Al paso que si prestamos atencion á la segunda arenga del general en gefe, con la que se propone vengar un crímen, mayor si cabe que el primero, por los funestos precedentes de insubordinacion que establecia, veremos salir de entre las filas numerosos grupos de soldados que, conmovidos por las sentidas frases de su general, y ansiosos de contribuir al saludable escarmiento de tan horrible atentado, pronuncian en alta voz los nombres de los verdaderos culpables, y aducen las pruebas necesarias para la justificacion del crímen; dando de este modo lugar á que la justicia ejerciera su sagrado ministerio, no con arreglo á los azares de la suerte, sino en vista de pruebas claras y palmarias. Hé aqui la notable diferencia que hay entre la reprension agreste é intempestiva del dómine, y la enérgica, pero sentida voz del orador de campamento.

La elocuencia escrita de Espartero, ofrece los mismos contrastes que su elocuencia hablada. Junto á trozos llenos de verdad, de pasion y de pureza, se encuentran otros incorrectos, vulgares y sin gramática. Renunciamos á apuntar algunos de los primeros, por no vernos en el caso de esponer tambien una gran parte de los segundos. Una cosa se nota, sin

embargo en todos ellos, y es la hinchazon, la arrogancia escesiva con que estan redactados. No una arrogancia á lo Bonaparte, que dice; «valgo» porque todo el mundo tiene una idea exacta de su valer; sino mas bien un énfasis á lo Moratin, que para dar una idea de sus merecimientos necesita decir:

«*Nací de honesta madre: dióme el cielo*
»*fácil ingenio en gracias afluente*... etc., etc.

En efecto, en todos los escritos de Espartero se prodigan estraordinariamente pomposas alabanzas á su persona, se recuerdan sus esclarecidos hechos, sus servicios eminentes y la alta categoría con que se halla investido; y como la modestia es, en sentir de sus amigos, una de las cualidades que mas le adornan; de aqui el considerar nosotros estas faltas, no como hijas de su carácter, sino como defectos de su elocuencia escrita.

Examinemos, sino sus palabras, cuando dirigiéndose á la Reina gobernadora en la célebre esposicion contra el ejército de reserva, dice: «El pais que responda. ¿Quién es el que sostiene el ejército? ¿Quién cimenta su virtud? ¿Quién le hace imponente y respetable en medio de su miseria? Preciso es decirlo: mi fé como particular, Señora.» O cuando pregunta: «Por qué no se oyó á los generales en gefe de los ejércitos de operaciones, y particularmente á mí, investido por V. M. con el carácter de comandante general de los reunidos, y con una categoría en la milicia, que demanda consideracion y aprecio?»

Comparemos esas palabras de documentos oficiales, con otras salidas de sus labios en ocasion de contestar á una felicitacion de sus paisanos; palabras que trasladamos íntegras, porque dicen por sí solas, respecto de su carácter y de sus instintos, mucho mas de lo que en vista de los sucesos todos de su vida podríamos nosotros aducir.

«Hijo de un pobre manchego, esclama, aunque honrado artesano y labrador, recibí no obstante, una mediana educacion. A este paternal cuidado debí los primeros pasos de mi carrera. Siempre tuve orgullo en ser de la Mancha. A cuantos se me han presentado, les he mirado como á mis buenos compatricios. Muchos de ellos han combatido á mi lado defendiendo el trono de Isabel II y las libertades pátrias. No pocos regaron con su sangre mezclada con la mia, los campos del honor; y me cabe la gloria de confesar que ví morir á algunos con tanto valor y tal valentía por tan caros objetos, que hasta envidié su suerte.

»Recuerdo que cuando regresé de América, dejé la silla de posta en Valdepeñas y me encaminé á Granátula á tener el gusto de volver á ver á mi querida familia, y que cuando acompañado de ella pasé por la plaza de mi lugar, me quedé estasiado al reparar unos chicos entretenidos en los juegos de la infancia. Uno de mis hermanos advirtió mi sorpresa, y me preguntó cuál era la causa que la producia. No puedo menos de envelesar-

me, le contesté, al ver que juegan en el mismo sitio en que lo hacia yo cuando era como ellos.

«Nacido del pueblo, á su felicidad consagro mis desvelos. Cuando le haya dado la paz, que tanto apetece y há menester, pasaré á la provincia, veré mi humilde casa, mi famila y los antiguos compañeros de mi infancia. Todos los manchegos hallarán en mí un favorecedor, sin perjuicio de no olvidarme del resto de los españoles, quienes no estrañarán que manifieste alguna prediieccion á mis paisanos, porque ante todo soy manchego.»

Notables palabras, que á mas de ajustarse convenientemente al sentido, por el cual las hemos apuntado, corroboran lo que decíamos poco há respecto al término que el destino habia señalado á la carrera de Espartero. Nacido en el pueblo, un noble y patriótico deseo le hizo empuñar las armas en defensa de su pais; concluida su mision militar, el pueblo, su casa y su familia le aguardaban únicamente. Pero estraviado el rumbo de sus instintos naturales, en vez de la tranquilidad del hogar doméstico, debia hallar las zozobras y los pesares que trae consigo una ambicion mal reprimida.

Despues de terminadas sus campañas, no ha figurado Espartero en fuerza de sí mismo; sino con relacion á sus amigos y allegados. Ageno á la tribuna, y aun falto de los recursos oratorios, no podia esperar gloria de las contiendas parlamentarias. Vencedor á su vez en los campos, no necesitaba para añadir timbres á su fama vencer á los enemigos de las calles. Torpe para el gobierno, segun unos, indiferente segun otros, dócil y confiado segun los mas; hasta los filos de su espada debian embotarse en medio de las intrigas diplomáticas y de las asechanzas de partido. Poco ó nada podemos añadir con respecto á su vida política.

Espartero se encontró de repente colocado á la cabeza del partido progresista, contra las esperanzas de los mismos conservadores, contra el curso natural de los sucesos, tal vez contra sus mismas inclinaciones. Historiadores y biógrafos, amigos y adversarios suyos han tratado diferentes veces de esplicar la causa de este acontecimiento verdaderamente notable, y aun de señalar el momento en que se hubo de arrojar en brazos de los reformadores. Pero lo hemos dicho: existia un general jóven, lleno de esperanzas y de entusiasmo, activo y emprendedor hasta lo sumo; decidido, ambicioso, valiente, émulo de las glorias del caudillo del Norte, muy capaz de secundarle en sus empresas; un general que á sus cualidades militares reunia las de político y diplomático: ese general se llamaba *moderado*, y Espartero tenia que titularse *progresista*. Asi que, falto de accion por una parte, habiendo consumido por otra la impetuosidad y el fuego de sus primeros años, y desconociendo por último el orígen y las tendencias de la reforma, ni aun en la cumbre misma del poder acertaria á satisfacer las exigencias de sus correligionarios.

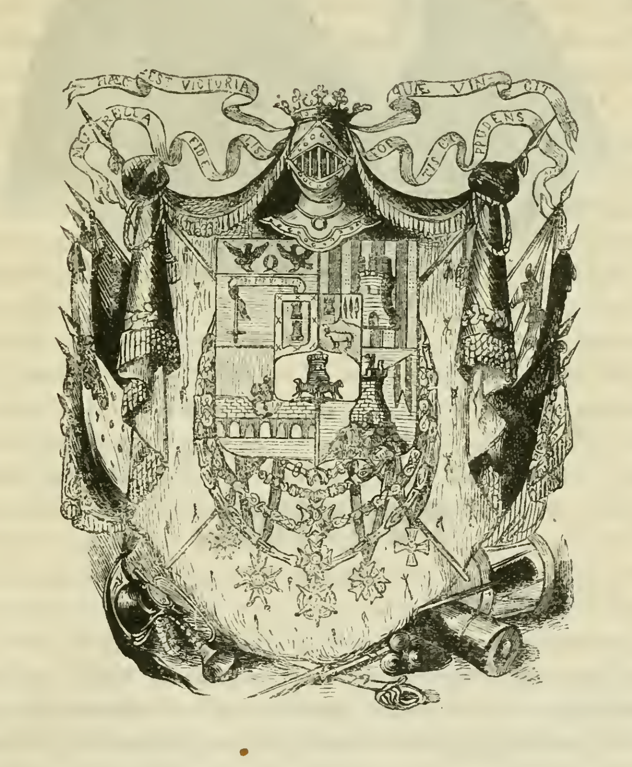
Espartero al frente del partido progresista, se asemeja á uno de esos presidentes de honor que las grandes corporaciones eligen para representar dignamente el objeto de su instituto, teniendo en cuenta los altos merecimientos del personaje favorecido; pero no su aptitud para ocupar la silla de la presidencia. Cada vez que ese partido pasa revista á sus numerosas huestes con el fin de aprestarlas á la refriega, recuerda que tiene un gefe, si no por todos aceptado, á lo menos por todos reconocido: recuerda que ese gefe es el vencedor de cien combates, que su fama es estensa, su prestigio en las masas innegable; y en el instante de la accion, cuando á las ideas deben principiar á sustituir los hechos, le ven venir pálido el semblante, los ojos desencajados, la lanza en ristre y con la voz animando à sus soldados, para ponerse al frente de la lucha; pero... ¡vano delirio! el que arrolló las hordas del Pretendiente, el que compró á precio de su sangre la mitad del cetro de su Reina, ha conocido su verdadera posicion y ve gozoso figurar su nombre en candidatura para municipal del pueblo de Granátula.

Las grandes vicisitudes de la época han cambiado completamente la faz del personaje cuya reseña vamos á terminar. Espartero vive separado de las agitadas contiendas de los partidos. Una vida militar tan larga, una vida política tan fecunda en grandes trastornos, ha venido á convertirse en una vida de ciudadano particular. La impetuosidad de su carácter de guerrero se ha dulcificado lejos del poder y de la grandeza. Su trato es fino sin afectacion, amable sin hipocresía. Dedicado á cuidar de sus bienes, no muy numerosos, para quien ha presidido los destinos de un gran pueblo, lleva una existencia decorosa aunque muy diferente de la opulencia y el fausto de otro tiempo. Generoso en la época de su mayor poder, no ha olvidado aquellas máximas que le valieron en su dia fama de desprendido entre los mas. El que durante sus primeras campañas se negaba á aceptar cuantiosas sumas ganadas á la suerte; el que por espacio de muchos dias alimentaba á todo un ejército de su peculio particular, es hoy amparo de pobres desvalidos y protector constante de compañeros desgraciados.

Espartero no ha tenido sucesion. Casado desde 1827 con la señora doña Jacinta Sicilia, hija de un fuerte comerciante de Logroño, carece, como Narvaez, de quien en los últimos años de su azarosa vida le acompañe en su voluntario destierro, y quien trasmita á otras generaciones un nombre ilustre, y un título digno del respeto y del amor de sus conciudadanos.

Cábele, sí, el consuelo de que la patria, á quien tantos y tan distinguidos servicios ha prestado, haya sabido recompensárselos dignamente, llamándole hoy SERMO. EXCMO. Y MUY HONORABLE SEÑOR D. JOAQUIN BALDOMERO FERNANDEZ ALVAREZ Y ESPARTERO, EX-REGENTE DEL REINO, CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉCITOS NACIONALES, CONDE DE LUCHANA, DUQUE DE

la Victoria y de Morella, grande de España de primera clase, caballero de la insigne órden del Toison de Oro, condecorado con la gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, con la de la americana de Isabel la Católica, con las militares de san Hermenegildo y san Fernando, con el gran cordon de la Legion de Honor de Francia, con la gran cruz de la muy honrosa órden del Baño de Inglaterra, con la de la Torre y la Espada de Portugal, y con otras muchas cruces de distincion y diplomas honoríficos, ganados en los campos de batalla.





VI.

CORTINA,

(*Diputado.*)

Si principiáramos diciendo que por los años de 1823, un jóven que á penas contaria veinte de edad, investido con el carácter de capitan de infantería, y puesto al frente de otros jóvenes voluntarios; se habia lanzado á defender en la isla de Leon la causa de la libertad contra una legion estranjera; que á la cabeza de su compañía habia resistido el célebre asalto del Trocadero, y que herido ya al término de la lucha, habia logrado escapar de las garras del vencedor arrojándose al mar y salvando á nado la distancia hasta un buque surto en aquel puerto; si añadiéramos que este mismo jóven algunos años despues habia vuelto á tomar las armas contra las hordas facciosas que amenazaban nuevamente la libertad

de su patria; que habia merecido por sus grandes cualidades militares ser nombrado gefe de Estado mayor del general Espinosa que mandaba las tropas constitucionales; que se habia encontrado en el combate de Majaceite, tan horroroso para las armas de la Reina, y que por tantos servicios prestados habia sido agraciado por el gobierno con la cruz militar de San Fernando, se creeria con sobrado fundamento que tratábamos de bosquejar la historia de uno de esos valientes soldados que por término á sus hazañas, figuran hoy entre nosotros con las mas grandes dignidades y títulos de la milicia.

Si por el contrario dijéramos que en 1818, un jóven, casi un niño, habia firmado la oposicion á una doctoral de la colegiata del Salvador de Sevilla; que habia sostenido sus actos literarios en una tan dificil empresa, con asombro de los mismos jueces del concurso; y que en razon á sus distinguidas conclusiones habia recibido en los actos la nota mas halagüeña y sobresaliente, pareceria que comenzábamos la reseña biográfica de algun venerable prelado, ó de alguna de las celebridades teológicas de nuestra Iglesia.

Pero si decimos que á la edad de diez y seis años, un abogado principiaba á adquirir celebridad en el ejercicio de su carrera, sin contar aun con la autorizacion competente para responder en persona de sus trabajos, por lo escaso de su edad; que andando el tiempo y provisto de su competente diploma, se lanzaba al foro arrebatando al auditorio con la mágia de su elocuencia, y conquistando sus clientes entre lo mas escogido de la capital de Andalucía por la brillantez y acierto de sus alegatos; si decimos por último que el militar, el canonista y el letrado son una misma persona, y que aun distante de esas carreras ha logrado una reputacion en los primeros puestos de la gobernacion del Estado, nadie podrá negar que don Manuel Cortina es uno de los hombres mas notables de España, entre los que figuran en primer término al frente de los partidos, al mediar el siglo diez y nueve.

Poco importa que al juzgarle como hombre político haya severos cargos que dirigirle, ya por indecision ó inconsecuencia; poco importa que habiendo de tratarle como orador parlamentario se encuentren defectos mas ó menos visibles en medio de sus justas aspiraciones de tribuno; nada, en fin, en que sus cualidades como hombre de partido no aparezcan siempre brillantes á los ojos de sus mismos amigos; para probar que su feliz imaginacion y claro talento, estan bastantemente justificados en su carrera literaria, y para reconocer que su rápida elevacion no ha sido cual la de otros, debida á la casualidad ó á la intriga; sino á sus grandes y poderosos merecimientos.

Hombres de tal valía, bien merecen compararse con los hombres notables de paises estranjeros. Con efecto, Cortina es el Thiers español.

Hay sin embargo entre uno y otro la distancia que media entre

España y Francia. Thiers, es un hombre europeo: Cortina es un hombre esclusivamente español. Las grandes concepciones del primero, se han hecho sentir bien pronto en todo el orbe ilustrado: los modestos trabajos del segundo, no han salido de los estrechos límites de nuestra patria; pero en cambio, los errores y faltas del publicista francés, han sido mas trascendentales que las faltas y errores del letrado español. Thiers es á Cortina lo que Madrid á la capital del mundo civilizado.

Ambos han seguido la misma marcha, la misma política, las mismas tendencias. Colocados al frente del progreso, han combatido la anarquía; pero una vez envueltos en la anarquía han glorificado sus consecuencias. Decididos á predicar la reforma, han condenado de paso los escesos; pero cuando la reforma no ha podido venir sin los escesos, han aceptado la segunda sin protestar entonces de los primeros. Atacando de frente la parcialidad y la ignorancia en el campo de la oposicion, no han realizado en el terreno del gobierno la política generosa y contemplativa. Dispuestos siempre á desmembrar las prerrogativas absolutas de la corona, han defendido, sin embargo, la absoluta inviolabilidad del rey; pero si el trono ha llegado á resentirse, efecto de esas mismas doctrinas, no han hecho sino acatar sumisos las varias contrariedades del destino.

Ambos recelosos, advertidos y en guardia, han sembrado la alarma con la poderosa voz de la elocuencia; pero al contemplar los estragos de la lucha, han sentido brotar de sus ojos una lágrima, y horrorizados ó contritos han marchado á sentarse en el mullido banco de los pacíficos. Con una prevision admirable, se han quedado á la capa en las cuestiones graves de su partido, para aprobar si el éxito era feliz, ó protestar si fuere desgraciado. Han sido, en fin, los brazos de la revolucion y los apóstoles del órden.

Cortina comenzó á hacerse notable como político, en medio de un motin. Las ideas de los amotinados eran derribar un gobierno establecido, y Cortina era enemigo declarado de aquel gobierno; pero lo era aun mas de los trastornos tumultuarios. Los conspiradores de Sevilla podian acusarle de rebelde, y siguió el curso de los conspiradores, aunque sin dar la cara abiertamente y salvando su voto en el velado libro de su conciencia. Si el motin hubiera triunfado, Cortina habria pertenecido al número de los héroes; pero como el motin fracasó, Cortina salió absuelto del juicio en que hubo de complicarle la autoridad suprema restablecida.

Una vez emprendida su carrera pública, aceptó el sufragio de los electores del progreso; y al sentarse en los escaños de la repesentacion nacional, era ya un gefe de partido, un político, un diplomático, un tribuno del bando progresista.

Estudiémosle con alguna detencion bajo cada uno de estos aspectos, sin perder de vista la imparcialidad que debe servir de norma á nuestro trabajo y asegurar el acierto de nuestros juicios.

Desde que salió Cortina del estrecho círculo de una provincia para representar las ideas liberales de toda la nacion, fué su primero y casi único cuidado, el acreditarse como hombre de gobierno. Ni un solo paso, ni una idea, ni un discurso, ni una medida, se encuentran en su larga carrera pública que no concurran mas ó menos directamente á este fin. Hasta qué punto lo haya conseguido, la historia se ha encargado de demostrarlo, con mucha indulgencia en unos casos; con demasiada severidad en otros. El progreso y el órden, el adelanto y la estricta justicia, la revolucion y la calma, son cosas que se repelen por mas que una imaginacion exacta y un maduro juicio pretendan confundirlas y amalgamarlas. Querer destrozar á un partido sin perseguirlo, destruir sin perjudicar, y ganar batallas en las calles sin disparar un tiro, son empresas poco menos que imposibles en la esfera del gobierno: ellas caben sin embargo teóricamente esplicadas, en la cabeza de Cortina. Por eso no ha estado nunca acorde con los hombres constituidos en poder; por eso ha pertenecido siempre á la oposicion; de esta manera se esplican así mismo la mayor parte de sus contradicciones.

Mal avenido con el que despues se llamó duque de la Victoria, de resultas de los sucesos de Sevilla, no tuvo por esto inconveniente en aceptar de la junta revolucionaria de setiembre, el cargo de mediador entre ella y el caudillo del Norte, para asegurar la situacion escepcional en que aquellos acontecimientos habian colocado al pais. Defensor entusiasta de los poderes legítimos, y observador constante del espíritu constitucional, redactó sin embargo, el célebre manifiesto que se negó á rubricar en Valencia la Gobernadora por creerlo atentatorio á su dignidad y á su carácter. Presidente en una ocasion de la cámara de diputados, se declara hostil á la mayoría, de la cual formaba parte, porque espresaba sus ideas de una manera contraria al buen órden y compostura del parlamento. Celoso defensor de la situacion creada en 1.º de setiembre, se opone tenazmente en el consejo de ministros á votar una condecoracion que perpetúe el recuerdo de un tumulto político. Miliciano nacional desde su juventud, dentro y fuera de su pais, contribuye á la resistencia en casos dados de las demasías del poder; pero anatematiza con todas sus fuerzas sino la índole, las consecuencias de la institucion, apenas recuerda lo que él mismo ha ejecutado con el valor de las armas ciudadanas. Siempre indeciso, siempre vacilante: sus teorías, bellísimas en la forma, convincentes en el papel, robustas en la oposicion; pero irrealizables en la práctica, absurdas en el fondo, ineficaces en el gobierno. Un medio término, un tira y afloja, un corramos pero despacio, hé aquí á Cortina como estadista.

Cuando le han visto sus propios amigos predicar el progreso en su asercion mas lata; cuando le han oido uno y otro dia abogar por los derechos del pueblo, y combatir toda clase de tiranía, lo mismo la oligár-

quica que la coronada, le han creido sino el primero, uno al menos de sus mas autorizados jefes. Pero cuando á pretesto de órden y de templanza, le han escuchado reprobar hasta con indignacion el movimiento rápido, si con él puede venir el trastorno aunque pasagero, han creido deber volverle la espalda, y protestar de la sumision y el respeto que le han tributado en otro tiempo. En medio de las conmociones populares de su partido, pocas veces han clamado las turbas *muera*; pero casi nunca han gritado llenas de entusiasmo *viva* Cortina. Y esto por su indecision, por su sistema político vacilante. En todas las árduas cuestiones en que ha tomado parte, ni los suyos le han creido enteramente suyo, ni los contrarios han visto en él el encarnizado encono del enemigo. Al hacerse las elecciones para diputados, el nombre de Cortina ha figurado al frente de dos candidaturas de distintas fracciones políticas. Al levantarse varias veces en el Congreso, el gobierno ha aguardado su apoyo; la oposicion ha contado con su voto. Nadie puede fijar á ciencia cierta, la posicion en que se va á colocar; ninguno se atreverá á decir que va á sentarse, aunque le vea vuelto de espaldas á un sillon, con el cuerpo encorvado y asidos por ambas manos los faldones de su casaca. Un medio término, un tira y afloja, un corramos pero despacio, hé aquí á Cortina como jefe de partido.

Cortina es uno de los primeros oradores del parlamento español. Antes de sentarse en los escaños de la representacion nacional, habia ya conquistado justo renombre en la tribuna del foro; y aunque esta es una de las mas violentas transiciones de la elocuencia hablada, no ha sido en él nunca tan perceptible y viciosa como suele en otros de su misma carrera. Un hombre político hablando en el estrado, parece siempre el inviolable representante del pueblo, que no reconoce mas juez que su conciencia, ni vé en todas las frases de su adversario otra cosa que alusiones personales; al paso que un abogado en el parlamento, quiere resolver las mas árduas cuestiones de derecho público, con las leyes de Toro ó con las siete Partidas de don Alonso el Sábio. Cortina, repetimos, no abusó ni aun en sus primeros discursos de la petulante erudicion del estrado, ni de la comun fraseólogia de la curia; pero, ¿debemos decir por esto, que se olvidó completamente de su orígen? ¿qué es uno de esos oradores fogosos y repentistas, mas brillantes en el conjunto que en sus detalles, mas ardientes por la lógica de su elocuencia que por la buena armonia de sus estudiados argumentos? No. Cortina no es un orador político con los resabios de letrado; es si un verdadero letrado con toda la mágia y la soltura del orador político.

Sus discursos ejercen una gran influencia en la Cámara, porque al justo renombre del personaje que los pronuncia, reunen las condiciones de brillantez y claridad que tanto embargan el ánimo de los oyentes. Cuando una cuestion está agotada, cuando varios oradores de nota han

usado de la palabra á propósito de cualquier asunto de gobierno, y parece como que el Congreso principia á cansarse de la discusion, Cortina se levanta, los diputados vuelven á sus puestos, un silencio imponente revela la importancia del suceso que se eguarda, la curiosidad se pinta en los semblantes, y entonces él, con ademan grave y solemne, la frente altiva, la mirada vaga y penetrante, comienza su discurso con una entonacion conveniente, ni tan álta que revele un demasiado aprecio de sí mismo, ni tan humilde que denote timidez ó decaimiento. Sus palabras corteses al principio, delicadas y galantes hasta el estremo, van tomando cierta acritud á medida que pasan de la inútil frasiologia del exordio al pastoso manjar de la materia. Establece su plan, le metodiza, le ordena, y cuando ha revelado en globo el principal objeto de su discurso, separa, analiza, vence uno á uno los puntos capitales de su teorema, y de induccion en induccion, y de colorário en colorário viene á terminar su discurso con la demostracion clara y precisa del todo que se propuso demostrar. A veces recarga demasiado las tintas de su cuadro, y entonces hiere, pero con método; sus ataques parecen defensas, sus invectivas van rebozadas con la máscara de la razon; i grita es porque debe, si recrimina es porque sabe, si acusa es porque puede; y de tal manera justifica la infalibilidad de sus asertos, que si el ultrajado atendiera solo á la forma con que viste el ultraje, deberia levantarse de su asiento para decirle «gracias». Esto cuando su oposicion es verdadera; que cuando es ficticia, entonces se ensaña contra las generalidades y olvida con admirable sagacidad á las personas. Cuentan de Cromwel que en ocasiones solemnes, cuando se le pedia parecer sobre cualquier asunto interesante, del cual no queria aventurar imprudentemente su opinion, tomaba la palabra, pronunciaba un discurso largo, elocuente, arrebatador, y por término á sus razones nadie podia sacar en claro su verdadero modo de pensar acerca del hecho que habia servido de base á su oracion. Cortina, en casos dados, posée una elocuencia á lo Cromwel: anuncia grandes verdades, revelaciones alarmantes, pruebas horribles, y cuando ha satisfecho al auditorio con toda aquella música quejumbrosa y patética, afina sus palabras, rebaja su escitacion, calma su ira, y aunque sus amigos creen que ha causado un estrago inmenso con su violenta guerra, sus contrarios se regocijan en silencio por el imponderable servicio que acaba de prestarles.

Pero Cortina se distingue de todos los oradores oposicionistas en el sentimentalismo exagerado con que reviste el capítulo de cargos de sus discursos. Parece que se complace en presentar las cuestiones bajo el punto de vista tétrico y desconsolador. Para él los hechos lamentables son catástrofes; las situaciones apuradas, una agonía perpétua; los escollos, barreras insuperables; vé tras el suspiro el llanto, tras el desaliento la muerte. Para él no hay en los pueblos momentos de placer ni regocijo; los instrumentos músicos se han roto, las castañuelas se han arrojado al fuego,

el zagal no requiebra á la pastora, la madre no puede acordarse de su hijo, porque en España todos tienen fijos sus ojos en la política; y el pueblo sufre, y el pueblo patea, y el pueblo rábia de pensar que aún son ministros los hombres que lo son. Para aducir la mas insignificante prueba, apela al corazon de sus oyentes y con voz conmovida, bosqueja un cuadro de luto y desconsuelo: en él, la virtud está arrollada, el vicio triunfante, el bueno padece, el perverso goza; la moralidad se estrella, el crímen resplandece; todos los males pueden esperarse, pero los bienes no se divisan nunca.

Esta elocuencia, que bien puede llamarse desgarradora, no es ciertamente la mas á propósito para influir de una manera favorable en la imaginacion de oyentes españoles. Los hijos de la Iberia gustan ver las cosas con sus propios colores, sin que se espanten mas porque un cuadro se les recargue de negro, ni se regocijen demasiado al son de los clarines y de las trompetas. Esa franqueza castellana, ese desprendimiento andaluz, esa rudeza navarra, esa independencia catalana, esa nacionalidad en fin, que solo puede titularse española, repugna las escenas de sentimentalismo exagerádo y los golpes dramáticos de que tan avaros se muestran los franceses. No es el pueblo español el que retuerce los brazos en señal de desesperacion detrás del sepulcro de Mirabeau: los españoles suspiran y sollozan cuando sube dos cuartos el precio del pan; pero no saben hacer títeres detrás del carro fúnebre que conduce los restos de un tribuno. Por eso no es Cortina el verdadero intérprete del pueblo cuando se desespera y llora, al paso que ese pueblo le admira y enaltece cuando apostrofa y mata. Nosotros le aconsejaríamos que siempre hiciera la guerra, pero que no pidiese nunca el poder con las lágrimas en los ojos.

Cortina se parece á Thiers hasta en lo poco que ha sufrido las punzantes espinas de la silla ministerial. Su rápida existencia en el gobierno no le ha dado el tiempo necesario para acreditarse ó desacreditarse al frente de los negocios; así que, puede decirse que conserva la virginidad como hombre de Estado, y que se halla por lo tanto aun en mejor predicamento con los suyos que otros muchos del partido. Ha dicho en una ocasion, que siendo ministro deseaba que hubiera estallado algun tumulto, para probar que con las leyes y solo con las leyes podian reprimirse los motines. Esto que á primera vista parece una tolerancia y generosidad sin límites, no lo es tanto si se atiende á que con la ley y sin apartarse de la ley se manda fusilar á todo el que altere el órden público ó se rebele contra el gobierno establecido: lo que sí prueba es, que su espíritu de órden y legalidad es escesivo, y que en su sistema hablado de gobierno hay un principio santo y consolador que nos holgáramos mucho de ver realizado en la práctica. Una cosa sí puede asegurarse desde ahora, porque está comprobada por la esperiencia, y es, que su desinterés y moralidad son tan rígidos como sus principios, y que es uno de los pocos

hombres que han descendido de los primeros puestos del Estado, sin un lujo insolente que ostentar, sin títulos, sin carrozas, sin vanidad, sin bienes de fortuna, y dispuesto á dejar hoy las riendas del gobierno para tomar mañana la pluma en su bufete de jurisconsulto.

Cortina es una de las mas fundadas esperanzas del partido progresista moderado; figura, y para nosotros con razon, el primero ó casi á la cabeza de los reformadores pacíficos y tolerantes; tiene opinion de hombre honrado, indisputable fama de entendido, y muy bellas cualidades para ser apreciado como hombre particular.

Si quereis formaros una idea exacta de sus instintos democráticos, entrad en un café al que concurre toda la gran familia progresista. Mirad en una mesa á un hombre de cabellos blancos que aun ostenta la frescura de la juventud; de aspecto agradable, de maneras delicadas, sencillo al par que decentemente ataviado, parco en sus palabras, festivo en el decir, grave en su apostura, y que sorbe una taza del esquisito de la Moka con toda la finura de una dama: ese es Cortina. El café en que se halla podrá llamarse el de los alborotadores; pero en su mesa, si hemos de valernos de la espresion del vulgo, no se oye una palabra mas alta que la otra.



VII.

MARTINEZ DE LA ROSA,

(*Diputado.*)

¿Veis á la honrada y laboriosa abeja recorrer una tras otra las flores de mas dulces jugos, y despues de haber libado sus esencias, combinarlas artificiosamente, y elaborar la miel? Pues ahí teneis la imágen viva de Martinez de la Rosa, poeta, lírico, orador político, autor dramático, legislador, hombre de gobierno, novelista, historiador, diplomático y erudito. El ha recorrido todas las flores de las bellas letras y de la fea política, y á todas les ha chupado sus jugos, y de todas ha compuesto su miel; miel siempre, dulce como pocas: jamás mezclada del mas leve sabor de acritud ó amargura. Porque el alma de Martinez de la Rosa es bella, y tiene un corazon escelente, sencillo, cándido, mas acaso de lo que conviniera. Sí, Martinez de la Rosa es honrado, honra-

do español y buen patriota, lo cual no es poco en unos tiempos en que el encontrar un hombre de bien, sobre todo en las altas regiones de Estado, es tan difícil, como á Diógenes le parecia el encontrar un hombre. Sin embargo, preciso es confesar, que aquella cualidad es muy poca cosa en el gobierno de las naciones, y que ella, por sí sola, perjudica mas que favorece á los que están encargados de manejar sus riendas. Un hombre de bien, no pasa de ser un pobre hombre en política; bueno, muy bueno para fiel de puertas ó administrador de salinas, pero enteramente inútil para gefe de un partido, ó para secretario del despacho. Hé aquí por qué Martinez de la Rosa ha sido y es un mediano político. Poseyendo muchas de las cualidades de un buen estadista, no ha acertado á ponerse á la altura de los sucesos en ninguna de las grandes épocas en que ha sido ministro. Y sin embargo es un hombre que ha figurado dignamente en los tres períodos de nuestra historia constitucional, 1812, 1820, 1834; pero no como gobernante, sino como diputado, como orador de tribuna. Débil, indeciso, cándido, como hemos dicho, en demasía, no sirve para el ataque, para la accion, para el mando; no acierta con las medidas enérgicas y severas que se requieren en los tiempos revueltos y tempestuosos que hemos atravesado desde nuestra regeneracion política; cuenta mas de lo conveniente con la buena fé de los que obedecen ó los que le rodean. Por eso su nombre vá unido á dos grandes crísis políticas; en la primera, en 1823, estuvo á punto de hundirse por su candidez el régimen representativo, que como ministró estaba encargado de guardar y defender; en la segunda, en 1834, faltó poco por su inercia para que quedase la sociedad á merced del primero que quisiera conmoverla. La conspiracion realista, que terminó con el glorioso 7 de julio, la execrable matanza de los frailes, la sublevacion militar de Cardero, en que se vió á la autoridad descender hasta el punto de transigir con algunos soldados insurrectos, son tres capítulos de culpas en la vida ministerial de Martinez de la Rosa. No es esto decir que él haya sido una vez siquiera cómplice ó auxiliar de los trastornadores, nó, precisamente nadie es mas amante del órden público; sino que carece de la prevision y de la fuerza que se necesitan para reducirlos á la obediencia, y para castigarlos con arreglo á las leyes.

Martinez de la Rosa es liberal, liberal por principios, por educacion, y casi diremos por instinto. Sin embargo, sus opiniones han cambiado bastante con los años, no por traicion, no por apostasía, sino por conviccion, por una conviccion lentamente formada en su corazon y en su cabeza con el estudio, la observacion y la esperiencia. Demócrata-realista, sí, así podemos espresarnos: en su juventud, como todos los doceañistas, fué perdiendo poco á poco su fé y su entusiasmo por el código de 1812, hasta venir á parar en estatutista en 1834. Háse dicho que en 1820 habia ya modificado sus principios en sentido mas monárqui-

co, y que entonces creia ya imposible todo gobierno regido por aquella ley política; pero, si esto es así, no sabemos cómo aceptó poco despues el ministerio, y se encargó de ese mismo gobierno, teniendo ademas contra sí una mayoría inmensa en la Cámara. Es verdad que lo hizo con visible repugnancia y cediendo á súplicas y amonestaciones repetidas; pero de todos modos obró mal si lo hizo contra su conciencia, y los sucesos vinieron bien pronto á demostrarlo. En tal caso, estaríamos tentados á creer que se puso en aquella época de acuerdo con el rey para derribar el régimen existente, aunque siempre con el fin de sustituirle con otro representativo mas monárquico, y que ya bullia en su mente la idea del famoso Estatuto que nos regaló algunos años adelante. El Estatuto! hé aquí la obra monumental en política de Martinez de la Rosa; su profesion de fé; su panacea, su piedra filosofal. ¿Y qué es el Estatuto? No nos toca á nosotros juzgarlo; baste decir que en él ha formulado el hombre de quien nos ocupamos esa cosa que la escuela de Chateaubriand llama *término medio*, y que con tan picante sal ha criticado Fígaro en su *Mascarada política.* Sin embargo, llenóse ó no esa ley las exigencias de los tiempos en que fué publicada; ella es el fruto de largos estudios, de profundas meditaciones, y de sincerísimos deseos. ¡Ojalá todos sus contemporáneos hubiesen participado de los mismos sentimientos!

Hemos dicho que Martinez de la Rosa es liberal, y que ha trabajado ardientemente por la felicidad del pueblo; sin embargo, nos parece que ama y acata demasiado al gobierno. Su célebre máxima: *defendiendo al gobierno, se defiende tambien la libertad*, si en ciertos casos puede ser una verdad, y una verdad inconcusa, tomada en absoluto, nos parece un absurdo de fanatismo. El ódio á la anarquía no arguye seguramente el respeto ciego á los que ejercen el mando aunque se deba obediencia á sus órdenes. Así debe entenderlo Martinez de la Rosa, pero no lo ha practicado así siempre. Por eso se le ha visto apoyar con todas sus fuerzas, en la Cámara y fuera de ella, como diputado y como hombre público, ministerios torpes, desacreditados, enteramente nulos. Y no se diga que lo hacia únicamente porque no pasára el poder á manos de sus contrarios, si es que este peligro existia realmente en algunos casos; pues entonces su conducta seria esclusivista é intolerante hasta un punto injustificable. ¡Sostener un gobierno por no arruinar á su partido! Semejante proceder es un lujo de ministerialismo ridículo.

Martinez de la Rosa es un diplomático pobre, pobrísimo. Su recta intencion, su buena fé, la franqueza de su alma, no pueden luchar con ventaja, con astucia y la doblez que constituyen la diplomácia moderna. Nadie, á la verdad, saludará con mas dignidad ni con mas gracia; nadie tendrá en sus labios una sonrisa mas *espiritual*, ni mas fina; nadie flechará mejor que él sus dorados lentes; pero hé aquí en resúmen

todas sus cualidades diplo áticas. No busqueis en él esa serenidad fria é imperturbable que convierte á veces el rostro en una careta, y el cuerpo en una estátua de mármol, ni esas sonrisas significativas, que prodiga el fecundo Dumas á los personajes de sus novelas, ni esa organizacion toda cerebro, toda raciocinios, que no deja lugar al corazon ni al sentimiento; no, Martinez de la Rosa no podria menos de dejar traslucir en su rostro ciertas impresiones; su sonrisa no significa mas que amabilidad y cortesanía; su corazon es generalmente mas poderoso que su cabeza.

Pero si Martinez de la Rosa no es lo que se llama un hombre de Estado, es en cambio un orador, y un orador de primer órden. En este punto todos le han hecho justicia; amigos y adversarios han reconocido su elocuencia. Fácil, claro, brillante, á veces sublime, elevado siempre, sus peroraciones, aunque sean improvisadas, parecen por su órden lógico, por su admirable método, discursos académicos escritos y estudiados de antemano. Nadie como él posée la elegancia en el estilo, la pureza en el lenguaje, la propiedad de las imágenes, la oportunidad en los epítetos. Sin la facundia de Lopez, sin la brillantez de Galiano, sin la profundidad de Toreno, á nadie cede seguramente en el conjunto de las cualidades que se requieren para orador. El y Galiano son las dos reputaciones que en este género han permanecido intactas en el partido moderado, sin que hasta ahora haya brotado la nueva generacion nadie que pueda sustituirles. Galiano, mas fogoso, mas deslumbrador, mas irritante, es al mismo tiempo mas oscuro, mas desigual, menos lógico: Martinez de la Rosa, mas templado, mas metódico, mas razonador, mas correcto, calcula mejor sus efectos, halaga mas al auditorio y obtiene siempre mayores resultados. Y no se crea que estas cualidades son en él instintivas ó innatas, no, de nadie podria decirse con mas verdad aquello de: *poeta nascitur, orator fit;* porque en efecto, Martinez de la Rosa lo ha adquirido todo á fuerza de meditacion y de estudio. El, como Demóstenes, tiene poco que agradecer á la naturaleza; todo se lo debe á sí mismo y al arte; su físico es lo único que le favorece. Eso sí; tiene una estatura elevada, un continente digno, una mirada noble, unas facciones espresivas. Pero su imaginacion, si feliz y florida, es poco vasta, poco viva, poco brillante; su afluencia corta, su espresion limitada. Jóven todavía, se hizo notar sin embargo por sus discursos en las Córtes de 1813; su elegancia en el decir, su claridad, su correccion le distinguieron ya entonces ventajosamente. Mas tarde, en 1820, fué celebrado como un orador insigne por su solidez y aplomo; la esperiencia habia moderado algun tanto sus opiniones, y su elocuencia se avenia perfectamente con la índole de aquellas. De esta época se conservan algunas de sus oraciones, que pueden citarse sin duda como modelos. Pero cuando Martinez de la Rosa llegó á su apogeo fué en 1834, cuando ministro de la Corona,

y uno de los gefes de su partido defendia sus actos y sus doctrinas contra la poderosa oposicion de Lopez y Caballero, y de sus rivales, Isturiz y Galiano. Entonces se hallaba verdaderamente en su cuerda, esto es, en la resistencia; porque, ya lo hemos dicho, él no ha nacido para el ataque. En el dia sus fuerzas han decaido mucho con los años; su voz débil y cascada ha perdido ya aquel poder de conmocion que tenia antes en los ánimos de los que la escuchuban; el tiempo, que todo lo absorbe, ha gastado su prestigio; pero aun se conserva fresca su imaginacion y su inventiva; aun puede decirse que no conoce rival en el modo de hilar sus discursos, en el efecto de sus imágenes, raras pero oportunas, y en esa grandilocuencia ática de cuyos restos es el único depositario en la Cámara.

Martinez de la Rosa, como hombre privado, posée cualidades que no debemos pasar en silencio. Amable y bondadoso en su trato particular, le vereis pasear á pié las calles de la córte, vestido siempre con gusto, aunque con seriedad, con sus botas lucientes, su levita abrochada perfectamente lisa, y su pantalon sin la menor mancha ni arruga. Galante y decidor con las damas, culto, pero sencillo en su lenguaje y en sus maneras, es con sus sesenta años, lo que se llama un jóven de cabellos blancos. Su galantería tiene algo de caballeresco, algo de los tiempos antiguos, algo de la edad media; su amabilidad pareceria exagerada para aquel que no conociera el fondo de su carácter. Nada le retrata mejor en este punto que aquel precioso epígrama publicado hace algunos años en un periódico de la córte, y que por su cualidad de anónimo se creia produccion de nuestro personaje, hasta que despues se vió reproducido con el nombre de su autor. Decia asi:

«A un caballero, una hermosa
dijo con ardiente afan.
—¿Quién, de cuantos aquí están,
es Martinez de la Rosa?
Con sonrisa seductora,
él cortés la replicó:
—Lo que es Martinez, soy yo;
la rosa, sois vos, señora.»

Martinez de la Rosa al lado de una de nuestras lindas y aristocráticas señoritas, prodigando á su belleza todas las flores que constituyen el repertorio de su poesía, ó parado delante de una tienda de *Novedades de Paris*, examinando con su lente los primorosos objetos que nos importan nuestros vecinos de los Pirineos, pudiera pasar por un hombre frívolo: y sin embargo, nada es mas noble y elevado que su figura en la Academia de la lengua ó en el Congreso de los diputados. Entiende sin duda, co-

mo nosotros, que el hombre debe acomodarse á las diversas posiciones en que la necesidad de vivir en el mundo le coloca; que el sábio puede muy bien descender alguna vez hasta igualarse con el vulgo, y que seria el estremo de la pedantería y del ridículo imitar á tanto oráculo inspirado, á quien sin duda impiden sus continuos éxtasis conversar con otro que con la divinidad de Delfos. ¿No fué Apolo por algun tiempo un humilde pastor de la Arcadia? ¿Quién puede mirar sin reirse á esos necios é hinchados doctorcillos que se creerian degradados, si por un solo instante se despojasen de su muceta?

Modesto y sóbrio en su vida privada, Martinez de la Rosa guarda toda la ostentacion y el lujo para cuando desempeña algun cargo importante en las córtes estranjeras. Entonces quiere representar dignamente á su pátria y á su reina, y dar una idea elevada, siquiera en la esterioridad y apariencia, de la grandeza de la nacion que le envia. Pero cuando, retirado en el hogar doméstico, no tiene otra importancia que la de un ciudadano, por mas que sus talentos y sus servicios le coloquen en la posicion mas elevada entre sus contemporáneos, no se considera tampoco mas que como tal; y vive sin otro fausto ni aparato que la generalidad de la clase media, á la cual pertenece. Todas las tendencias aristocráticas que se le atribuyen consisten en ese respeto ciego al poder, de que hemos hablado, en esa especie de infalibilidad y de aureola de gloria de que rodea á las personas reinantes. En este punto, no podemos menos de confesar que su exageracion llega hasta el estremo, y á veces hasta el ridículo. Aseméjase á uno de aquellos españoles rancios que tanto abundaban en tiempo de Felipe II, para quienes el rey era la verdadera imágen de Dios en la tierra, y sus palabras debian tomarse como otros tantos oráculos. Pero fuera de esto, no sabemos qué razon haya para suponer á Martinez de la Rosa aristócrata en la acepcion que se da comunmente á esta palabra; á él que, mereciéndolo algo mas que tantos otros, no ha tenido mas orgullo que el de conservar su apellido sin la cola de baron, marques ó duque; que no ha querido trocar la verdadera nobleza que posée, la de la virtud y la sabiduría, por la de los pergaminos ni los escudos de armas; á él, que ha trabajado únicamente por hacer su nombre inmortal con sus obras, y no con ridículos títulos tomados de alguna cualidad negativa, de alguna batalla *in nómine*, ó de alguna aldea no mas célebre que el Toboso!

El último punto de vista, bajo el cual debemos retratar á Martinez de la Rosa, es como literato. Bajo este aspecto, ya lo hemos dicho, es una abeja; ha recorrido todos los tonos y todos los géneros; la trompa épica, el coturno griego, la careta cómica, el dulce caramillo, la lira del bardo, el arte de Boileau, la musa de Esopo; en una palabra, el clasicismo y el romanticismo, el sublime y el ridículo, el didáctico y el didascálico; desde el poema épico hasta la novela caballeresca, desde el sainete hasta la tragedia, desde la fábula hasta la historia. Mu-

chas y muy diversas producciones ha publicado en distintas épocas, y en todas ellas el estudio y el arte han luchado, y á veces con éxito de sus dotes naturales. Imposible nos seria citarlas todas, ni por otra parte es esta la ocasion, siendo nuestro propósito pintar al personaje, de quien nos ocupamos, en otro lugar de esta obra como hombre de letras; pero no dejaremos de consignar aquí los nombres de aquellas de que en este momento nos acordamos. *El poema á Zaragoza*, su primera composicion poética; *La niña en casa y la madre en la máscara*, comedia; el *Edipo*, tragedia clásica; *La conjuracion de Venecia*, dráma romántico; *Doña Isabel de Solís*, novela; *Hernan Perez del Pulgar*, biografia histórica: un *arte poética*; una *coleccion de poesías*, y el *Espíritu del siglo*, libro no concluido aun, y donde ha encerrado el autor su sistema de gobierno, sus principios políticos y su opinion sobre los grandes sucesos de la revolucion moderna, son las obras mas notables de Martinez de la Rosa. No todas ellas, sin embargo, lo son en el mismo grado; pudiendo decirse desde luego, que donde mas brilla nuestro personaje es en aquellas de estudio, de erudicion y de arte. En estas habrá pocos seguramente que le igualen; ninguno, tal vez, que le aventaje; pues no abundan mucho en los tiempos de superficibilidad, de oropel y de fósforo que atravesamos quienes, como él, posean la mayor parte de las lenguas vivas y muertas, conozcan y hablen con tal perfeccion el idioma de Cervantes, estén tan profundamente versados en la historia y en la literatura, y sean tan instruidos en todos aquellos ramos de las ciencias que no interesan directamente á un literato.

Para concluir, Martinez de la Rosa es una de las personas mas nobles del siglo, y podemos presentarle con orgullo á propios y estraños, como una de las glorias vivas de nuestra patria. Los sabios contemporáneos de todas las naciones aceptan su amistad y cultiván constantemente su correspondencia. Chateaubriand se vanagloriaba de haber formado parte de un triunvirato en el que tres hombres igualmente célebres en las letras, aunque opuestos en opiniones políticas, habian dirigido á un mismo tiempo los negocios estranjeros de sus respectivos paises: él en Francia, Canning en Inglaterra, y Martinez de la Rosa en España. Por último, en la capital del mundo civilizado, en Paris, centro de tantas glorias científicas y literarias, ha merecido nuestro compatriota ser elevado á la alta dignidad de presidente del Instituto, puesto reservado siempre en aquel pais al hombre mas notable y distinguido de la república de las letras. Los estranjeros le han dado á Martinez de la Rosa todo el valor que nosotros desgraciadamente no hemos sabido darle. Hace poco tiempo que leimos en un periódico de Madrid, que Martinez de la Rosa era tonto; y aunque semejante declaracion hace la apología de la mayor parte de los periodistas de España, siempre es sensible, para quien tiene en algo las glorias de su patria, oir tratar de ese modo á quien tan vas-

tos y generales conocimientos ha sabido adquirirse. Por lo mismo que estos son tan numerosos y varios no es estraño que no haya sobresalido como un genio, aun cuando sus talentos le hubieran ayudado á ello. Pero bien puede decirse que por esta razon es doble su mérito, pues ha logrado suplir aquella falta con el estudio, la aplicacion y el arte, haciéndose lugar por tales medios entre las notabilidades de la culta y civilizada Europa. Por lo demas, el juicio que acerca de él hemos emitido, se halla muy acorde con el que formó el respetable Burgos, una de las personas que mas ocasion han tenido de conocerle por la amistad que á ambos unia, y el cual solia decir, hablando de nuestro personaje: «MARTINEZ DE LA ROSA ES UN ESCELENTE LITERATO, UN MEDIANO POLÍTICO Y UN MAL POETA.»



VIII.

MADOZ,

(*Diputado.*)

Vedle ahí sentado en una silla, el cuerpo encorvado ante un bufete, la mirada vaga, el ademan intranquilo, cual hojea voluminosos códices, desata empolvados legajos, rompe fajas, examina periódicos, toma apuntes, señala notas, revuelve manuscritos. Tan pronto se pinta en su semblante la impaciencia del que busca; tan pronto la satisfaccion del que halla: unas veces se encoleriza consigo propio y maldice de su torpeza; otras disculpa su anterior aturdimiento y se dá á sí mismo el parabien por el éxito de su trabajo.

La habitacion en que se encuentra es grande. Sus paredes están cubiertas de preciosos armarios atestados de libros. Algunas mesas desparramadas por la estancia y cubiertas de papeles desordenadamente ordenados, parece como que aguardan la llegada de otras tantas personas que prosigan trabajos comenzados.

Él, absorto en su tarea, parece como que de todo se olvida y que lo recuerda todo; tal es la rápida sucesion de sus gestos y de sus ademanes. Ahora se levanta, trepa por una escalera de mano y desciende á poco con una pesada carga de cuadernos en fólio; ya los registra con una sola mirada, ya los aparta, ya vuelve á acercarse á ellos poseido de una idea repentina. Parece que sus indagaciones han producido resultados satisfactorios. Deja el asiento, agita el cordon de una campanilla, cambia algunas palabras con su ayuda de cámara y señala acto contínuo á dos jóvenes que se le presentan el puesto que cada uno de ellos debe ocupar. A veces se lleva la mano á la frente y entonces medita; otras pasea con ademan resuelto y entonces formula un pensamiento; ya, en fin, se dirige á uno de sus dos ilustrados amanuenses y se prepara á dictar; entonces espresa. El primero de los jóvenes traslada al papel períodos correctos de un artículo literario, mientras su compañero que acaba de recibir órdenes distintas, comienza á estender un informe sobre cuestiones administrativas. Ambos á dos señalan veloces línea tras línea, período tras período, pliego tras pliego, y ambos á dos reciben alternativamente las inspiraciones de su gefe.

Pero él no se limita á suministrar abundante pasto á aquella doble máquina caligráfica, sino que contesta á las reiteradas preguntas de un tercero que á cada paso aparece en el dintel del escritorio. Y no para aquí la colosal tarea; pues que rompe el sobre de una carta, se apercibe de su contenido, medita un poco, y sin perder el hilo de las dos narraciones comenzadas, contesta á aquel escrito pronunciando clara y distintamente, ya un pensamiento literario, ya una fórmula administrativa, ya una frase vulgar sobre asuntos domésticos. Pero ¿cómo puede un hombre solo ocuparse á la vez de tan opuestos y varios incidentes? ¿Irá imperfecto el trabajo literario, falto de buenas razones el administrativo y discorde ó absurda la contestacion al pliego de su arrendatario? No: él tiene disposicion sobrada para atender á todo, sin embrollar por esto sus ideas ni alterar la colocacion y el sentido de los datos que poco há le vimos adquirir cuando consultaba y revolvia su vasta biblioteca. Él conoce demasiado el valor del tiempo y lo aprecia aun en mucho para dejarlo perder con un juego pueril que trastornaria la marcha de tres importantes asuntos por solo el capricho de abarcarlos imprudentemente á un mismo tiempo. No; no es que quiere afectar una disposicion de ánimo estraordinaria para que se comente y se alabe luego; sino que perderia un tiempo precioso en dedicarse á un solo asunto, pudiendo con harto desahogo terminar tres á un mismo tiempo. Él es el hombre actividad, el hombre múltiple, el hombre ferro-carril.

Pero descended del piso principal en donde le estamos contemplando, al piso entresuelo donde le aguardan sus numerosos dependientes. Allí tiene preparados doscientos pliegos que acaba de traerle el conductor de

la correspondencia. Cada uno versa sobre asunto diferente, viene redactado en forma varia, y se distingue por diverso carácter de letra. Todos los aguardaba; todos le son conocidos. Apenas se ha enterado de su contesto, hace multitud de apartados con la presteza de oficial antiguo de correos y principia á darles direccion, segun que pertenecen á este ó al otro departamento de su oficina. A cada pliego acompaña una instruccion breve pero espresiva del objeto y fin á que debe destinarse. Una porcion de jóvenes distinguidos por su disposicion y talento, reciben de sus manos en un segundo, el trabajo que ha de ocuparles todo un dia; y no necesitarán consultarle segunda vez sobre la interpretacion que deben dar á aquellos apuntes; porque todo está espresado en forma, y hasta llevan vencidas las dificultades que pudieran presentárseles.

En ese segundo departamento que visitamos, se confecciona una obra grande, colosal, inmensa; de reconocido provecho, instructiva cual ninguna, completa como pocas. Pero ¿á cuántos diferentes registros no hay que tocar para llevarla á cabo?

El, todo lo comprende, todo lo dirige, todo lo inspecciona y lo redacta todo.

«*Señora Directora del Colegio de Niñas Nobles:*

»*Muy señora mia:*

«*Debiendo ocuparme en la obra que estoy publicando de todos los establecimientos de instruccion pública que encierra la capital del reino; y siendo el que usted tan acertadamente dirige uno de los mas notables y dignos del conocimiento del público, espero de la escesiva bondad de usted se sirva remitirme, tan pronto como lo permitan sus importantes deberes, una noticia circunstanciada de cuanto tiene relacion con el Colegio que para bien de sus jóvenes discípulas y engrandecimiento y lustre de la instruccion primaria, se ha encomendado al c elo y laboriosidad de tan entendida profesora.*»

«*Con este motivo etc... se repite etc... Fulano.*»

«*Excmo. Sr. D. N. de N. y N.*

«*Amigo mio:*

«*Necesito en esta misma semana, una relacion exacta de los cuadros y esculturas que usted posée en su galería, con el nombre de los respectivos autores y un cálculo aproximado del valor de sus obras.*»

«*Suyo, afectísimo... Citano.*»

«*Mi querido corresponsal:*

»*Sírvase usted decirme á vuelta de correo las varas cuadradas que tiene esa catedral y los canónigos que asisten á maitines, porque dudo de que sean ciertos los datos que sobre este punto tengo recogidos.*»

«*Sin mas por hoy se ofrece... Mengano.*»

«Amiga Pepa:

»Tú que estás en tan buenas relaciones con el M..... podias recordarle, así como que sale de tí, que los C..... y los J..... están recibiendo aquello, y que como no lo pagan y por otra parte hay que hacer grandes desembolsos..... en fin, tú ya me entiendes y lo dejo á tu cuidado.

»No corre prisa, pero si puedes hacerlo hoy, es mejor que mañana.

»Perdona la molestia y manda á tu..... P.»

«Señor D. J. de P.

»Agradezco en el alma las noticias que usted se sirve comunicarme; pero necesito saber ademas, si los caños de la fuente del Pimiento, los atascó el vecindario ó se taparon por órden del corregidor.»

«Ya sabe usted la impaciencia con que aguarda sus comunicaciones..., El mismo.»

Y tras de esta, otras cien y cien cartas á cual mas incoherente y estraordinaria, reducidas todas á adquirir vastos y universales conocimientos que pudiéramos llamar *estafetarios*; porque el correo es una palanca poderosa para las obras grandes.

Mirad, mirad ahora. Ved cual desciende á un lóbrego subterráneo, verdadera mansion de los cíclopes, en donde una caterva de hombres medio desnudos, y de tez renegrida voltean con estrépito grandes máquinas tipográficas. Allí entre la tinta y los rodillos, las cajas y los chivaletes, el ruido de los hierros, y el sonoro murmullo de las canciones populares, él, recorriendo todos los departamentos, mirándolo todo, y deteniéndose ante todo, dicta con presteza y al parecer con conocimiento de causa, prontas medidas que son instantáneamente ejecutadas á su presencia. Parece que su verdadera profesion y sus estudios, se han reducido al precioso arte, por el que se multiplica y difunde el pensamiento humano, segun el órden admirable y la severa regularidad con que se practican, todas las operaciones de su complicado establecimiento. Dentro de aquella estancia se despoja en parte de su verdadero carácter de publicista; aunque no desciende nunca de la elevada posicion de jefe, y de jefe supremo, segun la aspereza y el imperioso tono con que hace hasta las mas sencillas observaciones.

Pero separaos de repente de su casa: olvidad todo lo que habeis visto, ó por mejor decir, todo lo que hemos bosquejado, y asistid un dia siquiera á las sesiones del parlamento. Allí le vereis sério y como mal humorado vagando de aquí para allá, hasta el momento en que el presidente le concede el uso de la palabra, desde cuyo instante su cuerpo, como una máquina arreglada á acompasados y constantes movimientos, produce una sucesion de sonidos y de palabras, que formando oraciones perfectas entre sí, vienen á constituir un todo de razonamientos al que podremos

llamar discurso ú oracion hablada; aunque mas bien debiera calificarse de lectura, segun la rapidez, correccion de estilo, y unidad de entonacion con que salen de sus labios. De ninguno como de él pudiera decirse que sus peroraciones habian sido elaboradas en la soledad del campo y paseadas largas semanas por entre los árboles y á lo largo de las praderas; y sin embargo, á ninguno como á él se le calumniaria con tan infundada suposicion. Aquel á quien contemplamos en el fondo de su escritorio envuelto entre papeles y cercado de libros por todas partes; aquel que sostenia tan familiar correspondencia con dos amanuenses y que dictaba con claridad y precision alternativamente á cada uno de ellos, sin que sus pensamientos despues de trasladados al papel necesitasen tacha ni correccion alguna, es el mismo que desde los escaños de la representacion nacional improvisa un largo discurso sobre cualquier materia, aduciendo razon tras de razon, y presentando dato sobre dato, como si aprendido lo tuviera tiempo antes, aunque á decir verdad hubiese ignorado hasta el momento de tomar la palabra, la clase de asunto que estaba llamado á dilucidar.

Grave, sentencioso, casi profético, constante defensor en la tribuna de los principios y fundamentos de la escuela liberal, severo en el ataque, firme en la defensa, ingenioso en la lid, diestro en manejar las armas parlamentarias como buen veterano, se hace siempre oir con religioso silencio, aunque rarísimas veces entusiasme por lo agudo de sus réplicas ni por lo brillante de sus conclusiones. Es un orador correcto, fácil, un tanto amanerado lo mismo en sus acciones que en sus palabras; pero claro, decidor, y sobre todo incansable. Con cierto aire de superioridad adquirido en fuerza de la costumbre y tal vez bajo el influjo de muchas y repetidas alabanzas, emite su opinion sin reserva, sin salvedades, y á veces con altaneria. Mas lógico por la fuerza de sus pulmones que por la verdad de sus argumentos, pretende dirimir las contiendas, refutar victoriosamente las doctrinas de los contrarios, y llevar la razon, aunque disienta de los hombres de su comunion política. Inatacable en el terreno del gobierno porque jamás le ha hollado con su planta, defiende palmo á palmo, y sin restricciones todas las verdades y las utopias todas que ha estudiado en su larga carrera ó forjádose en la imaginacion para cuando llegue el caso de practicarlas. Es hombre de órden, hombre de principios, y en el sentir de algunos, hombre de gobierno. ¿Pero es demócrata?

No mireis la librea de sus lacayos; porque creeríais entonces que el carruage se lo habia prestado algun magnate, y en eso faltaríais á la verdad histórica, pues que es suyo y muy suyo; no paseis por su casa á tiempo que alguno de sus numerosos dependientes haya cometido la mas leve falta; porque las voces, los dicterios y las amenazas os harán retroceder espantados de una á la otra acera temiendo que el turbion caiga sobre vuestras cabezas; no le impacienteis, no le contradigais, no le repliqueis

ni aun con la razon, porque instantáneamente sereis víctimas de su enojo, si á veces pasajero, nunca agradadable ni divertido; no le deis motivo para que os mande, porque reventareis; no ofrecedle vuestros servicios, porque os vereis agobiados de trabajo; pero si lo haceis, tened presente que os recompensará; si os ha prometido alguna cosa, estad seguros de que la cumplirá; si os llega á dar la mano, contad con un amigo; si os ofrece su proteccion, aceptadla.

Ingenioso, entendido, vividor, aplicado, adusto, enérgico, progresista, editor, catalan, librero, propietario, maquinista, orador, letrado, comerciante, poeta, jurisconsulto, estadista, agricultor, hombre de letras, tipo de la actividad, emblema del trabajo, personificacion de la industria, jefe de las brillantes y deslumbradoras capacidades volcánicas de la época, ese es Madoz.



IX.

SARTORIUS,

(*Diputado.*)

Hay en nuestra sociedad actual hombres eminentes en las ciencias y en las letras; hombres educados en la meditacion, alimentados con el estudio, poseedores de la sabiduría; hombres á todas luces dignos del aprecio y admiracion de sus contemporáneos, y que yacen sin embargo en el olvido mas lamentable, víctimas de la ingratitud y de la ignorancia. Estos hombres generalmente se quejan del destino; y por cierto que no llevan razon en la mayor parte de los casos: ellos por lo comun viven apartados de la sociedad, se encierran en un pequeño círculo, olvidan el trato con los demas hombres, huyen de las pompas y vanidades del mundo, tienen en menos el rozarse con las imaginaciones vulgares de su época, y como la sociedad no sale á su encuentro, porque no es la sociedad de hoy la que busca á los hombres, sino los hombres los

que deben buscar á la sociedad, mueren en un rincon ignorados de la multitud y sin que les acompañe al sepulcro ni un recuerdo, ni una lágrima, ni una miserable inscripcion que diga á los venideros el lugar en donde un dia se enterráran sus restos y sus glorias, tan despreciados los unos como las otras. Hay otra clase de hombres por el contrario que carecen de luces naturales, y que no se cuidáron de mejorar su razon con la ayuda de los maestros ó con el amparo de los libros; hombres tan faltos de instruccion como sobrados de petulancia, verdaderas escrecencias del mundo racional, necios consumados, ignorantes á toda prueba, pero que ocupan sin embargo posiciones envidiables, y que viven, si no queridos, respetados al menos de todo el mundo. Estos hombres han aprendido el arte de injerirse en todas partes, de hacerse visibles, de figurar en primer término y de aparecer á los ojos de todos como brillantes notabilidades de su época, á pesar de las cualidades negativas de que están adornados: ellos suplen el talento con la actividad, la ciencia con la astucia, el razonamiento con la palabrería, y cada vez que preludian un rebuzno, ó que asestan en público alguna respetable coz, ven con la mayor complacencia que sus contemporáneos se apresuran á responder en coro con felicitaciones y palmadas, capaces de hacerles creer que sus modulaciones borricales son otros tantos movimientos oratorios, y que cada sacudida de sus cuartos traseros equivale á la mejor y mas cumplida reverencia de un ministro plenipotenciario.

Pero hay otra clase de hombres ni tan sabios como los primeros, ni tan imbéciles como los segundos; que ni se evidencian ni se esconden, que no solicitan la amistad de nadie ni rehuyen el trato de ninguno, que si no poseen las llaves de la ciencia, no representan tampoco el cuadro de la ignorancia; hombres de mediano talento, de mediana instruccion, de porvenir mediano, pero que sienten en su pecho nobles aspiraciones, que desean, que ambicionan, que ponen de su parte cuanto creen necesario para romper el estrecho círculo de su medianía, y que trabajan incansables hasta conseguir el fin que se propusieron. A esta clase de hombres, tipo verdadero y exacto del personage de nuestros dias, pertenece el diputado que nos ocupa.

Hay diferentes caminos para llegar á una posicion respetable aunque sea desde la condicion mas humilde; pero ninguno tan cómodo y tan seguro como el de seguir con perseverancia y denuedo uno por uno los pasos del que haya conseguido ya encaramarse hasta la altura. Si la yedra se asociára al espino, sin duda alguna que su corpulencia no pasaria de la de un arbusto vergonzante; pero como se entrelaza al olmo y se plega á sus ondulaciones y vive con su vida y crece con sus fuerzas, llega un dia á colocar sus verdes hojas en el punto á donde solo alcanzan los árboles gigantescos, sin que la sirva de obstáculo lo endeble de su tronco ni lo efímero de su raiz.

Un dia pasó Narvaez por casa de Sartorius y ambos se conocieron y se trataron ambos. Desde aquel dia data la elevacion del jóven periodista, y desde aquel dia les hubiera sido imposible vivir al uno sin el otro. Sartorius es á Narvaez lo que la yedra al olmo.

Sartorius no ha improvisado su carrera sino á los ojos de la multitud. Para aquel que ignorára su nombre y lo viera por la primera vez al frente de uno de los principales departamentos del Estado, habrá sido súbita, inesperada, rápida; pero para el que lo haya conocido de cerca y seguido sus pasos y estudiado sus movimientos, no ha sido sino lenta, mesurada, grave. Dígase que en España y en los tiempos que alcanzamos no se necesitan canas para gobernar; dígase que el reinado de la juventud ha sustituido al de los polvos y las pelucas; dígase que ahora se andan cien leguas en el tiempo en que nuestros padres andaban cinco; pero no se diga que Sartorius ha improvisado su carrera. Entró de meritorio, fué escribiente, lo hicieron auxiliar, llegó á jefe de seccion y de subdirector pasó hasta director, y de subsecretario á secretario.

Sartorius ha recorrido toda la escala, formándose una buena hoja de servicios; la ha recorrido con talento, con sagacidad, y sobre todo con gracia. Cada memorial suyo le ha valido un ascenso; y nunca ha presentado un memorial sino cuando habia de decretársele favorablemente. Sartorius se ha encomendado siempre á ese santo tan milagroso que llaman San Oportuno. No debe pues, el todo de su elevacion á la casualidad ni menos á la suerte, débelo á su laboriosidad, á su perseverancia, á su cálculo. El sentó plaza en las filas de la moderacion, se hizo el favorito de su jefe y trabajó con brios, con constancia, con desesperacion: corrió los azares de la fortuna, cargó el cañon á la hora del peligro, se batió con gloria, se mantuvo fiel á su general y se calzó la faja. Esta es en dos palabras la historia política de Sartorius: estudiémoslo ya en su apogeo.

Sartorius es hombre de partido; hé ahí por qué la mitad de los políticos le alaba y la otra mitad le vitupera: es hombre de partido, pero quizá mas que ningun otro; y tanto, que despues de haber servido fielmente al suyo, ha tratado siempre de formarse uno particular. Para esto, ha evocado sus recuerdos, ha traido á la memoria sus épocas de desamparo y de abandono, ha tenido presente su juventud, aquellos dias en que meditaba en silencio el modo de adelantar un paso; y con la imágen de estas escenas y de estos pensamientos á la vista, se ha rodeado de la juventud, la proteje, la ampara, la acaricia y la atrae hácia sí; recluta un batallon de jóvenes, los uniforma, los reglamenta y disciplina para que formen su escolta y su reserva. ¡Cuán meritoria no seria esta empresa si esos jóvenes los sacára indistintamente de todos los partidos! pero no es así: esos jóvenes pertenecen al partido moderado, porque como ya hemos dicho, Sartorius es un hombre de partido. Provisto ya de una numerosa falange de servidores listos é inteligentes no hay obstáculo por in-

superable que parezca, que no lo allane fácilmente: encuentra por doquiera el camino espedito, conquista popularidad, asegura su posicion y poco á poco se va elevando á la categoría de jefe. Este es su sistema; esta es su marcha.

El conde de San Luis, (y con esta denominacion aludimos al período mas brillante de su carrera) se ha acreditado como hombre de parlamento. No son en verdad sus discursos de aquellos que cautivan la atencion de la cámara por lo elegante de sus formas, lo bello de sus imágenes y lo grave y lo profundo de sus pensamientos: mas que orador de esposicion y de principios es orador de polémica. Ni su edad, ni su instruccion, ni su corta esperiencia en el mundo político, le han dado todavía el renombre de tribuno, que solo se adquiere en fuerza de grandes y repetidos triunfos: tal vez llegue á conquistarlo algun dia, pero mientras tanto sucede, y por si esa ocasion no llega, limitémonos á repetir que es un orador declamatorio; digamos sin embargo que en este terreno hay muy pocos, ó quizá ninguno que le aventaje. Sartorius no ha pertenecido nunca á la oposicion moderada, ni ha tenido ocasion, desde que descuella en la tribuna de pelear en campo abierto con adversarios políticos; de aqui el que en su verdadero terreno, que es sin duda alguna la oposicion, no haya alcanzado los lauros inmarcesibles que indudablemente le hubiera tributado la prensa exagerada; pero siguiendo los naturales impulsos de su elocuencia y arrastrado por esa resbaladiza pendiente de la réplica, ha conseguido resolver un problema que hasta ahora se tenia por de difícil sino imposible solucion, que es el de aparecer como oposicionista desde el bando mismo ministerial: mas claro, Sartorius acostumbra, no á defenderse de sus enemigos, sino á hacer la oposicion á los que se oponen. Hasta el dia se habia considerado, al menos entre nosotros, que la verdadera mision del hombre de gobierno en el palenque parlamentario, era la de destruir y pulverizar los argumentos del orador rebelde, mas que con subterfugios y evasivas, con deducciones lógicas é importantes; pero desde que el jóven conde se ha lanzado á la arena tribunicia y espuesto con aceptacion unánime su doctrina, se ha abierto un ancho campo á los apologistas del poder, desde el que baten á su contrario con mas fuerza y menos embarazo que solian hacerlo cuando imperaban los buenos principios oratorios. Es necesario concederle en este punto el privilegio de importacion.

El dia que Sartorius ha de tomar parte en el debate, trátese siquiera del asunto mas trivial, y con doble motivo cuando se tercia una cuestion de importancia reconocida, bien puede predecirse que la sesion será animada y que no faltarán disturbios y recriminaciones, resentimientos y campanillazos.

Con la soltura y el despejo propios de la juventud, con ademanes cómicos aunque naturales, gallardo en su apostura, perfilado en su traje,

flexible en sus movimientos, ostentando una presencia agradable; mayor aun si oculta su abdomen un tanto voluminoso, con el antepecho del escaño ó con la gran mesa ministerial, Sartorius se presenta en la Cámara imponiendo silencio, desde el instante en que el presidente le concede el uso de la palabra. Su fisonomía entonces adquiere esa sonrisa diplomática que le es peculiar, vuelve la vista á todas partes con semblante benévolo como si tratára de recrear por algunos momentos la atencion de sus oyentes, sostiene alguno que otro diálogo á media voz con sus adláteres y admiradores, y comienza el preámbulo de su discurso de la manera mas cortés, modesta y parlamentaria: su voz es dulce, su entonacion conveniente, su lenguaje fácil y correcto; las primeras frases de su oracion van por lo comun acompañadas de las prevenciones y escusas mas satisfactorias; pero entra en materia, y entonces se desborda el torrente de su corage: dedica breves momentos á defender su opinion si es defendible, y esgrimiendo luego su espada cortadora, se apresta al ataque, eleva su entonacion, arruga el ceño, se inclina sobre sí mismo, fija la vista en su adversario, y amenazándole con todo el peso de sus armas,

le punza, le aporrea, le magulla,
le desgarra, confunde y aturrulla.

Epígrama tras de epígrama, alusion tras de alusion, reto tras reto, descarga aquí y allá mandobles sin compasion ni miramiento; y á la manera que el polvorista hábil apenas toca con su mecha encendida uno de los cohetes de comunicacion, lo asesta al castillejo y entretiene por breves instantes al espectador con una luz débil y agradable hasta que el proyectil toca á su término, y entonces inesperadamente saltan palmas de fuego por un lado, volcanes giratorios por otro, bombas de aquí, serpientes por allá y truenos y relámpagos por doquiera que estallan y aparecen, se ocultan y reproducen, crujen y centellean, perturbando la vista del observador y atronando ferozmente sus oidos, de la misma manera él deja escapar una chispa de su elocuencia que prende en el castillo de lo pasado, y evoca recuerdos, y reaparece fantasmas que horripilan, y atiza el fuego que se apaga, y revive los ódios que se estinguen, y siembra prontamente la discordia en el campo contrario, arrostrando impertérrito las consecuencias. Y á cada palabra suya sucede un nuevo y prolongado rumor: este le interrumpe, aquel le reconviene, el otro pide la palabra, los de un estremo le llaman al órden, los del otro formulan amenazas á media voz, y todos bullen, y todos gritan y se confunden todos.

El orador en tanto, fijo en su puesto y cada vez mas enérgico y decidido, no se amedrenta nunca, ni cede un punto en sus fuertes y reiteradas declamaciones. Se engrosan las venas de su frente, se enronquece su

voz, tiemblan sus miembros, y en vez de contener el ímpetu de sus palabras y dulcificar un tanto el lamentable efecto que producen, persiste una y mil veces en la senda que se ha trazado, hasta que falto de fuerzas y municiones, ó mas que todo satisfecho y gozoso de su obra, se arroja en el sillon dejando en pos de sí el tumulto y la guerra. Hé aquí sin recargar las tintas retratado como orador al vizconde de Priego.

Sartorius, como hemos dicho, se espresa con notable facilidad, y es sin disputa uno de los oradores, ya que no mas profundos, mas afluentes y amenos de la Cámara. Hay en sus improvisaciones una claridad y correccion desusadas; parece que sabe de memoria lo que va refiriendo, segun la pureza de sus frases y la elegancia con que termina los períodos; y aun en medio de la impetuosidad de su carácter y de las frecuentes polvaredas que levanta con sus discursos, hay ocasiones en que sabe encerrarse en una prudente reserva y eludir como un hábil diplomático esplicaciones peligrosas ó argumentos incontestables. Resiéntese sin embargo de un defecto que está muy en armonía con su carácter: hay en sus palabras un tanto de hinchazon y estravagancia, un aire magistral y cierto inmoderado aprecio de sí mismo, que solo podrian disculparse con los años ó con una reputacion verdadera de tribuno que, como dijimos antes, no se halla aun en el caso de ostentar.

Pero este defecto no es inherente solo á su vida parlamentaria, sino que le persigue en su vida pública y le acompaña tambien en su vida particular. Sartorius es de los hombres que no afectan joviliadad y agrado en su trato frecuente, sino que deja traslucir su mal humor y su despego aun á trueque de disgustar á la persona que se llega á hablarle. Como hombre público es de aquellos que permanecen horas y horas, dias y dias, semanas y semanas encerrado en su gabinete, sin hacerse visible para nadie y burlando á lo mejor por una puerta falsa las esperanzas de cesantes y pretendientes. Con semblante severo, contestaciones breves y terminantes, mandatos imperiosos, arranques de despecho, es una autoridad que mas que respeto infunde miedo; y en verdad que esta conducta forma un particular contraste con la que observa en medio de la sociedad de sus amigos ó en la esplendente y deslumbradora de los salones, al lado de las bellas y en contacto con grandes personages. Allí, atento, decidor, festivo, no puede compararse sino á un jóven que estando en el primer tercio de su vida, ha llegado á ministro, tiene reputacion de hombre de Estado, adornan su pecho grandes cruces y oculta su nombre de periodista con otro que pertenece al largo catálogo de los títulos.

Digamos para concluir: Sartorius, prescindiendo de la clase de opiniones que sustenta, de su conducta como gobernante, de sus desaciertos como ministro, de sus exageraciones como orador, de su carácter como particular, es acreedor á la gratitud y aprecio de los jóvenes que se

dedican á las letras, por el generoso impulso que el primero en España, ha sabido dar al arte escénico y la proteccion y amparo que dispensa á la literatura dramática de nuestro pais. Con una constancia infatigable y un celo digno de mejor suerte, ha emprendido la grande obra de regeneracion del teatro español, instituto completamente desatendido entre nosotros, precioso monumento de las glorias nacionales, plantel de artistas y de autores que un dia honren á su patria, y base muy esencial de la civilizacion y cultura de los pueblos.



X.

ALCALA GALIANO.

(*Senador.*)

Inmenso gentío se agolpa á las puertas de una modesta casa, murmurando vaga pero confusamente el nombre de un personage. No es la muchedumbre ávida de sensaciones estrañas la que se congrega; no es un teatro ni menos un circo de gimnastas el edificio ante el cual se junta; no es el nombre de un artista italiano ni el de un prestidigitador francés el que repite, no: aquella multitud pertenece á la familia de la inteligencia, es la juventud ilustrada; la casa cuyas puertas obstruye es el Ateneo, y el nombre que á cada momento se escapa de sus labios es el de Galiano.

Puéblase como por encanto el vasto salon destinado á las esplicaciones públicas; la concurrencia compacta y apiñada dirige su vista al sitio

en donde espera ver dentro de poco al gefe reconocido de los oradores españoles: una espresion de ansiedad se retrata en todos los semblantes, y un sentimiento unánime de aprobacion se advierte en el momento en que Galiano aparece á la faz de su auditorio. Aquellos mil jóvenes que espontáneamente han acudido á la cátedra del Ateneo, ignoran en su mayor parte la materia de que va á tratarse; no les conduce á aquel sitio la esperanza de oir de boca de una autoridad competente las doctrinas que mas halagan su imaginacion; no van á empaparse de nociones que tengan relacion alguna con sus respectivas carreras; ni llevan el propósito de seguir un curso especial de este ó el otro ramo de la ciencia; van allí atraidos por la estensa fama del tribuno, á admirar en su mas bella muestra el portentoso arte de la palabra; van en fin á escuchar á Galiano. Ya hable de la revolucion francesa, ó de la literatura del siglo XVIII, ó de derecho público, ó de viajes, ó de ciencias políticas, ó de cualquiera ramo de los humanos conocimientos, ello es que los concurrentes esperan verle desplegar sus grandes dotes de orador y entusiasmarse y aplaudir al final de cada uno de los brillantes períodos de su discurso. Así sucede ahora: así ha sucedido siempre.

Galiano principió su carrera por donde comienzan los agitadores de todas las naciones y los grandes políticos de todos los pueblos: principió por hacerse orador; por arrastrar en el torrente de su elocuencia á la multitud; por conquistar los aplausos hasta de los que pensaban de una manera diferente á la suya. Desde su juventud hasta su vejez, desde *La Fontana de Oro* hasta el Senado de mil ochocientos cincuenta, pueden haberle negado todas las buenas cualidades de hombre, pero ninguno se ha atrevido á disputarle la de orador. Bien es verdad que esto seria imposible, porque el que una vez le escucha; el que pasa á su lado en uno de aquellos momentos en que hace uso de sus inmensas facultades; el que se siente aunque sea contra su voluntad bajo la influencia de uno de sus discursos, por mas que se cuente en el número de sus mayores enemigos, y quisiera confundirle por su apostasía y deseára hallarle para hacerle blanco de las mayores invectivas, ese mismo hombre, decimos, no puede menos de dejar en suspenso sus iras y prestar atencion como los otros, y sentir cuando él siente, y llorar cuando él llora, y al fin de cada período elevar y batir sus palmas con la violencia que lo hacen los demas, aunque repuesto en tanto de la sorpresa del momento, medite y reflexione para decirle «*maldito seas.*» Tal es el poder de su elocuencia.

Galiano es una máquina de hablar; pero no una de esas máquinas que escuchamos diariamente por desgracia en las populosas capitales, y que nos cansan con su constante y monotona palabrería, sin que podamos percibir nada de ellas que revele instruccion, talento ni agudeza: Galiano posée el *don de la palabra*, en el buen sentido de esta frase; y decimos en su buen sentido, porque en muy pocas ocasiones está mas estraviado

el parecer de la generalidad que en la verdadera y lógica asercion de ese atributo. Dicese comunmente que tal ó cual sugeto carece de dotes naturales y que sin embargo cuenta con el *don de la palabra*: este es un error tan grave como frecuente y que no nos creemos dispensados de refutar. Ser tonto y tener el don de la palabra, es imposible; carecer de talento, de instruccion, de mundo, de una capacidad á prueba, y tener el don de la palabra, es cosa que ni se concibe ni se esplica, que ni debe decirse ni en manera alguna puede creerse. La palabra es la espresion del pensamiento, el retrato de la idea, la personificacion, digámoslo así, del juicio. En tanto convence la palabra en cuanto la razon y la verdad predominan en el discurso. Si la palabra hace sentir, si instruye, si deleita, si conmueve, si encanta, si persuade, es porque el que la pronuncia, siente mas que todos, sabe mas que todos y comprende como ninguno. Se puede ser un grande hombre y no tener el don de la palabra; pero no se puede tener el don de la palabra sin ser un grande hombre. Y hé aquí por qué necesitábamos rectificar la opinion de la multitud, y hé aquí precisamente por qué queremos fijar como es debidola diferencia entre el orador y el charlatan, entre el tribuno y el fabricante de palabras, entre el hombre que nos arrebata con su discurso y el que nos molesta y nos aburre con su conversacion.

Galiano, volvemos á decirlo, es una verdadera máquina de hablar; pero por lo mismo que es una verdadera máquina, ejecuta y ha ejecutado siempre movimientos diversos, segun el diferente estado y situacion de las piezas de que se compone. Así es que ha recorrido las escalas todas de la oratoria desde la mas popular y libre hasta la mas impopular y represiva, segun que ha caminado desde la democrácia al monarquismo; desde la exageracion de las doctrinas liberales, hasta la exageracion de las doctrinas retrógradas: y como no ha sido hombre de accion en el gobierno ni gefe de gran prestigio sino entre las masas, de aquí el que su vida pública haya sido su vida de orador, y que sus transiciones y sus cambios se hayan verificado siempre por medio de la palabra. Retratar á Galiano como orador, es retratarle como político.

Pero gran Dios! ¡¡es tan feo como orador!!!

—Sí, Galiano: perdona que dirijamos nuestra máquina fotogénica hácia tu persona en el momento en que dominas la atencion del auditorio con el encanto mágico de tu palabra, aun á trueque de que tu faz no aparezca con aquella gracia y donosura con que suelen aparecer otras en la plancha de zinc de nuestros retratos. Si fuera posible que te mirases al espejo en uno de esos instantes, y que haciendo abstraccion de las ideas que bullen en tu cerebro fijases toda la atencion en tu figura, ¿cómo habias de permanecer sério contemplándola! ¿Cómo tú, el mas chistoso, el mas decidor, el mas bromista de los hombres habias de contener una estrepitosa carcajada al ver tu propia caricatura en el espejo veneciano? ¿Cómo

tú, el primero de todos los oradores oposicionistas, habias de dejar de hacer la oposicion á tu figura? ¿Cómo tú, que te entretienes en punzar á tus adversarios, que los martirizas con tus reiteradas chanzonetas, que los aplastas con el peso de tus sarcasmos; tú, el mas incisivo, el mas acre, el mas epigramático de todos los hablistas, cómo habias de dejar de volver las afiladas armas que manejas, contra tu persona?

Cuando inclinas á un lado la cabeza, y levantas los brazos y diriges cada uno de tus ojos hácia puntos diametralmente opuestos, y mueves al acompasado son de la palabra los brazos á la altura de la vista y el cuello en dulce coloquio con el terciopelo encarnado de tu bufete; si te vieras entonces, sin duda alguna que reformarias la parte mímica de tus discursos ó los pronunciarias con la impasibilidad y disimulo que emplean en sus diálogos las figuras de carton de las comedias de mágia. Tú no sabes que ese inmenso gentío que acude á escucharte, sale siempre satisfecho de tus palabras, pero nunca satisfecho de tus ademanes. Observa que cuando con ese natural gracejo que te distingue ridiculizas tu propia figura ó te lamentas de la poca belleza de que te dotó el Criador; observa, repetimos, la esplosion de risas naturales que se manifiesta en el concurso: aquellas risas son el sí de todos los oyentes, la afirmacion de tus palabras, el medio de que se valen para manifestar que están enteramente acordes con la espresion de tus propias burlas. Más te valiera pronunciar los discursos dentro de un fanal empañado ó detrás de una bambalina como traidor de comedia que se deja entender sin ser visto.

Oh! grande, muy grande debe ser tu elocuencia cuando mirándote cara á cara y contemplando tus gestos nada sublimes ni hechiceros hay quien sienta de la manera que sienten los que te escuchan, y quien se entusiasme y quien te aplauda como todos te aplaudimos. Sí, grande y arrebatadora es tu elocuencia, ora trates de los mas elevados asuntos de la historia, ora reveles los arcanos de las ciencias, ora recorras el florido campo de la literatura, ó ya desciendas á las festivas y agradables consejas con que de vez en cuando amenizas tus peroraciones. Grande y arrebatadora es tu elocuencia cuando interrumpes un momento el hilo de tu discurso, para dar lugar á un paréntesis que aclare el concepto que esplicabas y dentro de aquel á otro paréntesis y un tercero á propósito del segundo á cual mas oportuno, pero entretenido y dilatorio en términos de que los que te escuchan juzguen perdida la sucesion de tus ideas, hasta que con aquella claridad y precision de que tú solo dispones, vuelves á anudar el curso de tus razonamientos sin separarte un ápice de la base capital de donde partias. Sí, incomparable es tu elocuencia cuando en medio de tantos y tan diversos puntos como tocas y de tantas y tan alternativas modulaciones como empleas, nunca esperimentas el menor retraso en la espresion de las palabras, ni desfiguras ni manchas tu discurso con una frase impropia ó inconducente.

Sí, grande es tu elocuencia cuando convenciste ayer á la multitud de que el trono era una institucion menguada y poco menos que inútil, al menos entre nosotros, y hoy la convences de que en vez de uno debieran establecerse dos. Grande es tu elocuencia cuando el pueblo enardecido por el fuego de tus discursos se concitaba á la pelea en el salon de la *Fontana de Oro* porque así lo querias, y deponia las armas mansamente en el momento en que volvias á ordenarlo, porque tal era tu voluntad ó tu capricho. Grande ès tu elocuencia cuando persuades á cuantos te escuchan de que la sucesion natural de las ideas y los acontecimientos te ha hecho dar una completa vuelta en tu rumbo político sin haber variado de posicion ni alterado el paso de tu marcha. Grande debe ser tu elocuencia cuando tan satisfactoriamente nos esplicas lo que tu correligionario y *hermano político* Gonzalez Brabo, á pesar de su ilustre travesura, no ha podido esplicarnos todavía.

Pero, oh! tú tienes un consuelo sobre todos los hombres políticos y sobre todos los apóstatas; y ese consuelo es el de que la maledicencia no haya podido cebarse en tus cambios de trages ni en las diferentes trasformaciones de tu vida! Tú te conservas puro á los ojos de la multitud en la cuestion metálica que suscitan las convicciones reformadas; y puedes hacer con arrogancia que crean en tu metamórfosis porque eres pobre: pobre como el mas honrado de los consecuentes, como el mas patriota de los patriotas puros, como el mas pobre de los pobres. Tú empleaste una pingüe fortuna en beneficio de tus ideas creyendo que lo hacias en provecho de tu patria, y ni esa patria te ha pagado, ni tú te has hecho cobro cuando la ocasion te se presentaba para ello. Tú deboras en silencio ese abandono de que eres víctima por parte de los mismos á quienes tantos bienes has causado; y ellos, ingratos ó perversos, han hecho contigo lo que un rey de la Arabía hacia con los delatores: admitir la delacion y fusilarlos luego.

Sí, desgraciado Galiano: tú debias ser, ya que no un potentado, porque bastantes hay á costa de los sudores de ese pobre pueblo que trabaja; ya que no un gran capitalista como algunos de los que han gustado la dulce panacea del lecho de espinas; ya que no poderoso, al menos hombre acomodado, como lo son algunos de los que se han encontrado á tu altura, sin que por esto se les tache de malversadores ni truanes. Pero tú, no tienes ni aun lo preciso para vivir holgadamente; tú vegetas humilde ni mas ni menos que un leguleyo adocenado; tú te acomodas á llevar en las solemnidades públicas un uniforme de secretario ó de ministro con el talle debajo de los brazos y los faldellines besando á la cadera. Y con todo, has sido secretario del Despacho y eres senador, y ostentas en tu pecho una gran cruz de las mas ilustres de la monarquía, y desciendes de célebres varones que han honrado á tu patria.... Oh! aprende, Galiano, á juzgar á tu siglo juzgándote; aprende á mirar á tus contemporáneos

dirigiendo una mirada lastimosa á tu uniforme. Y no tengas ni aun el consuelo de que las generaciones futuras bendecirán tu memoria, ni esperes que te citen como modelo de honradez y probidad política; porque en el desgraciado pais en que has vivido, y en los gloriosos tiempos que alcanzamos, al que roba se le llama ladron, pero al que no roba se le dice tonto.



XI.

OLOZAGA.

(*Diputado.*)

Si hubiéramos de guiarnos por el modo de conducirse en la sociedad ciertos hombres que, lanzados en ella cual verdaderos advenedizos, parecen sin embargo encontrarse siempre en su centro y hallarse familiarizados con todas las posiciones, dignidades y categorías, estaríamos tentados á creer que esos hombres poseen un instinto mas que el resto del género humano, instinto no descubierto todavía por los naturalistas ni los fisiólogos, y que nosotros llamaríamos *instinto del mundo*, en atencion al innato y casi intuitivo conocimiento del mismo que comunica á los que le poseen. En efecto, hay ciertas personas para quienes nada hay estraño ni digno de admiracion en la tierra; que no conocen dificul-

tad para concebir ni ejecutar proyecto de ninguna especie; que cuentan con los elementos necesarios á sus fines, como si los tuvieran en su mano, y que colocados en circunstancias anómalas y estraordinarias, saben, sin embargo, vivir y manejarse tan perfectamente como si hubieran nacido y educádose en medio de ellas. Esas personas hacen desde niños lo que parece solo reservado á los hombres de gravedad y de esperiencia; hablan de todo con el mismo aplomo y la misma autoridad que si no ignorasen nada; deciden una cuestion como pudieran hacerlo los mas peritos y versados en ella; tratan á todas las gentes como sus iguales, y harian el oficio de reyes con tanta dignidad como el Soldan de Persia, el Czar de todas las Rusias ó el señor del Celeste imperio. Verdaderos cosmopolitas del mundo moral, como lo somos todos, y ellos mas todavía, del mundo físico, recorren todas las gradas de la escala social sin el menor tropezon ni entorpecimiento; habitan cómodamente cualquiera vivienda; andan con seguridad por cualquier camino; respiran en cualquier region á sus anchas, y visten tan holgadamente la casaca del general como la toga del magistrado, la muceta del doctor como las hopalandas del estudiante. Cómicos consumados desde que ven la primera luz del dia, diríase que salen del vientre de su madre al mundo, como sale un actor á la escena desde su pieza de tocado, á representar segun el mismo mundo se los reparte, los papeles de noble ó plebeyo, banquero ó mendigo, príncipe ó lacayo. Uno de nuestros grandes literatos, con cuya amistad nos honramos, y para cuyo retrato, notable por mas de un concepto, tenemos ya preparados nuestro tosco pincel y poco brillantes colores, suele decir con todo el tono de autoridad que le prestan su vastísimo saber y su no menos vasto y profundo talento, que tres cosas son las que se necesitan para medrar en el mundo: *no conocer la vergüenza* (en la acepcion mas limitada y honrosa de la palabra), *no haber conocido la vergüenza*, *ni haber de conocer la vergüenza*; y si el prestigio que ya tiene para nosotros esta máxima, por los respetables labios de que procede, no fuera bastante á convencernos de la eficacia de su aplicacion en la práctica, lo seria seguramente el ejemplo de esos hombres de quienes hablábamos hace un momento, y en cuya conducta tan fecunda en resultados ventajosos, se distingue el único móvil capaz, segun nuestro amigo, de producirlos. Una prueba de ello es el personage cuya semblanza nos proponemos bosquejar en estas páginas.

La primera cualidad que se descubre en D. Salustiano de Olózaga es la audacia (y no estará demas el recordar que este es el sentido en que tomamos aquí la falta de vergüenza); pero esa audacia que todo lo atropella, que no repara en nada, y que arrostra con la mas tranquila indiferencia aquellas acciones de la vida que se consideran como crísis por la generalidad de los hombres. Niño todavía, se le vé á Olózaga subido en una mesa de la *Fontana de Oro*, perorando *sans-façon* en medio de los

mas ardientes patriotas de 1820; fulminando anatemas de excomunion política contra algunos monges que, siendo sus maestros, cometieron el pecado de castigar cierta travesura de su poco sumiso discípulo, y entusiasmando á su auditorio con la vehemencia y la facundia de su pueril é improvisado discurso. Mas tarde, jóven ya, aunque apenas entrado en la edad de las pasiones, viste el honroso uniforme de la milicia, asiste con sus compañeros á los funerales del Código de 1812 en Cádiz, y vuelve á Madrid á alimentar su odio al absolutismo con las persecuciones de una reaccion, la mas desenfrenada y bárbara. No le abandona en esta época su audacia; por el contrario, fortificada con los años y la esperiencia, no bien encuentra una ocasion donde ensayarse, le arrastra á figurar en una conspiracion imprudente que cuesta la vida al honrado Miyar, y que le coloca á él á dos dedos del cadalso. Sálvase sin embargo de este suplicio, merced á su misma audacia, y siempre favorecido por esta cualidad que, como ya dijeron los antiguos, es el iman de la fortuna, consigue llegar á un pais hospitalario, y volver al cabo de algun tiempo al suyo para empezar su carrera política y parlamentaria. Desde entonces, colócale desde luego en primera línea su audacia; su audacia es la que le proporciona uno de sus primeros triunfos en el Estamento, donde no bien entrado Isturiz, recien nombrado ministro en premio de una desercion injustificable, y cuando aun no habia mas antecedentes que esta misma desercion para juzgar de su conducta como consejero de la Corona, fulmina contra él en aquella sesion célebre, en union con algunos de sus compañeros, un voto enérgico de censura; y por último, con su audacia sube á las primeras dignidades del Estado; con su audacia contribuye poderosamente á la ruina y el descrédito de dos poderes constituidos; con su audacia se asienta en la presidencia de un parlamento equívoco; con su audacia se apodera en una situacion dificilísima de las riendas del gobierno; con su audacia intenta una reaccion peligrosa en favor de sus principios, y con su audacia se derrumba tambien y cae otra vez á dos pasos de la ignominia ó del suplicio, aunque sobre la alfombra y bajo el manto de proteccion y de gloria que le tiende su partido.

No es esto decir sin embargo que no posea otras prendas eminentes Olózaga. Grande es ya de suyo la que en nuestra humilde opinion le caracteriza tanto; grande y utilísima y casi diremos necesaria en todo hombre público, no olvidando la manera como aquí la hemos entendido; pero aun adornan otras no menos notables á D. Salustiano Olózaga, y entre ellas debemos ocuparnos en lugar preferente de una que, en union con la que ya dejamos apuntada, puede decirse que constituye el verdadero fondo de su carácter. Hablamos de esa habilidad admirable que en todas ocasiones ha desplegado Olózaga; de esa sagacidad por cuyo medio ha sabido siempre mantenerse á la poca ó mucha distancia que le ha convenido de ciertos hombres y ciertas doctrinas, en una palabra, de esa

cosa que en el lenguaje de nuestros dias, y con singular propiedad, ha dado en llamarse *tacto político.* Pocos hombres habrá que posean esta cualidad en grado tan eminente; pocos los que la hayan empleado con mas oportunidad ni fortuna; muy pocos tambien los que hayan sabido mejor ocultarla. Avido de popularidad en los comienzos de su carrera política, se le vió mas de una vez, siendo la primera autoridad de la córte, mezclarse con satisfaccion y orgullo entre sus compañeros de milicia, cubierto con el sencillo uniforme del ciudadano-soldado, recordar en sus proclamas este título á la estimacion pública, y complacerse en ostentarle en los actos mas solemnes. Por la misma época se le oyó tambien á Olózaga hacer en la tribuna y en la prensa solemnes votos porque *la Constitucion de* 1837 *fuera el sepulcro de todos los partidos*; abogar con fervor y entusiasmo por los *derechos imprescriptibles del pueblo*, y pronunciar en contestacion á una punzante crítica de Galiano aquellas palabras que, á no conocer al personage que las dijo, parecerian el *ex-abrupto* de algun orador de la *montaña*: *no me precio de retórico y sí solo de patriota.* Pues bien, ese mismo hombre fué el que defendió en el parlamento la pension de la viuda del conde de Donadio, muerto en 1836 en las ocurrencias de Málaga; el que propuso que se castigára severamente á los que el 24 de febrero de 1840 atentaron contra la dignidad de las Córtes, y el que ha procurado siempre, siquiera en la apariencia, robustecer el principio de autoridad tan hollado y escarnecido hasta hace algunos años en España. Y sin embargo esta conducta, que en otros hubiera parecido una contradiccion manifiesta, al menos á los ojos del vulgo, le ha valido á Olózaga su popularidad al mismo tiempo que su reputacion de hombre de gobierno, dos cosas que, á la verdad, no suelen caminar mucho tiempo unidas. Como actos de habilidad y de tacto político, pudiéramos recordar tambien la conducta de Olózaga en el pronunciamiento de setiembre de 1840, en que habiendo protestado antes y despues contra toda especie de adhesion á los revolucionarios, se hizo sin embargo aceptar por ellos y llegó á ser uno de sus apóstoles y caudillos; la táctica de ese mismo hombre para arrojar el blandon de la discordia al mismo tiempo que proclamaba la paz con labio hipócrita; su sistema de repartir esperanzas á derecha é izquierda con la equidad suficiente para merecer la confianza de unos y otros; su cortesanía en Palacio; el modo de captarse la benevolencia de la Reina, siendo su ayo, hasta el punto de merecer el alto honor de recibir de las augustas manos la insigne órden del Toison de Oro; y por último, su elevacion al ministerio en 1843, en hombros de un partido sagaz, astuto y solapado, á quien habia hecho siempre una guerra á muerte, y al cual pensaba é intentó, mas pronto de lo que le conviniera, entregar atado de pies y manos á sus contrarios. La habilidad de Olózaga es toda la que se requiere en los diplomáticos de nuestros dias; habilidad que en nada cede á la de los hombres públicos mas de-

cantados de otros paises, y que le dió á aquel personage los medios de desempeñar con tanto provecho para el gobierno y para sí propio, durante la Regencia de Espartero, su elevado cargo de ministro plenipotenciario en la capital del mundo civilizado.

Olózaga está dotado de un gran talento; de un talento natural, vasto y despejado, que en nada se asemeja al de esas capacidades brillantes que tanto abundan entre nosotros y que se eclipsan, apenas se las trata con la piedra de toque de la aplicacion y de los hechos; pero fáltanle profundidad y solidez, achaque tambien muy frecuente en la mayor parte de nuestros políticos, y acaso por esta razon, no es lo que se llama un hombre de gobierno. Pero hay otra mas poderosa: su indecision, la poca firmeza que muestra en sus propósitos; indecision que le ha hecho incurrir en muchas contradicciones, así en sus actos como en sus palabras, y que es la causa de que, atreviéndose á todo, no se decida á poner por obra nada. Singular antagonismo de los impulsos de la naturaleza!

Olózaga ha sido liberal, como hemos dicho, desde sus primeros años, y se ha mantenido siempre en una línea avanzada de esta escuela, si bien modificando algun tanto con el tiempo sus ideas de administracion y de gobierno. Pero aparte del sistema político que profesa el partido progresista, en cuyas filas ha militado y milita aun en el dia, ha tenido él una política que pudiéramos llamar personal, sin negarle por esto miras patrióticas y honrosas; política que consiste en abrirse paso á través de los antiguos bandos, para encadenarlos despues á su carro de triunfo, y mandar sin ellos y á pesar de ellos. Este plan, que por aventurado y absurdo que parezca, lo ha puesto en planta Olózaga desde su primera diputacion en las Córtes constituyentes, debia llevarle necesariamente á las regiones del poder, no sin peligro de hundirse, como sucedió al fin, con estrépito; pues únicamente hubiera podido sostenerse, echándose en brazos de uno ú otro lado del Parlamento, y hé aqui precisamente lo que, en virtud de su mismo plan, no ha tratado de hacer nunca Olózaga. Por el contrario, colocado en hostilidad permanente con todos los gobiernos, alejado de uno de los partidos, asiéndose indemne de los errores y de las desgracias de entrambos, se le ha visto casi siempre sentado en las filas de la oposicion, dirigiendo nutridos cuanto certeros tiros á todo ministerio, ora haya tenido su orígen en los bancos de sus compañeros ó en los de sus enemigos y adversarios. Un solo gabinete ha apoyado Olózaga con todas sus fuerzas, el de Cortina en 1840, y ese sin duda fué porque duró muy poco; no respondemos de que le hubiese permanecido fiel, si hubiera sido mas estable. En este punto, Olózaga es la perfecta antítesis de Martinez de la Rosa. Este no concibe á un hombre sino ministerial: aquel no concibe á ningun político sino en la oposicion.

Vamos á considerar á Olózaga bajo su principal y mas recomendable aspecto; como orador, como hombre parlamentario. Cualidades poco

comunes, así físicas como morales posée para este cargo, y no son las menos á propósito, su voz llena y sonora, su presencia magestuosa y simpática, su tono digno y reposado, accion espresiva, actitudes regulares y un tacto especial para elegir controversias de interés y esquivar aquellas que pueden ser de un éxito dudoso ó desfavorable. Fogoso en ocasiones, acre, incisivo con los contrarios, ordenado y claro en la argumentacion, feliz y oportuno en las réplicas, susceptible á veces de entusiasmo, es mas apto para la agresion que para la defensa, y brilla sobre todo en la novedad que sabe dar á las cuestiones, y en la delicadeza con que reprende los deslizes de sus contrarios.

Todo contribuye en él para hacerle un orador de primer órden, no solo respectivamente á los de otros paises, sino comparable y quizá con ventaja al mas celebrado de nacion alguna. Bien es verdad que él comprende todas las cualidades y raras prendas que le adornan, y procura sacar partido de ellas tal vez de un modo exagerado. Olózaga desdeña las cuestiones de poco interés, así como á los hombres que no han conseguido colocarse á una altura tan respetable y distinguida como la suya. Jamás rompe el silencio para hacerse cargo de incidentes triviales y en los que no se tercia un asunto vital para la causa de su partido. Solo cuando llega este caso, y en el momento preciso en que el público aguarda la salida del primer actor para que decida del éxito del drama, es cuando Olózaga se presenta en la escena vestido de relumbron y armado de todas armas. Entonces se apodera de la tribuna, y se crece en ella y domina á su impaciente auditorio con la fuerza de su argumentacion y con el poder de su palabra: entonces hace ver que hasta alli ninguno se ha ocupado de la cuestion en su verdadero y único sentido, y que él solamente está llamado á resolverla de la manera mas conveniente y justa: entonces envuelve á sus contrarios, les analiza sus discursos, les comenta sus frases y les hace incurrir en un sinnúmero de contradicciones. No basta que sus asertos reconozcan un fundamento falso ó cuestionable; no basta que sus doctrinas repugnen á la generalidad del concurso, para que todos y cada uno de cuantos le escuchan dejen de darle la razon y de ponerse á su lado, aunque no sea mas que mientras resuenan sus palabras. Quizá hay exageracion en su manera de decir; quizá abusa de la autoridad que tiene adquirida en fuerza de sus triunfos; quizá confia demasiado en la admiracion de sus oyentes, cuando quiere imponerles la ley sobre su corazon y sobre su conciencia; pero algo ha de concederse al mérito y á la superioridad de que indisputablemente goza como hombre de Estado y como orador político.

Muchos y muy notables discursos ha pronunciado Olózaga en quince años consecutivos que lleva ocupando la tribuna; y debemos citar en primer lugar la defensa que hizo en las Córtes constituyentes de la unidad religiosa, defensa grave, razonada, elocuente sin declamacion, per-

suasiva, tierna y afectuosa á veces, que concluyó con este rasgo oratorio, capaz por sí solo de infundir la conviccion en los ánimos de sus oyentes: «Mezclemos, señores, principios religiosos á la division política en que nos hallamos, y ¡pobre España entonces!» No pasaremos tampoco en silencio la sentida peroracion de Olózaga en favor de la pension propuesta para la viuda del conde de Donadio, peroracion de que ya hemos hecho mérito, y que contiene estas palabras á la vez dignas y enérgicas: «Como damos las gracias á los militares que vencen en el campo de batalla, del mismo modo debemos darlas á las autoridades civiles y á los magistrados que sin ninguno de los estímulos que animan á aquellos, saben sostener su autoridad y perecer por mantener el órden.» Pero donde Olózaga se colocó como orador á grande altura fué en el Congreso de 1843, el dia 23 de mayo, cuando levantándose en aquella sesion célebre, en medio de la zozobra y de la agitacion de que estaban poseidos todos los ánimos, lanzó con voz solemne aquella esclamacion imponente: DIOS SALVE A LA REINA! DIOS SALVE AL PAIS! que produjo una conmocion eléctrica en las tribunas y en el Congreso, y que sirvió muy pronto de divisa en las filas aprestadas de todas partes y en todas direcciones al combate. En aquella ocasion ejerció Olózaga grande influencia en el Parlamento; bien es cierto que desde su primera diputacion la ha tenido siempre en las decisiones de la Cámara popular, habiendo llevado en muchas legislaturas casi todo el peso de la discusion, ya como individuo de la mayor parte de las comisiones importantes, ya como uno de los jefes mas autorizados de su partido, ya tambien presentando de su cuenta enmiendas y proposiciones que necesitaban un campeon activo y resuelto.

Por lo demas, y con esto concluiremos el presente artículo, en el que no hemos podido menos de traspasar los límites que nos habíamos prescrito, en atencion á la importancia del personage de que es objeto; por lo demas, Olózaga profesa la carrera del foro, y la ha ejercido en alguna época de su vida con lucimiento, si bien no con todo el que era de esperar de sus escelentes dotes, sin duda por su poco vasta instruccion en materias legislativas y por el escaso interés y detenimiento con que las ha mirado, distraido por tareas de otra especie. Sus honorarios, como abogado, le han bastado sin embargo para el sostén cómodo y aun lujoso de su casa y de su familia, en aquellas ocasiones en que no ha disfrutado de ningun empleo, cosa que le ha sucedido con harta frecuencia, habiéndolos mas de una vez perdido ó renunciado por motivos de delicadeza y de consecuencia política, como renunció el cargo de Gobernador de Madrid, á la subida de Isturiz al ministerio, para hacerle, segun ya dijimos, una oposicion sin tregua, y como perdió la plaza de fiscal togado de Guerra y Marina, por no consentir que se sacára de quicio ni se amoldase al capricho de intereses bastardos y de influencias ilegítimas la causa for-

mada á Narvaez y Córdoba por los acontecimientos de Sevilla. Y siendo entonces como lo habian sido siempre estos generales sus enemigos políticos, es tanto mas digno de elogio aquel rasgo de rectitud y entereza, el cual unido al hecho no menos laudable de haber salvado la vida, con la compañía de la milicia que mandaba á algunos monges próximos á perecer en la execrable matanza de los religiosos que, con escándalo y horror de la humanidad y de la civilizacion moderna, se perpetró en la córte en 1834, dan una idea de la pureza de sentimientos y de la grandeza de alma de D. Salustiano Olózaga; y cuenta que aun vive un humilde novicio de S. Isidro, á quien sacó él mismo de entre sus compañeros moribundos, y que podria atestiguar la verdad de esta última accion en grado heróico caritativa de nuestro personage. Los que han tachado de ambicioso á Olózaga, no han podido aducir como prueba de su aserto mas que la manera inusitada y repentina con que obtuvo la insigne órden del Toison de Oro; mas, prescindiendo de la espontaneidad con que no pudo menos de conferírsele esta gracia, á pesar de las calumniosas conjeturas que sobre ella suelen hacerse, y del respeto debido á una decision adoptada en uso de sus facultades, *motu propio*, y sin intervencion alguna por el poder régio, todavía es disculpable y legítima una aspiracion tan honrosa, como lo son todas las que emanan del talento, de la capacidad ó del génio, tres cosas que á nadie le ha pasado por las mientes negar á D. Salustiano de Olózaga. Y sobre todo, si en una sola accion de su vida, una sola, cuando tanto abundan en la vida de otros muchos, pudo cometer aquel personage una falta, de ningun modo una culpa, no se dirá que ha medrado con los productos oficiales de sus empleos; que se ha enriquecido á costa del sudor de los pueblos; que ha vendido su honor y su ciencia, á dádivas é intereses mezquinos; y cuando se le vea pasear, como suele hacerlo, á pié, pobre y humilde, por algun solitario sendero del Retiro, llevando de la mano á sus tiernos niños, ya huérfanos del regazo materno, siempre le acompañará el saludo del honrado ciudadano, preferible mil veces á las reverencias y contorsiones de oficio, y le seguirá á todas partes y mas allá de la tumba el respeto y la admiracion de sus contemporáneos.



XII.

ESCOSURA.

(*Diputado.*)

Cuéntase de este jóven ex-ministro, que siendo gefe político de Madrid, recibió un dia una carta de cierto elevado personage, la cual con corta diferencia estaba concebida en estos términos:

«*Escosura:*

»*Tengo un empeño formal, y me asisten graves razones para suplicarte, que saques de la gefatura política de Madrid, á Fulano de Tal...*»

Escosura dobló la carta instantáneamente; mandó llamar su secretario y firmó en el acto un oficio de destitucion. El alto personage de la carta quedó servido.

Algunos dias despues, recibió otro billete rubricado como el anterior, y que venia á decir de este modo:

«Mucho estraño que hayan pasado tantos dias, sin que mi recomendado ocupe el puesto que te indicaba; y como pudiera habertese olvidado, he creido oportuno recordártelo...»

Escosura se llevó la mano á la frente, reflexionó un momento, y tirando del cajon de su *secretaire*, buscó la primera carta, que recordaba no haber leido completamente, y que estaba concebida asi:

«*Escosura*:

«*Tengo un empeño formal y me asisten graves razones, para suplicarte que saques de la gefatura política de Madrid, á Fulano de Tal, donde no creo que sean muy indispensables sus servicios; y que lo lleves al... en cuya dependencia podrán utilizarse sus trabajos como corresponde, etc., etc.*»

Con la completa lectura de esta carta, Escosura lo comprendió todo. Mandó llamar inmediatamente al funcionario destituido, y dándole mil satisfacciones por la manera brusca que le habia separado del empleo, le entregó en el acto el nombramiento para su nuevo cargo, tal y como la elevada persona lo solicitaba.

Semejante suceso, de cuya veracidad podemos responder casi de un modo indudable, prueba mejor que cuanto pudiéramos decir el carácter de este diputado. Vivo, impresionable, arrebatado, poco á propósito para el exámen maduro y frio de los negocios, pero demasiado resuelto para poder contener el ímpetu de su fogosa imaginacion, es hoy con sus cuarenta años, y su alta categoría civil, tan militar como lo era en su juventud, cuando servia á su patria en el estado mayor del general Córdova. Enemigo del justo medio, y mas enemigo todavía de los que no piensan á su manera, fué el último que abandonó la causa de la Reina regente, cuando estaba en las filas de la moderacion: asi como cuando milita en las huestes del progreso, es la primera persona que marcha á tomar aires, despues de un motin popular. Hombre de gran carácter, y sobre todo esclavo de sus convicciones políticas, sirvió á los suyos mientras les creyó útiles á su pais; y les sirvió con energía, con desinterés, con patriotismo; pero cuando se persuadió de lo contrario, cambió de rumbo, se colocó en el bando opuesto, y desde alli les hace una guerra sin tregua, sin descanso, sin conmiseracion.

Escosura es uno de los hombres públicos, en quienes la maledicencia en asuntos de moralidad, no ha cebado sus tiros: subió al poder, con algunos bienes de fortuna; bajó del poder sin nada, y por mejor decir, con algo menos que nada; y á pesar de esto, se ha visto envuelto en una acusacion de concusionario. El abandonar, pues, el partido moderado, no ha sido en él traicion sino honradez; no ha sido inconsecuencia sino necesidad. Al dejar un puesto importante entre los conservadores que mandaban, para aceptar el último entre los progresistas vencidos, no fué un apóstata; fué un mártir.

Escosura, como tantos otros, habia equivocado su carrera. El era li-

beral exaltado desde su juventud, por temperamento, por carácter, por educacion. Tal vez su trato con los hombres que constituyeron mas tarde el partido moderado le hizo afiliarse en él; pero aun asi, no pertenecia á la fraccion de los templados, sino que marchaba delante de los mas decididos; y esto, en el sentido de la espansion, de la franqueza, del puritanismo. Cuando gritaban los moderados, gritaba Escosura: cuando los moderados callaban, Escosura queria gritar. Su paso por consiguiente de un partido al otro, no ha sido violento ni forzado; antes bien muy natural y comprensible. En la carrera de las armas alcanzó, sino empleos, al menos heridas, consideracion y honores: en la carrera política conquistó, sino títulos, al menos crédito, popularidad y fama. Hé aqui, por qué ha sido tan grande adquisicion para el partido progresista. ¡Lástima que le haya llevado una gran cruz de Isabel la Católica!

Un dia se ocupaba el Congreso de la cuestion política mas importante que se ha puesto á discusion en las cámaras españolas durante el último período constitucional. Tratábase de una acusacion lanzada por lo mas respetable de un partido, contra individuos de su seno que acababan de ocupar el poder. Entre los acusados, habia solo uno á quien por lo bien templado de sus armas, y por su larga esperiencia en las lides y contiendas parlamentarias se creia llamado á sostener todo el peso de la defensa. Este diputado, de quien trataremos dentro de poco, conocia sin embargo las relevantes dotes, hasta entonces ocultas, de uno de sus compañeros; y asi que le cedió la primacía en el uso de la palabra. Escosura, pues, se levantó por vez primera en el Congreso á defender el honor de un muy su amigo, al propio tiempo que el suyo y el de sus demas cólegas de gabinete. La ocasion era solemne: su posicion como orador magnífica. El discurso que pronunció esta vez, bien puede compararse con los mejores de su género que se han dicho en las cámaras españolas. Aquel dia, el primero de su vida parlamentaria, dejaba Escosura de ser moderado, pero principiaba á ser uno de los mas importantes oradores del partido progresista.

No sabemos si desgraciada ó afortunadamente se verificaba este cambio, aunque mas bien estamos por lo segundo, si atendemos á las especiales condiciones de su carácter. Hombres de su temple, oradores de su estilo no pueden acomodarse nunca á tratar las cuestiones del modo mesurado y grave que se requiere en los apóstoles del justo medio; necesitan grandes inspiraciones, han menester hasta de exageracion y escentricidad para hacer gala del fuego de su imaginacion y de la grandeza de su alma, y esto solo tiene lugar en los partidos estremos, porque de sus doctrinas es la inspiracion y el entusiasmo.

Escosura habla con la brillantez que el que mas, y con una facilidad como ninguno. No son sus oraciones, sin embargo, de esas que deslumbran solo por lo florido del lenguaje y por las galas y belleza de la dic-

cion: no es Escosura de esos oradores que entretienen agradablemente á su auditorio con un juego de palabras escogidas y de frases halagüeñas capaces de atraer los bravos de la multitud, porque á la multitud se dirigen y nada mas, nó: Escosura cree, Escosura siente, Escosura no se ha gastado todavía con el roce impuro de los pupitres del ministerio, ó con el de los escaños de la Cámara; y como sus palabras son la sincera espresion de sus ideas, y como sus ideas germinan sin doblez ni segunda intencion en su cerebro, de aquí el que sus discursos que reunen á lo profundo de los pensamientos lo agradable y ameno de la diccion, sean siempre escuchados con aplauso y retenidos por largo tiempo en la memoria.

No hay en Escosura ese arte, esa perspicaz elocuencia, ese ardid oratorio de Olózaga que tan buen efecto produce en las asambleas deliberantes, porque revela al hombre de Estado, al pensador profundo, y al veterano en las lides parlamentarias. Entre Olózaga y Escosura, que tan unidos se encuentran hoy, y que tan de comun acuerdo marchan en política, hay la diferencia que entre el maestro y el discípulo, que entre el soldado viejo y el bisòño. Olózaga necesitaba de una rama jóven y vigorosa en donde apoyarse, para atravesar erguido los últimos dias de su vida pública, y Escosura habia menester de un tronco respetable á donde pudiera asirse en los momentos de angustia y de zozobra. Olózaga es la primera espada; pero no puede dudarse que Escosura es un admirable sobresaliente. Y asi como el maestro en muchas ocasiones rehuye el peligro porque lo ve de cerca y lo conoce, mientras que el discípulo mas animoso ó menos escarmentado se lanza de repente sin que le arredren los obstáculos ni le amedrenten los abismos, asi Escosura salva las cuestiones mas graves sin consideracion ni miramiento, en tanto que Olózaga se atrinchera en sus respetables posiciones y limita su papel al de gefe de la comision de aplausos ó director de la maquinaria. A Olózaga, por consiguiente, se le oye con mas respeto, pero con menos entusiasmo; con mas admiracion, pero con menos simpatías. A Olózaga diciendo mucho, se le cree muy poco: á Escosura diciendo menos, se le cree infinitamente más.

Y hay una razon plausible para ello; porque Escosura, como hemos dicho, no se ha gastado todavía con el roce impuro de los pupitres del ministerio ni con el de los escaños de la Cámara; porque Escosura tiene una cabeza grande, pero posée un corazon mayor que su cabeza, y aunque sueñe visiones, y aunque delire, no son sus delirios los delirios de la malicia, sino los delirios de la buena fé.

Las alteraciones de su rostro y el juego de sus ademanes no son los del farsante que representa con propiedad un papel aprendido y estudiado, sino los que el calor de la improvisacion le dicta cuando se posée real y verdaderamente del afecto que le domina. Por eso se le oye con gusto,

por eso se le alaba, y por eso se ha conquistado en pocos dias, un puesto respetable entre los oradores del parlamento español.

Escosura, volvemos á decir, ha sido una grande adquisicion para el partido progresista: este le ha aceptado tal como era, y él por su parte se le ha pasado con botas y espuelas como suele decirse. El mismo ardor, el mismo entusiasmo, la misma fé con que defendia á los hombres de la moderacion, emplea hoy para ensalzar y encarecer las doctrinas del bando del progreso; y esta conducta que para algunos debe aparecer como demasiado equívoca, es para nosotros la prueba mas patente de que no nos engañábamos al decir que Escosura, aunque afiliado con los conservadores, era progresista por inclinacion y por ideas. Pero él es de esos caballeros que aun vestidos con el pantalon colan y la levita abrochada de nuestra época, conserva la capilla corta y la espada del siglo diez y siete: por eso valia tanto en las filas de su primitivo partido, como vale hoy en las del que ha abrazado; por eso resistió con tanto denuedo los embates de la revolucion el año de cuarenta en el gobierno político de Guadalajara, como resiste hoy los rudos ataques que se le dirigen á su nueva bandera. Podrá haber inconsecuencia en su conducta para algunos si no consideran suficientemente motivado su cambio; pero nunca falta de caballerosidad, nunca traicion. Basta como politico.

Escosura es un hombre escesivamente laborioso: trabaja, con la misma presteza con que anda, y anda ni mas ni menos que una máquina de vapor. Sus trabajos, con todo, si bien suelen resentirse de la precipitacion con que los hace, no por esto adolecen de los defectos graves en que incurren las personas atolondradas. Tiene mucho talento y es demasiado instruido para incurrir en errores de precipitacion, que siempre serian indisculpables.

La mitad de su vida la dedicó á las letras, y la otra mitad á la política; pero ni cuando solo era literato, dejaba de confeccionar en los periódicos proyectos de ley y fórmulas de gobierno, ni cuando es solo político, deja de vez en cuando de escribir comedias. Aquellos, los concebia al escape: estas, las versifica á la carrera; y si como hombre de gobierno hay que concederle títulos de aprecio, no los ha conquistado escasos en la república literaria.

Muchas son en la actualidad sus obras publicadas; pero pocas las que han alcanzado en el teatro, á cuyo género pertenecen las mas de ellas, el éxito ruidoso que acompaña á las representaciones de los dramas de otros autores, y es porque en Escosura todo es genio, todo disposicion, todo talento; pero nada de arte ni de lima, nada de efectos estudiados, nada de correccion escrupulosa. Los dramas de otros vates vivirán poco, pero vivirán con aplauso y con estrépito: los dramas de Escosura se leerán por mas tiempo; pero no escitarán el entusiasmo en sus representaciones. Hay en ellos, como en los estudios de los grandes pintores, una figura acabada

y perfecta, sobre un fondo descolorido y pobre; un brochazo sublime y de admirable efecto junto á un chafarrinon rabioso y de mal gusto...

Suspendamos el juicio crítico literario que estamos emitiendo, porque ya llegará ocasion mas oportuna de hacerlo cual conviene sobre las obras del autor de *La Corte del Buen Retiro.*

Limitémonos por ahora á decir que Escosura es como particular, hombre sumamente llano y afectuoso; que como autoridad es severo, inflexivo y enérgico en demasía, pero que pareciéndose en esto á todas las personas irascibles y de carácter fuerte, tan pronto ordena y manda con enojo, como obedece y acata con docilidad; que es consecuente y caballero, lo mismo en sociedad que en política; que tiene fé en el porvenir mas quizá de la que acostumbran los hombres públicos contemporáneos; que es buen ciudadano y avaro del bienestar de sus compatriotas; que si alguna vez peca de iluso, no pecará nunca de malvado; que es recto, inteligente, activo y laborioso, buen padre, buen amigo, y que es en fin una de las esperanzas mas legítimas del partido liberal español.



XIII.

BRAVO MURILLO.

(*Diputado.*)

Poco despues de haber subido este caballero al ministerio de Hacienda, escribíamos nosotros en las columnas de un periódico político:

«Habitantes de la península ibérica: respetabilísimo clero español: tristes y estenuadas viudas, que al perder á vuestros esposos, perdísteis con ellos la esperanza de cobrar los haberes que os dejaron: beneméritos militares, que en el campo de batalla supísteis arrostrar cien veces la muerte por alcanzar la gloria: clases pasivas: individuos todos, que vivís á espensas del Tesoro público, alegraos, regocijaos, refocilaos!!!! Deponed por un momento vuestro justo rencor; olvidad hoy, como nosotros olvidamos, la angustiosa situacion que nos rodea; apartad la vista, como

nosotros la apartamos, de las árduas cuestiones políticas que absorben la atencion general, y decid con nosotros, *aleluya*! *aleluya*!

»Sabed que el señor Bravo Murillo, el ministro de Hacienda, por cuya larga vida tantos votos haciais; ese señor, cuya estremada obesidad os tenia asustados, porque la achacábais á un vicio de conformacion; sabed, volvemos á decir, que estaba embarazado, que le tenia embarazado un colosal proyecto, grande como pocos, útil como el que mas y beneficioso cual ninguno. Sabed que despues de muchos dias de penosas angustias y de inesplicables fatigas, ha llegado por fin á darle á lúz, no sin estrépito, en el Congreso de los diputados. Sabed que ha sido un embarazo tardío, un parto laborioso, pero fecundo en alto grado; y que su engendro rollizo y carialegre es todo vuestro, esclusivamente vuestro, porque á vosotros lo dedica.

»Sabed que S. E. se propone, para la cuarentena que ha de durar lo que dure el presente año, cobrar las contribuciones que no se voten; porque decir las que se voten, equivaldria á no decir ninguna. Sabed que se propone asimismo, y aquí os suplicamos que presteis entera atencion, sabed que se propone distribuir pronta y equitativamente todas las cantidades que se recauden, y cubrir todas las atenciones. Sabed que en doce meses va á daros doce pagas completas, y en buen metal, para que atendais á vuestras necesidades y para que reconozcais en él al grande hombre, digno como ninguno de manejar las rentas de nuestra patria. Sabed que en pleno parlamento ha declarado que tiene tomadas todas sus medidas para que nada os falte por ningun pretesto ni accidente, y que pone su existencia ministerial en rehenes, para en el caso de que no cumpliera su compromiso. Sabed que solo una causa imprevista y casi sobrenatural, que solo un cataclismo político, una invasion moscovita, por ejemplo, podria dar al traste con su feliz proyecto; y sabed que, aun siendo así, abandonaria el *potro* desde donde ha concebido y dado á luz su imponderable arreglo.

»Por eso os decimos que depongais vuestro justo encono; que olvideis la angustiosa situacion que nos rodea y que aparteis la vista de las cuestiones palpitantes que embargan los ánimos; porque ya ha llegado vuestro San Martin; porque para vosotros han concluido los afanes, las amarguras y los apuros; porque vais á cobrar vuestros haberes el dia último de cada mes sin descuentos ni andróminas; porque vais á arruinar á los prestamistas; porque vais á fortificar vuestros estómagos, y porque vais, por último, á dejar la situacion pasiva en que os hallais, por una activa y bien activa.

»En vista, pues, de la próxima felicidad que os amenaza, y como justo galardon de corazones agradecidos, jurad ante nosotros, que es lo mismo que si lo hiciérais ante el pais, que si un golpe de Estado ó cruel intriga lanzáran de su puesto al inmortal y nunca bien ponderado minis-

tro, que para bien y ventura de la patria dirige la administracion española, siquiera fuese un Armesto su último sucesor, jurad que en el momento que tal desgracia sucediera, empuñaríais las armas, os lanzaríais á las calles, reclutaríais al pueblo, y en ademan hostil os dirigiríais á la Europa entera gritando, como nosotros gritaríamos: VIVA EL MINISTRO DE HACIENDA!!... VIVA EL SEÑOR BRAVO MURILLO!!!... »

Esto decíamos hace algunos meses, y esto repetimos hoy en vista del resultado que hasta ahora han tenido las ofertas hechas en pleno parlamento por el personage de quien nos ocupamos. Esas ofertas se han cumplido en todo lo que va trascurrido del presente año, y no se necesita mas para hacer la apología de un ministro de Hacienda, en un pais donde el Tesoro ha sido siempre la casa de *Tócame-Roque.* Razon tenia, pues, para esclamar un periódico ministerial en estos últimos tiempos, en el tono en que lo haria un viajero al contemplar el magnífico monasterio del Escorial, la octava maravilla del mundo: *¡parece imposible que esto sea obra de los hombres!!!*

En efecto, cuando se considera la situacion en que se hallaba la Hacienda, á la subida al ministerio del señor Bravo Murillo; cuando se recuerda que el señor Mon, el Necker asturiano, la gran notabilidad economista, rentística ó financiera de nuestros dias, no consiguió, á pesar de sus notorios esfuerzos y de sus decantados talentos, dar mas que nueve pagas á las clases pasivas; cuando se reflexiona en los antecedentes, poco ó nada significativos, del hombre á quien dedicamos estas líneas, nadie diria sino que este hombre era un Colbert, oculto hasta aquí entre los espedientes de sus negocios de justicia, ó entre los legajos de matrículas de su antigua secretaría de Instruccion pública. Y sin embargo, ¿es este el juicio que debe formarse del señor Bravo Murillo? ¿Será preciso creer que la casualidad nos ha revelado un Pitt en aquel personage? No, seguramente: ninguna atrevida concepcion, ningun plan vasto y profundo, ningun bien concertado sistema nos ha dado todavía el señor Bravo Murillo, para colocarle á tal altura; ha puesto, es verdad, en algun órden la embrolladísima hacienda de España; ha establecido alguna armonía en la descompuesta máquina del Erario; ha regularizado, en una palabra, hasta cierto punto, los atrasados pagos de los dependientes del Tesoro; pero una cualidad, una sola virtud le ha bastado para tan alta empresa; la voluntad. *Querer es poder,* dice un axioma filosófico, y en pocos hombres hemos visto confirmada tan palpablemente esta verdad, como en el secretario del despacho de quien nos ocupamos. Es honrado, es trabajador, es activo, y hé aquí todo el sécreto de su bondad como ministro de Hacienda.

Hombre de detalles, como acostumbrado á examinar hasta en sus menores accidentes las cuestiones de derecho, sometidas á su estudio como jurisconsulto, Bravo Murillo pasa las horas en su bufete, escribiendo por

sí mismo las reales órdenes, dictando circulares á sus delegados, entretenido en la eterna y enojosa adicion y sustraccion que constituyen la gran ciencia del hacendista. Nadie hubiera dicho, sin embargo, que esta tarea hubiera de avenirse con los hábitos del hombre, cuya reputacion se habia formado en el foro, y que no habia adquirido gran fama como gobernante, en el tiempo que estuvo colocado al frente de la instruccion pública. Todo lo hacia presumir así por lo menos; Bravo Murillo nunca ha tenido otra opinion que la de un abogado hábil y laborioso, ni ha demostrado gran aptitud para la carrera de la política, por mas que en ella se haya ensayado. Figura, es cierto, como hombre público, hace algunos años; milita no sin prestigio en las filas del partido moderado; se asienta con alguna autoridad en los escaños del Congreso; pero ni sus actos, ni sus discursos, ni sus cualidades oratorias, ni sus cualidades políticas, le constituian en el caso de ser el predestinado para organizar nuestra hacienda. Sin carecer de instruccion, sin ser un orador vulgar, sin confundirse con esa falanje de adocenados que hay en la cámara popular, cuyo único oficio es pronunciar el *sí* ó el *nó* en las votaciones, Bravo Murillo siempre ha sido mirado como una medianía por sus amigos y adversarios. Eslo, en efecto; es una medianía, como hombre de tribuna y como hombre de gobierno; pero es una medianía sumamente útil, y cuyo género desearíamos que abundase algo mas en nuestro pais, siquiera careciésemos de esos grandes estadistas que, como Guizot ó como Polignac, saben conducir á los reyes hasta el destierro; de esos hábiles diplomáticos que, como Rossi, arrastran á los pontífices al ostracismo; de esos astutos políticos que, como Thiers, encienden la discordia y la anarquía, y tal vez la guerra civil en su patria.

Por lo demas, ya lo hemos dicho, una casualidad es lo que nos ha proporcionado la ventura, que tal podemos hasta ahora llamarla, de tener al señor Bravo Murillo al frente de la Hacienda. En España se echa mano para todo de los abogados, y en calidad de tal, se le llamó á aquel personage para encargarle de la cartera que hoy desempeña. El *hombre necesario* la habia arrojado en su despecho, como retando á los prohombres de su partido á que la recogieran; nadie osaba ni aun tocarla con sus manos, y el señor Bravo Murillo acometió tan arriesgada empresa. Aunque no fuese mas que por este hecho, merecería aquel personage las alabanzas de los verdaderos patriotas; pero si contó entonces, como ha probado despues, con sus fuerzas, aun merece por esta consideracion dobles elogios, y aun se le deben con mayor justicia los homenages de admiracion que le tributan sus parciales.



XIV.

LOPEZ.

(*Senador.*)

Increible parecerá que un hombre que cuenta ya diez y seis años de vida pública, y de vida alimentada siempre con la actividad, con el trabajo y con la lucha, donde apenas ha habido un instante de ociosidad ni de reposo, haya pasado por tantas revoluciones, por tantas crísis, por tantas miserias, sin haberse manchado una vez siquiera en el fango en que nadan con harta frecuencia los partidos, sin haber echado un borron en su frente, un lunar en su fama, un remordimiento en su corazon ó su conciencia. Y sin embargo, así ha sucedido con el personage cuyo nombre encabeza el presente artículo.

D. Joaquin María Lopez, célebre cual ninguno en esta última época de libertad y constitucionalismo, ha figurado desde la muerte del último

rey en todos los grandes acontecimientos, se ha mezclado en todas las situaciones difíciles, ha influido en todas las cuestiones de Estado, ha tomado parte en todos los movimientos políticos, y á pesar de esto, ha salido incólume en su honor de tanto y tanto peligro, sin haberse amenguado en nada el lustro de su nombre, la honradez de su conducta, el respeto y la admiracion que se han tributado siempre á sus virtudes.

Lanzado desde el foro á la tribuna parlamentaria, y por consiguiente á la estéril y resbaladiza arena de los partidos, comenzó Lopez su carrera de hombre público con la época que inauguró el Estatuto; y colocado desde entonces en la línea mas avanzada, ardiente, infatigable, impetuoso, empezó tambien á llevar adelante sus ideas, presentándolas en el terreno de la discusion y del exámen, y sosteniéndolas siempre con fé, con calor, con el mas puro y comunicativo entusiasmo. Firme en sus creencias, consecuente en sus principios, inalterable en sus convicciones, hijas de luengos años de meditacion y de estudio, nunca ha cedido un momento siquiera en su defensa, jamás ha cejado un instante en el ataque y la guerra á sus enemigos, ni una vez sola ha hecho treguas con tendencias ni con opiniones contrarias. Hijo de la revolucion, por quien ya combatiera en 1823 como soldado, confundido entre las filas de la milicia ciudadana, ha trabajado despues por ella con el mayor celo y constancia, siguiendo sus pasos en el campo de la legalidad ó de la fuerza, y muriendo tambien con ella, devorado como otros muchos por tan traidora y desnaturalizada madre. Colocado casi siempre en la oposicion, en virtud de su sistema político, ha peleado con valor y constancia, conquistando palmo á palmo el terreno del poder, hasta llegar á poseerle del todo; pero entonces no ha sabido, ó no ha querido mantenerse en su puesto, y ha descendido de él, desacreditado en sus ensayos de gobernacion y de mando. Que no es Lopez hombre del temple y de la energía que se requieren en los que han de regir los destinos de una nacion, y sobre todo de una nacion tan trabajada y conmovida como la nuestra: ni es tampoco de aquellos que ansían los gozes de la ambicion, satisfechos con las riquezas que pueden proporcionar un pingüe destino, un diploma de gran cruz ó un despacho de secretario de Estado. Para Lopez, las doradas poltronas ministeriales son, como ha dicho un célebre personage del partido moderado, verdaderas *sillas de espinas*; para Lopez se respira, como ha dicho varias veces el mismo, un *aire mefítico* en las altas regiones; para Lopez, en fin, no hay mas ambiciones que la felicidad de su patria y el santo y noble amor de la gloria. Dos veces ha subido á ministro sin desearlo, antes bien con visible repugnancia y cediendo solo á repetidos llamamientos de la Corona é instancias de sus amigos políticos; y ya desde la primera, en que á pocos dias hizo renuncia de su cargo, habia jurado no volver mas á aceptarle, cuando la voz unánime de los pueblos y de los partidos coligados, vino á hacerle que-

brantar, con harto sentimiento suyo, su propósito. Dos veces ha subido al ministerio y las dos en virtud de una revolucion, hecha la segunda en su nombre y por su prestigio, y sin embargo de haber ejercido en esta última un poder mas que dictatorial, el poder régio, puesto que el trono se encontraba ocupado por una niña y acababa de suprimirse la Regencia, y sin embargo de todo esto, decimos, no ha abusado nunca de sus omnímodas facultades para vejar, oprimir ó causar el menor daño, ó bien para ostentar siquiera, segun su propia espresion en uno de sus mejores discursos, una cinta en los ojales de su humilde frac.

Lopez ha bajado del poder pobre, sin mas patrimonio que su profesion de abogado, profesion que, sin su esplendidez y filantropía, hubiera bastado á enriquecerle sin duda. Pero él desprecia, como ya hemos dicho, las riquezas; y aunque sus numerosos clientes, en premio de sus brillantes defensas, han henchido de oro sus gabetas, él las ha vaciado con una facilidad contraria á sus intereses. Parecido en esto á todos los hombres de verdadero talento, de grande y superior ingenio que, hallando en su cabeza y en su corazon sus placeres y los medios de satisfacer sus escasas necesidades, no viven mas que en el mundo moral que ellos mismos se crean, y desdeñan todas esas pequeñezes de nuestro mundo positivo y materialista. Tal es Lopez; porque tal es tambien su alma; alma pura, cándida, inocente, y que educada desde la niñez en la contemplacion de la naturaleza, desconoce el artificio de la sociedad corrompida en que se ha visto despues obligada á agitarse. Por eso ha nadado en sus olas y ha salido de ellas como el cisne, sin mojarse mas que la superficie, no habiendo tenido mas que sacudir su pluma para dejarla tersa y brillante.

No, Lopez no ha nacido para la política; su alma, impregnada de ilusiones y de poesia, no comprende la fea realidad y el horrible prosaismo de las contiendas civiles; su corazon, lleno de sensibilidad y de ternura, repugna la dureza y el estoicismo de que necesita revestirse la autoridad, sobre todo en las azarosas épocas que hemos atravesado. Este es el secreto y no otro de que no sirva para hombre de gobierno; no su impotencia, si por tal se entiende su falta de talentos de estadista, que no es tan absoluta como hemos oido afirmar á algunos, atribuyendo á ella la resístencia de Lopez á ejercer aquel cargo, resistencia que, aunque tuviera este orígen, no por eso seria menos honrosa, habiendo tantos necios en esta patria de Pelayo que sueñan y pugnan é intrigan, por medios nada laudables, para alcanzar los primeros puestos, y que cuando, como sucede con harta frecuencia, llegan una vez hasta ellos, no hay consideracion ni causa, por sagradas é imprescindibles que sean, que baste á moverles á dejarlos.

Lopez es la personificacion mas exacta de nuestra última revolucion política. Desde su primera diputacion en las primeras Córtes del Estamento, no ha habido reforma, no ha habido cuestion á la cual no haya

unido su nombre. En las primeras sesiones de aquel parlamento, tuvo ya ocasion de desplegar sus doctrinas democráticas en la contestacion al discurso de la Corona, pronunciando un discurso que comenzó y consumó al mismo tiempo su reputacion de orador, y desde entonces ha levantado siempre su voz en el mismo sentido en la tribuna y en la prensa, en la famosa peticion de la *Tabla de derechos*, en la abolicion del *Voto de Santiago*, y del impuesto conocido con el nombre de *Merced de amigos*, en la confiscacion de los bienes del Pretendiente, en las discusiones de la Constitucion de 1837, en la ley de Ayuntamientos, en el nombramiento de Regencia, en el de Tutoría de S. M. y A., en la destruccion de tres poderes constituidos, y por último, en la declaracion de mayoría de la Reina. Siempre arrebatado por ese ardor y esa fogosidad, propias de su carácter, ha contribuido con todas sus fuerzas al hundimiento de aquellas situaciones que ha creido contrarias á la felicidad de su patria, ora se hayan apoyado en este ó en aquel partido, y ha tomado parte en cuantos movimientos populares han tenido las mismas tendencias y los mismos fines; no por medrar, como tantos otros, sino de buena fé; porque tales eran sus principios, porque juzgaba que estaba en su derecho y en el derecho de la soberanía nacional que forma la base de su sistema político. Y cuando en virtud de esos movimientos, en virtud de esas revoluciones, han subido otros hombres á manejar las riendas del gobierno, si ha visto que estos hombres no seguian el camino que se les habia trazado y ellos habian admitido, ha vuelto á pugnar por derribarlos hasta que lo ha conseguido, sufriendo entretanto con resignacion y constancia los golpes de la fortuna, y esclamando despues de un combate infructuoso, con todo el acento de la conviccion y del entusiasmo: *hay derrotas que son mas honrosas que un triunfo*.

Pero de todas las batallas políticas, periodísticas y parlamentarias que ha dado Lopez, ninguna mas grande, ninguna mas atrevida, ninguna para él mas gloriosa que la del 43 en contra de la dominacion de Espartero. No usó entonces, como no habia usado nunca, de esas armas de mala ley que constituyen el único arsenal de los partidos; no predicó el terror, la sangre ni el esterminio; no se valió de otra bandera que de un simple ramo de oliva. Un programa de union de todos los bandos políticos, de reconciliacion entre los españoles, fué el único resorte que le condujo á la victoria: su nombre sirvió de enseña para el levantamiento de la nacion en masa, y en su nombre se conjuró la tempestad que la amezaba, y por su nombre se anticipó la inauguracion del reinado de Doña Isabel II. Pero ¡ay! que aquella paz no debia durar mucho tiempo; porque no estribaba en la reciprocidad de intereses, y muy pronto prevalecieron, como no podia menos de suceder, los de los mas poderosos ú osados. Lopez que desconocia unos y otros, Lopez que no buscaba en aquel pacto solemne mas que la ventura de los españoles, no podia pre-

ver un fin tan funesto; mas no tardó en palparle por su desgracia, viniendo á ser de supremo sacerdote, víctima inocente y espiatoria. Grande y terrible sin duda debió ser entonces su desengaño, cuando le hemos visto despues retirarse casi enteramente de la escena política, consagrado á la práctica forense, hasta que el gobierno, haciendo justicia á sus grandes méritos, le ha abierto de nuevo las puertas de la vida pública, nombrándole individuo de la alta cámara legislativa. No ha estado sin embargo ocioso en este intermedio; si no que, entregado á toda la actividad de su espíritu, ha invertido su fuerza intelectual, la facilidad de su pluma ó el eléctrico influjo de su palabra en ilustrar ante los tribunales toda las cuestiones de la justicia, en propagar sus conocimientos por medio de escelentes escritos, y en difundir asímismo la ilustracion y el saber en los liceos y en las academias públicas.

Pero vengamos á la cualidad que distingue y caracteriza mas al hombre que nos ocupa; á su cualidad de orador y de tribuna. «Casi todos sus discursos, dice un biógrafo de nuestros dias, pueden considerarse como modelos de elocuencia, resaltando entre los mas célebres muchos por el fondo de sus doctrinas, la sublimidad de las ideas, la oportunidad en las circunstancias en que los pronuncia y su estilo fácil, variado y siempre correcto, salpicado de bellísimas imágenes, y lo que es mas, en medio de la vehemencia de su espresion, llenos siempre de esa meláncolica ternura que tanto le distingue de todos los oradores contemporàneos. Sus discursos sobre religion son mas que un bello trozo de la Biblia; son la doctrina del Nazareno, sublimes y valientes pinceladas con que el orador filósofo consolida la moral evangélica de sus creencias. En estos discursos, es donde esos instintos melancólicos, que muy temprano imprimió la soledad en su corazon, se desarrollan notablemente; sus palabras son el cántico del cristiano que lleva en cada nota una lágrima del desterrado Judá. En la tribuna del foro, hiere con notable facilidad la cuestion mas complicada; su estilo, ora con toda la severidad del magistrado, ora embelleciendo el árido campo de la jurisprudencia, ora penetrando con toda la fuerza de su inflexible lógica el espíritu de la ley ó desentrañando sus impropiedades, llorando sobre el delincuente ó reclamando justicia, nos obliga á la atencion y nos convence, nos conmueve y arrastra á su antojo. Sin embargo, en todas partes se descubre en él al orador parlamentario. En el ancho estadio de los representantes del pais es donde, arrebatado en las alas de su fecunda imaginacion, su lengua de fuego y su cabeza volcánica descubren al orador bajo todos aspectos. A veces, dejándose arrebatar por las fuertes impresiones que de contínuo le exaltan, sus palabras son un torrente desatado que no se contiene sino para pronunciar una sentencia, que repiten cien y cien bocas entre los aplausos de la multitud; á veces con mas aplomo, nos encanta con su esquisito gusto y nos admira con su vasta erudicion,

Desenvuelve con oportuno acierto los mas grandes pensamientos, y nos lleva por una senda de variadas flores hasta tocar en el corazon de la verdad; ora sárcástico, sus palabras hieren como la ponzoña de una serpiente: á veces rie como un niño y llora como una mujer; ora severo, su apostura es imponente; su voz es la voz de trueno que se aumenta por grados, y que retumba en nuestros oidos como el anatema de los proscritos, ó el estampido del rayo que hace temblar la cabeza del réprobo; á veces nos recuerda á Mr. Oconell, cuando decia á sus amigos; tan malos son los Wigs como los Torys.»

En suma, D. Joaquin María Lopez es el primero y único orador en su género que hemos tenido hasta ahora en el parlamento. Su voz clara y sonora, sus adecuados ademanes, sus ojos espresivos, su rostro animado y su cabello lacio y descompuesto, prestan un encanto mas á su mágica y arrebatadora elocuencia. Su facilidad en el decir no tiene ejemplo, pues sin vacilar en una sílaba, pronuncia á la par que concibe, como si no mediára espacio ni tiempo desde el cerebro á los labios, como si tuviera unidos los órganos del pensamiento y de la palabra. Su talento es despejado y profundo, su imaginacion vivísima, su memoria de una felicidad prodigiosa, sobre todo para repetir los discursos que ha improvisado, sin variarles apenas punto ni coma, sin lo cual no hubieran llegado hasta el público íntegros algunos de ellos que no habian alcanzado á seguir los taquígrafos. Esta última facultad es la que le proporciona á Lopez los medios de aducir en sus peroraciones esa multitud de citas históricas, científicas, políticas y literarias que á cada paso tiene en sus labios, y que le suministra su erudicion tan vasta como variada y amena. En efecto, no hay apenas ramo alguno de la sabiduría que no haya cultivado con mas ó menos asiduidad aquel personage, siendo particularmente aficionado á los estudios de historia y de bellas letras, á los cuales se entrega en todos los ratos de ociosidad que le permiten sus numerosos negocios.

Hoy todavía, á pesar de su edad que ya frisa en los cincuenta y de las vicisitudes porque ha atravesado, D. Joaquin María Lopez conserva la frescura de su mente, la brillantez de su inventiva, la magnética simpatía de su acento; que aunque es cierto que los años comienzan ya á blanquear sus cabellos, no es estraño que no hayan aun apagado el fuego de su corazon, pues segun la poética espresion de él mismo: «las canas que empiezan á aparecer en nuestras cabezas son como la nieve en la cima del Vesubio.»



XV.

RIOS ROSAS.

(*Diputado.*)

Cuando á principios de mil ochocientos cuarenta y tres se hallaba por todas partes combatido el gobierno del duque de la Victoria y pugnaba desesperadamente por contrarrestar el poderoso influjo que en su contra ejercian amigos y adversarios, la prensa y los diarios políticos, sus mas legítimos y poderosos representantes, fueron blanco muchas veces de furor de los agentes del poder, y comminados á la reclusion y al fuego ni mas ni menos que acontecer suele con demasiada frecuencia en nuestra patria. Todos los periódicos que disentian en sus opiniones de las de gobierno establecido, hicieron causa comun entonces, y prescindiendo de su matiz político, acordaron publicar una protesta enérgica, con la

cual bien puede asegurarse que contribuyeron poderosamente á derrocar á aquella complicada situacion. Uno de los que mas trabajaron al efecto y el que promovió y llevó á cabo la coalicion periodística, encargándose asimismo de redactar la célebre protesta que todos los diarios insertaron al frente de sus columnas, fué el señor don Antonio de los Rios y Rosas.

Este jóven diputado que acababa de darse á conocer como escritor público haciendo una oposicion sin treguas al gobierno de entonces, tuvó ya en aquella ocasion energía y prestigio suficientes para dejarse oir de tantos otros mas acreditados y espertos en la carrera de las letras y para influir en su ánimo de un modo tan trascendental que bastase á hacer prevalecer aquellas ideas, no solo en el fondo, sino hasta en la forma misma con que las presentaba. Semejante resultado, obtenido en los momentos de su aparicion en la escena pública, prueba mejor que nada la superioridad de luces y de disposicion con que entraba en ella, el que mas tarde debia figurar en primera línea entre los corifeos de su partido.

En efecto, Rios Rosas habia sufrido un largo aprendizage político en su pais natal, ya con las persecuciones de que su persona y la de su ilustre padre habian sido objeto, ya sosteniendo esas incesantes luchas de partido que tan encarnizadas como frecuentes son en las ciudades de provincia; asi que, á pesar de que su nombre no habia resonado por estenso como el de otros muchos que hoy se atraen la general atencion, no por esto habia dejado él de adquirir la esperiencia y el tacto necesarios para poder dedicarse con conocimiento de causa á la vida política de la córte. Solo asi se esplican su rápida elevacion, y la manera importante y digna con que se mostró en medio de los hombres notables de su partido desde el dia primero que tomó parte en sus trabajos y que hizo suya la causa de los demás: solo asi se esplican esa consideracion y ese respeto que le han dispensado siempre hasta sus mismos adversarios: solo asi se concibe la fama de que goza, á pesar de ser el mas jóven quizá de los que han ocupado destinos de importancia en la carrera de la administracion.

Rios Rosas no comenzó á girar en la esfera de la política cual mero satélite de algun astro deslumbrador, como suele acontecer á los jóvenes que se lanzan en la senda de los negocios públicos: nació y creció por sí mismo, se desarrolló á impulsos de sus propias fuerzas; y es hoy jefe sin haber sido nunca subalterno. Por eso no tiene compromisos ni respetos algunos á que acceder; por eso vive y marcha con arreglo á las inspiraciones de su conciencia y á las tradiciones de su partido. De su partido ante todo; porque él ha creido siempre que sin salir ni desertar de sus filas puede llevar á cabo todo un plan de reformas y de reorganizacion política y material para su pais. Respeténsele estas ilusiones, si tal son en efecto, en gracia del espíritu de consecuencia qne se las dicta.

Es consecuente, sí; y lo ha sido en todas ocasiones; pues si bien es cierto que en la última dominacion de su partido se separó un tanto de la masa general, se divorció luego, é hízole mas tarde una cruda y encarnizada guerra, tambien lo es que ha protestado siempre de su adhesion para con él y que reprueba altamente toda clase de coalicion ilegítima con otro alguno. Defendió á su partido cuando este subió al poder; se apartó de sus hombres cuando consideró que falseaban la índole y la tendencia del moderantismo; le combatió y les combate siempre desde el momento en que llegó á dudar de que hicieran la felicidad de su patria; pero es un moderado puro, un moderado inflexible, un moderado consecuente. ¡Lástima que lo sea tanto! ¡Lástima que no dé treguas sino en la forma á los que disienten de sus opiniones! ¡Lástima que sea mas severo de lo que debe serlo el hombre que ha de conquistar popularidad!

Rios Rosas vale lo bastante, para que su valer sea respetado, como hemos dicho, de todos los que le tratan. Su partido lo conoció asi desde el dia que le admitió en su seno, y los cargos honoríficos y las comisiones que le ha fiado son una prueba patente de lo que decimos. El, formó parte de la junta directiva central del bando moderado para entender en su marcha política y en lo tocante á las elecciones del mismo; él contribuyó poderosamente á organizar y poner en accion al Consejo Real, en lo que respecta á su constitucion y régimen interior siendo el mas jóven de sus individuos fundadores; él se ha encargado de redactar por dos veces la contestacion al discurso del trono; él ha recibido los sufragios de muchos de sus correligionarios para la presidencia de la cámara popular; obra suya es la ley electoral vigente, y su nombre ha figurado en casi todas las comisiones de importancia que se han formado durante su permanencia en el Congreso.

Tamañas deferencias no se tienen nunca sino con el hombre de gran valía. El, vale como jurisconsulto: él, vale como político: vamos á ver si vale como orador.

Aunque hace tiempo que Rios Rosas figura como hombre político, y aunque ha dedicado la mayor parte de su vida á la propagacion y defensa de los principios de su partido, no se ha dado á conocer con todo, como orador, ni ha conquistado el puesto que ocupa entre los primeros dé España, hasta el último período de la dominacion moderada. Sus discursos del año de cuarenta, pasaron con escaso éxito y apenas se recordaban entre los hombres públicos, cuando sus oraciones posteriores han venido á justificar las esperanzas que los que bien le conocian pudieron concebir de sus dotes parlamentarias. Y es lo mas estraño de todo, que Rios Rosas no ha sido de esos diputados parlanchines que todo lo hablan y lo discuten todo, siquiera ignoren la mayor parte de las materias de que se ocupan: ni menos le ha favorecido la circunstancia de

perorar en los tiempos del entusiasmo patriótico ó de sustentar doctrinas y principios que encuentren sonoro eco en la generalidad del público. Rios Rosas ha pronunciado cuatro ó cinco discursos en toda su vida parlamentaria y los mas de ellos referentes á asuntos de gobierno que nunca son tan agradablemente escuchados como los que hacen relacion con la política palpitante y cuestiones llamadas de gabinete. Esto prueba mejor que nada que su elocuencia no es solo musical y cadenciosa como la de otros, sino que es producto inmediato de su instruccion, de su talento y de esa irresistible y severa lógica con que procede en la emision de sus juicios. Si así no fuese, ¿cómo habia de haber alcanzado en tan corto tiempo la estensa fama de que goza en cuanto orador? ¿cómo habia de ser ni tan codiciado de las mayorías ni tan temible en las oposiciones? ¿cómo habia de haber despertado celos ni envidias personales como las de que ha sido objeto durante su carrera política? ¿cómo habia de haber sido, en fin, tan considerado por todos los hombres de verdadero valer que se han terciado en su camino? Jamás ha inspirado sino lástima el hombre superficial y adocenado, sea cualquiera la posicion y rango en que se hallase: jamás se le ha temido al hombre vulgar ó torpe, por mas que fuesen poderosos los elementos con que contára para la lucha. Bien puede decirse que es notable, el diputado que en tan corto tiempo se coloca á la altura en que se halla Rios Rosas.

Y á la verdad que es un adalid formidable! El lleva escritas en su frente las palabras «*no hay cuartel*» y por cierto que sabe llevar admirablemente á cabo la consigna que se ha impuesto desde el principio de su carrera. Nada de paliativos, nada de disimulo ni reserva. Aquellas cosas que su razon le dicta como buenas, son para él las mejores, las únicas aceptables y posibles, hasta el punto de que ó llegan á realizarse, ó de lo contrario ha de perecer en la demanda. No hay con Rios Rosas ni consideracion ni arreglo de ninguna especie: para el honrado el premio, para el perverso el castigo; pero si en el un caso recompensa con usura, en el otro castiga con crueldad. Ataca al enemigo en sus trincheras, le acomete con desesperacion, le hiere sin piedad: si el contrario sucumbe le levanta; si se le enaltece le confunde; si le reta se bate; si se le humilla le desprecia. Tan grave es su aspecto en la calle, como severo su proceder en la tribuna; por eso los que le saludan con respeto en la plaza pública, le tiemblan con sobrada razon en el parlamento. No hay sinó traer á la memoria el ruidoso suceso de que oportunamente se ocupó la prensa, y en el que su prestigio y su fama tomaron tan colosales proporciones. Todo un Congreso se levantaba en contra suya, y por Dios que de todos supo triunfar al cabo, no sin dar el mas visible ejemplo de una austeridad de principios incomparable.

Era necesario haberla presenciado para formarse una idea de aquella escena. Sí: nosotros le vimos. Su cuerpo alto y descarnado sobresalia

por encima de las cabezas de todos los individuos del lado derecho de la cámara; sus brazos en acompasado y solemne movimiento prestaban gravedad y fuerza á su discurso; á cada instante tomaba su rostro una espresion distinta, segun que la indignacion, el desprecío, la lástima, el sarcasmo, la ira ó todos estos afectos juntos se retrataban en el fondo de su alma. Aquella era la defensa, no solo de una frase vertida en el Congreso con pleno conocimiento de causa, sino que era la defensa de su buen juicio, de su premeditacion, de su prudencia, pues que jamás podia consentir que le acusáran de haber soltado una espresion de la cual tuviera despues que arrepentirse. Pedíasele en efecto que esplicára convenientemente el sentido de las palabras *traicion* y *apostasía* dichas en ocasion de aludir á un jóven ex-ministro, el cual habia principiado su carrera enarbolando el estandarte de la rebelion en las calles y en los folletines de los periódicos, y que á poco habia sentado plaza entre lo mas retrógrado de un partido conservador. Rios Rosas habia pensado lo bastante sus palabras, para poder esplicarlas de otro modo que con la repeticion de las palabras mismas: ¿pero era esto una razon convincente para los que le escuchaban? ¿se daria por satisfecho el personage aludido, con la reproduccion de aquella amarga censura salida de tan respetables labios y aprohijada instantáneamente por la concurrencia de las tribunas? Imposible!

Rios Rosas tenia delante de sí á una mayoría inflexible, no de adversarios, sino de enemigos; á una mayoría que no le perdonaba el haber desertado de sus filas cuando la vió apartarse de los verdaderos principios del partido moderado; á una mayoría dispuesta siempre á aceptar la cooperacion de cualquier hombre siquiera fuese el mas corrompido y venal de sus contemporáneos; á una mayoría en fin que hacia causa comun con el apóstata porque le contemplaba en vísperas de repasarse. Esa mayoría se revelaba á cada nueva frase del discurso de Rios Rosas; y como no tenia en su favor las armas de la persuasion y del convencimiento, se revelaba con murmullos y voces, con el ruido de los tacones sobre el pavimento, ó con el de los lapiceros sobre el respaldo de los escaños. La confusion y el desórden eran grandes: en vano el presidente se esforzaba por establecer la calma; Castro y Orozco habia muerto, y al presidente de aquella época faltábanle energía, carácter ó voluntad para conseguirlo. Hubo un instante en que á los murmullos de desaprobacion siguieron las invectivas y hasta las amenazas: el momento era solemne, puesto que el orador comenzaba á rechazar con todo el peso de su indignacion alusiones calumniosas á su dignidad como diputado, y á su valor personal como hombre: hé aquí por qué entonces se dejó llevar del torrente de su carácter, para producir uno de los mas magníficos apóstrofes de la oratoria moderna.

Mientras que doscientos diputados pretendian ahogar la voz del elo-

cuente cuanto inspirado tribuno que en tan buen lugar sabia dejar puesto su honor; él, recurriendo á todo el poder de sus facultades y dando rienda suelta á su ya irreprimible cólera; él, decimos, con su cuerpo encorvado, sus brazos estendidos, su mirada vaga pero aterradora, su rostro enverdecido por la sangre que se agolpaba á su tez ordinariamente lívida; con voz de trueno y con frases cortas pero espresivas, enérgicas, amenazadoras, impuso silencio á su auditorio y aplastó con la fuerza de su apóstrofe á aquella multitud insubordinada. Si: fué entonces otro *Mirabeau* que cuando interrumpido en la Asamblea constituyente por *Robespierre* y sus partidarios «*callen los treinta!!*» dijo con el mas profundo desprecio y los treinta se callaron: fué un *Mirabeau*, volvemos á decir; pero con la diferencia de que el orador de la Convencion se dirigia á treinta franceses impresionables, mientras que el orador de nuestro Congreso se dirigia á doscientos españoles desimpresionados.

«Sí: estoy en mi derecho, les dijo, estoy en mi deber, y es de vuestra dignidad el escucharme, señores diputados. ¿Qué diria la opinion de vosotros si ahogáseis mi palabra en estas circunstancias? Por ventura, aunque no tuviese títulos ningunos á vuestra estimacion; aunque no tuviese derecho á mi honor, que es el patrimonio de todo hombre de bien, aunque fuese el mas vil y mas abyecto del mundo, ¿os creeríais con el derecho de ahogar ahora mi palabra? Escuchadme, señores, escuchadme; yo no os pido justicia; yo no os pido mas que silencio.»

Aquella mayoría, poco antes tan desenvuelta y hostil; aquella mayoría que apoyada en su valor numérico se creia con poder bastante para hacer enmudecer al orador y jefe de la oposicion conservadora, enmudecia ella misma como por encanto abrumada con un rasgo de elocuencia que no esperaba sin duda alguna. Voces, interrupciones, algazara, todo desapareció ante el atleta parlamentario que contestaba á tanta sinrazon y á descompostura tanta, con la mas solemne y enérgica de las reconvenciones.

No está el mérito de este apóstrofe en las palabras; ellas eran las únicas que en semejante ocasion se requerian, pero no las que constituyen su verdadera significacion y su grandeza: la ocasion, el lugar, el estado de los ánimos, la actitud imponente que aquella reyerta personal habia tomado á presencia de la cámara, y sobre todo la manera con que se pronunciaron, diéronles la significacion que tuvieron entonces y la que han venido á tener en lo sucesivo; pues si bien es cierto que afortunadamente el lance que las motivaba no vino á ser sino por momentos lamentable, ello es que aquel dia se crecieron, digámoslo así, prodigiosamente las fuerzas de Rios Rosas, no con relacion así mismas porque ya eran todo lo grandes que aparecian, sino con relacion al público que

tuvo ocasion de medirlas tal cuales eran y de compararlas con las de tantos pigmeos políticos como pululan en nuestras cámaras con grandes reputaciones inmerecidas ó usurpadas.

En efecto; aquel dia justificó Rios Rosas á la faz de la España entera, su energía como hombre, su inflexibilidad como político, y sus altas dotes como orador: aquel dia quedó reconocido como jefe de la mitad del partido moderado, mitad que sino tan numerosa en el parlamento como su contraria, contaba al menos dentro y fuera de él con muchos y muy poderosos aliados: aquel dia se reveló á la multitud una cosa que muchos tenian por incierta, y que desde entonces nadie duda ya; y es, que dentro del partido mismo que viene titulándose conservador, hay un hombre que pueda reemplazar legalmente al duque de Valencia en la direccion de los negocios públicos. Hasta entonces se habia creido que Narvaez moria sin herederos en su partido; porque no habia descollado en él un hombre de energía, de carácter, de moralidad, de instruccion, de patriotismo, y que dotado al mismo tiempo de una fuerza de voluntad prodigiosa, pudiese amalgamar los elementos contradictorios que germinan en su seno para formar un todo capaz de unidad y de gobierno; pero desde que Rios Rosas se ha manifestado al público, ya nadie duda de que él es ese hombre y de que mas tarde ó mas temprano el porvenir es suyo, porque asi lo indica la opinion pública que jamás se engaña ni se ilusiona.

¿Pero es este el partido que debe tomar? ¿Es esta la única mision que le está reservada? ¿Debe concretarse á aceptar el papel de mero sucesor con que le brinda el porvenir? Nosotros creemos que nó. Nosotros creemos que la situacion escepcional, por la que está pasando la España de nuestros dias; que esa crísis política, que ese período de transicion entre el desórden y el concierto, entre la anarquia y la paz, que felizmente se observa entre nosotros, reclama asimismo una transicion de personas que acompañe y suceda á la transicion de las ideas. Nosotros creemos que la sucesion inmediata de los partidos estremos en el poder, es un gran mal para las naciones, toda vez que su aparicion va seguida de inevitables trastornos que comprometen y perturban la marcha natural de los sucesos. Y hé aquí, por qué juzgamos necesaria la presencia de un hombre que pueda aceptar el gobierno de manos de los unos sin tener que depositarlo en manos de los otros, y que tome lo bueno de los primeros sin rechazar tampoco lo que de útil ofrezcan los segundos.

Rios Rosas está puro. Ni se ha gastado en el gobierno, ni ha asociado su nombre á empresa alguna que le haga desmerecer á los ojos de nadie; se ha mostrado inflexible lo mismo á los halagos de la vanidad, que á los de la seduccion; ha visto amenguarse sus bienes de fortuna durante el desempeño de su carrera pública; tiene la consecuencia como norte de sus acciones; conserva tradicionalmente en su familia la

honradez, el valor y el patriotismo; goza, en fin, de todas aquellas dotes que deben constituir al hombre creador y no al pária político que sigue por sistema la senda que otros han trazado.

Resuélvase, pues: llame en torno de sí á esa juventud inteligente que tanto desprecia las rancias doctrinas de un partido como las de los otros; comprenda que hay una masa numerosa de figuras útiles y aceptables que no han tomado sueldo en determinada bandera porque los hombres que las enarbolaron llevaban en su frente escrita una ambicion, una personalidad ó un caprícho; piense y medite bien que poco ó nada debe aguardar de los viejos políticos por quienes tanto y con tanto afan ha trabajado; cônsulte sobre todo el poder de sus fuerzas, y cree en fin un nuevo partido, un partido poderoso, un partido nacional que no acepte las tradiciones de los que hoy existen, ni herede sus rencores, ni perpetúe sus odios, ni eternice sus incesantes y bien conocidas miserias, sino un partido inteligente, ilustrado, patriótico que lleve por norte la moralidad y á quien sirvan de guia la razon, la verdad, y la justicia.

XVI.

Pero basta de semblanzas, ¡vive Dios!.... basta ya de retratos que podrian convertir este libro en un *album*, ó en un periódico político; ni nuestros lectores tienen ya paciencia para pasar revista á tantas figuras, mas ó menos bellas, mas ó menos feas, mas ó menos importantes, pero todas figuras; ni nosotros estamos de humor para emplear por mas tiempo nuestra paleta y nuestros pinceles únicamente en las personas. Punto redondo, pues, y no hay que hablar mas de individualidades, todas magníficas, sublimes, si se quiere, pero de escaso interés al lado de las cosas. Como aquellas son tantas, sin embargo, y como no es posible dejar de decir algo de las circunstancias que las caracterizan, vamos á hacer, antes de pasar á otro asunto, un semblanzon, una especie de *mesa revuelta* de las que no hemos pintado todavia con todos sus pormenores. . . . .

. . . .

Una, dos, tres..... ¡Doce notabilidades políticas!!!... ¿Y nada mas?.... ¿y no contamos sino con doce hombres de Estado en nuestra patria? ¡En esta patria, donde ha habido tantos padres de ídem, y tantos Parlamentos, y tantos Ministerios, tantísimos!... ¿En esta patria, donde un Gabinete es una *calentura efímera*, que no suele durar mas que un dia, aunque no por eso deje de ser calentura? ¿Y es posible que en esa revolucion incesante, que en ese contínuo movimiento político no haya surgido algun nombre mas que poder añadir á nuestra pasada revista? Si, sin duda alguna, han surgido muchos, muchisimos, tantos que seria dificil enumerarlos todos. ¿Quién no ha sído en nuestros dias hombre político? Escasamente se encontrará un ciudadano que no pueda responder satisfactoriamente á estas preguntas del *Peluquero en el baile.*

—¿V. habrá sido diputado? ¿embajador?.... ¿ministro?.... ¿Tampoco ministro?.... ¿ni siquiera eso?

¡Y es verdad! ha llegado á hacerse tan comun esta categoría, que ya no podreis recorrer las calles de la corte sin tropezar á cada paso con un ex-ministro. Tal escelencia conocemos nosotros que, desde su oscuro bufete de abogado sin pleitos, vióse encaramado de repente á la dorada silla de espinas. Tal otro que cambió, de la noche á la mañana, su despacho de una secretaría por una secretaría del Despacho. ¿Y no sabeis porqué es esto?.... ¡Oh! pues es porque en España se protege mucho á los talentos: y ¿quién de

ellos se ocultaria, siquiera viviese en una boardilla, á las penetrantes investigaciones del encargado de formar un Gabinete? Ninguno; aquí se buscan siempre hombres nuevos, y, en verdad, que siempre se encuentran. ¡Faltarian en esta tierra de Pelayo! ¡Eso es un privilegio de sus habitantes; una ventaja que Dios ha concedido á sus hijos; una cosecha, en fin, como la de las patatas y los garbanzos!.. ¡Oh! bendito pais aquel en que puede cada *quisque* llenarse la boca diciendo: *mi tio el diputado, mi sobrino el embajador, mi primo el ministro*!!! ¡Y aun se atreverá alguno á decir que no hay en ese pais mas que doce notabilidades políticas!!!

Si, hay muchas mas; las hay en número casi infinito; ¡se puede en todos los géneros ser una notabilidad de tantas maneras! Tenemos hombres públicos notables por su virtud, por su saber, por sus errores, por su..... tontería; tenemos diputados celosos, celosísimos del bien del pais, de la legalidad, de las instituciones, de.... sus empleos; tenemos oradores celebérrimos por su elocuencia, por su erudicion, por su entusiasmo, por su... silencio; tenemos diplomáticos memorables por su habilidad , por sus luces, por su astucia, por su.... inocencia; en fin, tenemos de todo, de todo como en botica; pero de todo mucho; bueno, malo, y cosa estraña! de lo segundo infinitamente mas que de lo primero. ¿Quereis, pues, completarla lista de nuestros hombres políticos notables? añadid á los dichos.

Un orador-campana, cuya lengua metálica hace retumbar con sus monótonos sonidos el templo de las leyes.



Un diputado-banqueta, siempre incrustado en su asiento, del cual solo se levanta paraindicar aprobacion á cuantole parece digno detal..... al go-

bierno, personificacion absoluta del *si* y del *no*, ente indefinible , mitad carne, mitad madera, verdadero centauro parlamentario.



Un representante del pueblo que ya no lo es, por lo mismo que lo fue realmente algun dia.

Un progresista que no ha progresado lo bastante, en el sentido del progreso..... oficial, con que se progresa en el dia.



Un conservador que no ha podido conservarse á sí mismo , por no haber tenido instinto de conservacion.

Un distinguido literato, que ya no es literato distinguido.

Alguno que no es grande hombre, pero que ha conseguido ser hombre grande.



Etc..... etc..... etc..... ¿Sus nombres?.... dadles los que querais; importa poco que se llamen *Pericos* ó *Pacos*. Aquellos que lo merecen tienen ya lo suyos inscritos en la historia, grabados en todos los corazones. Allí podreis leerlos; si el interés, la ingratitud, la mala fé, los hubiesen oscurecido, por lo menos no habrán logrado borrarlos; ellos volverán á aparecer algun dia en cifras indelebles, en caractéres mas brillantes. En cuanto á los malos, no hay por ahí otra cosa de sobra qne sus nombres!

¡Nómina scultorum semper parietibus erint!

No queremos manchar con ellos las hojas de este libro. Pero, ¿y el partido á que unos y otros pertenecen? ¡Partido!.... De la mayor parte, ¿quién podria adivinarlo?.... ¿lo saben ellos mismos acaso? De los demás..... ¿qué importa que sean *zegríes* ó *abencerrages*? ¡Ojalá no fueran ninguna de las dos cosas!

CAPITULO VI.

Los Ministerios y los Ministros.

I.

Si hay algun capítulo que tenga derecho á formar parte de una obra que lleva por título: *Madrid al daguerreotipo*, es sin duda alguna el que nos ocupa. En efecto, todo cuanto encierra Madrid, sin que deje de ser de su propiedad, pertenece mas ó menos al resto de la península; solo los Ministros y los Ministerios son los que pertenecen casi por completo á la corte.

No hay clase alguna de la sociedad, no hay elemento de la vida civil ó política que, por mas que tenga su principal asiento en un punto cualquiera del pais, no sea comun á otros muchos. El Comercio y la Banca, por ejemplo, aun cuando se les conceda, lo que está muy distante de ser así, un lugar preferente en la corte, es innegable que mantienen con toda España relaciones sin las cuales no podrian existir. La Aristocracia estiende tambien sus ramificaciones á todos los pueblos de alguna importancia. La Milicia es una corporacion *nómada*, que rara vez tiene residencia fija. Las ciencias, la literatura, las artes, siquiera busquen siempre un abrigo en la coronada villa, es lo cierto que no puede decirse que sean monopolio de ella. De todo, en una palabra, reclamarian con harta razon su parte nuestras provincias, menos de los Ministerios y los Ministros, porque estos no son, para hablar con exactitud, españoles, sino madrileños puros, cortesanos, única y esclusivamente de la corte.

Parecerá una paradoja esto que acabamos de asentar como un hecho inconcuso; porque si el Gobierno, compuesto de los Ministerios y los Ministros, no es el Gobierno de Madrid sino el Gobierno de España, se deduce *á fortiori* que debe naturalmente estenderse á toda ella, y no limitarse á aquel solo punto. Y sin embargo, ha sucedido por regla general, y aun sucede, aunque mucho menos que antes, lo contrario. El Gobierno es, en efecto, el Gobierno de España, pero no alcanza ordinariamente su esfera de accion mas allá de la corte. Aqui es donde emplea todo su poder, aqui es donde concentra todo su influjo, aqui, en fin, es donde cifra todas sus ilusiones, todas sus esperanzas. Esté gobernado Madrid, y no importa que se halle en la anarquía la nacion entera; haya órden en la corte, alguna regularidad en la administracion, condiciones de estabilidad y de mando, y compónganse como puedan con sus altos funcionarios públicos las provincias. Esto es lo que ha pasado hasta hace poco y lo que todavia subsiste, aunque en mucho menor grado, en España.

Trátase de dar armamento y vestuario al ejército, de satisfacer una mensualidad á las clases pasivas, de pagar un trimestre al clero; no hay fondos con que cubrir estas atenciones; se buscan, pero no se encuentran en la cantidad necesaria; pues bien, se equipa de un modo brillante la guarnicion de Madrid; se reparte el dinero entre las viudas, cesantes y esclaustrados que viven en la corte, y cate usted que hemos salido perfectamente del paso.

Los caminos estan intransitables; los ladrones asaltan impunemente á los transeuntes; el contrabando se ejerce de una manera escandalosa: pero recompónese el trozo de carretera de la Puerta de San Vicente á la de Hierro; envíase á un Comisario especial de policía, con alguna tropa, á los montes de Navalcarnero; se aprehenden algunos pellejos de vino que iban á introducirse furtivamente por las tapias del Retiro, y se pregona que se han mejorado las vias de comunicacion, asegurado la propiedad y estirpado el tráfico ilegal para siempre.

Qué mas?.... ocurre un conflicto en la máquina política, la agitacion cunde en todos los ánimos, llega á temerse una revolucion, estalla tal vez algun motin, algun pronunciamiento, una guerra civil, si se quiere; pero se mandan acudir refuerzos militares á la corte, se declara la capital en estado de sitio, se publica la ley marcial, se establece un tribunal de sangre; se delegan todas las facultades en el Capitan General del distrito..... y la sociedad se ha salvado!!!... Tal es por lo comun la manera de gobernar en España; tal es el círculo en que obran los Ministros y los Ministerios; por eso hemos dicho al principio que estos pertenecian esclusivamante á la corte, y que, como asunto para un cuadro de costumbres, entraban mas que ninguna otra materia en el dominio de *Madrid al daguerreotipo*.

Esto supuesto, veamos que es lo que acontece cuando se forma un ministerio,

entendiendo por esta palabra el *Consejo de Ministros*. El Gabinete está firme; gobierna bien ó mal, que esto no es del caso, pero gobierna; cuenta con la confianza de la Reina, con el apoyo de los Cuerpos Colegisladores; no halla ningun obstáculo en su sistema político; la paz y el órden reinan por todas partes; tiene, es verdad, alguna oposicion en la prensa, algunos enemigos en la corte, porque, qué Gobierno puede dar gusto á todo el mundo? pero nadie se resiste á sus órdenes; no hay un solo ciudadano que no le acate y obedezca; no le faltan recursos con que soportar las cargas del Estado; goza ademas de algun crédito; es, en una palabra, un Gobierno si no bueno, legal, constitucional, parlamentario, constituido con arreglo á las prácticas del sistema representativo. Sin embargo, de repente levántase en la atmósfera política un airecillo particular; este airecillo arrecía; amontona algunas nubes hácia la plazuela de Oriente; hace desprender de aquel pedazo de cielo unas cuantas gotas de lluvia; bien pronto se esparce por la Bolsa, las oficinas públicas, la Puerta del Sol, los cafés y las plazuelas, un olorcillo á tierra mojada que trasciende; este olorcillo no tarda en dar en las puntiagudas narices de los muchos sabuesos que pueden temer que el temporal ahuyente la caza; la palabra *crísis* principia á pronunciarse al principio con misterio, despues con calor, luego, como cosa segura; se busca, se averigua, se olfatea, se preguntan las causas; se hacen comentarios, á cual mas distintos y opuestos; no se ocupa nadie de otra cosa; por último, el Ministerio cae; ya se dicen los nombres de los sucesores; aparecen al dia siguiente en la *Gaceta*; los periódicos tienen materia para escribir diez ó doce artículos de fondo y mas de treinta ó cuarenta sueltos de idem; hay interpelaciones en las Córtes; esto sirve de nuevo pábulo á las hablillas; pasan tres ó cuatro dias, y ya nadie se acuerda de semejante cosa.

Hé aqui en pocas palabras la verdadera descripcion de una crisis. En cuanto á sus efectos, suelen ser tan insignificantes, ó, si se quiere, tan misteriosos como sus causas; se muda de nombres, y nada mas. Esos nombres tendrán acaso alguna significacion oculta en las altas regiones políticas; para los profanos, como nosotros, no suelen tener ninguna. Y sin embargo, al oirlos circular de boca en boca, como los de otros tantos candidatos á las doradas poltronas, qué de temores, qué de esperanzas, qué de realidades dulcísimas, qué de amargos desengaños! Quien hay que halla sus salones, siempre desiertos, atestados de banqueros, de magnates, de títulos, de seductoras bellezas; los unos le aprietan la mano, los otros le saludan, inclinándose hasta el suelo; aquellos le oprimen en sus brazos, estos se disputan sus sonrisas;.... ya se ve!.... es diputado, y se le designa para una Secretaría del Despacho. Si al dia siguiente falla su nombramiento, reinan como de costumbre la soledad y el silencio en su casa; pero en cambio vereis acudir á la de un senador multitud de carruages llenos de duques, embajadores, capitalistas, gentiles-hombres; lo mas rico y aristocrático que

encierra la corte..... ¿sabeis por qué? ese senador es el nuevo Ministro de Hacienda. ¡*Et sic de ceteris*!



Pues bien, leed, leed á los pocos dias la *Gaceta*, y os sorprenderá la animada *polka* que, sin que sea tiempo de danza, están bailando á una todos los empleados de España. Quien da un paso desde Valencia á la Coruña; quien otro se encuentra de un salto, desde Zamora, en Andalucía. Alguno suele perder el compás en este *divertimiento coreográfico*; tropieza con las parejas inmediatas, y cae para no volver á levantarse; pero en cambio otros ocupan su puesto, y nunca se dá el caso de que hagan falta figuras. ¡Ya se vé!.... es preciso colocar á los amigos, á los deudos, á los parientes..... ha variado la cabeza, es natural que varien tambien los brazos. ¿Y en resumidas cuentas, es para esto para lo que cayó el Ministerio pasado? Lo ignoramos; ¿hay alguno que sepa decirnos *por qué* fué nombrado el siguiente? Esto si que sería verdaderamente lo estraño.

Pero ya está formado el Gobierno, ya tenemos un nuevo Gabinete. ¿Es mejor ó peor que el caido? unos dicen que *sí*, otros que *no*; nosotros opinamos lo contrario; quisiéramos, sin embargo, que ambos partidos tuviesen presente el cuento de la *Vieja del Candilejo*. ¿Caerá pronto? ¿será estable? En este punto son permitidos todos los cálculos; lo primero, sin embargo, es lo mas probable. ¡Ya no existe! ¿por qué? por lo mismo absolutamente que el pasado.

Y á pesar de todo, ¡qué furor hay en Madrid por derribar Ministerios! Muy pocos son los que se hallan contentos con el que manda. Una falange de noveleros está ocupada siempre en inventar crísis que no existen, que no han existido jamás sino en sus cabezas. Apenas se ha constituido un Gobierno, cuando ya propalan que no está seguro, que encuentra dificultades en tal ó cual cosa, que ha perdido el apoyo de no sabemos qué influencias. Añaden que es torpe, ambicioso, reaccionario..... ¿y todo por qué? porque lleva dos, tres meses, uno ó dos años de vida. Están tan poco acostumbrados á este fenómeno, han visto á la mayor parte de nuestros hombres políticos pasar con tal rapidez, que el que logra afianzarse algo en la direccion de los negocios, ya dicen que está gastado. El secreto de esta animadversion le sabemos, y vamos á nuestro modo á esplicarle.

Hay en Madrid, mas que en ninguna otra parte de España, una porcion de hombres ociosos, que pasan su vida en la Puerta del Sol, en los cafés y en el Prado: á estos la murmuracion es el único recurso que les queda para matar el tiempo; murmuran de todo, ¿qué estraño es que murmuren tambien de política? Unos, los ricos, lo hacen por malicia; otros, los pobres, por interés, y todos juntos forman un coro de zánganos respetable. Su círculo es el foco de las noticias de crísis; como ese círculo es tan numeroso, no pueden menos de serlo tambien las tales noticias. No faltan crédulos ó cándidos que las crean, y asi se van estendiendo por toda la corte. Es de advertir, sin embargo, que cuando hay verdadera crísis, ellos son los últimos que la saben.



II.

Nadie ignora que uno de los caractéres que mas especialmente distinguen á los habitantes de la peninsula ibérica es esa enfermedad social, que se conoce con el nombre de *empleo-manía.* Aquí todo el mundo quiere ser empleado, y á la verdad todo el mundo tiene derecho para serlo. Un destino es una carrera abierta á todas las clases, á todas las posiciones, á todas las capacidades; basta contar con algun influjo, saber leer y escribir, no sentir maldita la aficion al trabajo, y á lo sumo, á lo sumo, carecer de sentido comun, para aspirar á ser empleado; de aquí es que haya tantos pretendientes en España. Pero como los empleos no se dan mas que en los Ministerios, y como los Ministerios no residen mas que en la corte, de aquí es tambien que todos los pretendientes vengan á ella, aumentando de este modo su ya no escasa falange de vagos.

Madrid está, por lo tanto, lleno de pretendientes, cuya única ocupacion consiste en acudir todos los dias á los Ministerios; este es su punto de reunion, su paseo favorito, su tertulia diaria. Fijos, inmóviles, centinelas constantes é incansables, se los vé, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, á la entrada de ciertos edificios, obstruyendo sus escaleras, sentados en sus antesalas; fácilmente se los reconoce por su aire distraido, sus frecuentes monólogos, sus miradas al cielo, sus preguntas significativas, y por un no sé qué de indefinible que los caracteriza; ellos son las señales que dan á conocer á los Ministerios, los mojones, por decirlo así, que se encuentran en su camino.

Obstáculo material para todo el que, por sus negocios, se ve en la precision de visitar las oficinas del Gobierno, los pretendientes no son, sin embargo, el único con que tropieza aquel desgraciado. Apenas entra en ellas, cuando ya tiene que descubrirse, rindiendo este homenage de respeto á la magestad del lugar y á la inviolabilidad de los porteros. Estos señores, altivos, estoicos, indiferentes, como pudiera serlo el mas finchado hidalgo estremeño, yacen sentados en cómodos sillones, ó pasean de uno á otro lado en actitud peripatética, sin que baste á alterar su erguido continente mas que el son de alguna campanilla que, sacudida con una fuerza proporcional á la categoría del que se sirve de ella, les hace poner una fisonomía humilde y enderezar apresuradamente sus pasos, indicándoles que se necesita algun vaso de agua ó una copa de lumbre en cualquiera de los departamentos de la oficina.

En los demas casos, los porteros conservan su gravedad y su habitual indiferencia con todo el mundo. Si algun cuitado, tomándolos por arciprestes, cree de su deber el saludarlos, ellos volverán desdeñosamente la cabeza á otro lado. Si para informarse de tal ó cual pormenor *oficinesco*, se atreve á dirigirles alguna pregunta, apenas se dignarán responderle, y si lo hacen será despues de haberse tomado el tiempo suficiente para dar una respuesta grosera ó estúpida.



—¿El señor subsecretario?
—S. E. no recibe.
—¿El gefe de seccion?
—Aun no ha venido su señoría.

Con lo cual dan á entender que ninguno de aquellos títulos debe pronunciarse, sin que vaya adjunto el *indispensable* tratamiento. ¡Oh! el faltar á esta regla les parece á ellos un crimen imperdonable. Y es preciso con-

fesar que tienen razon; en estos tiempos no puede llamarse persona importante aquel que no sea conde ó escelencia, ó usía por lo menos.

Pero si en cuanto á la forma no suelen ser las mas propias las respuestas de los porteros, por desgracia lo son las mas de las veces en el fondo. Las oficinas de un Ministerio se abren á las diez ó las once; mas no hay que pensar que acudan á ellas tan pronto los altos empleados. La mayor parte de ellos tienen otras ocupaciones mas urgentes; unos son diputados, otros senadores; la noche anterior han asistido tal vez al baile de Palacio: luego ¡es de tan mal tono el levantarse temprano! No conviene tampoco recibir, á las primeras de cambio, á un cualquiera; la autoridad y el prestigio se pierden haciéndose demasiado visible. Por eso hay señalados dias y horas de audiencia; en estos dias y horas, si es que sus señorías han ido á la oficina, pueden esperar el verlos los profanos. Con algunos minutos mas ó menos de atraso, el portero gruñirá al oido del que se halle el primero en el turno.

—Pase usted.

O bien, mas familiarmente:

—Pasa.

Si el aludido no lleva botas de charol ó corbata de raso, porque entonces es señal de que no es persona decente, y estan de mas con él los cumplidos y las ceremonias.

Procure, pues, ir provisto, quien quiera que necesite visitar los Ministerios, de una carta de recomendacion, ó una tarjeta por lo menos, de algun alto personage; porque, si no, es hombre perdido. Si no le arredra el gesto de los porteros, tendrá que esperar dias y mas dias, horas y mas horas en las escaleras ó en las antesalas, corriendo peligro de convertirse en una estátua; y cuando por fin llegue á ver al oficial de la mesa, sabrá para su satisfaccion que el espediente, aunque lleve años de existencia, no está despachado todavía. ¡Es mucha la actividad que reina en las oficinas del Estado!

Hay, sin embargo, asuntos que tienen privilegio de urgencia y cédula de recepcion los interesados. Quienes sean estos, fácilmente se adivina por la amabilidad con que son acogidos por los porteros, por la prosopopeya con que les abren las mamparas, por la solicitud con que los anuncian al Ministro ó al Subsecretario. Su importancia política ó su categoría se distinguen tambien en los diversos grados con que estas fórmulas se ejecutan.

A un banquero, á un general, á un diputado, se le abren de par en par las puertas, dejándole el paso franco.

A un hermano del Ministro, á un pariente, á uno de sus mas íntimos amigos, se le permite, sin observacion ni pregunta alguna, la entrada.

Para un intendente ó un gobernador de provincia se alza el picaporte y se entreabre la puerta, volviendo en seguida á cerrarla.

El que no pueda presentar ninguno de estos títulos á la consideracion de los señores porteros, prepárese á hacer antesalas ó á ejecutar diariamente algunos compases de espera. Asi como asi no encontrará un medio mas á propósito para fastidiarse. Verdad es que, aunque no pretenda empleo ni destino alguno, se ve confundido con la caterva de pretendientes que todo lo infestan, y no lo es menos, que para libertarse de esta langosta necesita un Ministro emparedarse. La cartera impone hartas audiencias, hartos afanes y cuidados al que está encargado de ella, para que tenga tiempo de oir de los labios de cada importuno una relacion de méritos y servicios con el memorial adjunto, solicitando una placita vacante. Por eso los Ministros se descargan de tan grave peso sobre los hombros de los porteros, y estos le aceptan á trueque de figurar un poco en las antesalas. Allí oyen á los pretendientes, escuchan á aquellos que se les acercan de una manera *insinuante*, ó que traen recomendaciones de la muger, del suegro ó de la vecina de cada uno de ellos, y les prometen emplear todo su influjo, ó bien los desahucian, resolviendo, conforme á su leal saber y entender, los negocios mas árduos y complicados.

Y no hay que reirse de tan altas pretensiones; porque los porteros de un Ministerio son verdaderas potencias, tanto mas elevadas cuanto mayor es su antigüedad y roce con los gefes de la secretaría. El portero mayor, sobre todo, es una potencia de primer órden; como tal, puede llamarse dichoso aquel que consiga tratar con él, como si dijeramos, de potencia á potencia. Personage de importancia, muchas veces capitan retirado, confidente y depositario de secretos pequeños, pero no tanto que puedan sin riesgo divulgarse, el portero mayor de un ministerio se confunde muy á menudo con los gefes, alternando con ellos como uno de sus iguales. Hay oficiales que no se desdeñan de darle el brazo por la calle, de tomar café en su compañía, de visitar su casa por tener el honor de saludar á su muger y á sus hijas, sobre todo si estas son guapas. Y es que, lo repetimos, un portero mayor es una potencia de primer órden; llámase, á la verdad, portero; ejerce los oficios de tal; pero tiene un sueldo que desearian muchos beneméritos veteranos, muchos literatos insignes, muchos hombres de patriotismo y de talento; goza de cierta categoría, y podria muy bien cualquier gobierno concederle una gran cruz por lo delicado de sus funciones, siguiendo el ejemplo de Calígula, que dió los honores de cónsul á un empleado en su servicio, mucho mas subalterno, por cierto.

Por lo demas, los Ministerios son un cuerpo moral, compuesto de diversos miembros; estos miembros, á escepcion de uno solo, se hallaban antes reunidos en un mismo punto, en un palacio cuyo nombre es harto significativo: llámase *Palacio de Doña María de Aragon*. Pero esto ya hemos dicho que sucedia antiguamente; cuando no habia, propiamente hablando, Ministerios; cuando los Ministros eran unos simples secretarios del Rey,

irresponsables ante la nacion, sujetos únicamente á las órdenes ó al capricho del monarca. Entonces se albergaban bajo un mismo techo todas las oficinas del Estado, porque entonces cabian todas ellas en tan estrecho círculo; la accion del Gobierno era muy limitada; sus diversos ramos no exigian las atenciones que ahora; eran aun desconocidos en el mundo político el Comercio, la Instruccion y las Obras públicas, tres cosas de invencion muy moderna; no habia telégrafos, ni gobernadores civiles, ni diputados á Córtes; los Ministerios, en fin, no ocupaban mas espacio que el necesario para poder colocar holgadamente el escritorio del Príncipe de la Paz ó el bufete de don Tadeo Calomarde.

Hoy ya es otra cosa; merced al progreso en cuyas vías hemos entrado; merced al sistema representativo que tan bien se representa entre nosotros; merced á no sabemos qué causas, cuya investigacion nos llevaria muy lejos de nuestro objeto, los Ministerios se han divorciado, yéndose á vivir cada uno á su casa, ó por mejor decir á su palacio. Esta medida era ya necesaria, en medio de la complicacion á que ha llegado la máquina administrativa; los cargos del gobierno son mas graves y numerosos de algun tiempo á esta parte; se ha creado últimamente una especie de poder ministerial, declarando que los Ministros son los jefes de sus respectivos departamentos, y no podian estos permanecer por mas tiempo juntos, lastimosamente confundidos y amalgamados. Seria, por consiguiente, una anomalía el que nosotros, encargados como lo estamos de su descripcion, los examinásemos de esta manera, y por lo mismo vamos á tratar de cada uno de ellos en un parrafito aparte.

III.

Ministerio de Estado.—Hállase establecido en el Palacio Real, dignísima morada de nuestros soberanos. Allí ocupa un pequeño rincon, oculto á las miradas de los curiosos, desprovisto de toda pompa y magnificencia, sin porteros galoneados de oro, sin cuadros, sin estátuas, sin paredes forradas de terciopelo, sin nada que anuncie que encierra en su seno al Estado. Ordinariamente desierto, apenas visitado por los amigos de los jefes ó los oficiales, ó bien por alguno que queriendo viajar por el estranjero, acude á refrendar sus pasaportes, parece mas bien que una oficina del Gobierno, un archivo destinado á conservar memorias de grandezas pasadas.

En efecto, en algun tiempo debió ser algo el Ministerio de Estado; debieron reinar en su recinto la actividad y el movimiento que indican la energía y la vida; pero eso seria hace ya muchos años, cuando teniamos

realmente Estado; cuando España era una nacion temida y respetada en todo el mundo; cuando podia pasear sus aguerridas huestes por uno y otro continente; cuando no se ponia el Sol en su dominio; cuando contaba entre sus hijos un Antonio Perez, un Ensenada y un Conde de Aranda. Entonces debió decir cada uno de los monarcas españoles: *el Estado soy yo*, y quisieron tenerle siempre á la mano; diéronle, pues, una habitacion en su casa, y le trataron como pudieran tratar al mas alto Príncipe ó al mas ilustre potentado.

Pero aquello ya no existe; la monarquía absoluta ha desaparecido; ya no puede pronunciar ningun Rey aquellas célebres palabras del gran Luis XIV, que tanto orgullo y altivez revelan; murieron nuestros grandes hombres, nuestros mas diestros diplomáticos; tócales ahora sostener la dignidad nacional á los Ministros constitucionales, y es un verdadero anacronismo que permanezca todavia en Palacio el Ministerio de Estado. Al verle allí oscurecido, casi pobre, sin el menor lujo ni aparato, podria tomarle cualquier malicioso estranjero por una dependencia de la Casa Real, por una antecámara del Salon de Embajadores, y sin embargo se equivocaria completamente. Que, aunque es verdad que la política humilde del último Rey y las circunstancias de la pasada guerra convirtieron mas de una vez á nuestros diplomáticos en agentes sumisos de planes estraños, hostiles tal vez y perjudiciales al lustre de su patria, hoy ya va recobrando su importancia el Ministerio de Estado, y no ha mucho todavia que salieron de allí notas llenas de dignidad y energía, notas que afianzaron nuestra independencia é influyeron de una manera poderosa en los negocios de Europa. Esta reaccion saludable se debe principalmente á un hombre, cuyos talentos le han colocado en un puesto muy alto, y á quien ya hemos dado á conocer bajo todos sus aspectos en otro lugar de esta obra.

Por lo que hace al personal del Ministerio que nos ocupa, debemos decir que está compuesto de sugetos notables por su capacidad y su mérito. En España no hay, propiamente hablando, una carrera de Estado; los que la profesan no pueden esperar por sus servicios ó por su antigüedad premios ó ascensos establecidos en una rigorosa escala; de aqui es que solo se dedican á ella personas de distincion, hijos de familias elevadas, sugetos que no la necesitan para adquirir posicion ó fortuna. De estos, unos la abandonan despues de haber visitado las cortes estranjeras, pasando algunos años en una legacion ó embajada; otros la siguen y se estancan al llegar á cierto grado. Los altos empleos, los grandes puestos diplomáticos, rara vez se les confieren á ellos; quedan reservados para los hombres de gran representacion política ó aristocrática, generales, ex-ministros, grandes de España, por mas que ninguno de ellos haya pertenecido jamas á la carrera de Estado. Hé aqui la razon de que sean tan hábiles, tan entendidos, tan *maquiavélicos* la mayor parte de nuestros diplomáticos.

IV.

Ministerio de Gracia y Justicia.—Esta secretaría es una de las dos que no han mudado de vivienda, que no han querido darse á luz, prefiriendo permanecer oscurecidas en su antiguo *Palacio de Doña María de Aragon*. Ha hecho bien: ¡vive el cielo! Ni la *gracia* ni la *justicia* hacen gran falta en estos tiempos; importa por lo tanto muy poco que esten ocultas. La *gracia*, cuando mas, debe alcanzar á los amigos; ni aun la *justicia* á los adversarios. Tal es la máxima que profesan nuestros viejos y gastados partidos políticos; no es estraño que esa máxima se vea en cierto modo simbolizada en el retiro físico, en el retraimiento local, si nos es permitido hablar asi, del ramo mas importante acaso del Gobierno. Y decimos esto del *Ministerio de Gracia y Justicia*, porque él es mejor que otro alguno el encargado de mantener la inviolabilidad de las leyes, él es el mas autorizado representante de la moral pública: sin *gracia*, ¿qué vendria á ser la humanidad? sin *justicia*, ¿qué seria de las sociedades?

Pero volviendo á nuestro propósito, el *Ministerio de Gracia y Justicia* no se halla solo, como ya hemos dicho, en su palacio. Tiene un compañero de hospedage, y como pudiera confundirse con él, vamos á dar las señas de la habitacion que ocupa. El forastero que viniese por primera vez á Madrid en un dia de *San Isidro*, no necesitaria seguramente preguntar donde está la ermita del *Santo*; bastaríale seguir mudo y silencioso los pasos de los habitantes de la corte, para llegar al cabo de algun tiempo al punto á donde deseaba encaminarse. Pues lo mismo absolutamente sucede con el *Ministerio de Gracia y Justicia*: todo aquel que se vea en la necesidad de visitarle, no tiene mas que colocarse en la puerta principal, y seguir, como un corderito, las huellas de cualquier prójimo entrante; ellas le conducirán al departamento ministerial que busca.

No pisa apenas un alma viviente el *Palacio de Doña María de Aragon*, que no acuda al *Ministerio de Gracia y Justicia*; el de *Marina*, que reside en la otra mitad del edificio, se halla casi siempre desierto, como el de *Estado*. ¿Y por qué no? ¿qué canongías tiene él que dar, qué juzgados, qué placitas de fiscal para los jóvenes jurisconsultos? Ninguna; por eso no se ve continuamente invadido de abogados; de esa plaga mayor que todas las de Egipto que, no cabiendo dentro de su esfera, ha caido sobre todos los empleos, sobre todos los cargos públicos, sobre todas las dependencias oficiales.

Por lo demas, el ministerio de que nos ocupamos presenta tal aspecto de gravedad que impone un respeto involuntario. Hállanse sentados en sus antesalas porteros sérios, mucho mas sérios que en las demas dependencias ministeriales; recorren sus oficinas multitud de personas, todas con la mayor compostura y silencio; no se oye allí mas que el *runrun* monótono de las palabras que se cruzan en voz baja; todo es órden, todo es magestad; hasta parece que el aire se halla embalsamado con el humo del incienso. Y es que el *Ministerio de Gracia y Justicia*, fuera de lo mucho que hay en él de profano, tiene tambien algo de eclesiástico; por eso despide ese olorcillo particular que participa de lo uno y de lo otro. ¡Contraste, por cierto, notable!

En esta secretaría es donde suelen sufrir mas retraso los negocios; tiene relacion con la curia, y ya basta para que se parezca, aunque muy remotamente, al despacho de un procurador ó escribano. Nosotros creemos ver en ella hasta alguaciles, cada vez que nos ocurre el visitarla. ¡Qué ridículos antojos! ¿No se diria que éramos algun preso inocente, algun litigante con derecho, ó algun reo que espera indulto? ¡Bien es verdad que hemos sido siempre muy antojadizos!

V.

Ministerio de Marina.—Lo repetimos, la soledad es la única compañía que se encuentra en este ministerio. Parece un buque que hace agua, sin arboladura, roto y deshecho por las tormentas, abandonado en medio de la inmensidad de los mares. ¡Tal ha sido tambien hasta ahora la imagen de nuestra armada! En el dia, sin embargo, ese buque se ha carenado, se ha recompuesto, se le ha dado quilla y velámen, y ya cuenta con navegantes, y puede bogar en alta mar, merced á esfuerzos y sacrificios casi sobre-humanos. Es verdad que ha sido preciso, para hacerlos, nada menos que un riesgo inminente, un peligro de muerte, un ataque á la nacionalidad española á mano armada; pero al fin esos males pasaron, y hoy debemos bendecirlos como una especie de aviso del Cielo. Gracias á ellos, contamos con una marina naciente, y esto siempre es algo, por mas que recordemos con dolor los tiempos de Hernan Cortés y Pizarro.

A pesar de todas estas mejoras, nada hay en la secretaría de que nos ocupamos que anuncie al *Ministerio de Marina*. La comparacion que de ella hemos hecho con un buque, solo puede sostenerse en el terreno moral, de ningun modo en el físico. Al contrario, bajo este aspecto, ase-

méjase mas bien al gabinete de una gran señora, ó á la sala de una tertulia del gran tono. Sin ostentacion, sin gran lujo, sin magnificencia, hay allí cierta elegancia, cierta *proprieté*, cierto perfume de aristocracia que alejan todo recuerdo del humo de las calderas de vapor ó del olor de la brea. Diríase que el *Ministerio de Marina* era la cámara del capitan de uno de nuestros modernos buques, con tanta comodidad, con tanto gusto, con tan esquisita molicie alhajadas. Esa cámara sirve de lugar único de recreo y de descanso á un hombre lleno de privaciones, envejecido en las fatigas, entregado á una lucha incesante con el furor de los elementos. En ella es donde viene á refugiarse ese hombre, despues de haber pasado muchas horas sobre cubierta, marcando el rumbo del buque, dando órdenes al piloto y á la chusma, conjurando la tempestad, intrépido y sereno en medio de los mas horribles peligros. Justo es que, tras tantas faenas, halle el hijo de los mares un poco de placer, un poco de sosiego y de calma.

Pero no sucede asi á nuestros Ministros de Marina. Entre ellos, muy raro será el que haya surcado las saladas ondas, el que haya visitado el Océano, el que haya visto otras aguas que las del estanque del Retiro ni otros buques que los que venden para los niños en la feria. Alguno, si acaso, habrá entrado por casualidad en el *Museo Naval*, y se habrá detenido á contemplar con la curiosidad de un *batueco* los modelos de navios que existen en aquel establecimiento, ó cuando mas se habrá embarcado en el canal de Castilla, mareándose al atravesar alguna esclusa. Pero eso no importa para que todos ellos hayan sido famosos ministros; porque, segun voz muy autorizada, no se necesitan conocimientos náuticos para ponerse al frente de la marina española, y si en Francia seria un Arago dignísimo encargado de este ramo del gobierno, en España ha podido serlo tambien un Ensenada. Algunos replicarán que esto es una escepcion de la regla, y que no debe fundarse ningun cálculo en el poder del genio ó del talento, cosas ambas por desdicha muy raras; pero á semejantes Aristarcos se les hace enmudecer desde luego, diciéndoles que España es el país de las anomalías, y que aqui sucede todo al revés de lo que parece natural ó probable.

VI.

Ministerio de la Gobernacion.—He aquí la secretaría de Estado, por escelencia; he aquí el verdadero Ministerio, el Ministerio mas ministerial, el Consejo de ministros en miniatura; por eso se llama *Ministerio de la Gober-*

nacion; porque él es el que mas gobierna, el que manda mas, el que maneja el mayor número de los resortes de la máquina política. La imprenta, los correos, los telégrafos, los caminos vecinales, la policia, la beneficencia, los teatros, las elecciones, los presidios, todo ó casi todo se halla sometido á su direccion y vigilancia. Es un verdadero arlequin vestido de cien colores, ya militar, ya civil, ya artístico, ya judicial, ya literario, ya blanco, ya negro, ya jaspeado. Tiene buques y soldados, interviene en los negocios de mar y tierra, nada hay apenas que esté libre de su influencia, desde el Monte de Piedad hasta el juego del monte, desde los templos del Señor hasta las casas del diablo, desde las grandes farsas políticas hasta las pequeñas farsas escénicas, desde el Parlamento hasta el *Congreso de Gitanos* (1).



Un ministerio de tal importancia no podia caber en los cortos límites materiales á que antes se hallaba reducido; vivia allí con estrechéz, como el padre de una familia numerosa en una de nuestras modernas habitaciones;

(1) Comedia del género andalúz.

Por eso abandonó su antiguo palacio, y se estableció en el soberbio y magnífico edificio que antes servia de *Casa de Correos*. Aquí ya es otra cosa; aquí está con holgura, con comodidad, con todo el aparato que requieren su carácter y sus vastísimas atenciones; nada le falta, ni salones donde cobijar á sus numerososos empleados, ni ante-salas que contengan á los todavia mas numerosos pretendientes que acuden á él todos los dias. Porque el ramo de Gobernacion es el que mas cebo ofrece á todo el que aspira á vivir sobre el país; tiene tantos destinos, tantas plazas, tantas ocupaciones en que poder colocar á los desocupados! Y luego no es necesario para aspirar á estos beneficios ni hacer oposicion, ni haber seguido una carrera, ni poseer conocimientos especiales; un jefe político, un corregidor, un inspector de correos para nada necesitan la ciencia; son como los pucheros que pueden hacerse de cualquier barro.

Hay ademas otra razon, para que sean tantos los que soliciten servir en el ministerio de que nos ocupamos. Los destinos que dependen de esta secretaria son los mas amovibles, no falta, por consiguiente, nunca algun ocioso que se crea autorizado, para decir á cada uno de los que los poseen; *quitate tú para que yo me ponga*. Y debe ser así, segun las teorías de todos nuestros partidos; los empleados del ramo de Gobernacion son esencialmente políticos; están por lo tanto obligados á secundar la política del ministerio; ahora bien, cada ministerio tiene su política; los ministerios se mudan muy á menudo, luego deben mudarse tambien á cada paso los empleados. ¡Oh poder de la dialéctica! ¡Oh lógica admirable y fecunda, que no necesitas la enseñanza de las aulas para ser aprendida y universalmente practicada!

VII.

Ministerio de Comercio, Instruccion y Obras publicas.—Tal es la denominacion del mas jóven de los ministerios; tan jóven que la época de su fundacion es muy reciente; apenas cuenta de vida tres años. Y sin embargo, ¡cuánto no ha trabajado en tan corto tiempo! ¡Qué de reformas, qué de leyes, qué de decretos, qué de reglamentos no ha creado! Hemos visto desde su origen aumentarse las relaciones mercantiles de nuestros pueblos entre sí y con los pueblos estraños; hemos visto propagarse la instruccion, multiplicarse las obras públicas..... ¡quién sabe cuantas cosas hemos visto y veremos aun en adelante? ¡Díganlo, si nó, la habilitacion de un sin número de aduanas, la construccion de nuevos puertos, los ferro-carriles

proyectados, la inmensa concurrencia á las cátedras, la cómoda posicion de todas las profesiones, el lustre y el decoro de las artes! ¡Oh! ¿y cómo podríamos alabar dignamente los beneficios que se deben á la secretaría de que nos ocupamos?

Bendita, bendita mil veces sea la creacion del *Ministerio de Comercio, Industria, Agricultura, Instruccion y Obras públicas!* Porque todos estos ramos abraza, aunque no de todos ellos tome su nombre, tan largo y complicado de suyo, sin necesidad de agregarle nuevos títulos. Sí, tambien comprende este ministerio la agricultura y la industria; ¿y cómo no habia de comprenderlas, siendo dos fuentes tan principales de la riqueza pública? Verdad es que por la misma razon no se creyó oportuno hacer mérito de ellas; cosas tan sabidas no hace maldita la falta el citarlas. En cambio, se tuvieron, sin duda, muy en cuenta, y gracias á este celo han prosperado prodigiosamente, desde que hay nada menos que un ministerio encargado de fomentarlas. ¿Quién no recuerda los frutos de aquel famoso Congreso de Agricultura, donde tan importantes cuestiones se resolvieron? Aquellos frutos, nadie lo ignora, fueron tantos y tales, que pudo darse con ellos un opíparo banquete; dígasenos de buena fé si hay alguna *solucion* mas útil, y sobre todo mas sabrosa.

Pues bien, todo esto y mucho mas todavia que callamos se debe al *Ministerio de Comercio, Instruccion y Obras públicas*; á ese ministerio *modestamente* encerrado en un claustro, como para significar su aficion á la soledad, tan amiga de la meditacion y el estudio; á ese ministerio sepultado entre las paredes de un monasterio, el antiguo Convento de la Trinidad, tan feo por de fuera, tan lujoso y bien amueblado interiormente! Quién lo diría?

¡En tan humilde hogar, tanta grandeza!

Pero, y las obras públicas, ¿cuánto no han adelantado desde la creacion del ministerio de idem? ¡Qué de caminos, que de puentes, que de acueductos, que de canales! ¿no se diría que España es una imagen de la Bélgica ó de los Estados-Unidos? Tres ó cuatro telégrafos nada menos existen solo en Madrid; véase si se habrán acelerado las comunicaciones, si se habrán acortado las distancias.

En punto á instruccion, nada tenemos que envidiar al mas pintado (*suple* pais, entre paréntesis). Ya tenemos cátedras de comercio, escuelas preparatorias, ingenieros mecánicos, ingenieros de montes, ingenieros de minas, colegios de primera y segunda clase, institutos y seminarios; ya tenemos bachilleres, regentes, licenciados, doctores; como si digéramos, subtenientes, tenientes, capitanes, comandantes, etc., de unos nuevos regimientos escolásticos; ¡y lo que es mas curioso! los tenemos divididos por armas; doctores en letras, en filosofía, en ciencias naturales, ó lo

que es lo mismo, de infantería, caballería y artillería; ya, en fin, puede esclamar, lleno de dulce resignacion, cada padre de familias, al enviar á uno de sus hijos á cursar en nuestras Universidades:

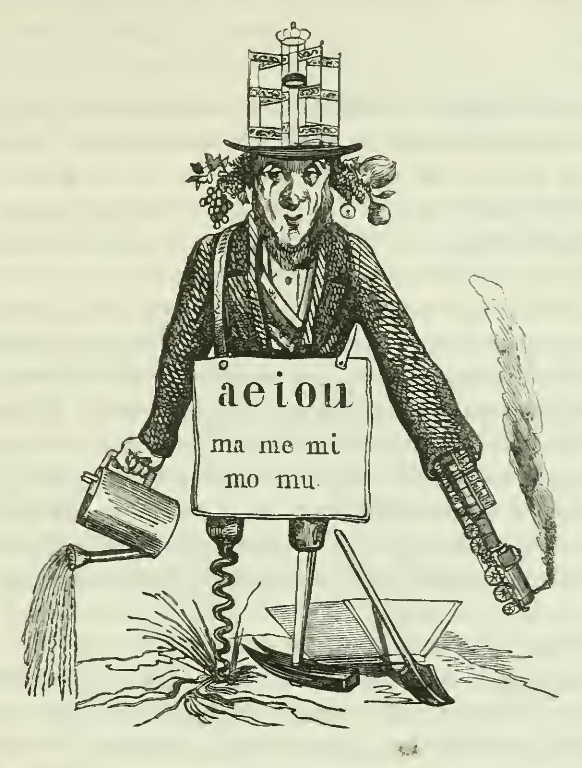
¡El podrá venir borrico,
pero al fin viene doctor!

Consuelo inefable, satisfaccion lisongera, santa y sublime esperanza, que debemos á la menorable fundacion de la secretaría que nos ocupa. ¡Oh! dejad que repitamos llenos de entusiasmo, aquellas palabras que en un rapto de alegria hemos pronunciado ya en otro lugar de este párrafo. ¡Bendito, bendito mil veces sea el *Ministerio de Agricultura*, *Industria*, *Comercio*, *Instruccion y Obras públicas!!!*

VIII.

Ministerio de Hacienda.—Un palacio soberbio, suntuoso, monumento erigido á la restriccion del comercio por el magnánimo rey Cárlos III, sirve hoy de morada á la secretaría, que vamos á describir á grandes rasgos. Este palacio es el edificio que ocupaba antes la *Aduana*, ignominiosamente desterrada á la region mas escéntrica y humilde de la corte. Al ver su magnífico aspecto, cualquiera se formaria una idea semejante de nuestra Hacienda. ¡Qué belleza artística en el conjunto, qué proporcion en los detalles, qué lujo, qué comodidad, qué desahogo! Tres puertas de entrada, patios vastísimos, escaleras anchas y suaves, distintos departamentos para cada dependencia, en fin el órden, ese órden tan ensalzado y tan maldecido, la regularidad, la armonía. Y sin embargo, ¡qué contraste forma con todo ello el estado de las rentas públicas! Aquí la confusion, el embrollo, la oscuridad mas espantosa, el caos. ¿Quién sería capaz de componer algo con estos elementos? solo Dios. ¿Y quién se atreveria á emprenderlo? cualquiera. En España nunca falta un *Colbert* que se encargue del Ministerio de Hacienda; ¡abundan tanto en nuestra patria los hombres de gobierno, los sábios economistas! No importa que ninguno de ellos haya saludado la ciencia; no importa que el mas avisado desconozca la palabra *valor*; que ignore hasta lo que significa *riqueza*; nada de esto importa, con tal que haya pronunciado algun discurso en que citara todas esas palabras y hablase del tres por ciento, y de la deuda, y de los aranceles, sin comprender siquiera una jota de la materia; con tal que haya escrito algunos artículos por el estilo

en los periódicos, ó que pueda presentar, por lo menos, un título de licenciado en leyes, *súficit atque rebastat* para ser nombrado Ministro de Hacienda. ¿A qué mas? Toda la ciencia del hacendista está reducida á *sumar* y *restar*; en este pais, se saben hacer admirablemente las dos cosas; se suma y se suma siempre en todo lo que sean gastos y contribuciones; se resta de la misma manera en cuanto pertenezca á los fondos del Tesoro público. ¡Qué habilidad, qué tacto, qué *savoir-faire* tan esquisito y tan admirable!



El Ministerio de Hacienda es el que se ve acosado de mayor número de pretendientes. Es tan vasto, tiene tantas dependencias, tantas oficinas, tantos empleos, y luego ofrece sueldos tan pingües, negocios tan lucrativos á los que sirven en su ramo, que todos acuden á él como acuden los gorriones á las maduras espigas. ¿Qué oficio mejor que el de intendente ó administrador de rentas? ¿Qué finca mas productiva que una salina para el que la administra? ¡Oh! y qué profunda verdad encierra aquel antiguo refran que dice:

¡Enfermo que se enjuaga,
algo traga!

Si, por esta razon, en cosas de nuestra Hacienda desean todos enjua-

garse, y no hay uno siquiera que no esté dispuesto á hacerse el enfermo, siquiera le cueste su enfermedad un ojo de la cara. Tuerto y todo, aun podia ser *vista de aduana*, ¡y conviene tanto para esta clase de empleos el ver poco!

IX.

Ministerio de la Guerra.—El nombre de esta secretaría y el palacio que ocupa parecen en estos tiempos un verdadero anacronismo. Ministerio de la Guerra, cuando reina la paz por todas partes! Palacio de Buena-Vista, palacio que podria denominarse de la Paz, puesto que perteneció en algun tiempo al favorito Príncipe de idem, para que sea habitado precisamente por el genio de mas horrible aspecto, por el genio de la guerra! Todo esto, lo repetimos, parece un anacromismo; y sin embargo, no lo es ni por pienso. En España, nunca puede decirse que hay paz, por mas que el pais aparezca tranquilo; al contrario, mas bien puede asegurarse que hay siempre guerra. El pueblo lucha á cada instante con el Gobierno, el Gobierno con el pueblo, el pueblo con sus representantes, los representantes con los partidos, los partidos consigo mismos. Es una escena muy parecida á aquella que pinta el Manco de Lepanto en su *ingenioso hidalgo*, cuando: «daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo.»

La secretaría de que se trata es una de las que mas influyen en los negocios del Gobierno, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra. A pesar de la civilizacion que cada dia adelanta mas entre nosotros, á pesar del sistema constitucional que nos rige, á pesar de la preponderancia que en estos últimos años se ha querido dar al poder civil, es lo cierto, que todavia vivimos bajo un régimen militar, ni mas ni menos que si estuviésemos en Rusia ó en Turquía. Nuestras provincias se hallan sujetas á Capitanes generales, especie de Procónsules, cuyo poder es omnímodo, y que, al menor asomo de disturbio, al menor síntoma de desórden, reasumen en sí todas las facultades, y se convierten en verdaderos *bajás* con ínsulas de dictadores. La sociedad no respira entonces sino á merced del capricho de sus mandarines; suprímense los tribunales y las leyes; una comision militar se encarga de juzgar á los acusados, y el plomo de los fusiles hace el oficio del corbatin ó el hacha del verdujo. ¡Queda, sin embargo, á las víctimas el consuelo de morir de una muerte noble! Tales son los peligros que amenazan á los ciudadanos en tiempo de paz.

Cuando hay guerra, el Ministerio de este nombre se traslada al Cuartel general, y ya no es Ministro el secretario encargado del despacho del ramo, sino el general en jefe, ó por mejor decir, esta potencia militar lo es todo. Ya no hay Trono, ni Gobierno, ni Parlamento, ni magistrados, ni órden civil, ni gerarquía política, ni gerarquía eclesiástica; no hay mas que la voluntad absoluta de un soldado. La ordenanza es el código fundamental que impera; la vara del *constable* está simbolizada en la bayoneta del centinela, y un tambor mayor hace marchar á son de caja á los ciudadanos, lo mismo que si se tratase de un batallon de reclutas. ¡Ay de aquel que no marque bien el paso! ¡Un cabo cuidará de enseñárselo dulcemente, á latigazos, en nombre de la libertad y de la salvacion de la patria!

X.

Aqui termina la descripcion de los Ministerios. Ahora que hemos examinado cada uno de ellos separadamente, permítasenos hacer algunas observaciones sobre todos en conjunto; ellas servirán para completar la pintura de estas altas regiones del Gobierno, paisage desconocido para muchos, y cuyo misterio suelen esplotar algunos con tanta fortuna.

En primer lugar, haremos notar que los Ministerios son *siete*, número fatal en el sistema pitagórico, número crítico, segun Hipócrates, para las enfermedades: en España, un Gabinete es una verdadera enfermedad, funesta, sí, pero necesaria, endémica como las tercianas; no es, pues, estraño que, como tal, haga *crisis* en el número SIETE, que es el de los elementos que le componen; y he aqui, sin duda, la razon de que sean en este pais tan efímeros los Ministerios. Ninguno de ellos se acuerda, sin embargo, al constituirse, de la cortísima vida de su antepasado; asi es que, embriagados con el incienso que queman en sus aras los sacristanes políticos, todos cierran los oidos á la voz popular que les grita, mostrándoles, como al Pontífice electo, una estopa inflamada:

¡*Sic transit gloria hujus mundi*!

Y hacen bien, ciertamente, en obrar de ese modo; de lo contrario, no darian motivo con sus frecuentes caidas á recelos y esperanzas para los bobos, á diversion y espectáculo para los discretos; ¡y es tan dulce el poder divertirse á costa agena!

Otra cualidad debemos consignar aqui, respecto de los Ministerios, y es su absoluta independencia. Ellos han dicho para su capote: *cada cual*

en su casa y el diablo en la de todos, y lo han cumplido por cierto. Así es que mientras el uno permanece en *Oriente* el otro se traslada al *Ocaso*; mientras este se fija en el *Norte*, aquel planta su bandera en el *Sur*, et sic de cæteris. Qué cordialidad, qué armonía, qué fuerza de cohesion suele haber entre las partes de ese todo que se llama Gabinete! El *Estado* en lucha con la *Gobernacion*, la *Hacienda* contrapuntada con la *Marina*! Admirable! sublime!! divino!!! Y sin embargo, creereis que por eso haya perdido el Gobierno su unidad, su energía, su punto de apoyo? Os equivocais miserablemente; ese Gobierno continúa, y si muere no será por aquella causa, sino por otra cualquiera. Un gato y un perro se miran de reojo, se gruñen, se muerden tal vez y se arañan, pero nada de esto impide que vivan juntos en una misma casa.



Si ahora se nos pregunta cómo se pesca un Ministerio en España, diremos que de dos maneras: ó siendo muy tonto, ó teniendo mucho talento, pero siempre poseyendo una dósis regular de audacia. Y al decir talento, no entendemos por tal esa facultad intelectual profunda, investigadora, filosófica, que crea, que analiza, que ordena y distribuye los hechos, á cuya fuerza de observacion no suelen ocultarse los secretos de la ciencia ni los arcanos de la naturaleza. No, talento, en nuestro lenguage, significa talento político, tacto, maestria, aptitud para el maquiavelismo y para la intriga;

ó en otros términos, eso que antiguamente se llamaba *gramática parda.* Hé aquí la primera cualidad del hombre político; el elemento mas necesarió para subir á Ministro. En cuanto á la audacia, nada tenemos que añadir á lo que dijimos en otro lugar de este libro; esa es una condicion *sine qua non* en todo el que aspire á medrar por cualquier medio que sea. Pero, se dirá: ¿en qué puede influir la tontería para la elevacion de un hombre público? Lo esplicaremos. Hay ocasiones en que un miembro del Gobierno, una capacidad, en el sentido que hemos dado á esta palabra, necesita en sus cólegas, mas bien que auxiliares, instrumentos; pues bien, entonces es cuando puede decirse que tiene una estrella en la frente el que, por la gracia de Dios, ha nacido tonto. Se le coloca en una poltrona ministerial, y como el cuitado no ve mas allá de sus narices, no hay miedo que dé señales de inteligencia aunque se le pase por delante de aquellas un decreto, una real órden, una ley provisional de esas que conviene que se deslicen sin saber cómo. Además, los tontos suelen tener mayoría en los Parlamentos, por la sencilla razon de que ellos se entienden entre sí, y de que estos entes, como dice *Scribe*, están en gran mayoría en el mundo: son, por consiguiente, una palanca poderosa para los gobiernos representativos, y, como es de suponer, estos no se descuidan en echar mano de ellos. Véase cómo dijimos bien al principio, al afirmar que el ser tonto es muchas veces una fortuna en política.

Por el contrario, podemos añadir que el ser sábio es una gran desgracia, no solo en la carrera política, sino en cualquiera otra de las profesiones sociales. El sábio, el verdadero sábio, el que ha pasado los dias y las noches con los ojos fijos en los libros, aspirando, por decirlo así, las ideas que se legan de generacion en generacion los hombres, reflexionando, discurriendo, inventando, dando tormento á su cerebro para la resolucion de un problema, para el descubrimiento de una verdad, no se mezcla jamás en las agitaciones, en el tumulto, en el laberinto de los negocios públicos; vive oscuro y retirado en el fondo de su gabinete, y nadie se acuerda de él para hacerle Senador ni Diputado. Ese hombre gusta poco de la sociedad, no escribe; mas aún, no lee periódicos, no estampa todos los dias su nombre en gacetillas, ni en artículos; no busca la celebridad por medio de la prensa, ni de los duelos, ni de los saraos de la aristocracia, ni de las reuniones electorales, ni de los círculos de café, ni de tantos otros manejos como se conocen en el dia para dar que hacer á las cien trompas de la fama. Así es que nadie sabe siquiera si existe cuando se trata de nombrar un Gefe político ó un Director de aduanas. Para Ministro, no hablemos; como no ha merecido nunca los sufragios de ningun distrito, ni siquiera ha sido Alcalde ó Comisario de policía, si alguno tuviera el capricho de proponer su nombramiento, se le haria enmudecer desde luego, diciéndole que no es hombre público. Hombre público! *voilá le mot*, como

dicen los franceses. Hombre público! Válate Dios por la publicidad personal, y qué importancia se le dá en estos gobiernos representativos. Qué se diria, si el Monarca, en uso de sus atribuciones, encomendase una cartera ministerial á un hombre á quien no conociese la España entera, siquiera fuese por sus escándalos ó sus desaciertos? Qué se diria? Todo el mundo clamaria contra tamaño *abuso*; los altos funcionarios se apresurarian á dimitir sus respectivos cargos, creyéndose humillados si servian un momento á las órdenes de tal gefe; los periódicos pondrian el grito en el cielo, anatematizando aquella crísis anti-parlamentaria; los representantes del pueblo, despues de unas cuantas interpelaciones punzantes, incisivas, ardientes como banderillas de fuego, darian un voto de censura al nuevo gabinete; en fin, podria acontecer hasta un pronunciamiento, una revolucion, un cataclismo ó un terremoto mas fuerte que el de la Martinica. Y todo por qué? Porque era Ministro un hombre desconocido en las regiones oficiales. Sí, lo repetimos, en política seria una desgracia el ser sábio.

Pero, basta de observaciones. Pudiéramos hacer tantas, si quisiéramos, empleando en este asunto nuestra máquina fotogénica! Basta, sí, que no todo se puede decir, y el silencio tiene tambien su elocuencia, y, como dijo el otro, *al buen callar llaman Sancho.* Las altas regiones del Estado son muy resbaladizas, y á Dios juramos que no tenemos maldita la gana de dar un batacazo en ellas. Harto hemos discutido, comentado y manoseado las cosas; fuerza es enmudecer al llegar al límite de las personas; que, para retratos políticos, bastantes tenemos ya hechos, y una triste celebridad no es asunto de un panegírico, como una virtud modesta no puede serlo tampoco de una sátira.



CAPITULO VII.

La Corte y la Nobleza.

I.

Vamos á describir una sociedad brillante, bulliciosa y alegre, embellecida con todo el lujo de las artes, con todos los caprichos de la moda, con todos los encantos de la juventud, de la riqueza y de la hermosura; sociedad divertida como pocas, elegante cual ninguna, rodeada de todo el fausto y el aparato de la magnificencia, compuesta de lo mas noble y escogido que encierra en su seno la ibera monarquía, formada por lo mas grande, lo mas ilustre, lo mas digno de respeto, lo mas envidiado y envidiable de España. Tal es la corte de S. M. la Reina doña Isabel II (Q. D. G.)

En la cumbre de esa sociedad, gala y esplendor de la coronada villa, se asienta para bien de los pueblos una augusta señora, egrégia prosapia de cien y cien reyes, heredera del nombre y de las virtudes de *Isabel la Católica*, rama frondosa del árbol magnífico y fecundo de los *Borbones*, y hoy digna representante de esta antigua y nobilísima casa. La augusta señora de quien hablamos, de quien no podemos menos de hablar con el entusiasmo en el corazon y con el respeto en el alma, con palabras de amor en los labios y con frases de lealtad en la pluma, esa augusta señora, que hoy ocupa el sólio de Recaredo y de San Fernando, que tiene en sus manos el cetro de Alonso X y de Cárlos III, es una jóven bella, bondadosa y magnánima, de tanta gracia como talento, de tanta dignidad como filantropía, adornada de todas las prendas físicas y morales que pueden hacer seductora y virtuosa á una dama, inmortal y bendecida á una soberana. Jóven que resplandece de magestad y pureza en la florida primavera de sus dias, jóven que nació con la aurora de libertad y regeneracion para España, esperanza de

sus pueblos, consuelo de los desgraciados, iris de paz, emblema de union y de ventura. Ah! por ella, por ella ha corrido á torrentes por espacio de diez años la sangre generosa de los libres; por ella ha sembrado de destruccion y de espanto las villas y las aldeas la hórrida metralla de los cañones; por ella ha diezmado la implacable guadaña de la muerte á una juventud impaciente, ávida de combates, sedienta de renombre y de gloria; por ella se han hecho tantos nobles esfuerzos, tantos sacrificios heróicos, por ella, en fin, estan siempre prontos los hijos de Castilla á luchar y reluchar al grito de: ¡*Victoria ó muerte*! Y esa jóven, lo repetimos, es doña *Isabel II de Borbon*, reina constitucional de las Españas.

A su lado, osténtanse: primero, como la mas sólida columna del trono, el rey consorte, S. M. Don Francisco de Asis, ejemplo de príncipes, modelo de esposos, varon virtuosísimo y preclaro.

S. M. la Reina madre Doña María Cristina, progenitora de Doña Isabe II, viuda del sétimo Fernando, tanto tiempo regente y gobernadora de estos reinos, su mas fuerte escudo contra los pérfidos ataques de la barbarie y el fanatismo, su tabla de salvacion en las tormentas populares, su alivio y su refugio en las contiendas de una lucha fratricida y cruenta; flor todavía lozana, trasplantada desde los mágicos pensiles de Nápoles á las risueñas riberas del Tajo, para perfumar las auras del padre rio con sus dulces y fragantes aromas.

S. A. R. la Srma. Señora Doña Luisa Fernanda, augusta hermana de nuestra adorada Reina, inmediata heredera de su trono, princesa ilustre, dama gentil, tierna y castísima esposa, jóven cándida y pura como una blanca paloma, niña madre ya de otra niña.

S. A. R. el Srmo. Señor Duque de Montpensier, amante cónyuge de la inocente Infanta, hijo de un rey poderoso muerto muy lejos de su trono, heredero de las virtudes y de los talentos de su padre, jóven en quien la prudencia y la sabiduría han escedido los límites de sus años.

S. A. R. el Srmo. Sr. D. Francisco de Paula, Infante de España, padre del augusto esposo de Doña Isabel II, y tio carnal de esta escelsa señora, lustre y ornamento de la hispana monarquía.

Todos los demas altos miembros de la real familia, entre los cuales se cuentan hermosas y honestas princesas, príncipes no menos grandes y esclarecidos.

Finalmente, los grandes de España, los prelados de la Iglesia, los altos funcionarios públicos, los Ministros, los Embajadores, los Gentiles-hombres, los generales, los hidalgos de sangre azul, los magistrados, los representantes del pueblo, los senadores, los banqueros, todas las notabilidades, todas las aristocracias pertenecen igualmente á la corte.

Allí figuran los descendientes de la antigua nobleza castellana, los que cuentan entre sus abuelos muchos altivos y valerosos señores feudales, los

que pueden ostentar una progénie llena de timbres y gloriosas hazañas, los que fundan su orgullo en los cuarteles de sus escudos, los Osuna, los Medinaceli, los Abrahantes, los Hijar, los Alba, los Santiago, los Altamira, los Feria, los Oñate, y tantos otros cuya enumeracion seria harto prolija.

Vénse tambien alrededor del trono á los representantes de otra nobleza menos antigua, pero no menos ilustre, nobleza no ya conquistada como la anterior con la cortante cuchilla y la aferrada maza, sino adquirida en los consejos de la política ó en las investigaciones de la ciencia; no salpicada con sangre de los sectarios del Profeta ni de los hijos de Motezuma, sino enaltecida por las obras del talento, del ingenio ó de la sabiduría. Nobleza escasa, pero ilustre y gloriosa como la primera; nobleza menos antigua, pero mas que aquella envidiable; nobleza cuyo orígen señala la estincion de la barbárie y el advenimiento de una nueva era, la era de la civilizacion y del progreso.

Pero aun hay en el régio Alcázar, junto al sólio de Doña Isabel II, formando parte de su corte y de su comitiva, una aristocracia mas legítima que todas, la aristocracia de la época, la que se lo debe todo á sus propios hechos y no á los de sus antepasados, la que no es hereditaria, la que ha ganado por sí misma sus blasones, la que ha fundado sus escudos, la que puede poner el número primero al lado de sus títulos, y decir con orgullo cada uno de sus miembros: yo soy el primer marqués de A***, el primer conde de B***, el primer duque de tal ó cual apellido.

Y esto sin contar con muchos hombres respetables, dignos de ocupar un lugar señalado en la historia, que, á pesar de sus méritos, guiados por un justo desprecio á todas esas vanidades pueriles, ó imbuidos del espíritu filosófico y democrático del siglo, no han querido ó no han tenido ocasion de titularse, y firman con sus nombres hidalgos ó plebeyos, tales como se los legaron sus padres, sin colocar encima de ellos ni siquiera un escudo coronado. Esos hombres, sin embargo, son tambien del número de los que componen la corte de S. M. la Reina de España.

Vienen despues los caballeros de las órdenes militares, últimos restos de aquella milicia á la vez espiritual y del siglo, medio sagrada y medio profana, que combatia por la religion y por la patria, por la fé y por la independencia de los pueblos, por la santa causa de Dios, y la causa tambien atendible de sus criaturas, y que empleaba contra los enemigos del Cielo el crucifijo y la espada, el rosario y el hacha de armas, el áspero cilicio de espinas y la tupida malla de acero. Institucion monstruosa, propia solo de aquellos siglos de creencias, al par que de fanatismo, en que no imperaba otra ley que la del mas fuerte, ni otro derecho que el de conquista, ni otra razon que la de la lanza y los puñales. Institucion útil tal vez y necesaria entonces, hoy estéril y mohosa, alimentada solo de recuerdos,

sin mas vida que la que le prestan añejas preocupaciones y el afan de distinguirse del vulgo.

Por último, ¿á qué cansarnos? la corte encierra en su seno á los próceres y á los diputados, á estos padres de la patria, los unos nombrados por la corona, los otros elegidos por el pueblo, encargados todos de velar por las prerogativas de aquella y por la integridad de los fueros de este, centinelas de las instituciones, legisladores incorruptibles, tribunos inviolables, depositarios de la fé y de la confianza pública. La corte comprende tambien á esos magnates que se han elevado en las alas de Mercurio, honrados comerciantes, ricos propietarios, favoritos de la veleidosa fortuna. Comprende á esos intrépidos guerreros que tantas veces han derramado su sangre en defensa de la patria, jefes de nuestro disciplinado ejército, guardianes del órden y de la seguridad de los ciudadanos. Comprende, para decirlo de una vez y repitiendo lo que ya al principio dijimos, comprende lo mas noble y escogido, lo mas grande, lo mas ilustre, los mas digno de respeto, lo mas envidiado y envidiable de España.

II.

Hemos enumerado los diversos elementos de que se compone la corte; vamos ahora á bosquejar el cuadro que presenta la reunion de todos ellos en las recepciones que se verifican en el real palacio.

Desde muy temprano, anuncia la solemnidad del dia el cóncavo y magestuoso estampido de los cañones; el sol, dormido la tarde anterior al son de las músicas marciales que dieron su serenata bajo las rejas del Alcázar, despierta entre las salvas de la inflamada pólvora, y la bandera nacional ondea á merced del viento en las Cortes, en los ministerios, en los cuarteles, en los edificios públicos. Nótase toda la mañana cierta animacion é inusitada alegria; las tropas, vestidas de gala, se dividen, despues de la parada, para relevar las guardias; circulan por las calles multitnd de uniformes, de bordados, de cruces, de llaves de oro, de entorchados y de bandas; Madrid, el Madrid aristocrático, el Madrid político, el Madrid oficial se ponen en movimiento, y una multitud de carruajes, lujosos, charolados, brillantes, arrastrados por caballos ricamente enjaezados, con penachos, con arneses, con adornos de todo género, parten de los ángulos de la coronada villa hácia la gran plaza de la Real Armeria, por donde tiene su entrada principal la mansion de nuestros soberanos. Alli se encuentran ya reunidas las bandas militares; y los plumeros de los músicos, los sombreros de los curiosos, los chacós y los cascos de los soldados, los

acandilados tricornios de los lacayos forman un estraño y delicioso contraste. Vénse tambien allí el frac negro al lado de la casaca encarnada, el morrion junto al tricornio festoneado de pluma, el calzon corto y la media de seda cabe el pantalon galoneado de oro; el toison y la banda de Carlos III, el uniforme del San Juanista y la placa de Isabel la Católica. Qué confusion, qué movimiento, que intrincado y nunca visto laberinto! Diríase que la moda, el capricho, la noble ambicion, el orgullo y la vanidad del hombre, cuantas pasiones grandes y pequeñas abriga la naturaleza humana, han reunido todo su genio, todo su arte, todo su inmenso poder para producir tan variado y curioso panorama.

Por fin, dan las tres en el reló del Alcázar; es la hora señalada para el besamanos, y éste da principio al compás de las músicas militares colocadas en la plaza de la Armería, en la de Oriente y delante de la fachada posterior de Palacio. S. M. la Reina recibe primero en su cámara, acompañada de su augusto esposo, y da á besar su real mano á los Secretarios del Despacho, á los Gefes de la etiqueta, la Camarera mayor, el Sumiller de Corps, el Caballerizo mayor, el Mayordomo mayor, y á los Grandes de España Gentiles-hombres, encaminándose despues con el Rey y la misma comitiva al suntuoso salon de Embajadores. S. M. la Reina está vestida en trage rigoroso de corte: corona real, guarnecida de riquísimas perlas y esquisitos diamantes; vestido magnífico, escotado, de manga corta, y de larga cola, que sostiene el Mayordomo de semana. S. M. el Rey viste el uniforme de Capitan general de los ejércitos, lleva al cuello el collar de la insigne órden del Toison de Oro, y ostenta en su pecho bandas, grandes cruces y las mas honoríficas condecoraciones. Los Ministros, los altos funcionarios de Palacio, todas las demas personas que rodean á SS. MM. están asimismo vestidas de gran uniforme y de ceremonia.

S. M. la Reina se sienta en el trono, cuyo dosel es de terciopelo carmesi bordado de oro, teniendo á su izquierda á S. M. el Rey, y detrás y en pié al Mayordomo de semana, encargado de la cola del régio vestido, á la Camarera mayor y á los Gefes de la etiqueta. A la derecha del trono se hallan tambien de pie y colocados en fila los Ministros, y detrás de estos los Grandes de España Gentiles-hombres; á la izquierda las Damas de S. M. la Reina y enfrente el Cuerpo diplomático, compuesto de los Embajadores, Enviados estraordinarios y Ministros plenipotenciarios de las córtes y los Gobiernos estrangeros aliados, así como tambien los Mayordomos de semana.

El salon presenta entonces un aspecto deslumbrador éindescriptible. En efecto, él es ya por sí solo la cámara principal de Palacio; su estension es mayor que la de ninguna otra de la real morada; sus paredes están colgadas de terciopelo carmesí bordado de oro; su techo, pintado al

fresco, tiene una altura tal, que, por decirlo así, se pierde de vista: hállase en él colocado el trono frente á los anchos y espaciosos balcones que dan á la Plaza de la Armería; éntrase en su recinto por dos grandes puertas laterales, una de las cuales comunica inmediatamente con la *cámara amarilla*, ademas de otras dos que se encuentran á los lados del sólio, y que permanecen constantemente cerradas. Agréguese ahora á todo esto la escogida concurrencia que le ocupa en el acto del besamanos; y se tendrá una idea, aunque remota, del salon que describimos. Pero continuemos la relacion de esta solemnidad de la córte.

Sentadas SS. MM. en el trono, y colocada su comitiva en el órden indicado, van entrando en el salon por una de las puertas laterales todas aquellas personas que de antemano están esperando en la *cámara amarilla* y en las inmediatas destinadas al efecto. No se guarda en esto método ni distincion alguna. Aparte de las comisiones del Senado y del Congreso, de los Tribunales supremos y de las demas corporaciones, cuyos individuos asisten al besamanos reunidos, el resto de los concurrentes se presentan aislados uno trás otro y sin regularidad de ninguna especie. Así es que se ven allí confundidos los oficiales subalternos con los Oficiales generales, los Gentiles-hombres con los simples Secretarios de S. M., los Consejeros reales con los títulos de Castilla, las autoridades políticas con las civiles ó municipales. Posicion, riqueza, honores, categorías, todo desaparece y se nivela ante el cetro soberano, ante la dignidad real, la mas alta de todas las dignidades.

Los asistentes suben sucesivamente las gradas del trono, besan con el mayor respeto la mano á S. M. la Reina, á S. M. el Rey y á SS. AA. los Infantes, si los hubiere, y descendiendo del trono, desfilan por la puerta lateral opuesta á la que les ha servido de entrada, saliendo inmediatamente á una cámara en que la música del real cuerpo de Alabarderos hace resonar sus armonías durante toda la ceremonía, y de allí á las escaleras de Palacio.

De este modo se verifica el besamanos de los caballeros, comenzándose, apenas concluido el mismo, el de las damas, para las cuales hay señalada distinta hora. Aquí es donde el lujo, la gracia, la distincion y la belleza despliegan todas sus galas. Las Damas de María Luisa, las Condesas, las Marquesas, las esposas de los Grandes de España, de los Ministros, de los altos dignatarios, cuantas señoras de rango habitan la capital de la monarquía acuden presurosas á tributar el debido homenage á S. M. doña Isabel II, su soberana por mas de un título, por la dignidad y por la hermosura. Esas damas ostentan en sus lindas cabezas ricos tocados de oro y finísima pedrería; ciñen sus esbeltos talles con vestidos de damasco, de raso y de terciopelo, cuyas largas colas se arrastran por las alfombras; adornan tal vez con una honorífica banda sus delicados pe-

chos, y S. M. la Reina descuella entre todas como una gallarda rosa entre las demas flores del pensil ameno, como el águila real sobre las otras aves que surcan la region del viento. Por lo demas, este besamanos no se diferencia en nada del anterior que hemos descrito: las nobles damas penetran arrastrando las largas colas de sus vestidos en el salon de Embajadores por la misma puerta que los caballeros; imprimen igualmente sus labios en las manos de SS MM. y AA., y salen por la otra puerta de la cámara entre los dulces ecos de la orquesta militar que, como ya hemos dicho, se halla allí colocada.

Concluido el acto, los Mayordomos de semana besan tambien la real mano, y la Reina despide hasta la puerta de salida al Cuerpo diplomático, cuyos miembros se limitan á inclinar la cabeza ante S. M. en señal de respeto. Por último, SS. MM. se retiran á su cámara, acompañadas de su comitiva; el Mayordomo de semana, que lleva la cola del vestido de S. M. la Reina, la entrega á la puerta de aquella á la Camarera mayor, y queda terminada definitivamente la ceremonia.

Los asistentes al besamanos se retiran á sus respectivas casas; al ruido, la animacion y el movimiento que reinaban poco há en la plaza de Oriente y en las inmediaciones del régio Alcázar, se suceden la calma, la quietud y la habitual monotonía; Madrid recobra insensiblemente su ordinario aspecto, y el dia espira con el mismo estampido del cañon que anunció su aurora, viniendo á reemplazar por la noche al sol, que ha huido á lejanos climas, la luz de las antorchas que encienden en los balcones de las casas sus habitantes, como una débil espresion del entusiasmo y del regocijo público.

Tal es el acto de un besamanos en la mansion de nuestros monarcas; este acto significa un cumpleaños de S. M. la Reina, ó de un miembro de la real familia, ó puede darse en celebridad de la Pascua de Reyes, ó bien con cualquier otro motivo solemne. Nosotros hemos procurado describir el primero, por adornar nuestra narracion con todos los episodios que pueden embellecerla: prescindiendo ó no de estos episodios, todos los demas son semejantes, y no tenemos para qué detenernos en bosquejarlos.

III.

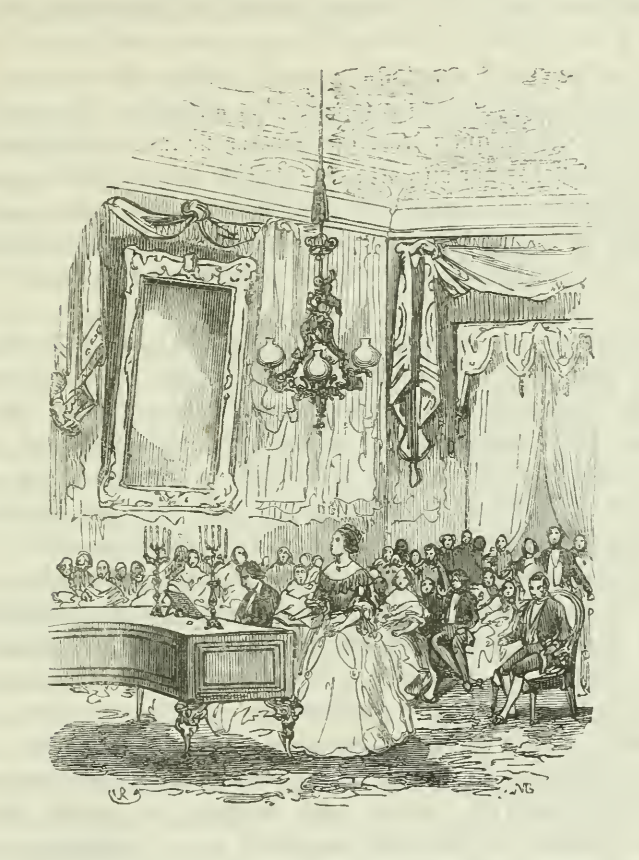
Otra de las fiestas que dan motivo á una recepcion en Palacio es un concierto ó un baile. Verifícanse estos generalmente en el *salon de columnas*, y reúnese allí, como en un besamanos, todo lo mas distinguido, ilustre y aristocrático que encierra la corte. Al efecto, el Mayor-

domo mayor de la Reina forma de antemano una lista de las personas que se digna indicarle S. M., y envia á cada una de ellas una atenta esquela de convite, participándoles el honor que se ha servido dispensarles su soberana. Estas esquelas son repartidas por criados de la real casa, con un dia ó dos de anticipacion, á los agraciados, entre los cuales se cuentan, como hemos dicho, los hombres mas notables de la capital de la monarquía. Su número varía, sin embargo, bastante, segun que el baile ó concierto sean ó no puramente de familia. En el primer caso no asisten mas que aquellas personas inmediatas á S. M., ya por los vínculos de la sangre ó ya por relaciones de sociedad ó de alta política; tales como S. M. el Rey, S. M. la Reina Madre, el esposo de esta augusta Señora, Sr. Duque de Riánsares, S. A. R. el Infante D. Francisco de Paula, SS. AA. los demas Infantes, los altos empleados de Palacio, los Ministros, los representantes de las potencias estranjeras y algunos miembros, pocos, de la mas encumbrada nobleza. En el segundo caso son invitados á la fiesta todas las demas personas que pueden tener opcion á ello por su nacimiento, por su gerarquía ó por sus riquezas.

De todos modos un concierto en el régio Alcázar es, como no puede menos de serlo, un sarao magnífico y brillante. Concurren á él los mejores cantantes, los mas célebres profesores del divino arte de la música, y tienen allí sus mas hábiles intérpretes Rossini, Bellini, Donizzeti, Verdi, Mercadante, Mayerbeer y tantos otros maestros en sus armonías sublimes, en sus melodías tiernas y encantadoras. La escelsa señora que hoy rige el cetro de S. Fernando, es por instinto y por hábito, por educacion y por sentimiento, apasionada de las artes, y no hay artista, ya sea nacional ó estranjero, ya resida en Madrid ó ya se halle de paso en la coronada villa, á quien no desee conocer personalmente, cuyos talentos no quiera admirar, cuyo ingenio no recompense con su régia y estremada munificencia. Así es que apenas llega á sus oidos el nombre de un sucesor de Thalberg, de un émulo de Listz, de un competidor de Rubini, cuando ya se apresura á llamarle á su real presencia, á hacerle aplaudir de la corte, dando S. M. misma el ejemplo y siendo la primera en tributar este homenage del poder al genio, que es otro poder tambien digno de respeto, y tal vez no menos grande que el primero en la tierra.

Por lo demas, S. M. misma que posee con rara perfeccion el difícil cuanto delicioso *forte-piano*, que está naturalmente dotada de una voz sonora, y que sabe modularla como una verdadera artista, no se desdeña de cantar alguna de esas delicadas *romanzas*, de esas *arias* dulcísimas que nos han dejado escritas los grandes maestros, ó bien alguna otra *pieza concertante*, en union con la persona á quien se digna hacer tan señalada honra, que suele ser alguno de sus augustos parientes ó una

notabilidad musical de las que allí se encuentran, siendo ambos acompañados al piano por cualquiera de los profesores de cámara. Compiten en esto con S. M. la Reina, S. M. la Reina Cristina que puede rivalizar, no solo en música sino tambien en las demas artes, con los mas inspirados hijos de las Musas, S. A. R. D. Francisco de Paula, y casi todos los demas miembros de la real familia. Por último, S. M. la Reina nunca despide á los artistas á quienes ha honrado, invitándolos á los régios



conciertos, sin darles de palabra las mayores pruebas de su alta estimacion y sin enviarles despues, en comprobacion de la misma, ricos presentes que consisten por lo comun, segun las personas á quienes se dirigen, en pulseras, brazaletes, alfileres, botones ú otras joyas, todas ellas de gran valor, como compuestas de oro y de piedras preciosas.

En cuanto á los bailes régios, es preciso haber visto siquiera uno, para poder formarse una idea exacta de ellos. ¡Qué elegancia, qué fi-

nura, qué esplendidez y buen tono! No hay nada que pueda compararse con una de estas fiestas. El salon de columnas y las demas cámaras del Alcázar, donde se verifican, están alumbrados con tal profusion que su claridad compite con la luz del dia; discurren por allí multitud de damas y galanes, seductoras aquellas, rendidos y amartelados estos. Si el baile es serio, lucen las primeras sus graciosos trages de capricho, blancos, azules, rosados, compuestos de matizadas flores, de leves gasas, de finísimos encajes, de bordados y transparentes tules. Doblemente bellas con estos atavíos de la coqueta moda, del indefinible gusto, realzan mas y mas todavía su belleza la magnificencia del lugar, el perfume de grandeza que en él se respira, los mil reflejos de las infinitas luces que esparcen sus rayos por los tapices, las alfombras, los pabellones y las pinturas al fresco que parecen destacarse de las artesonadas techumbres. Los caballeros por su parte ostentan en sus fraques negros y sus chalecos blancos las insignias de sus honores, sus cruces, sus cintas, sus bandas, en una palabra, sus condecoraciones. Todo es riqueza, todo es gusto, todo revela allí lo ilustre de los huéspedes de aquella mansion encantada.

Aun presenta, sin embargo, el real Palacio un aspecto mucho mas admirable cuando el baile es de máscaras ó trages. Entonces, qué amalgama, qué confusion, qué estraño y nunca visto conjunto! Diríase que las épocas, las generaciones, los paises, los pueblos todos del globo han sido allí convocados al son de la danza y de la orquesta. La severa corte de Felipe II, la corte fácil y bulliciosa de Luis XV, los donceles de la edad media, las altivas damas castellanas, el grave musulman, el discreto griego de nuestros dias, el antiguo ateniense, el orgulloso romano, todo esto se encuentra mezclado en el mas encantador y bullicioso desórden. Y es de ver el contraste que ofrecen tan opuestas costumbres, tan distintos hábitos, tan contrarios y diversos caractéres. Aquí un abate del tiempo de la Regencia con su sombrero de candil bajo el brazo, su peluca blanca, su capa corta y su calzon ajustado, todo negro, todo del color que conviene á su carácter, dá el brazo á una linda jardinera matizada como el arco iris, con su saya recogida, su camisa blanca, su garganta desnuda, su pie breve encerrado en un zapatito de rosa, su sombrerito de paja en la cabeza y su cesta de frutas bajo el brazo. Mas allá un respetable varon, contemporáneo de Cárlos III, con su largo casacon, su no menos larga chupa y su pelucon empolvado, va asido de un pajecillo de Enrique IV, de rubia y larga melena, esbelto y ligero, con su gorrilla adornada de plumas blancas. Lo repetimos ¡conjunto delicioso, estraño y nunca visto contraste! En él descuella, sin embargo, siempre una figura angélica y sublime, divina y magestuosa; figura llena de gracia, radiante de hermosura, deslumbradora por su bondad al mis-

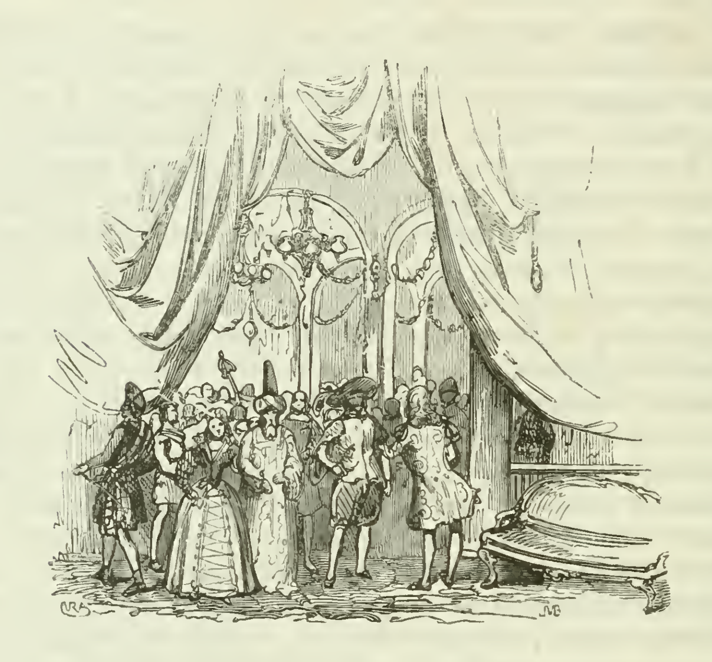
mo tiempo que por su belleza; esta figura es S. M. la Reina doña Isabel II. Su presencia acaba de completar aquel cuadro, su sonrisa anima eléctricamente aquella reunion, la alegria de su rostro corona, por decirlo así, tan solemne fiesta. Y es que aparte de su elevado rango, aparte del respeto que inspira la inviolable dignidad de que se halla revestida, S. M. es siempre la reina de los salones por las singulares prendas, por los rarísimos atractivos de que la dotó la naturaleza, por el gusto esquisito de su tocado, por lo airoso de su prendido, por el lujo y elegancia de su trage, por lo distinguido de sus maneras, por su *esprit* y su clarísimo ingenio.

A las doce y media ó la una comienza generalmente el baile. Las orquestas colocadas de antemano en los puntos destinados al efecto, orquestas compuestas de los mejores músicos, dirigidas por los mas célebres profesores de la corte, lanzan de repente sus armónicos sonidos, y S. M. la Reina rompe la danza, sirviéndole de pareja su augusto esposo. Los demas convidados esparcidos por los salones imitan el ejemplo de SS. MM., y el ruido, la animacion y el bullicio se hacen generales desde aquel momento. Ya no se piensa mas que en bailar; sin que se falte por eso en nada al decoro de una sociedad escogida, á la moderacion que exigen el sitio y las personas que en él se reunen, cada cual se arroja en el círculo del rigodon, en el torbellino del wals ó de la polka, estasiado, embebecido, completamente embriagado en la contemplacion de su pareja. Y es que el baile y la música tienen en los corazones un influjo magnético, y este influjo encuentra escelentes conductores en el perfume del cabello y del aliento, en el misterioso enlace de las manos, en el contacto voluptuoso de las cinturas, en las palpitaciones del seno y hasta en el roce de los vestidos. ¡Oh! el que haya esperimentado las intimas sensaciones que produce ese influjo, el que haya percibido una sola vez ese estremecimiento, ese ardor indefinible é intenso que circula entonces por la carne, por las entrañas, por la sangre de las venas, que se infiltra hasta en la médula de los huesos, echará siempre de menos aquella dichosa edad de los veinte años, verde y florida primavera en que solamente se apuran tantos placeres, tantos goces, tan deliciosos al par que tan crueles deliquios.

Por lo demas, S. M. la Reina, despues de haber bailado con su augusto esposo, se digna dispensar la misma señalada honra á alguno de los mas altos personajes. El encargado de esta comision es el Mayordomo mayor, el cual, acercándose á aquellos, se la anuncia en breves y respetuosas palabras. Y aquí es la ocasion de que digamos que S. M. la Reina baila con perfeccion: que, como jóven y de un carácter espansivo y alegre, es sumamente aficionada á la danza; finalmente, que gusta, como es natural, de bailar con aquellas personas que poseen en el mismo gra-

do la coreografía del buen tono, y elige por lo tanto parejas notables por su reconocida habilidad en el arte de Terpsícore.

A las dos y media ó las tres de la mañana se abre el *buffet* á los convidados; hállase, sin embargo, dispuesto muy de antemano con todos aquellos adherentes que su índole particular reclama. Para servir á los comensales circulan por el salon destinado al efecto multitud de dependientes de la real casa, vestidos de rigoroso uniforme de lujo, atentos, solícitos, corteses, ejecutores celosos de los deseos y las órdenes de la



escelsa Princesa, á quien reconocen por señora y soberana. La inauguracion del *buffet*, y permítasenos la frase, corresponde de derecho á S. M. y á la real familia. Las augustas personas se contentan por lo comun con probar algun dulce ó acercar á sus labios alguna copa de espumoso *Champaña,* é inmediatamente despues toda la profusion de sabrosos manjares, de delicados refrescos, de esquisitos licores de que se compone aquel ligero banquete, queda abandonada al apetito y al buen humor de los concurrentes, que con el movimiento del baile, con el calor de la atmósfera, con la lucha incesante que el espíritu y la materia han sostenido toda la noche, se encuentran fatigados, rendidos, jadeantes, inundados de sudor, sin fuerzas, sin accion y hasta sin aliento. En el *buffet*

recuperan bien pronto su vigor perdido, y el baile comienza de nuevo, cada vez mas animado é inquieto. De cuatro á cinco de la mañana vuelve, sin embargo, á interrumpirse; y los convidados se dispersan para retirarse á sus respectivas casas, no sin haber presentado antes á la Reina sus homenajes de amor y de respeto. La fiesta termina entonces, y aquellos suntuosos salones, un momento antes tan divertidos, tan alegres, tan radiantes de luz, tan embalsamados de perfumes, tan henchidos de música y armonía, se quedan tristes, mudos, desiertos, sumidos en las sombras, en la oscuridad y en el silencio. Sin embargo, el que penetre inmediatamente despues en su recinto aspirará todavía un aire sofocante y pesado, sentirá tal vez las impresiones de las miradas de fuego, de las significativas sonrisas, de las amorosas palabras; escuchará aun los estinguidos ecos de la orquesta; hasta creerá que percibe junto á sí el crugido de alguna falda. Hé aquí la imágen elocuente del mundo y sus vanidades; eso restará tambien en él de las generaciones que pasaron, cuando llegue el último dia; por un instante se oirá el rumor de los pasos que se alejan; se verán acaso estampadas en su mismo polvo sus fugitivas huellas; despues no se hallará mas que el caos, la negacion de todo lo que existe, la destruccion, la nada!

Pero digamos, antes de concluir este artículo, cuatro palabras acerca del coliseo de Palacio, otro de los puntos donde se reune de vez en cuando la corte. El *Teatro Régio*, puesto que así hemos de llamarle para distinguirle del de *Oriente*, al que se ha dado el nombre de *Real*, no sabemos por qué causa; el *Teatro Régio*, decimos, es un salon que no se diferencia de los demas de su clase, mas que en sus proporciones, y en el lujo esquisito con que se halla adornado. Pequeño, pero lindo, poético y casi suntuoso, si esta idea no fuera siempre unida á todo lo grande, parece, como suele decirse vulgarmente, una *tacita de plata*. Su techo pintado al fresco, sus molduras doradas, sus asientos forrados de rico terciopelo, su telon de embocadura perfectamente pintado por uno de nuestros mas entendidos artistas, su foro, sus bambalinas, sus bastidores, sus decoraciones, todo, todo es en él completo, magnífico y brillante. Su ereccion reciente, como que cuenta apenas dos años de existencia, hace sin duda honor al buen gusto de nuestra soberana, que, no contenta con dispensar su alta y eficacísima proteccion á las artes donde quiera que se cultivan, concibió la idea de levantar en honor de ellas un templo dentro de su mismo Palacio, y se propuso tenerlas junto á si, albergándolas en su real morada. Tal es el orígen del *Teatro Régio* que estamos describiendo. En la escena de este teatro resuenan los acentos de las mas escogidas composiciones líricas y dramáticas. S. M., que, como reina y como mujer de una alma elevada, abriga sentimientos altamente patrióticos, prefiere las obras nacionales á las estrangeras, y hace que se

representen siempre las de aquellos ingenios españoles que han sobresalido en la música ó en las bellas letras. Aunque poseemos pocos de los primeros, no bien alguno de ellos escribe una ópera digna de ser escuchada, el *Teatro Régio* le abre sus puertas, y se reunen sus artistas para cantarla. En cuanto á los segundos, podemos gloriarnos de su número y de su mérito; por consiguiente, ninguno de ellos es privilegiado ni escluido, sino que todos tienen opcion á los honores del triunfo y de los aplausos. Para ello cuentan con los mas hábiles intérpretes; cantantes de *primo cartello*, actores eminentes y consumados, unos y otros elegidos por nuestra soberana. La orquesta es la misma que está destinada á la Real Capilla con algunos otros músicos acreditados de nuestros teatros; los maestros compositores y directores son los profesores de cámara, y los coristas que toman parte en las óperas alumnos aventajados del Conservatorio de Música, fundado por S. M. la Reina Madre, y que lleva todavia su ilustre nombre para eterna y perpétua fama. Así es que la noche que hay funcion en el coliseo de Palacio, el que tenga la fortuna de haber sido convidado puede esperar asistir á un espectáculo verdaderamente admirable por su propiedad, no solo en la representacion, sino tambien en los trages, en el aparato escénico, en cada uno de los infinitos pormenores que sirven para completarle. Reune ademas este espectáculo la particularidad del rango y distinguida posicion de los espectadores, todos ellos Ministros, Gentiles-hombres, Grandes de España, Títulos, Grandes-cruces, Caballeros de las Ordenes, Diputados, Senadores, en una palabra, personages de la nobleza y de la corte. No hay allí, por lo mismo, privilegios ni distinciones; únicamente SS. MM. y la real familia ocupan la primera fila de asientos; los demas concurrentes se colocan en los restantes, y reina desde luego la igualdad mas perfecta ante la magestad soberana. La funcion dá principio tan pronto como entran en el salon SS. MM. y AA. Luego que las augustas personas se sientan, todos los convidados hacen lo mismo, y el telon se alza en medio del mas profundo silencio. Este continúa mientras dura cada uno de los actos, exigiendo la urbanidad y el respeto al trono que no sea interrumpido por ninguna muestra de desagrado, ni por aplausos que darian á los actores un homenage que solo puede tributarse al monarca en su real presencia. Algunas veces, sin embargo, S. M., que segun hemos dicho es entusiasta por las artes, y como tal sensible en sumo grado á sus bellezas, arrebatada por un impulso de admiracion hácia un rasgo feliz de este ó el otro artista, se digna aplaudirle la primera, y entonces se unen á estas demostraciones, aunque siempre con moderacion, las de los convidados. Fuera de este caso no se oye en el teatro mas voz que la de los personages de la farsa y los violines de la orquesta, hasta que llegado el entreacto se hace la conversacion general, amenizándola con

los dulces y los refrescos que sirven entonces con profusion los criados de la real casa. Por lo demas, la funcion termina por lo comun tarde, y los que toman parte en ella son recompensados con liberalidad por S. M. la Reina.

IV.

La solemne ceremonia de los Reales desposorios, cuya descripcion pertenece tambien naturalmente á este capítulo, se verifica en el salon de Palacio llamado del Trono ó de Embajadores, en el cual se halla todo dispuesto en la forma siguiente:

En los dos ángulos interiores del trono se colocan dos reyes de armas con sus cotas de gran gala, y otros dos al fin del sitio que ocupan los Grandes y las Damas de la Reina. A los dos estremos del salon se hallan los cuatro Mayordomos de semana, encargados de hacer observar el ceremonial. A la derecha del trono se ponen las sillas destinadas á los Infantes, y á la izquierda del mismo, y con la debida separacion, un altar con cruz, candeleros y frontal blanco, sobre el cual se ven los ornamentos del prelado. A la izquierda de este altar están los seis Capellanes de honor para la servidumbre de pontifical, y detrás algunos otros, el Receptor, el Maestro de ceremonias con sobrepelliz y bonete y los Ayudas de oratorio.

Detrás de las sillas de SS. MM. ocupan sus puestos los Gefes de Palacio, el Intendente general y el Comandante de Reales Guardias Alabarderos. A la derecha del trono y á continuacion de las sillas de los señores Infantes, se colocan los Grandes de España y sus primogénitos, los Ministros y los Presidentes de los Cuerpos colegisladores, con una comision de cada uno de ellos, y detrás los Gentiles-hombres de casa y boca. A la izquiérda las Damas de S. M., y en seguida los RR. Arzobispos y Obispos residentes en Madrid, y una comision del Consejo Real. Frente al trono se sitúa el Cuerpo diplomático estrangero con el Introductor de Embajadores; frente á los Grandes los Mayordomos de semana, Generales, Gentiles-hombres de cámara y entrada, y Gefe político de Madrid: frente á las Damas los Tribunales, el Corregidor y las comisiones del Ayuntamiento, Diputacion y Consejo provinciales; en seguida, y ocupando el lugar acostumbrado, los Oficiales mayores del Real Cuerpo de Alabarderos. El Alcaide principal de Palacio, con todo lo necesario para el acto, se coloca á la derecha de la puerta de saleta; á la izquierda de esta misma puerta los individuos de la servidumbre, y en las puertas del salon, ocupando los huecos de sus dinteles, cuatro Ugieres de cámara.

Hechos estos preparativos y con una corta anticipacion á la llegada de SS. MM., se viste el prelado con amito, alba, cíngulo, estola, capa pluvial, mitra y báculo, y los asistentes que no forman parte de la comitiva y se hallan en el salon toman y conservan los puestos que les designan los maestros de ceremonias.

A la hora señalada entra S. M. en el salon precedida de los Gentiles-hombres de casa y boca, Mayordomos de semana y Grandes de España, y seguida de los Gentiles-hombres con ejercicio. En cuanto S. M. ha tomado asiento en el trono, y los señores Infantes en sus sillas respectivas, sale del salon una comitiva, compuesta de cuatro Grandes, cuatro Mayordomos de semana, cuatro Gentiles-hombres de casa y boca y dos Ugieres, la cual se dirige á buscar á S. A. el augusto novio. Cuanto éste llega á la puerta del salon, es anunciado por el Secretario de Cámara y Real Estampilla, diciendo:

—Señora, el Príncipe.

Los señores padrinos salen entonces á la pieza inmediata, y vuelven acompañando á S. A., el cual, despues de hacer á S. M. la debida cortesía, pasa á ocupar su puesto.

Llegado el momento de dar principio á la ceremonia religiosa, S. M. se digna levantarse y bajar las gradas del trono. S. A. el augusto novio se coloca á su lado, dándole la mano, y los señores padrinos ocupan sus respectivos puestos. El prelado entonces, acercándose con mitra, pero sin báculo, hace la vénia á las reales personas, y el asistente mayor, teniendo el manual, sin volver las espaldas á S. M. y A., se le presenta al mismo prelado, quien mirando á cada uno de los augustos contrayentes, les dice:

—Yo requiero á V. M. y á V. A.... etc.

Siguiendo á estas palabras del ritual las interrogaciones y toma de consentimientos, despues de los cuales continúa el prelado:

—Yo, de parte de Dios.... etc.

Formando á la invocacion de las Tres Divinas Personas otras tantas cruces. Con esto concluye la ceremonia, y dando una corta tregua para las demostraciones de mútuas enhorabuenas de las reales personas, se retiran S. M. y A. precedidos de la comitiva.

El dia siguiente es por lo comun el que se fija para las velaciones de los augustos esposos. La poblacion aparece desde muy temprano lujosamente colgada. Los magníficos tapices que se ostentan en algunas casas de la grandeza, las colgaduras de terciopelo y oro en otras, los adornos de los edificios públicos, la inmensa concurrencia que se apiña en las calles, unido todo á los ecos marciales de las músicas, presta á la coronada villa una animacion dificil de describir. Las tropas, vestidas de gala, cubren la carrera, y los invitados á la ceremonia acuden en lujosos

trenes y elegantes carruajes al templo de Atocha, el cual se halla profusamente adornado de colgaduras de raso bordadas de plata y oro.

Frente al altar mayor se hallan colocados los sillones para los augustos esposos y los demas individuos de la real familia; á la derecha del mismo está el lugar destinado para los Arzobispos y Obispos, y á la izquierda el de los Capellanes de honor asistentes. Partiendo luego del altar mayor, se ven en banquetas corridas á derecha é izquierda del templo, los sitios que ocupan la Camarera mayor y las Damas de S. M., el Mayordomo mayor, los Grandes cubiertos, el Cuerpo diplomático estrangero, los Ministros, los Mayordomos de semana, los Gentiles-hombres de cámara y entrada, las comisiones del Senado y del Congreso, el Consejo Real, el Tribunal Supremo de Justicia, el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, el Tribunal de las Ordenes, el Tribunal de la Rota, el Tribunal mayor de Cuentas, el Tribunal de Cruzada y del Escusado, el Gefe político, el Ayuntamiento, la Diputacion y el Consejo provincial, los Generales de ejército, el Cuerpo colegiado de la nobleza, y en medio del templo hasta su pórtico los Mayordomos de semana encargados de velar por el órden, los Oficiales mayores de alabarderos y los Gentiles-hombres de casa y boca. El resto de la concurrencia se halla compuesto de gran número de notabilidades sociales y de las mas lindas damas de la corte.

A la hora conveniente el reverendo Patriarca, vestido de capa pluvial y con mitra y báculo, atraviesa el templo para ir á colocarse á la puerta. En el pórtico del mismo se hallan de antemano algunas bandejas de oro, destinadas á recoger las monedas que han de servir de arras á la augusta desposada.

Pocos momentos despues el estampido del cañon anuncia la salida de Palacio del régio séquito, el cual camina, poco mas ó menos, en este órden:

Un piquete de caballería.

Los clarines y timbales de las reales caballerizas, á caballo.

Dos coches de Palacio de á seis mulas, que conducen á ocho Gentiles-hombre de casa y boca.

Otros tres carruages, tambien de Palacio, conduciendo á doce Mayordomos de semana.

En seguida catorce coches de gala, propios de la Grandeza, llevando á los Grandes y Damas de S. M. Estos coches compiten entre sí por su figura elegante, los ricos adornos que en ellos se distinguen y el brio de los caballos de las mejores castas de Europa, cubiertos de magníficos arneses, de penachos encarnados, azules, blancos y otros colores, y servidos por un gran número de lacayos lujosamente ataviados.

Detrás vienen un magnífico coche de Palacio con los Mayordomos de

semana y los Gentiles-hombres de servicio; otro conduciendo al Caballerizo mayor de S. M.; otro tirado por bellísimos caballos adornados de brillantes penachos, con las señoras Camarera y Damas de guardia, y otro en fin con los gefes de Palacio, llevando un correo á la derecha y un palafrenero á la izquierda.

Siguen á estos carruages los de la familia real, á cual mas lujoso, tirado cada uno de ellos por seis caballos con penachos, precedido de dos batidores y correo á caballo y llevando al estribo un Caballerizo de campo y detrás un oficial y la escolta correspondiente de caballería.

Los Príncipes ó Infantes y demas individuos de la régia comitiva, así como tambien los que, sin formar parte de esta, han sido convidados á la ceremonia, visten todos de gran uniforme, ostentando en sus pechos las insignias de sus títulos y honores.

Los augustos novios vienen detrás en un carruage precioso, de nácar y caoba con molduras de oro, forrado de riquísimo terciopelo blanco, adornado en su testera con la corona real de los dos mundos, y tirado por ocho caballos, siendo precedido de cuatro batidores, correos y lacayos y acompañado por una numerosa escolta.

Cierra por último la marcha el Capitan general con su plana mayor, los palafreneros de servicio y un piquete de caballería.

Las comisiones del Congreso y del Senado, conducidas tambien en lujosos trenes, precedidas de sus maceros y reyes de armas, los Ministros y el Cuerpo diplomático han atravesado algun tiempo antes la carrera para hallarse en Atocha á la hora designada, y reunidos ya allí todos los convidados, el templo presenta un aspecto deslumbrador y sorprendente.

Tan pronto como S. M. entra en el pórtico, el Patriarca que, como hemos dicho, espera allí á la régia comitiva, asistido de los ministros correspondientes, bendice las arras y los anillos, sirve el agua bendita á S. M. y A., y tomando uno de los anillos, le pone en el dedo anular del contrayente, entregando otro á este para que le ponga en el mismo dedo de su augusta esposa, mientras recita las oraciones que en tales casos se acostumbran.

Despues, poniendo las manos de la Reina juntas y abiertas hácia arriba y las del Rey en igual postura, toma el Prelado las arras y las echa en las manos del Rey, quien se las entrega á la Reina diciendo:

—Esposa, este anillo y estas arras os doy en señal de matrimonio.

A lo cual responde la reina:

—Yo los recibo.

Hecho esto, se dan SS. MM. las manos derechas, el Prelado hace la accion de tocarlas, y caminando delante con báculo y mitra, conduce á los régios consortes hasta el sitial que les está preparado cerca del altar, rezando en el camino los salmos de la Iglesia.

Llegados al altar y puestos de rodillas SS. MM., el Patriarca deja báculo y mitra, y volviéndose á las escelsas personas, recita varias oraciones. Momentos despues, vestido de casulla y manípulo y acompañado de los Capellanes de honor, comienza la celebracion de la misa, entregando al llegar á la epístola á SS. MM., arrodillados junto al altar, las velas encendidas, el velo y el yugo conyugal. Durante la misa, besan SS. MM. la Santa Paz, y despues de terminado el Evangelio último, vuelto el Patriarca á las reales personas, dice al augusto desposado:

—Compañera doy á V. M. y no sierva: ámela V. M. como Cristo ama á la Iglesia.

Con lo cual queda terminada la ceremonia, saliendo la régia comitiva en medio del estruendo del cañon, de los ecos de la marcha real y de las aclamaciones del pueblo, del templo de Atocha, y volviendo á Palacio por la misma carrera, donde se apiña una multitud inmensa y un número increible de carruages.



V.

El nacimiento, bautizo y defuncion de un Príncipe, dan tambien lugar á ceremonias, de cuyo conocimiento no queremos privar á nuestros lectores.

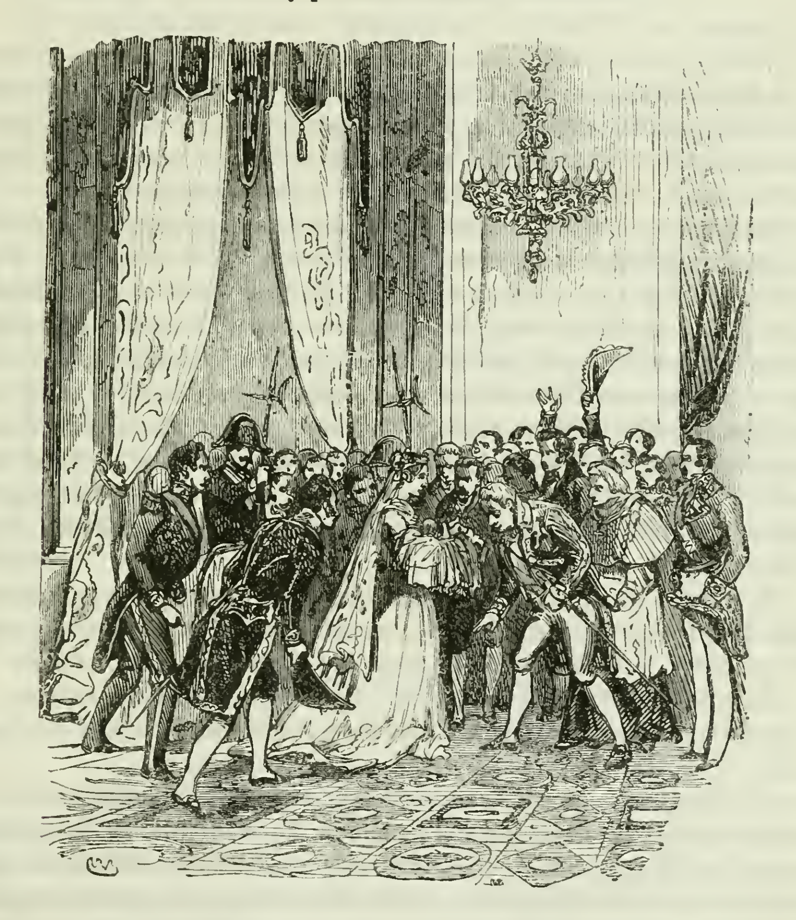
Desde el momento en que S. M. la Reina se siente con dolores de parto, son convocados en Palacio los individuos de la real familia, los médicos de cámara, los Secretarios del Despacho, los Gefes de Palacio, á saber, el Sumiller de Corps, Mayordomo mayor, Caballerizo mayor é Intendente de la real casa y patrimonio, una diputacion del Senado, compuesta del Presidente, Vice-presidente y Secretarios, una diputacion igual del Congreso, otra diputacion de la Grandeza, los Capitanes generales de ejército, los Caballeros de la insigne órden del Toison de Oro, los Presidentes del Tribunal Supremo de Justicia, de Guerra y Marina, de la Rota, del Tribunal especial de las Ordenes militares, del Tribunal mayor de Cuentas y del Consejo Real, los individuos del Consejo de Estado, el Arzobispo de Toledo, el Patriarca de las Indias, el Comisario general de Cruzada, el Capitan general de Castilla la Nueva, el Gefe político de Madrid, el Gobernador militar, una comision del Ayuntamiento, los Directores é Inspectores de todas armas, el Nuncio de Su Santidad, los Embajadores, Enviados estraordinarios, Ministros plenipotenciarios, Ministros residentes y Encargados de negocios, el Introductor de embajadores, por último la Camarera mayor de S. M. la Reina y el Aya nombrada de antemano para el nuevo Príncipe. En el caso de que el Príncipe que va á nacer sea varon primogénito y por consiguiente heredero de la corona, como su título hasta que empuñe el cetro ha de ser el de Príncipe de Asturias, asiste tambien á su nacimiento por un privilegio concedido de muy antiguo, una comision especial de la provincia de Asturias, la cual tiene asimismo el honorífico derecho de presentar una rica envoltura para el augusto niño. En los demas casos no sufre modificaciones importantes el ceremonial establecido para estos actos.

En la alcoba de S. M. la Reina no se encuentran mas que el médico de cámara, nombrado de antemano para asistir inmediatamente al régio parto, la nodriza destinada al Príncipe y algunas damas de la servidumbre íntima; en la pieza contigua suelen hallarse S. M. el Rey, los individuos de la real familia, la Camarera mayor, el Aya del Príncipe, el Mayordomo mayor y los médicos de cámara, y en un salon no lejano están todos los demas concurrentes. Tan pronto como se verifica el alumbra-

miento, el comadron lo participa al Mayordomo mayor, y éste, despues de habérselo comunicado á la real familia, sale al salon donde se ven reunidos los ilustres convidados, y se lo anuncia en los siguientes términos:

—S. M. la Reina acaba de dar á luz un Príncipe ó Princesa.

Acto contínuo, el Rey, ó en su defecto el Presidente del Consejo de Ministros, es introducido por el Mayordomo mayor, con la Camarera mayor y el Aya en la alcoba de S. M. la Reina, y despues de haber tomado esta última al niño desnudo, tal cual acaba de nacer, en una bandeja de oro preparada con un cogin de seda y ricas plumas, se presentan todos de nuevo en el salon en que se hallan reunidos las autoridades, los altos dignatarios y personas antes mencionadas.



Entonces son invitados los concurrentes á acercarse y examinar sucesivamente al reciennacido, y todos lo verifican en efecto, saludándole con gritos de júbilo y alegría, al propio tiempo que en voz alta y

clara á fin de que sea perfectamente oida, dice el facultativo que ha asistido al parto:

—El niño que se halla presente es el Príncipe, dado á luz hace algunos momentos por S. M. la Reina.

Despues de lo cual, y convencidos de la verdad de estas palabras todos y cada uno de los circunstantes, se declara terminada la ceremonia entre los repetidos vítores y aclamaciones que resuenan en los artesonados techos del Alcázar, y acompañan al Príncipe hasta que es restituido con la misma solemnidad al real aposento de su escelsa madre.

A los pocos dias se verifica el bautizo. En cuanto al órden de este acto, hé aquí los pormenores que hemos podido recoger de una descripcion que tenemos á la vista del ceremonial observado para el bautismo del Príncipe de Asturias, D. Fernando, despues Fernando VII.

Reunidas en uno de los salones de Palacio, de antemano señalado, las personas que por su posicion deben concurrir á la presentacion y al bautismo, desde que la Reina siente los primeros dolores, y verificado felizmente el alumbramiento, el Mayordomo mayor, Sumiller de corps, Capitan de guardias y caballerizo mayor, pasan á tomar la órden de S. M. para la hora en que debe celebrarse la ceremonia. Señalada aquella, se nombran los ocho Gentiles-hombres del Rey mas antiguos, para llevar las insignias del bautismo y decoraciones. El primero debe llevar el salero, el segundo el capillo, el tercero la vela, el cuarto el aguamanil, el quinto la tohalla, el sesto el mazapan, el sétimo el Toison de Oro, y el octavo la banda de la Concepcion.

El festejo sale por la pieza de vestir del Rey, que se supone antecámara del Príncipe, cámara del Rey, antecámara, pieza de porteros, sala de Columnas, sala de Guardias, galería de cristales, á la Real capilla.

En la antecámara del Príncipe hay cuatro mesas con ricos tapetes, y sobre ellas ocho bandejas de plata sobredorada con las insignias del bautismo y las decoraciones para S. A.

En el centro de la capilla se pone una tarima de dos pies de alto, sobre la cual se coloca la pila del bautismo. En el puesto de costumbre el dosel del Rey, y á la derecha de S. M., é inmediato á la tribuna del dosel, una mesa en la que dejan los Gentiles-hombres las decoraciones de las órdenes. Las demas insignias se ponen á la derecha en otras dos mesas.

Llegada la hora, salen del cuarto del Rey dos Ugieres de sala, un

Mayordomo de semana y un Gentil-hombre, para anunciar la salida de S. M. de su habitacion.

El decano de los Gentiles-hombres de cámara, nombrado para llevar al Príncipe, con una banda roja con flecos de oro al cuello, toma en el dormitorio de la Reina á S. A., llevando á su izquierda al Aya.

Acto contínuo se pone en marcha la comitiva en la forma siguiente:

Gentiles-hombres de casa y boca.

Mayordomos de semana, y enmedio cuatro maceros con sus mazas.

Grandes de España, y enmedio los tres reyes de armas con las armas reales.

Los ocho Gentiles-hombres con las insignias descubiertas.

El Príncipe de Asturias en la forma que queda dicho.

S. M. el Rey llevando á su derecha á la madrina, á su izquierda al padrino, y á los lados de estos el Nuncio, Embajadores, y detrás al Capitan de guardias, Damas, Capitanes generales, músicas, etc.

Llegado el festejo á la Capilla y concluido el bautismo, se sienta la madrina á la derecha del Rey, y el padrino tomando en sus brazos al Príncipe, se lo lleva á S. M. El Rey se arrodilla en la grada del dosel, y aproximándose las personas precisas para la ceremonia, pone á S. A. por órden las condecoraciones que han llevado los dos Gentiles-hombres. Terminado este acto, S. M. besa al niño, el padrino se levanta y se lo entrega á la señora madrina, la cual permanece sentada.

Inútil parece advertir que tanto el padrino como la madrina son de la familia real, ó de las mas ilustres casas de la aristocracia.

Finalmente, el festejo vuelve á salir de la capilla. El Príncipe es llevado por el mismo Gentil-hombre que le tomó del dormitorio de la Reina, y luego que llega con los que le acompañan al cuarto de S. M. el Rey, se retiran los padrinos y los demas convidados, y termina la ceremonia.

Ahora debemos consignar algunos pormenores relativos al triste caso en que el Príncipe muere durante ó inmediatamente despues del alumbramiento. Entonces se presenta su cadáver, de la misma manera que si fuese su cuerpo vivo, á los concurrentes, anunciando á estos la infausta noticia el Presidente del Consejo en estos ó semejantes términos:

—Señores, tengo el dolor de presentar á esta distinguida concurrencia el cadáver del Príncipe que S. M. la Reina acaba de dar á luz y que

há pocos momentos ha fallecido, no alcanzando á salvar su preciosa vida todos los recursos del arte.

Esto dicho, los circunstantes se apresuran sucesiva y silenciosamente, dando visibles muestras del mas profundo dolor, á ver y reconocer por sí el real cadáver, y el Presidente del Consejo vuelve á tomar la palabra y dice en alta voz:

—Los médicos de cámara declaren si el cadáver que se halla presente es el del Príncipe dado á luz por S. M. la Reina, y si está muerto.

A cuya pregunta se apresura á contestar el facultativo que ha asistido al parto, confirmando con la autoridad de la ciencia la funesta verdad del hecho que ha anunciado el Presidente del Consejo.

—El Príncipe, dice, cuyo cuerpo tenemos á la vista, está muerto.

Despues de lo cual no resta mas que cumplir con el último deber, dando sepultura al cadáver. Antes, sin embargo, se canta en la Real Capilla una *Misa de gloria*, queda aquel espuesto por espacio de un dia en la misma capilla y bajo un rico dosel á la vista del público, y al siguiente se procede á su entierro, verificándose este, segun la descripcion que hemos podido proporcionarnos, de la manera siguiente:

En todas las calles se nota un movimiento estraordinario de gentes que se dirigen á las inmediaciones del real Palacio; así es que muy pronto las plazas de Oriente y de la Armería, la Cuesta de la Vega y el paseo de la Vírgen del Puerto se ven llenas de una multitud de personas, que acuden á dar el último adios á los preciosos restos del malogrado Príncipe.

En la órden de la plaza se ha mandado de antemano que los cuerpos de la guarnicion hagan al cadáver los honores de ordenanza, y al efecto todos salen oportunamente de sus cuarteles sin tocar cajas ni música, para formar en los puntos que les han sido designados.

El cortejo sale de la Real Capilla conduciendo el cadáver del Príncipe, que, atravesando la galería grande y bajando por la escalera principal, es colocado en la gran carroza que al pie de ella espera, y en la cual debe ser trasladado al panteon del Escorial.

Entretanto, en la plaza de la Armería se ordena la comitiva en esta forma:

Abre la marcha un piquete de caballería; sigue otro del real cuerpo de Alabarderos; despues los timbales y clarines de la casa real; detrás cuatro magníficos caballos de respeto cubiertos con ricas mantillas de terciopelo, y conducidos por palafreneros; y por último, la servidumbre de Palacio llamada la Furriela, los empleados de caballerizas y del Real Palacio, y un crecido número de Mayordomos y Gentiles-hombres, todos con hachas encendidas.

Marchan luego cuatro batidores á caballo, y despues un correo, al

que sigue inmediatamente la carroza tirada por ocho caballos adornados con ricos arneses y vistosos penachos, en que vá el cuerpo embalsamado del Príncipe, colocado en una caja cubierta de un gran paño de terciopelo carmesí bordado de oro. Este carruage va cerrado y adornado en su caja, pescante, trasera y hasta en las ruedas con profusion de flores y cintas de colores, ostentando ademas en su cubierta una corona real. De los ángulos de la caja penden cuatro cintas que llevan otros tantos Grandes de España, rodeados de los Caballerizos de campo, de varios Gentiles hombres de casa y boca, y de los Monteros de Espinosa encargados especialmente de la custodia de los restos del Príncipe.

A continuacion se ve al clero de la Capilla Real y detrás á los individuos de la alta serviduumbre de SS. MM., presididos por el Mayordomo mayor de la Reina, á quien acompañan el Patriarca de las Indias y el Subsecretario de Gracia y Justicia, como Notario mayor de reinos.

Sigue luego un coche de respeto tirado por ocho caballos, despues un piquete de guardias alabarderos, y por último cierra el cortejo una escolta de caballería.

La comitiva sale por el Arco de la Armería, baja la cuesta de la Vega, y siguiendo el paseo de la Vírgen del Puerto, se dirige á S. Antonio de la Florida, donde hace alto. La guardia de Palacio, así como los cuerpos de la guarnicion, hacen los honores al Príncipe; los oficiales le saludan con sus espadas, y despues que el cadáver ha pasado por delante de las tropas, estas se retiran á sus cuarteles en el mismo órden que habian salido de ellos, y tambien á la sordina.

Frente á la iglesia de S. Antonio, se cantan por el clero de aquella parroquia algunos salmos, y en seguida, cambiándose los tiros de caballos por otros de mulas, y entrando en los carruages, que al efecto esperan ya dispuestos, todos los individuos que deben formar el acompañamiento, á escepcion de los Caballerizos de campo, monteros de Espinosa, correos, carreristas, timbales y clarines, los cuales montan á caballo, se emprende la marcha hácia el Escorial.

Entonces la multitud, que se agrupa en aquellos paseos y alamedas, regresa triste y silenciosa á la coronada villa, y todos manifiestan en sus rostros el vivo pesar de que se hallan poseidos por el infausto suceso que motiva tan triste ceremonia.

Cuando el entierro que acabamos de describir es del mismo monarca reinante, el ceremonial comprende algunos otros pormenores curiosos que vamos á apuntar ligeramente.

El Sumiller de corps, acompañado de los Gentiles-hombres y de los ayudas de cámara de S. M., visten el real cadáver y le ponen las bandas y collares de las órdenes nacionales y estranjeras, colocándole en el féretro, cuya parte inferior está cubierta con los mantos de las reales órdenes, conduciéndole despues desde el real dormitorio á otra pieza en que espera el Mayordomo mayor con los Mayordomos de semana y demas servidumbre del Rey. En ella, y á presencia del ministro de Gracia y Justicia y Notario mayor de los reinos, hace el mismo Sumiller de corps con las fórmulas de estilo entrega formal del real cadáver al Mayordomo mayor.

Reunidas entonces las comitivas del real cuarto y casa, conducen el real cadáver al salon de Embajadores, en donde están ya dispuestos siete altares portátiles, y le colocan en una magnífica cama imperial, preparada debajo del dosel y sobre una tarima cubierta de terciopelo carmesí, haciendo el Mayordomo mayor entrega de él á la antigua y noble guardia de monteros de Espinosa, para que á su tiempo se le devuelvan, custodiándole y conduciéndole al real monasterio del Escorial. Inmediatamente se colocan dos monteros á la cabeza del féretro con la corona y cetro, otros dos á los pies de aquel, y mas adelante, fuera del dosel, dos maceros de las reales caballerizas. Guardan ademas el real cadáver dos Gentiles-hombres de cámara, dos Mayordomos de semana y la correspondiente guardia de alabarderos, á las órdenes de su Comandante, el cual no se separa de aquel desde la primera entrega del mismo hasta depositarle en el panteon de la real familia.

Despues de haber estado el real cadáver espuesto de este modo al público uno ó dos dias, es colocado á presencia del Mayordomo mayor, Gentiles-hombres, monteros de Espinosa y demas comitiva, en una caja de plomo con visera, la cual se mete dentro de otra de madera forrada de tisú, cada una de ellas con dos llaves, y poniéndole encima los collares de las órdenes, vuelve á quedar con el mismo aparato espuesto al público, que acude presuroso á tributar el último homenage de respeto á su monarca.

Durante estos dias, se verifican tambien las ceremonias religiosas con que acostumbra la Iglesia cristiana á rogar por las almas de los que fueron. Asi es que al dia siguiente de la muerte del rey y despues de colocado su cadáver bajo el dosel, es conducido á la Real Capilla, en la cual, presidiendo el Patriarca de las Indias, vestido de pontifical, se canta un solemne oficio de difuntos, con asistencia del Sumiller de corps, los Gentiles-hombres de cámara, el Mayordomo mayor y los Mayordomos

de semana, y así mismo se celebran por el descanso del finado todas las misas rezadas que permite el tiempo, entonándose por la tarde el responso.

Llegada la hora señalada para el entierro, se forma antes capítulo de la insigne órden del Toison de Oro y de la de Cárlos III, y el caballero mas antiguo de cada una de ellas quita de encima de la caja mortuoria el collar de la suya, entregándolos ambos al guarda-joyas de S. M. Hecho esto, y estando reunidas las personas destinadas á bajar el real cadáver y conducirle en pompa fúnebre al monasterio de S. Lorenzo, la Real Capilla, presidida por el Patriarca de las Indias, canta un solemne responso, estando presente el Mayordomo mayor, los Gentiles-hombres, el Comandante de reales guardias alabarderos, los ayudas de cámara, los Gentiles-hombres de casa y boca, los monteros de Espinosa de servicio, la servidumbre de la real casa nombrada para este acto, y el Ministro de Gracia y Justicia, comisionado como Notario mayor de reinos para autorizar la entrega del real cadáver.

Acto contínuo y precediendo la cruz de la Real Capilla, seguida de doce Capellanes de honor, se levanta al real cadáver y empieza á marchar la comitiva, saliendo del mencionado salon de Embajadores, entre la real guardia de alabarderos, que está colocada en dos filas, y llevando la caja los Gentiles-hombres de cámara y Mayordomos de semana, á quienes corresponde hasta el principio de la escalera principal, desde donde es conducida por los Gentiles-hombres de casa y boca hasta el fin de ella, y colocada en el coche destinado al efecto. Detrás de este marcha la estufa de respeto, con la misma almohada y paños que han servido en la cama imperial, y la comitiva, compuesta de las tropas correspondientes, de los empleados de la real casa y el clero con hachas encendidas, sigue la carrera acostumbrada, entre las salvas de artillería y el fúnebre redoble de los tambores que hacen al real cadáver los saludos de ordenanza. En el mismo órden, y haciendo las paradas y pausas en los pueblos del tránsito para cantar el responso de costumbre, continúa la comitiva hasta Galapagar, donde pasa generalmente la noche, colocándose el real cadáver en la iglesia de aquella villa sobre una tarima y una mesa adornadas. Allí permanece con el aparato fúnebre, y acompañado de cuatro monteros de Espinosa, dos de ellos á la cabecera con corona y cetro, dos alabarderos inmediatos al féretro y otros dos á la entrada de la iglesia, hasta la madrugada del dia siguiente, en que vuelve á emprenderse la marcha en idéntica forma que el dia anterior, y hecha pausa en el Escorial de abajo para cantar el responso acostumbrado, llegan el entierro y acompañamiento al real monasterio de San Lorenzo.

Entonces se aproxima el coche que conduce el real cadáver á la puerta principal del patio llamado de los Reyes, y colocado en una mesa que se

halla preparada de antemano en el átrio, donde esperan los sacerdotes pertenecientes á aquella iglesia con velas, cruz y ciriales, se lee el parte oficial de los facultativos de cámara en que se da noticia de la muerte del Rey, y el real decreto para que el cadáver de S. M. sea sepultado con la solemnidad debida, así como tambien la real cédula en que S. M el señor D. Felipe IV decide la controversia que antiguamente existia entre el monasterio y la Real Capilla; esta canta un solemne responso, y concluido, se retira con los demas sacerdotes que, segun estilo, han formado parte de la régia comitiva.

Inmediatamente entona el clero del monasterio el salmo *Miserere*, y el féretro es conducido hasta el crucero de la iglesia, donde, despues que los Gentiles-hombres de cámara ponen sobre él los mantos de las órdenes, es colocado en un túmulo dispuesto al intento, con el mismo paño y almohada que ha traido el real cadáver, á cuyos lados arden ocho hachas de cera amarilla en otros tantos blandones, estando iluminado igualmente el gran candelabro y los altares, y ocupando sus sitios respectivos el Mayordomo mayor, el Comandante de reales guardias alabarderos, los Gentiles-hombres y la demas comitiva. El clero se retira al coro y canta un solemne oficio de difuntos, celebrando ademas una misa, concluida la cual, vuelve al cuerpo de la iglesia con velas encendidas y entona los responsos y salmos de costumbre.

Despues de laudes, los Gentiles-hombres de cámara, ayudados de los Mayordomos de semana y demas de la comitiva, acompañan á la caja mortuoria, conducida procesionalmente por los Gentiles-hombres de casa y boca al panteon, donde se coloca en una mesa que hay delante del altar, y el Mayordomo mayor de S. M. abre las dos cerraduras de la caja esterior, cuyas llaves doradas, con las cuales lo verifica, conserva el mismo en su poder desde que se cerró aquella en el real Palacio de Madrid. Levantando despues la puertecilla de la visera, mira por su cristal á presencia del Notario mayor nombrado para la entrega del real cadáver, si el cuerpo que la caja contiene es el del Rey católico, monarca de las Españas, y asimismo lo ven el Patriarca de las Indias, que se halla presente, los Gentiles-hombres, los Mayordomos de semana y el clero, delante de los cuales, y de cuantas personas hubiere, el Mayordomo mayor de S. M. recibe juramento público á los caballeros monteros de Espinosa de si el cadáver que tienen á la vista es del católico monarca de estos reinos, y aquellos responden afirmativamente y así lo juran.

Reconocido de la misma manera el real cadáver por los demas que asisten al acto, el Comandante de alabarderos, que nunca deja de ocupar el testero de la caja, se acerca á ella, y despues de inclinar la cabeza y pedir silencio, dice en altas y perceptibles voces, con algunas pausas de una á otra :

—Señor !... Señor !... Señor !

A las cuales no respondiendo S. M., añade:

—Pues que S. M. no responde, verdaderamente está muerto.

Y en seguida rompe el citado Comandante de alabarderos el baston, que en señal de mando usa por razon de su empleo, en dos pedazos que arroja á los pies de la mesa donde reposa el real cadáver, y el Mayordomo mayor de S. M. cierra la caja, entregando las llaves al prior ó abad del monasterio, quien las recibe y se dá por entregado del mismo cadáver, con lo cual concluye aquel solemne y fúnebre acto, al par que cesan las descargas de la tropa y los dobles clamores de las campanas que se habian hecho oir durante la ceremonia.

VI

Tales son en toda su pompa y magnificencia las solemnidades de la córte. Tal es la aristocracia en sus mas altas relaciones sociales, en su mas elevado destino, en su aspecto mas deslumbrador y envidiable. Despojémosla, sin embargo, de ese oropel con que se engalana, adornos postizos de que necesita revestirse para representar el papel que á todo mortal le está repartido en el mundo, y veremos cuánta pequeñez, cuánta vanidad, cuánta miseria! Todo lo mas grande, todo lo mas opulento que hemos admirado en ella se tórna tal vez pequeño y despreciable cuando alcanza á descubrirse el gérmen de mezquinas pasiones que encierra. Allí, bajo los artesonados techos, sobre las riquísimas alfombras, entre las columnas de jaspeados mármoles, reina como soberana la intriga, esa madre de tantos improvisados señores, de tantas reputaciones usurpadas; madre traidora que devora despues á sus propios hijos, á sus hechuras predilectas, diosa de los palacios, á quien solo rinden culto los corazones pobres y las inteligencias depravadas; astuta dominadora, que envuelve á los Monarcas y á los Príncipes en la red inestricable de la lisonja. Allí, en medio del respeto, de la lealtad y la obediencia á la autoridad soberana, virtudes que han sido siempre características en los españoles, se elevan tal vez á la par la hiposresía, la falsedad y la envidia, y cada uno aspira á superar al que le está nmediato, sin que acaso entre para nada en este deseo la noble emulacion, la rivalidad siempre laudable del mérito. Se busca el favoritismo, se registra, se indaga, se corrompen los ánimos, y la atmósfera se carga del humo de la adulacion, del miasma contagioso del interés, de los mil vapores de la vanidad, que hacen huir á la virtud modesta y sencilla lejos de tan funestos lugares. Así se vive por lo comun en medio de esa sociedad llena de fausto y de

grandeza, esplotando la debilidad, el orgullo, la ambicion del hombre; rodeado el corazon de la mentira; ciega la vista con el humo espeso de la gloria, del renombre, de la fama perecedera y fugaz que se alcanza entre el vulgo estúpido é ignorante. El pueblo, á quien tribunos maliciosos están señalándole á cada instante con el dedo la sociedad cortesana, la envidia y desea confundirse con ella, creyendo que está la felicidad allí donde abundan el poder y la riqueza. ¡Ilusion! Esos reyes respetados y temidos, ante quienes se abaten las frentes y se doblan los rodillas, son tal vez desgraciados con el peso de sus altos deberes y de su magnífica corona. Esos magnates que se asientan junto al primer escalon del trono, que se cobijan bajo el manto de la púrpura régia, y buscan el esplendor real para brillar á la luz de sus rayos, envidiarian á su vez en algunos momentos la oscuridad y el retiro del último artesano. No, no es verdad todo cuanto contempla nuestra vista; las apariencias ocupan muchas veces el lugar de la realidad, y la ventura verdadera, si es que se encuentra en este mundo, se cifra solo en el honor y las virtudes. Que no envidie, pues, ese pueblo, que contempla de lejos la corte como un delicioso panorama, que no envidie los puestos que ocupan en ella los nobles ni los grandes señores; y si es que, por su desgracia mas bien que por su fortuna, aspira á sucederles en ellos, cuide de conquistar tan insigne honra con méritos iguales á los que, entre otros, poseen los altos dignatarios, de cuya vida vamos á dar una breve idea para terminar el presente capítulo.



EL MARQUES DE MALPICA,

(*Caballerizo mayor de S. M. la Reina.*)

Con decir que el personaje de quien vamos á ocuparnos se llama D. Joaquin Fernandez de Córdoba, Tellez y Giron, se comprenderá fácilmente la antigüedad de su casa y el lustre de su esclarecido linaje. En efecto, el actual Marqués de Malpica, de Mancera, de Povar y de Montalvo, duque de Arion y conde de Melgar y de Gondomar, desciende de una de las familias mas ilustres de Castilla, y se halla emparentado con la mas encumbrada aristocracia. Grande de España de primera clase por su nacimiento, ha conquistado ademas con sus méritos altos y honoríficos títulos; dedicado desde su mas tierna edad al noble ejercicio de las armas, profesion que era entonces y ha sido en España en todos tiempos hasta la actualidad la que han preferido los hidalgos y los nobles varones, entró ya á servir en 1798, siendo todavía muy jóven, de capitan del regimiento infantería de las Ordenes militares. No era aquella época de paz y de perfecta tranquilidad en todos los ángulos de la monarquía la mas á propósito para conquistar honores ni ascensos en la milicia; sin embargo, el Marqués de Malpica se distinguió tanto por su pundonor, por su exactitud en todas las obligaciones del servicio, por su amor al órden y á la disciplina, que en 1808 fué nombrado teniente coronel y obtuvo ademas el grado de coronel de caballería. Las huestes de Napoleon, con desprecio de la fé y de la palabra empeñada, invadieron entonces traidoramente la Península, y el jóven militar halló abierto un campo á su emulacion y á su ansia de gloria, combatiendo por la independencia de su patria y por la libertad de su rey, cautivo en estranjera tierra. El célebre 2 de mayo de 1808, aquel dia de luto y de ominosa recordacion para España, le sorprendió en Madrid; pero, aunque casi rodeado por los enemigos, logró evadirse, y poseido del entusiasmo general, se incorporó al ejército fiel, dando principio desde luego á la campaña contra los franceses. El sitio y rendicion de la plaza de Yelves, la retirada del puente de Almaráz, la batalla de Medellin en que ganó el grado de brigadier, la memorable batalla de Talavera, la no menos memorable de Ocaña y la retirada del ejército á Despeñaperros, fueron en aquellos años el palenque donde el Marqués de Malpica tuvo ocasion de mostrar su pericia y bizarría, por cuyas prendas fué destinado en 1814

en clase de ayudante á las órdenes del General en jefe Castaños. Sus hechos no fueron despues menos brillantes en el asedio de Burgos, en la retirada de esta provincia, en las acciones de Dueñas, Valladolid y demas que ocurrieron durante el año de 1812, reuniéndose al siguiente con su regimiento y continuando la campaña hasta que, espulsados los franceses del territorio español y restituido Fernando VII al trono, pudo este monarca premiar sus servicios, destinándole en 1815 en clase de brigadier efectivo al ejército de Castilla la Nueva, sin perjuicio de desempeñar cerca de su real persona el cargo de Gentil-hombre de cámara con ejercicio, para el cual le nombró igualmente.

Despues ha obtenido el Marqués de Malpica la dignidad de Caballerizo mayor de S. M. la Reina y el grado de Mariscal de campo, que le fué conferido en 1844. El segundo le coloca en uno de los puestos mas eminentes de la milicia, pero aun es mucho mayor la altura á que le eleva la primera, pues por ella ocupa un lugar distinguido al lado de nuestra soberana, posee los honores de Jefe de Palacio, y tiene la categoría de primer Jefe, cuando acompaña á la Reina fuera del régio Alcázar, como lo hace en todos los actos solemnes y en los viages de S. M., en cuyo caso abre y cierra la portezuela de su coche, dá el brazo para subir á él á la augusta señora, ocupa el puesto preferente en el coche de cámara, y señala al Caballerizo la ruta para que éste se la comunique al correo.

El marqués de Malpica, que cuenta ya mas de sesenta años de edad, y que en su trato es un hombre afable, circunspecto y prudente, está casado con la señora doña María de la Encarnacion Alvarez de Bohorques y Chacon, de la órden de Damas nobles de María Luisa, hija de los señores duques de Gor, y puede presentarse como un modelo de esposos y de padres de familia. Asi es que el Cielo le ha concedido una feliz y larga sucesion, contándose entre sus hijas la esposa del Marqués de Santa Cruz, una de las perlas de la nobleza de la córte, por su discrecion y su rara hermosura, y el malogrado Marqués de Povar, jóven que murió en la primavera de sus dias, cuando por su talento, por su erudicion, por su amor á las artes y á las bellas letras, por sus prendas y sus virtudes, era ya el orgullo y la admiracion de la juventud madrileña, y habia merecido el alto honor de ocupar un puesto en la Municipalidad de Madrid y en el Parlamento, estando ademas condecorado con la gran cruz de Cárlos III y con la dignidad de Gentil-hombre de cámara.

Para concluir diremos que el Marqués de Malpica reune á sus títulos y honores los de estar condecorado con la gran cruz de Cárlos III, la de San Hermenegildo y otras varias de distincion por acciones de guerra, siendo tambien socio de las reales sociedades económicas de Toledo, Zamora y Granada.

EL MARQUES DE MIRAFLORES,

(Presidente del Senado.)

Uno de los miembros mas notables de la nobleza española, y por consiguiente una de las figuras mas dignas de formar parte de nuestra galería de retratos es el Excmo. Sr. D. Manuel Pando Fernandez de Pinedo, Alava y Dávila, Marqués de Miraflores, Conde de Villapaterna y Grande de España de primera clase.

Nacido en Madrid á fines del siglo pasado, de una de las mas ilustres familias de la aristocracia, y educado con el esmero y distincion que á su clase correspondia, el Marqués de Miraflores empezó desde muy niño á mostrar los talentos de que le habia dotado la naturaleza, siendo tal su precocidad intelectual y su aficion al estudio, que á los 16 años desempeñaba ya una cátedra de matemáticas puras. Con estas cualidades, con un corazon entusiasta, en una época en que la patria necesitaba de todos los esfuerzos de sus hijos para librarse del férreo yugo que la amenazaba, no podia menos el Marqués de consagrar los suyos á tan sagrada causa. Así fué que en 1813 empezó á escribir en el periódico titulado el *Redactor general*, defendiendo con la pluma, como otros con las armas, la independencia nacional y el trono legítimo, de los ataques de sus enemigos.

Vuelto poco despues Fernando VII á España, libre ya de su cautiverio, y destruida de una plumada la Constitucion de 1812, que en uso de su soberanía se habian dado los españoles, las persecuciones horribles que comenzaron contra los liberales obligaron al Marqués de Miraflores, que participaba de aquellas ideas, á separarse enteramente de la política, prefiriendo la soledad del retiro y el cultivo de las letras á formar parte de una máquina que no funcionaba en armonía con sus opiniones. Así permaneció hasta 1820, en que, restablecido el régimen representativo y creada la Milicia nacional, se apresuró á inscribirse en sus filas, convencido de que los hombres de posicion y de garantías debian ser los primeros en dirigir la revolucion para evitar que se estraviase. No era, sin embargo, muy avanzado el partido á que el Marqués pertenecia, y sus escritos de aquella época lo demuestran terminantemente. En efecto, á fin de marzo de 1820 publicó un folleto, titulado *Ideas políticas*, en que, atacando la Constitucion de 1812, pedia su reforma con la instalacion de dos Cámaras, y establecia otros principios iguales ó análogos á los que despues han servido y sirven de bandera á la comunion moderada, en la

cual milita en la actualidad aquel personage. Denunciado el folleto y condenado su autor al pago de costas y á una prision que no llegó á verificarse, no le impidieron estos rigores seguir sosteniendo sus doctrinas, tanto en las filas de la Milicia nacional como en el jurado, ni pelear en defensa de la libertad en el memorable 7 de julio, por lo cual obtuvo la cinta de honor creada en memoria de aquella jornada.

Llegado el año de 1823 y con él la reaccion realista y apostólica, las persecuciones de que nuevamente eran víctima los liberales, y que en calidad de tal amenazaban tambien al Marqués de Miraflores, obligaron á este personaje á emigrar, estableciendo su residencia en París hasta 1825, en que volvió á su patria y á su retiro. Los sucesos de 1832, la enfermedad de Fernando y la revocacion que hizo este monarca de su testamento, merced á infames intrigas, vinieron despues á despertar de su letargo á todos los buenos españoles, y el Marqués de Miraflores, no pudiendo permanecer ya indiferente, se afilió entre los defensores de la heredera legítima del trono Doña Isabel II, hoy Reina constitucional de España. La muerte del Rey, la formacion del Ministerio Zea y la sublevacion de los carlistas hicieron conocer á los liberales la necesidad de agruparse en derredor de aquella augusta niña, y así lo verificaron todos, y con ellos el Marqués de Miraflores, pidiendo al mismo tiempo que se introdujesen en el Estado las reformas que reclamaba la opinion pública. Con el nombramiento del Ministerio Martinez de la Rosa, estas reformas empezaron hasta cierto punto á concederse; y el Marqués, que estaba de acuerdo con ellas, volvió á tomar parte en la política, aceptando el cargo de Embajador en Lóndres que por entonces le fué confiado.

La mision de Miraflores tenia por objeto obligar á la Inglaterra á lanzar de Portugal á D. Cárlos y D. Miguel, que de comun acuerdo en sus fanáticos proyectos, trataban de usurpar con las armas el trono á dos Reinas tan inocentes como legítimas, y preciso es confesar que aquel personaje la desempeñó tan cumplidamente como podia esperarse. En efecto, despues de hábiles y no interrumpidas negociaciones, el tratado de la Cuadruple alianza, que tanto contribuyó al sostenimiento de la causa de Isabel II, quedó firmado, y nadie puede privar al Marqués de la gloria de este importante servicio. Pero aun hizo mas; fugado el Pretendiente de Inglaterra, é incorporado á sus secuaces de la Península, el fin de las negociaciones diplomáticas con las potencias signatarias habia cambiado evidentemente, y era preciso modificar el tratado. Así se verificó, en efecto, adicionándole con varios artículos, y esto es un nuevo servicio de Miraflores en aquella época. Otros muchos prestó tambien el mismo personaje, que omitimos aquí, en gracia de la brevedad, trasladándonos desde su fecha hasta el año de 1835, época en que el Marqués volvió á Madrid y tomó asiento en el Estamento de Próceres, inaugurándose, por

decirlo así, con un discurso notable en pro del voto pedido por Mendizabal. La formacion del Ministerio Isturiz y los sucesos de la Granja, que al poco tiempo sobrevinieron, le obligaron á salir de nuevo de la Península en medio de mil peligros, y á establecerse en París hasta que, consolidado el Ministerio Calatrava y promulgada la Constitucion de 1837, regresó á ocupar los escaños del Senado, como Senador elegido por diferentes provincias y nombrado por S. M. para representar la de Ciudad-Real.

En este segundo período de su vida parlamentaria el Marqués de Miraflores se distinguió por un discurso interesante en mas de un sentido, y en el cual desenvolvió sus principios de gobierno, no solo en asuntos políticos, sino tambien en materias económicas y administrativas. Pero nombrado en 23 de abril de aquel año para representar á la Reina de España en la coronacion de la de Inglaterra, fuéle preciso abandonar la alta Cámara y emprender su viaje para trasladarse á Lóndres. Cortos fueron los recursos con que se le auxilió para la mision de que iba revestido; mas no por eso dejó de desempeñarla Miraflores con todo el lujo y aparato que le convenia, sino que acudiendo á sus rentas y gastando cuanto era necesario de su peculio particular, logró dar en la capital de la Gran Bretaña una alta idea del poder de la soberana á quien representaba. Terminadas las ceremonias de la coronacion, el Marqués fué nombrado Embajador de España en Francia, y las negociaciones diplomáticas que entabló y llevó á cabo mientras desempeñaba este nuevo destino, no fueron menos importantes ni provechosas que lo habian sido durante su embajada en Lóndres. Miraflores permaneció en París hasta despues de los sucesos de julio de 1840, en cuya época presentó su dimision y salió de aquella ciudad para España; pero á su llegada á Marsella se encontró con la Reina Cristina, que acababa de entrar en el mismo punto despues de su abdicacion en Valencia, y habiendo tenido varias entrevistas con S. M., esta augusta señora le encargó que marchase á París, como lo hizo, residiendo allí hasta algun tiempo despues, que sus intereses le obligaron á regresar á España.

Ocurrido el pronunciamiento de 1843, el Marqués de Miraflores fué elegido Senador, y luego, con arreglo á la Constitucion de 1845, Presidente del Senado. En 1846 se le confirió la cartera de Estado; pero su Ministerio duró poco mas de un mes, y apenas pudo dictar ninguna medida de gobierno. Desde entonces, el personaje que nos ocupa ha desempeñado los mas altos destinos, tales como el de Embajador en Lóndres, el de gobernador de Palacio, que fué espresamente creado con este objeto y que despues ha sido suprimido, y por último, el de Presidente del Senado que en la actualidad ocupa.

EL MARQUES DE ALBAIDA,

(*Grande de España de primera clase.*)

Para los que juzgan de los hombres y de las cosas por sus títulos ó sus nombres, y se pagan únicamente de esterioridades, parecerá increible que haya un personaje de hidalga cuna que, apartándose de la línea de conducta que sus intereses y las preocupaciones de su clase deberian inspirarle, se constituya en celoso defensor de los derechos del pueblo, convirtiéndose, por decirlo así, de aristócrata en tribuno. Y sin embargo, tal es la cualidad que caracteriza al Excmo. Sr. D. José María Orense, Marqués de Albaida, Grande de España de primera clase y Diputado á Córtes en varias legislaturas.

Era muy jóven aun, tanto que no contaba veinte años, cuando ya dió muestras este personaje de su amor á la libertad y á los principios populares. Corria el año de 1820; la Constitucion de 1812 acababa de ser jurada por Fernando VII, y los ciudadanos amantes del régimen representativo corrian á alistarse en las filas de la Milicia Nacional, á cuya salvaguardia estaba aquel confiado. Orense no fué de los últimos en cumplir con este deber patriótico, y lo hizo con tal fortuna, que al poco tiempo pudo ya distinguirse en una accion dada al faccioso Cuevillas. Pero aun debia probar con nuevos hechos su valor y su entusiasmo, y la defensa de Laredo, sitiada por los realistas, le dió ocasion para ello, concurriendo á aquel servicio, hasta que una capitulacion entregó la plaza en manos de los enemigos. Entonces, sin que fueran bastantes á detenerle la aspereza de los caminos ni la inclemencia del tiempo, se dirigió á Asturias, donde aun ondeaba la bandera constitucional, y despues de haberse hallado en la desgraciada accion de Colunga, se embarcó en Bilbao para Santander, donde reunió alguna fuerza para defender la ya desesperada causa de la libertad de la nacion, cruelmente amenazada. Tan noble empresa no fué coronada por la fortuna, pues, perseguido activamente, el esforzado patriota se vió obligado á dispersar su partida y fiar su vida en la fuga, hasta que alcanzado por los realistas fué conducido á la cárcel de Vitoria, cuyas puertas le abrieron al poco tiempo las relaciones que en el gobierno tenia su familia, si bien es cierto que no pudieron librarle de la triste suerte de emigrado que sufrió durante la célebre década.

Establecido Orense en Lóndres por aquel tiempo, dedicóse con ardor

al estudio de las ciencias económicas, á las que siempre tuvo aficion, adquirió esos conocimientos que despues le han hecho célebre en el Parlamento. Muchos de sus compañeros de infortunio, menos alhagados que él por la veleidosa fortuna, yacian á la sazon en la miseria, careciendo hasta del pan con que atender á su preciso sustento. Para remediar tan precaria situacion, concibieron todos los emigrados el proyecto de asociarse, poniendo á su cabeza al ilustre Argüelles, y Orense se apresuró á contribuir á tan generosa empresa, vertiendo con mano pródiga sus recursos sobre los mas desgraciados de sus hermanos, y dando así á conocer sus filantrópicos sentimientos. En la misma ciudad de Londres encontró nuestro personaje una digna compañera en la señorita de Liyaur, jóven que unia á su notable belleza una virtud señalada y un considerable dote, y habiendo contraido con ella matrimonio, principió á viajar por Inglaterra y Francia para completar de este modo la sólida instruccion que hoy posee. Los sucesos políticos de 1832 le llamaron por fin á España, y fijó su residencia en Palencia, donde vivia tranquilo cuando aconteció en 1833 la sublevacion de las Provincias Vascongadas.

Un nuevo campo se abria en aquella época á las ideas reformadoras, y los que, como Orense, las profesaban, no podian menos de aceptarle cual palenque donde habian de defender, al mismo tiempo que la libertad, el trono legítimo de Isabel II, objetos ambos amenazados por los sectarios de un príncipe usurpador y fanático. El personaje que nos ocupa se apresuró á ofrecer sus servicios al Ayuntamiento de Santander en pró de tan sagrada causa; admitidos por aquella corporacion, y nombrado vocal de la junta de armamento y defensa de la provincia, desempeñó este cargo con todo el celo y patriotismo que le distinguen, hasta que disuelta la junta, se retiró de nuevo de la vida pública. No faltaron entonces algunos que le delataron como cómplice de una conjuracion, por lo cual se le prendió y condujo á la corte; pero, demostrada su inocencia, fué puesto en libertad y confundidos sus calumniadores.

El año 36 hallábase Orense en la Granja con el objeto de restablecer su salud, cuando estalló allí la sublevacion que dió por resultado la promulgacion del Código de 1812, y en medio de este conflicto se le presentó á nuestro personaje una nueva ocasion de demostrar la nobleza de su alma, salvando la vida del Conde de S. Roman, amenazada por el puñal de algunos de los revoltosos. *El Duende liberal* y *El Tribuno*, periódicos que empezaron á publicarse por aquel tiempo, abrieron sus columnas á Orense, y la firmeza con que éste defendió en ellas la inviolabilidad de la Constitucion y los principios democráticos lé valió una prision y la formacion de una causa, de la cual salió, sin embargo, absuelto. Cansado de tantas persecuciones, se retiró á la provincia de Santander; pero ni aun allí pudo permanecer tranquilo, pues no tardó en ser hecho prisionero y estuvo á punto de ser fusilado por los facciosos. Libre, por fin, de

las garras de estos bandidos, retiróse á Francia, y ya no volvió á su patria hasta el año de 1841 en que, hallándose en Madrid, cúpole la suerte de señalarse en las filas de la Milicia por su denodado arrojo en la noche del 7 de otubre. El 28 de mayo del mismo año fué nombrado Orense individuo de la Comision instituida para el arreglo del sistema tributario, en la cual dió distinguidas pruebas de su erudicion y de sus talentos, y en las Cortes de 1843 tuvo la honra de sentarse por la primera vez en los escaños del Congreso, como diputado por la provincia de Palencia.

Aquí es donde empieza la vida pública del personaje que nos ocupa. Reelegido en las Cortes de 1844, y único representante en ellas del partido progresísta, eliminado del parlamento por la intolerancia de sus adversarios, solo, sin auxilio, sin proteccion, sin apoyo, en medio de la mayoria inmensa que le rodeaba, vemos á Orense, sin embargo, constante, decidido é infatigable, combatir uno por uno cuantos proyectos de ley lleva el Gobierno á aquel Congreso, cuantos asuntos se ventilan allí contrarios á sus principios, cuantos abusos comete el poder en el ejercicio de sus atribuciones. Sería tarea harto larga y superior á nuestras débiles fuerzas el enumerar aquí los discursos que pronunció Orense, las proposiciones que presentó en aquella legislatura. Baste decir que él solo sostuvo en la oposicion el peso de las discusiones, y que no hubo una cuestion en que no arrojase en la balanza la autoridad de su voz y de su poderosa elocuencia. Orador poco florido, nada sublime, hasta vulgar, si se quiere, sus discursos carecen tal vez de elevacion y de esas comparaciones galanas que tanto sorprenden á las imajinaciones poéticas; pero en cambio están llenos de lógica, nutridos de erudicion, de sólidas y verdaderas razones. Por eso son tan populares; por eso hacen tan honda impresion en los ánimos de la Cámara; porque Orense tiene una facilidad suma en el decir, una claridad admirable, y sabe ademas manejar el arma temible del ridículo con tal oportunidad que hace asomar la risa aun á los labios mismos de su antagonista. Tal es el retrato del personaje que nos ocupa, considerado como hombre parlamentario. Ahora debemos añadir que sus virtudes privadas y su intachable conducta en su carrera pública le han granjeado el respeto de sus adversarios, la estimacion de sus amigos, y el aplauso de los pueblos que, como dijimos al principio, miran en él un tribuno incorruptible, y un celoso guardian de sus derechos.



EXCMO. E ILMO. SR. DON ANTONIO POSADA RUBIN DE CELIS,

(Patriarca de las Indias.)

Como Pro-capellan y Limosnero mayor de S. M. la Reina, el personaje de quien vamos á ocuparnos en estas líneas merece seguramente figurar en nuestra galería de la córte y de la nobleza. El retrato de un anciano venerable, lleno de virtudes y de sabiduría, no puede ser indiferente á nadie que tenga en algo las glorias de su patria y el lustre de la Iglesia católica. Vamos, pues, á bosquejarle rápidamente, segun los apuntes biográficos que de aquel insigne prelado han llegado á nuestra noticia.

El Patriarca de las Indias, Gran Canciller de la real y distinguida órden de Cárlos III y de la americana de Isabel la Católica, Capellan mayor y Vicario general de los ejércitos de mar y tierra, es uno de los tipos mas perfectos del ministro del Evangelio. Consagrado desde su tier-

na edad al estudio de las ciencias religiosas, al cual se sentia por una verdadera vocacion inclinado, su talento vasto y profundo, su aplicacion constante, su fé en las consoladoras creencias del cristianismo, diéronle á conocer bien pronto como una de las mas fuertes columnas del templo del Crucificado. Apenas entrado en la adolescencia, el Seminario Conciliar de S. Fulgencio de Murcia, que á la sazon se hallaba en el apojeo de su fama literaria, y que habia acogido en su seno niño é ignorante al señor Posada, le vió salir de sus claustros, honrado con la primera muceta que en él se habia conferido de doctor en Teología y Derecho Canónico. Y esta fué la ocasion de lucir nuestro personaje sus conocimientos filológicos; pues pronunció con tal motivo un discurso en latin, lengua que le era tan familiar como la francesa, la griega y la italiana.

Apenas habia concluido el señor Posada sus estudios, era tal la solidez de su instruccion que hizo á un mismo tiempo oposicion á dos cátedras, una de teología y otra de cánones. Esta empresa hubiera parecido superior á sus fuerzas; pero el éxito vino á justificarla, y habiéndole dado á elegir los jueces por unanimidad entre las dos cátedras, optó por la de Disciplina Eclesiástica, que desempeñó con la mayor brillantez por espacio de seis años, querido y respetado de sus numerosos discípulos. Entretanto, vacaron tres canongías en la Real Colegiata de S. Isidro de esta córte, y el señor Posada hizo tambien oposicion á ellas; pero, á pesar de haber sido propuesto en primer lugar, así por los examinadores como por la Cámara de Castilla, no habiendo recibido aun las sagradas órdenes y contando apenas veinte y cuatro años de edad, no creyó el gobierno oportuno confiarle el desempeño de tan graves obligaciones, y se contentó con agraciarle al poco tiempo con una prebenda en la catedral de Cuenca. No tardó, sin embargo, en vacar otra canongía en la misma Colegiata de S. Isidro, y esta vez, mas entrado ya en años nuestro personaje y acreedor á aquel puesto por su mérito sobresaliente en los ejercicios que practicó de nuevo para conquistarle, no pudo ya negársele por mas tiempo el gobierno. Tomó, pues, posesion de él y le sirvió con el mayor celo, siendo tambien por aquel tiempo admitido en varios establecimientos piadosos y científicos, que aspiraban á la honra de tener un miembro tan distinguido en su seno.

Suprimido algunos años despues el cabildo de S. Isidro, y destinado el señor Posada á la catedral de Ciudad-Rodrigo, el nombramiento de abad de Villafranca del Vierzo, que le confirió entonces el marqués de aquel título, le hizo dedicarse completamente á este nuevo cargo que desempeñó hasta que, agregado él mismo á la diócesis de Astorga, fué presentado por S. M. para el obispado de Cartagena. Poco mas de un año hacia que apacentaba en este punto su rebaño, como pastor benéfico, caritativo y celoso, cuando envuelto sin consideracion á su dignidad, ni á la pureza de sus costumbres, ni á su carácter verdaderamente evangélico

en las persecuciones de 1824, se vió obligado á pedir sus pasaportes para Roma, si bien el mal estado de su salud le detuvo en Aix de la Provenza, donde vivió por espacio de nueve años, consagrado tambien allí al servicio de Dios y al cumplimiento de sus funciones pastorales, pues sustituyó no pocas veces en sus ausencias y enfermedades ó muertes á los prelados de aquella diócesis.

Llamado, por fin, el señor Posada á su patria para formar parte de una comision especial del gobierno, los pueblos convencidos de su inocencia y de sus méritos quisieron darle una reparacion, eligiéndole por unanimidad los de la provincia de Murcia para representarle en el Estamento de Procuradores, el cual en su primera sesion le nombró por aclamacion su presidente, cuyo cargo desempeñó hasta que S. M. le ascendió al de Prócer. Electo despues arzobispo de Valencia, no fué menor su celo en el servicio de esta diócesis que lo habia sido en el de las anteriores, y siguió con igual solicitud defendiendo en la alta Cámara los intereses nacionales, ya por nombramiento de la corona, ya por la eleccion popular, segun las reglas establecidas en el Código fundamental, siendo en 1843 presentado para la silla primada de Toledo, que sirvió hasta que en 1847 se le confirió la alta dignidad de Patriarca de las Indias y demas cargos á ella anejos que actualmente desempeña.

Tal es en resúmen la vida del personaje que nos ocupa, vida modesta, vida austera, vida santa y religiosa, cual conviene á un ministro del Señor, á un prelado de la Iglesia de Jesucristo, á un delegado, en fin, de sus Apóstoles.



EL CONDE DE CAMPO-ALANGE,

(*Grande de España de primera clase.*)

De la ilustre familia de los Salamancas y Fernandez de Castro desciende el Mariscal de Campo D. Luis de Salamanca, Marqués de Villacampo y en la actualidad Conde de Campo-Alange, Senador del reino, Grande de España de primera clase y Gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio.

Nacido este personaje en una época en que el hacha de la revolucion cortaba en Francia los privilegios y los abusos en las cabezas de sus poseedores ó partidarios, creció y llegó á la edad de la adolescencia cuando el capitan del siglo, apoderándose de esa misma revolucion, la dirigia y atizaba impulsándola á la conquista de los pueblos, desde las márgenes del Rhin hasta las riberas del Danubio, desde la cima de los Pirineos hasta el estrecho de Gades.

El conde de Campo-Alange, jóven, valiente y con un corazon patriota, no podia permanecer indiferente en medio de la lucha que en pro de su libertad é independencia habian emprendido los castellanos contra el coloso de Córcega. Alistóse, pues, en el ejército que mandaba el general agregado, como capitan, á los voluntarios de Ledesma; bien pronto tuvo ocasion de mostrar su arrojo en uno y otro encuentro con los franceses, siendo digno de mencionarse el de la sorpresa de Torralva, donde mereció un escudo de distincion por su denodado esfuerzo. La batalla de Talavera, la defensa de Aranjuez, la accion de Almonacid y la batalla de Ocaña fueron despues teatro de sus honrosos hechos, cayendo herido en la última de un balazo que puso en grave riesgo su vida. Nombrado en 1810 segundo ayudante de E. M., tuvo la gloria de hallarse en el sitio de Cádiz, y poco despues, ascendido ya por sus méritos á primer ayudante, se encontró en la batalla de Murviedro. Encerrado en junio del mismo año en Valencia, que estaba sitiada por los enemigos, los servicios que allí prestó le valieron la cruz de S. Fernando de primera clase, premio concedido á una accion bizarrísima en que fué hecho prisionero y conducido á Francia por los enemigos. No permaneció, sin embargo, mucho tiempo en tal estado, pues, fugándose á los ocho meses de su cautiverio, se presentó en Cataluña, y repuesto en su empleo de coronel vivo, concurrió á

todas las acciones habidas hasta marzo de 1814 en que fué trasladado á la córte.

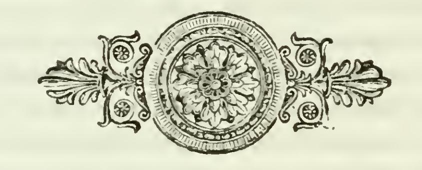
Terminada la campaña de la independencia, el Conde de Campo-Alange, militar sumiso y disciplinado, pero liberal tambien por conviccion y por carácter, vió en silencio pasar aquel ominoso período de 1815 á 1820, permaneciendo estraño á las persecuciones, á los odios y á las venganzas con que se manchaban los partidarios del régimen absoluto. La aurora de la libertad volvió á alumbrar despues para España, y respetando entonces la forma de gobierno que el pais en uso de sus derechos se daba, aceptó y juró la Constitucion de 1812, defendiéndola el 7 de julio contra los fanáticos y los traidores que la atacaban. No tardaron en unirse á estos los cien mil hijos de S. Luis, que para aherrojar al pueblo español envió la Santa Alianza, y el Conde de Campo-Alange, unido al ejército fiel, sostuvo aquella desigual lucha que acabó por entronizar de nuevo el despotismo en la Península y por sumir á nuestro personaje y á sus compañeros en los calabozos de la ilustrada Francia.

Libre ya el conde de su cautiverio por la disolucion de los depósitos de prisioneros, pero no queriendo volver á su patria á presenciar y ser víctima acaso de los horrores de la reaccion apostólica, obtuvo real permiso para permanecer en el estranjero, como lo verificó hasta 1830 en que, habiéndosele dado licencia indefinida, se estableció en Burgos y fué *purificado* al año siguiente de su conducta durante la anterior época constitucional. Revalidado en 1833 en su empleo de coronel efectivo y destinado á las inmediatas órdenes del general Cabanes para la revista que pasó este jefe á las tropas de Aragon, Valencia y Cataluña, confiósele despues el mando del regimiento de Zamora, y ascendido á brigadier en 1834, fué enviado á Navarra para ponerse al frente de la primera brigada de aquel ejército. El foco de la guerra civil comenzaba entonces á encenderse en la Península, y los secuaces de D. Cárlos habian enarbolado su fanática bandera en las asperezas del pais vasco-navarro. Allí fueron á arrancarla los soldados de la libertad y con ellos el Conde de Campo-Alange, el cual inauguró su campaña con la accion de Erice, mereciendo por su brillante comportamiento en ella la cruz de S. Fernando de cuarta clase. Nombrado despues jefe de E M. del ejército del Norte al mando del general Rodil, se halló en el ataque del puerto de Olazagoitia, teniendo al poco tiempo que regresar á Madrid á ocupar su puesto de procurador á Córtes para el cual habia sido elegido. En junio de 1835 volvió al ejército con el general Zarco del Valle, pero inmediatamente se le confió el mando de la provincia de Cuenca, y fuéle preciso partir á tomar posesion de este cargo, en el cual, durante el corto tiempo que le desempeñó, tuvo ocasion de hacer servicios importantes á la causa legítima. No lo fueron menos los que prestó en la provincia de Valencia, siendo comandante general de la segunda brigada del ejército del Centro, para cuyo destino

fué nombrado en 1836, continuando en él hasta que tomó el mando de la segunda brigada de reserva que se le confirió posteriormente, y obtuvo á fines de setiembre su cuartel para la córte.

En el mismo año, muerto D. José Negrete, Conde de Campo-Alange, tio de nuestro personaje, heredó éste aquel título y la Grandeza de España á él aneja, siendo como tal elegido Senador por la provincia de Cáceres, en cuya virtud concurrió despues á las sesiones del alto Cuerpo colegislador en varias legislaturas.

Por último, en 1844 el Conde de Campo-Alange sirvió once meses como capitan de la primera compañía de Alabarderos, de cuyas resultas salió á Mariscal de Campo, y en 1847 fué nombrado por S. M. Senador vitalicio. Hoy, honrado ademas con la dignidad de Gentil-hombre de Cámara, se limita á cumplir los deberes que su posicion le impone, llevando una vida modesta y una vejez digna de respeto para cuantos tienen la satisfaccion de conocerle y tratarle.



CAPITULO VIII.

Las ciencias, las letras y las artes.

I.

Desde las doradas regiones que hemos recorrido hasta ahora con la ayuda de nuestra máquina fotogénica, prepárense nuestros lectores á visitar otras muchas mas oscuras, humildes y silenciosas. Esas elevadas clases, cuyos diversos cuadros acaban de pasar á nuestros ojos magníficos y deslumbradores, con sus gabetas henchidas de oro, con sus títulos, con sus palacios, con su séquito de fausto y opulencia, van á desaparecer de nuestro daguerreotipo para dar lugar á otra clase modesta, pobre y laboriosa, sin escudos de armas, sin condecoraciones, sin mas adorno ni distintivo que la corona de laurel que se tributa al ingenio y á la sabiduria. Clase ignorada pero satisfecha de sí misma, libre de envidias y persecuciones, exenta de deseos, extraña á esas agitaciones febriles que ocasionan en el hombre la ambicion impaciente, el orgullo personal, la vanidad ridícula, el egoismo sórdido, la intriga y la traicion, la calumnia y la lisonja, todas cuantas pasiones mezquinas habitan los alcázares reales, las cámaras de los Príncipes y los salones de artesonadas techumbres. Clase desconocida, oculta siempre en su gabinete de estudio; no rodeada de aduladores parásitos; no representada en la prensa ni en el Parlamento, y que no busca otro medio de elevacion ni otro juez de sus méritos que la opinion pública libre, espontánea, emitida sin coacciones, sin cábalas y sin violencias. Y esa clase de quien hablamos, cuyas costumbres vamos á describir en este capítulo, es la que se dedica al cultivo de las ciencias, de las artes y de las letras.

Pero ¿qué decimos? ¿Será posible que haya en nuestra sociedad una

porcion de hombres tan virtuosos como la que acabamos de proponernos para asunto de nuestras observaciones? ¿Es en efecto, tal cual la hemos presentado la clase científica literaria y artística? ¡Ah! no, no es asi desgraciadamente. En las ciencias como en las artes, en las letras como en el comercio y la política, hay tambien farsantes que no miran su profesion sino como un medio de vivir mas ó menos cómodo, mas ó menos lucrativo, mas ó menos provechoso; logreros que no tienen otro fin que engrosar sus bolsillos, en el despacho de los conocimientos que han aprendido en las aulas y en la universidades; mercaderes intrusos en el templo de Minerva y á quienes seria preciso arrojar de él á latigazos, como hizo el Salvador con aquellos otros de que nos habla la Sagrada Escritura. ¿Y es verdad que tales hombres se dicen artistas, médicos, literatos, abogados eminentes, naturalistas consumados? ¿Es verdad que su nombre suena de boca en boca, como el de otros tantos sabios, y es pronunciado con respeto, ensalzado en los periódicos, aclamado en las calles y en las plazas públicas por la multitud ilusa ó ignorante? ¿Es cierto que gozan de una reputacion envidiable, que ocupan los primeros puestos de la Iglesia, de la Milicia y del Estado, que arrastran lujosos trenes, que habitan magníficas viviendas, y que su pecho está adornado de multitud de cruces y distinciones? Sí, es cierto, demasiado cierto por desgracia. Miradlos cual bullen y se agitan en todas partes, como gozan del favor y la proteccion del mundo, con que insultante vanidad se dignan daros las gracias, cuando *teneis la honra* de preguntarles si continuan sin novedad en su salud importantísima y preciosa.

¡Oh! es cosa de chuparse los dedos de gusto, cuando os acercais á uno de esos improvisados sabios, doctorcillos henchidos de locuacidad y petulancia, el ver la prosopopeya con que sueltan sus palabras, la gravedad y el aplomo con que os hablan del furor que han producido sus discursos, de la acogida lisongera que ha hecho el público de sus obras, del éxito brillante que han tenido sus comedias ó sus sainetes.

Quien de ellos ha pronunciado una oracion inaugural delante del claustro universitario, y en presencia del Ministro y del Gefe Político y del Capitan General y de otras mil notabilidades políticas y sociales, siendo premiado en el acto con sonoras y estrepitosas palmadas, y al dia siguiente con una crucecita, ó con una barra de turron, ó con una plaza de secretario de S. M., cuando menos.

Quien otro ha compuesto un libro elemental, que ha sido al momento adoptado de testo en las escuelas, espontáneamente, aunque de real órden, y no ha habido un estudiante que haya dejado de comprarle, temiendo, si asi lo hacia, perder el curso y aun la carrera, todo por ineptitud é ignorancia.

Este ha escrito un drama en veinte cuadros y en variedad de metros,

que obtuvo un éxito ruidoso, y mereció dedicarse á un alto personaje, y ser recompensado espléndidamente.

Aquel otro ha descubierto un gas nuevo, sumamente útil para el alumbrado público, arcano desconocido de todos los sabios, arrancado á la naturaleza por su puntiagudo entendimiento, y por el cual ha logrado privilegio de invencion por una infinidad de años.

Válanos Dios, y qué ingenios tan profundos, qué talentos tan elevados, qué capacidades tan notables y tan distinguidas!

El uno, sin embargo, hilvanó de retazos su peroracion académica aunque cuidando siempre de ensalzar al gobierno y á los gobernantes.

El otro plagió y tradujo su obra, poniendo á contribucion veinticinco mil autores; pero es catedrático de la asignatura, y consultado por la direccion de estudios, ha creido que sus alumnos serian indudablemente unos zotes, sino leian, mediante una módica retribucion, la tal obra.

En cuanto al tercero, es verdad que ha degollado sin piedad la historia; pero en cambio ha hecho la apología de su Mecenas, y esto en versos ó coplas retumbantes.

Finalmente, el cuarto... ¿pero á qué cansarnos? si será grande la ciencia de todos esos hombres cuando tales favores, tales premios y alabanzas merecen del mundo? ¿No viven todos ellos holgadamente, no son académicos, no se honran con pertenecer á las mas ilustres corporaciones literarias y científicas? Médicos ¿no tienen una numerosa clientela? abogados ¿no están inundados de pleitos? literatos ¿se vé todos los dias otra cosa que su nombre con la cola de autor, colaborador ó director de un periódico? ¡Oh! aquí se nos viene á las mientes una anécdota que responde á todas estas preguntas.

Habia en Berlin cierto curandero que no se daba mano á despachar sus recetas, y andaba siempre por calles y plazas rodeado de un gentío inmenso que, ansioso de probar sus elixires, henchia de oro sus gabetas. De este modo vivia el farsante rico y poderoso, solicitado de todos, mimado por la fortuna, revestido de una celebridad que iba aumentándose por momentos Cierto dia un doctor consumado en la ciencia de Hipócrates, pero cuyo saber no le habia proporcionado aun los medios de gastar birlocho, y que solia encontrar á nuestro hombre arrellanado en el fondo de su carretela, le dijo:

—Amigo mio, ¿quiere V. esplicarme en qué consiste que, siendo usted un charlatan ignorante y yo un médico de esperiencia, haya V. medrado tanto, mientras yo vivo tan pobre?

—Con mucho gusto, caballero, se apresuró á responderle el otro. ¿Cuántas personas calcula V. que pasarán diariamente por su casa?

—Nunca me he entretenido en contarlas; pero podrán ser cien mil aproximadamente.

—¿Y cuántas de este número crée V. que tendrán talento?

—¡Oh! seguramente muy pocas; acaso no lleguen á ciento.

—Pues esas son las que constituyen la clientela de V., al paso que las noventa y nueve mil novecientas restantes apelan siempre á mi ciencia.

—Tiene V razon, le dijo, por no darle otra respuesta, el médico: esa es la causa de la plenitud de la bolsa de V. y de la vacuidad de la mia.

Y es verdad, añadiremos nosotros: porque es osada é intrigante, por eso medra tanto la ignorancia, por eso alcanzan tanto favor en la córte los mercachifles de las ciencias, de las letras y de las artes.

¿Necesitaremos repetir ahora que no son semejantes hombres, que no es su sociedad, ni su clase, ni sus costumbres, las costumbres, ni la sociedad, ni la clase que encomiábamos al principio de este párrafo, como el contraste, como el polo opuesto, como el reverso de la medalla de la aristocrácia del dinero, de la aristocrácia política, de la aristocrácia de la sangre?

Mas desgraciadamente la necedad y la sabiduría viven confundidas, y el vulgo apellida tambien oro á lo que acaso no tiene de tal mas que la apariencia. Será, pues, preciso que hablemos de todo, que de todo nos ocupemos, que miremos las cosas bajo todos sus aspectos, para que los cuadros que nos proponemos bosquejar sean completos, tan completos como lo exige la importancia de la materia, y este afan de murmurar y criticar que ha sido siempre nuestra pesadilla. Demos principio á la tarea, y para guardar algun órden, describamos primero en abstracto, en general, en conjunto, las academias, los liceos, los teatros, cuanto pueda ser asunto de nuestra pintura; y ensayemos aqui el ridículo, el epígrama y la sátira, armas poderosas que mas de una vez han servido á nuestros rectos fines en la presente obra, punzando, hiriendo, desgarrando con afilados dardos todo lo malo que encontremos á nuestro paso. Pero al llegar á las personas, espulsemos de nuestra galería á las que no sean dignas de figurar en ella, condenándolas á la oscuridad y á la noche del olvido, á fin de no manchar nuestra paleta y nuestros pinceles con las negras tintas de la injuria, y demos solo cabida á aquellas que lo merezcan por sus méritos y sus virtudes.

II.

Los nombres varian, en cuanto á las cosas permanecen casi siempre las mismas. Antiguamente, la juventud estudiosa pasaba los años de su carrera científica continuamente ocupada en conferencias escolásticas, donde el *ergo* hacia las veces de razon, donde no se lucia aquel que no

pronunciaba á cada paso un *distingo*, donde todo el saber consistia muchas veces en un *nego majorem*, aplicado oportunamente. Hoy á la forma silogística ha sucedido la peroracion, y las conferencias escolásticas se han convertido en *Academias*. Los alumnos de Minerva despliegan sus facultades en esas corporaciones científicas, y no hay doctor ó licenciado que no aspire á la honra de apellidarse académico. Es preciso, sin embargo, para que haya órden y armonía que cada facultad forme, por decirlo así, *rancho aparte*, y erija su correspondiente reunion académica: de aquí la existencia de una *Academia de medicina*, de otra *Academia quirúrgica*, de otra de *jurisprudencia*, de otra de *ciencias*, que todavía se halla en embrion, de no sabemos cuantas *academias* menos célebres y que pudiéramos llamar vergonzantes, y en fin de esas otras corporaciones que fundaron nuestros abuelos, y que no conservan acaso de su esplendor primitivo mas que la fama con que las legaron á este siglo del vapor y del fósforo, y sus nombres de *Academia de la Lengua*, *Academia de la Historia*, *Academia de Nobles Artes de S. Fernando*. De unas y otras vamos á ocuparnos ligeramente en este capítulo.

La primera, la *Academia de Medicina*, se halla hoy dividida por un cisma que no han bastado á contener todos los conjuros, anatemas, escomuniones y exorcismos de los mas graves patriarcas de la ciencia de Esculapio. Ese cisma, semejante al de Lutero y Calvino, ha echado raices mas profundas y duraderas en un pais remoto que en la patria donde naciera; y como si no bastase el desprestigio á que su propia debilidad habia ya conducido á la medicina española, ha venido á convertirla en un *campo de Agramante*. El nombre de los nuevos sectarios es el de *homeópatas*, y su bandera una quisicosa llamada *similia similibus curantur*. Congregados en una junta, denominada *Sociedad hanhenanniana*, representados en la prensa por periódicos y libelos, tan escasos de razones como sobrados de injurias, creidos y consultados por el vulgo siempre propenso á la novedad y siempre partidario de todo lo maravilloso, esos modernos seudo-médicos han logrado establecerse en la córte mejor que en ninguna otra parte de España, y subir y medrar con sus anises y glóbulos de agua pura. Tal, por lo menos, dicen sus antagonistas los *alópatas*, mientras que ellos replican que son los verdaderos representantes del arte divino de Hipócrates, y que *no hay mas Dios que Dios y Samuel Hanhemann su profeta*. ¿En quién de los dos bandos está la justicia? No es este el lugar de examinarlo: nosotros sabemos, sin embargo, de un enfermo que entabló con con su doctor hanhemanniano el siguiente chistoso diálogo:

—Tome V., le decia, alargándole una cucharadita de agua de un vaso, donde habia echado de antemano una moneda de oro.

—¿Qué me dá V? replicaba el doctor.

—Sus honorarios: V. me ha curado homeopáticamente, y yo le pago de la misma manera.

—¿Cómo?... eso no me sirve de nada.

—Pues amigo mio, de otro tanto me han servido á mí sus glóbulos.

Y á fé, debemos añadir nosotros, que el tal enfermo lo entendia á las mil maravillas, y que, si todos usasen de la misma moneda, no habria tantos médicos homeópatas.

Pero, á pesar de todo, es lo cierto que ni la *Academia de Medicina* ni sus académicos han logrado detener los progresos del invasor sistema; y que, si Dios no lo remedia, nos hemos de ver dentro de poco, ó muertos ú homeopatizados, aunque es mas que probable que para no reñir seamos una y otra cosa. Para entonces ¡vive Dios! que hemos de clamar fuerte, muy fuerte, contra los abusos médicos y declararnos partidarios del sajon Hanhemann. Y digan lo que quieran la humanidad y la razon y la filosofía y el comun sentido, que al fin, cuando se trata de homeopatia, todo esto suele ser zarandaja.

Digamos ahora cuatro palabras acerca de la *Academia de Jurisprudencia*, porque en cuanto á la *quirúrgica*, tendriamos tanto que decir que no se nos ocurre nada.

La *Academia de Jurisprudencia* es una corporacion grave, gravísima, como que en ella no hay mas que abogados. Acercaos á sus puertas en una de sus sesiones, y la vereis siempre llena, completamente llena, sin que baste apenas á contener á sus numerosos miembros; presidida por un jurisconsulto respetable, autorizada por la presencia de lo mas ilustre en administracion y en política que encierra en su seno la coronada villa. Un jóven tiene la palabra, porque en la juventud jurisprudente la palabra es una facultad característica, y asombra al auditorio con la elocuencia y la solidez de sus razones. ¡Qué de citas, qué de pruebas, qué de observaciones tan importantes y luminosas! Su erudicion pasma, su verbosidad arrebata, su peroracion es un mérito para la carrera de la magistratura, para el parlamento y aun para el ministerio. Mañana ese jóven se presentará en el foro, encargado de la defensa de un bandido; ese bandido asistirá á la barra, cargado de cadenas; pero, concluido el juicio, saldrá tal vez libre y absuelto, demostrada ya la inocencia de sus crímenes por la voz persuasiva de su abogado. Y este abogado podrá ser que, andando el tiempo, á la primer crisis ministerial que ocurra, sea nombrado, en atencion á tan relevantes méritos, ministro de Estado ó de Hacienda. Y al otro dia se honrará la *Academia de Jurisprudencia*, contando en su seno á un secretario del despacho, y un secretario del despacho se honrará de pertenecer á la *Academia de Jurisprudencia*.

En cuanto á la *Academia de Ciencias*, ya hemos dicho que está en embrion, pero mucho tememos que permanezca así largo tiempo, por

una razon muy sencilla; porque para que haya *Academia de Ciencias*, es preciso que primero existan esas ciencias, y esas ciencias, ó mucho nos equivocamos, ó existen en poquísimas cabezas. ¿Peı o qué importa? Un ministerio lo ha decretado así, y se hará mal que les pese á todos los que envidian nuestros progresos; porque un dia se levantó ese ministerio y dijo: HABRA EN MADRID UNA ACADEMIA DE CIENCIAS, que es como si dijéramos: *Fiat lux, et lux facta est*: como el gobierno se empeñe, veremos si tenemos ó no una *Academia de Ciencias*.

De la *Academia de la Historia*, casi pudiéramos decir que pertenece á la historia; porque, en efecto, si en algun tiempo fué su estado brillante, hoy apenas conserva mas que recuerdos de sus grandezas pasadas, tal cual erudito entre sus miembros, bibliófilo retirado siempre en un rincon de la biblioteca que aquella corporacion posee, consultando sus preciosas obras, cuya existencia ni siquiera se sospecha, registrando sus archivos, y desenpolvando sus manuscritos ineditos con un celo modesto, que no encuentra otro premio que el de la fama póstuma. Y sin embargo, la *Academia de la Historia* vive pobre y oscurecida, es verdad, á pesar de sus protectores, todos ellos príncipes, infantes, magnates de alta posicion y de inmensas riquezas; pero al fin vive, y Madrid puede decir con orgullo al viajero que se proponga visitar sus curiosidades: yo no tengo historia. España no la tiene tampoco, apenas hay en este pais una historia; pero en cambio está lleno por todas partes de historias, y en prueba de ello puedo enseñarte una *Academia de la Historia*.

Limpia fija y dá esplendor: hé aqui el lema de la *Academia de la lengua*; lema significativo, lema pomposo y retumbante que haria creer al que le lée que se trataba de una junta inquisitorial, encargada de velar por la pureza del habla de Cervantes. Y así debia ser en efecto, porque esas y no otras son las pretensiones de la corporacion literaria que nos ocupa; pero ah! pudiéramos esclamar justamente:

¡*Lástima grande*
que no sea verdad tanta belleza!

Lástima, sí, lástima grande que la *Academia de la lengua* desempeñe tan mal su oficio! Y sin embargo, cuenta en su seno con traductores admirables, que podrian traducirnos en buena fabla castellana el pobrísimo *Diccionario académico* de la edicion milésima ontingentésima vigésima nona, y darnos una buena gramática, y *limpiar* nuestro lenguage de tanto galicismo como le infesta! ¡Lástima, sí, lástima grande por cierto! En cambio, no faltan literatos insignes que, como el festivo poeta francés, podrán tener al morir el consuelo de que se ponga este letrero en su tumba:

Ci gît qui ne fut rien;
pas même academicien!

que trasladado al español, en verso por supuesto para que no pierda su gracia, quiere decir:

¡Yace aquí quien nada era;
ni académico siquiera!

Réstanos, por fin, decir algo de la *Academia de Nobles Artes de San Fernando*, y lo haremos con la brevedad que nos hemos impuesto en este párrafo. Las nobles artes han sido siempre objeto de la predileccion de los españoles. Allá por los tiempos en qué no habia una academia que reuniese á sus alumnos, florecieron en España un Herrera, un Velazquez, un Murillo, un Zurbarán, un Alonso Cano, un Juan de Juanes, y se hicieron templos como *El Escorial*, y edificios como el *Palacio real de Madrid*, y cuadros como *La perla* y *Los borrachos*, y otras cien obras artísticas que sería largo enumerar. Hoy se construyen casas ruines, monumentos mezquinos, edificios *churriguerescos*, y apenas hay un escultor que siga las huellas de los grandes modelos, ni un pintor que sostenga el lustre de la escuela de donde tantos y tan eminentes salieron. Tenemos, sin embargo, una *Academia de Nobles Artes*, y el gobierno hace que se le consulten los proyectos de todas las obras de alguna importancia, y se exigen muchos años de estudios preparatorios y no preparatorios, amen de certificados y diplomas y otros mil requisitos á todo aquel que se proponga ejercer las artes! ¿En qué consiste, pues, tan estraña anomalía? Nosotros lo diremos: consiste en que las cosas existen solo en el nombre, y en que una mano centralizadora y reglamentaria está destruyendo todos los gérmenes de inspiracion y de ingenio que abriga esa juventud siempre estudiosa y ávida de gloria. A tal punto han llegado las artes, y este es en general el estado de las decantadas Academias de la corte!

No se crea, sin embargo, que tan desconsoladora pintura escluya el saber, así en ciencias como en literatura y en artes. No, en todos estos ramos hay en Madrid honrosas escepciones, individualidades notables, y tal vez tengamos ocasion todavía de tributar la debida justicia á su mérito.

III.

Bien quisiéramos decir ahora cuatro palabras acerca de nuestros *Liceos*; pero á fé que la empresa nos parece un tanto árdua y delicada, porque nos falta materia de que ocuparnos.

—Pues qué! ¿no hay *Liceos* en Madrid, no hay ningun círculo literario donde se queme grato incienso y se rindan dignos holocaustos en el altar de las Musas?

—Sí y no, contestamos á esta pregunta nosotros.

Hay, es verdad, en la córte una especie de sociedades, por lo menos así se llaman, en que se reune periódicamente cierto número de personas de clase mas ó menos elevada, mas ó menos distinguida, á representar y ver como se representan, ó mas bien á ejecutar y ver como se ejecutan comedias, á recitar y oir como se recitan versos, coplas ó composiciones poéticas, en una palabra á divertirse y solazarse un rato, á costa de la gaya y divina ciencia. Si á estas sociedades se quiere honrar con el título de *Liceos*, no disputaremos por el nombre, y confesaremos que *Liceos* hay en la corte.

Pero si por *Liceos* se entiende una reunion de hombres dedicados al sublime culto de las bellas letras y de las nobles artes, donde se presenten á competir en inspiracion y en ingenio los predilectos hijos de Apolo, donde se estudien practicamente los grandes autores, donde encuentre un estímulo la aplicacion y el mérito artístico un premio; entonces, perdónenos la coronada villa, pero debemos declarar altamente que no hay en Madrid *Liceos*.



Y sin embargo, no hace aun mucho tiempo que resonaba en toda la península el nombre y la celebridad del *Liceo artístico y literario* de la

córte. Allí concurria la sociedad mas escogida y elegante, las damas mas distinguidas por su gracia y hermosura, los hombres de posicion mas elevada, los grandes de España, los ministros, los banqueros, los altos funcionarios públicos, en una palabra, todas las notabilidades madrileñas; S. M. misma se dignaba honrar con mucha frecuencia los magníficos salones de Villahermosa. Allí se alzaba el eco tierno y melancólico de Enrique Gil, la voz amarga y desgarradora de Larra, el acento enérgico y apasionado de Espronceda, la cancion sonora y fantástica de Zorrilla. Allí encantaba y conmovia á los espectadores la musa de Vega, de García Gutierrez, de Rubí y de Breton de los Herreros. Allí, en fin, rivalizaban dignamente los pinceles de Rivera, Esquivel, Villaamil y Madrazo. ¡Oh! aquello si que podia llamarse un *Liceo*, un círculo literario y artístico, un templo levantado al genio coronado con el laurel de la gloria. Pero ya ese templo no existe; Enrique Gil, Larra y Espronceda murieron en la flor de sus dias; los demas poetas y artistas han arrojado sus liras y sus pinceles, ó se han retirado al fondo de sus gabinetes de estudio, divididos y diseminados por el tiempo y por la fortuna. La juventud nueva apenas brota dignos herederos de sus lauros, y los *Liceos* de Madrid han venido á reducirse á algunas tertulias donde, por todo tributo á las artes, se baila la *polka-mazurka,* y se hacen comedias caseras.

En cuanto á este género de sociedades, no faltan seguramente en Madrid bajo diversos nombres. No hay plaza ni callejuela donde no se encuentre alguna; ni hortera, modista ó escribiente que no pertenezca á ellas. ¡Ya se ve!... ¡ofrecen tantos atractivos sus salones; reunen tantos placeres, tantos momentos de solaz, tanta diversion y encanto! Las mamás pueden llevar allí á sus hijas, á fin de buscarles una colocacion honrosa; los mancebos imberbes tienen ocasion de dar una cita á sus casquivanas amantes; los viejos solterones hallan medios de distraer agradablemente los ocios de su solitaria vida; finalmente, los caballeros de industria se ocupan en pasar el tiempo ejercitando sus ingeniosas mañas. Pero sobre todo hay una clase de gente, sí tal gente perteneciera á alguna clase, á la cual son mas que á ninguna otra útiles las sociedades de que se trata. Esta clase se compone de aquellos que se dedican al arte escénico, ó para hablar con mas propiedad, de los que á todo trance *quieren ser cómicos.* Y aquí será bien que hagamos una digresion con permiso de nuestros lectores.

Antiguamente todo aquel que desde niño no habia sentido maldita la aficion al estudio ni al trabajo, que apenas habia aprendido á leer, ni habia pasado del *quis vel qui* en la gramática, que no conocia otro oficio ni ocupacion que la vagancia, tenia un gran recurso en los conventos, y entraba en cualquiera de ellos de lego, ó bien acudia diariamente á rellenar su estómago de la sopa que se repartia á sus puertas. Si acaso abrigaba

aspiraciones mas altas y sentia hervir en su sangre el valor y la audacia, el ejército le brindaba con un rancho, un fusil y un vestido colorado, y no vacilaba en seguir la carrera de las armas. Por último, si no poseia ninguna de estas cualidades; si por el contrario, hacia consistir su virtud en la prudencia, y era sobrino ó primo de alguna belleza accesible, ó pariente de un barrendero de palacio, ó bien conocido del padre del amigo de la suegra del alcalde del pueblo que habia visto nacer al ministro, entonces pretendia y lograba fácilmente un empleo que pudiera servirle de escalon para covachuelista, ó consejero, ó gran señor, cualquiera que fuese su nombre. Todos estos caminos, decimos, tenia abiertos *en illo tempore* aquel que no habia pensado nunca en hacer otra cosa que no hacer nada. Hoy á semejantes hombres, verdadera polilla de la sociedad, se les ha cerrado uno de ellos, el de los conventos; pero en cambio se les ha abierto otro no menos fácil y cómodo, el de la literatura y el teatro.

—¡Ola, fulano!... cuanto tiempo hace que no te habia visto.

—Sí, desde que ambos íbamos al aula.

—¿Cuéntame, cuéntame, que ha sido de tu vida?... ¿Ganaste por fin el curso de gramática? ¿Pasaste á estudios mayores?... ¿Seguiste alguna carrera?

—Te diré; el latin no ha sido nunca muy de mi gusto. En el dia, no hace falta para nada; es una lengua muerta; las obras que se escribieron en ella, si hay alguna útil y digna de consultarse, están todas traducidas; por consiguiente.....

—Te comprendo; ¿la abandonaste?

—No, precisamente. La estudié poco.

—Tenias para ello tus razones.

—Pues!

—¿Pero, en fin?

—En fin, me dieron certificado, y empecé la filosofía.

—Vamos, ese estudio.....

—Me desagradaba lo mismo, amigo mio. Yo tenia mi vocacion; yo habia nacido para literato. Abandoné la lógica de Valdinotti por el arte poética de Rengifo, y en el dia soy poeta, escritor público y autor dramático.

—¡Ah! te habrás dedicado en tu gabinete á la lectura, habrás estudiado mucho; la historia... la filología... la crítica... la.....

—No, no, nada de eso; únicamente el arte poética de Rengifo.

—¿Y has logrado?

—Sí, amigo mio; la erudicion mata el ingenio; el poeta nace y... A propósito, me alegro encontrarte; esta noche se representa una comedia mia nueva en el *Genio*, una de las sociedades mas.....

Ya lo ois, en el *Genio*, en una de las sociedades, en uno de los liceos

de la córte; el poeta en cuestion no podia ir á parar á otra parte con su pedantería y su supina ignorancia.

Pero escuchad la historia de este otro camarada de mi infancia, que ha llegado á ser nada menos que primer actor y director de la *Aurora*. Es hijo de un empleado, y su padre, queriendo evitarle los vaivenes de la fortuna, se propuso que aprendiera un oficio, un arte, una profesion lucrativa, y principió por enviarle á la escuela. El niño era rudo, colérico, holgazan y por añadidura atolondrado y vanidoso. Dificilmente logró enseñárselc á leer y escribir de corrido; pero es muy natural; el pobrecito no tenia mas que quince años. A esta edad murió su padre, y él desde entonces ha pasado su vida no se sabe cómo. Lo cierto es que, apenas le apuntó el bozo, empezó á frecuentar las sociedades; supo que allí habia jóvenes que representaban comedias; se informó de que estos jóvenes no habian necesitado aprender nada para ello, y dijo para sus adentros.

—Seré cómico; sí, yo tambien quiero ser cómico.

Y dicho y hecho, se lanzó en la carrera escénica y cátele V. ya hecho todo un artista ¿Qué es lo que le ha elevado á tal altura? las sociedades. ¿Dónde ha conquistado tamaña gloria? en los *Liceos*. Véase, pues, si son útiles para las letras y las artes los liceos y las sociedades.

Una observacion tenemos que hacer, sin embargo. El pobre que busca en los liceos de Madrid un público que escuche sus coplas y asista á sus obras dramáticas, no espere sacar de allí otra cosa que una larga cosecha de aplausos. Eso no le faltará de seguro; el público de la corte es muy galante, y ¿cómo no habia de tributar el homenage debido al ingenio? Mucho de laureles, mucho de coronas, mucho de llamar al autor á las tablas; otra recompensa que no la espere el cuitado. A bien que para nada la necesita; un poeta debe vivir de ilusiones; el dinero es demasiado prosáico. No sucede lo mismo con uno de esos cómicos á quienes pudiéramos llamar caseros. Este es un artista, mañana entrará en un teatro, formará parte de una compañía; será primer galan, primer gracioso, primer barba, y tendrá mas renta que un gobernador, que un capitan general ó un ministro. ¡Un artista! ahí es nada; ¿con qué se han de pagar sus talentos? Es preciso que no se le dé un mezquino salario; tiene que sufragar grandes gastos; los trages, los guantes, los viages de una á otra provincia; su carrera acaba pronto; debe asegurársele una vejez cómoda, un porvenir que no se asemeje en nada al de un inválido, al de una viuda ó cesante. ¡Un artista! ahí es nada. ¿Y si se indispone? los artistas están mas que nadie sujetos á este percance. Si pertenece al bello sexo, será preciso en las noches lluviosas del invierno, poner á su disposicion un coche; de lo contrario, podria constiparse. Pero sobre todo ¿canta? Oh! entonces no bastaria el ponerle bajo un fanal para librarle del contacto del aire. ¿Baila? no debe coger humedad; una ronquera, un catarro de los

pies seria un accidente funesto. En fin, lectores, ¿quereis acertarlo? Pues haceos cómicos, cantantes, y mejor todavia bailarines. El baile vá desterrando ya todos los demás espectáculos; los modernos han encontrado en él pasion, sentimiento, filosofía; está visto que es el mejor medio de espresar los afectos del alma. Bien pronto le prohijarán las sociedades;



y en vez de comedias caseras, tendremos en los liceos madrileños bailes. Oh! para entonces ¡cuánto van á adelantar la literatura, la poesia y las artes! Creednos, lectores, creednos; haceos bailarines, y si sois viejos y teneis los miembros poco flexibles, al menos adiestrad oportunamente los de vuestros hijos y dedicadlos al baile!...

Pero pasemos á nuestros teatros.

IV.

¿Luego hay en Madrid teatros? pudiéramos esclamar aquí con uno de nuestros mas distinguidos escritores.

«¿Luego teatros hay en Madrid y en las provincias, y actores que representen, y autores ha de haber por consecuencia que escriban los dra-

mas que en aquellos teatros y por aquellos actores han de representarse?

«Delicada es la pregunta, hermano lector, y en grande aprieto nos pone el haber de responder á ella sin gravámen de nuestra conciencia, que la tenemos medrosa y asombradiza mas que la de una monja recoleta. . . . .

»*Teatros*! los hay de cierto en la coronada villa de Madrid y en algunos otros pueblos de España. Damos acá ese nombre, por tácita convencion, á unas casas grandes, ó por mejor decir chicas, fabricadas sin plan ni concierto, á empujones, retazos y remiendos, por diferentes albañiles, á quienes la clemente longaminidad de la Academia de Nobles Artes ha ido concediendo en la sucesion de los siglos el título de arquitectos.

. . . .

»En el interior del lóbrego y sucio laberinto que encierra el mal pergeñado edificio, se alza un á modo de cadalso, al que llamaríamos escenario, de mal concertadas tablas construido; adórnanle por el fondo y entrambos lados, sendos lienzos mal pintarrajados, cuyo objeto es probar el atraso en que se halla entre nosotros el arte de la pintura en perspectiva.

. . . .

Frontero á aquel tablado, hay un grande espacio trazado sin la mas mínima culpa de intencion geométrica; állí es donde en desiguales é inmundos nichos, y en ciertas filas de malos asientos, se acomodan ó mas bien se incomodan los espectadores: de estos los hay que no ven aunque oyen; los hay que no oyen aunque ven; los hay que nada alcanzan á ver ni oir absolutamente, y estos suelen salir muy bien librados; pero todos ellos en cambio sienten muy bien el frio del invierno y el calor del verano; recrean su olfato con exhalaciones de materias, cuyo nombre solo mancharia este papel en que vamos escribiendo: y llevan de vuelta á sus casas, polvo y aceite, mugre y pintura, cal y otras suciedades, por valor á lo menos doble del dinero que les costaron sus billetes.

. . . .

»Pues en esos teatros mal construidos, mal dispuestos, mal alhajados, mal abrigados, mal ventilados, mal limpios, mal alumbrados, mal decorados, mal servidos, mal dirigidos, mal administrados, y..... malísimamente concurridos, es donde se han de representar las producciones de nuestros ingenios, por escasas compañías de muy poco hábiles actores, entre los cuales se columbran, *rari nantes in gurgite vasto*, algunos tolerables, muy pocos buenos, y ninguno, por desgracia de nuestra época y efecto natural de varias causas, que el título merezca de eminente al punto que se le grangearon un Maiquez, un Talma y un Garrick.

»De este lastimoso estado de nuestros teatros, en cuya pintura, por

mas que á algunos escueza, no hay asomo de exageracion, pudieran señalarse varias causas; pero de todas ellas la verdadera, la fundamental, la primitiva es. . . . .

. . . .

el Publico. A este se ha de acusar; á su ignorancia, á su mal gusto, á su escasa civilizacion, al estado de semi-barbarie en que le han sumido la guerra civil, la guerra estrangera y otras cien causas de enumeracion larga y enfadosa, y que sobre todo no son de este lugar.

»Qué puede hacerse por el teatro en un pais cuyos habitantes no se conmueven ni con los rasgos mas felices del ingenio, ni con la mas tierna espresion de los afectos, ni por la pintura mas viva de las pasiones, ni aun con los mas sublimes acentos de la encantadora poesía, y al mismo tiempo se estasian, se exaltan, se agitan y prorrumpen en frenéticos aplausos, porque una *saltatriz* bate con estupenda agilidad las pantorrillas ó se mantiene largo tiempo en una ridícula actitud de difícil equilibrio? ¡Cómo!... Breton de los Herreros con mil y quinientos versos llenos de facilidad y de gracia, sazonados de sal ática y rebosando ingenio por todas partes, apenas logra llenar cuatro ó seis veces el teatro, y una insípida pantomima, tal como *el lago de las Hadas*, de disparatado argumento y nada sorprendente egecucion, está siendo el embeleso del público madrileño!... El mejor actor de las compañías de verso, despues de estudiar con atencion filosófica y observacion profunda el carácter del personage que le está encomendado, no ve premiado su acierto en las tablas sino con tal cual desdeñosa palmada; y las lascivas contorsiones de una bailarina ó la fuerza de puños de un danzante que sostiene á su pareja en un grupo, ó la pasea en volandas por todo el escenario, se saludan por triple salva de aplausos por ese vulgo ignorante en cuyas filas contamos mucha gente de corbata de raso y guantes amarillos!

. . . .

»Enhorabuena que el teatro de la Academia Real de música ofrezca al público de la capital mas civilizada del mundo esa clase de espectáculos; pero ¿qué comparacion hay entre París y Madrid en este ni en otros puntos? Allí la maravillosa perfeccion de las decoraciones, que raya en el último grado del poder del arte, el lujo y propiedad de los trajes, la brillantez de los acompañamientos y numerosísimas comparsas, el ingenioso mecanismo de la maquinaria, la estremada habilidad de los actores en el baile y en la mímica, aquella soberbia y numerosa orquesta tan artísticamente dirigida, y hasta la belleza y ornato de la sala, todo, todo esplica y disculpa el favor de que goza el espectáculo. Ademas, al público de París le es lícito ese entretenimiento, como le es lícito á un hombre de ocupaciones graves el entretenerse alguna vez en el juego de naipes ú otro pasatiempo frívolo, pero seria reprensible si de esto hiciera su ocu-

pacion mas favorita. Esplicaremos esta comparacion. El parisiense que asiste una ó dos veces á uno de esos grandes bailes pantomímicos, atraido por aquel conjunto de maravillas de que acá estamos muy lejos, no puede ser acusado de frivolidad ni de mal gusto, porque al mismo tiempo acude con mayor anhelo, aplaude mas y con mejor juicio las obras dramáticas y su perfecta egecucion. El pueblo que ha hecho ricos á los Scribe, los Dumas, los Hugo y otros cien escritores dramáticos; el pueblo en donde la composicion de un buen drama reditua desde dos hasta cuatro, seis, ocho ó diez mil duros; el pueblo en donde la profesion de actor dramático es honrosa y lucrativa, y conduce como el ejercicio de otras artes, á las riquezas y á la gloria; el pueblo en donde cada uno de los géneros literarios tiene, por decirlo así, su culto, sus ministros y sus sectarios, licencia tiene para mantener bailes pantomímicos, dignos de su refinada cultura.

»Pero que las malas imitaciones esciten así nuestro entusiasmo, que con sus gestos y sus saltos vengan unos bailarines franceses á arrancarnos las pesetas y los aplausos que escatimamos á los buenos actores; que llene cien veces el teatro *La linda Beatriz* con sus piruetas, mientras el *Edipo* y la *Vida es sueño* no congregan seis docenas de soñolientos espectadores; que en Madrid se *permita* un espectáculo tan costoso, cuando Vega y Breton de los Herreros viven de su sueldo, Escosura no ha podido hacerse jamás la cuarta levita, Hartzembusch, Rubí y Gil y Zárate andan á pié por esos lodos, Zorrilla saca su último duro el dia de S. Silvestre, y la mayor parte de los actores de nuestros teatros no se pueden quitar el hambre á bofetones... ¡Oh! eso es escandaloso, es horrible, y prueba evidente que si en España el teatro está en decadencia, es porque no puede, porque no debe estar floreciente: tal es la necesaria consecuencia de nuestra escasísima cultura y de nuestra civilizacion tan lastimosamente atrasada. (1)

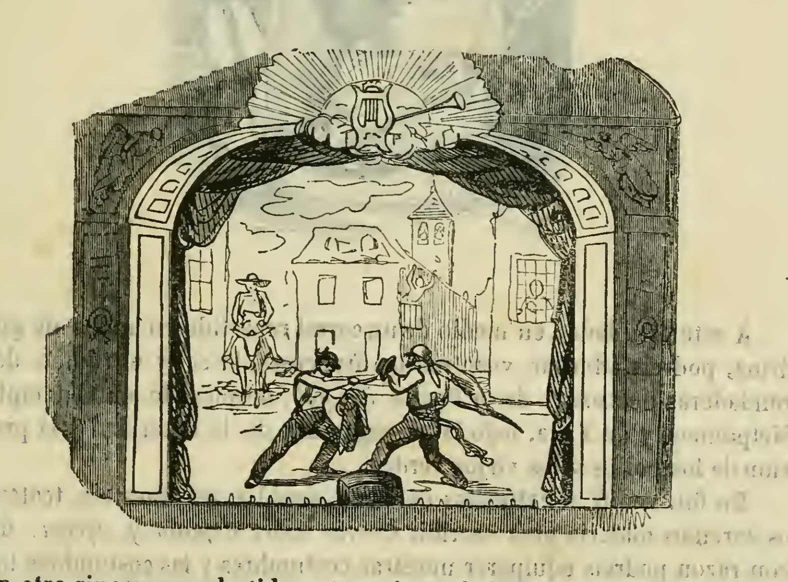
Hé aquí una pintura brillante, pero exacta, de los teatros de la córte. Esa pintura se hacia en 1845; preciso es confesar que desde entonces acá, si es que no hemos retrocedido, hemos adelantado bien poco. Y sin embargo ¡cuántas vueltas no han dado las cosas en estos últimos seis años! ¡Cuántos esfuerzos, cuántos planes, cuántas reformas no se han intentado en los espectáculos dramáticos! No hablemos ya de la construccion de nuevos coliseos, de las raices cada dia mas hondas que ha ido echando entre nosotros el arte coreográfico, de la creacion de esas farsas estúpidas, necias ó repugnantes que han dado en llamarse comedias del género andaluz y gitano; de la importacion en parodia de la ópera cómica francesa;

(1) *Gal. de español. cel. contemp.* por D. N. Pastor Diaz y D. F. de Cárdenas.— *Biog. de D. J. G. Luna*, t. VII, pag. 67 y sig.

y de tantas otras innovaciones felicísimas como han venido en nuestros dias á deleitar, embelesar y arrobar en deliciosos éxtasis á esa manada de carneros á quien todos los dias estamos honrando con los epitetos de público benigno, tolerante, amable, benévolo, paciente y sensato.

Venid, estranjeros, venid: vosotros los que, al decir de los modernos *patriotas*, nos calumniais villanamente en vuestras obras de crítica y de viajes: venid acá Dumas, Theofilo Gauthier, Leon Gozlan y demas escritores franceses, que os habeis dignado honrarnos mintiendo nuestros defectos y callando nuestras virtudes, cuando pudiérais habernos envilecido á los ojos de vuestros ilustrados compatriotas y de la Europa entera sin mas que referir lisa y llanamente el estado de abyeccion y abandono en que yacen nuestra literatura, nuestras ciencias y nuestras artes; venid, si os place, á contemplar nuestros teatros.

En un rincon de Madrid vereis escondido y como avergonzado un edificio, mal dijimos, una *gazapera* pomposamente llamada *coliseo* ó *teatro*, mezquino zaquizami, entoldado de telarañas, regado de aguas inmundas, perfumado de fetidez y blanqueado de ogre, donde, con raras escepciones, podreis aprender las costumbres españolas en una sociedad de bandidos, contrabandistas, gitanos, matones y mozuelas, cuyos héroes inmundos y asquerosos electrizan desde las tablas á ese mismo público á cuyos fallos está encomendada la suerte de los ingenios madrileños.



En otro rincon y embutido entre ruinas, hallareis un *juego de pelota*, donde reinan, como en los buenos tiempos de Victor Ducange, *Pedro*

el ñegro ó los bandidos de la Lorena, *Wassington ó los prisioneros ingleses*, *El Asesino en el bosque* y otros mil personajes que habreis visto nacer en el teatro de la *Porte-Saint-Martin*, y que han emigrado á esta coronada villa para hacer las delicias de horteras y zapateros de viejo, y el surtido de histriones y comediantes.

Mas allá, en uno de los apartados centros de la corte, topareis un *circo de caballos*, donde no ha mucho lucian sus canillas nuestras *sílfides coreográficas*, entre flores, coronas y frenéticos aplausos, y hoy se desgañitan y gesticulan como locos unos cantarines de narcóticas coplas, cosidas á manera de zarzuelas, monserga en que ensayan sus piramidales talentos ciertos señores con humos de poetas y compositores de música.



A este otro lado, en medio de un corral repartido en nidos de golondrina, podreis admirar, vosotros los franceses, la sal y el rumbo de las rondadoras nocturnas de la *Puerta del Sol*, desplegado en el templo de Melpómene y de Talia, bajo la salvaguardia de la autoridad y la proteccion de los pollos y los viejos verdes.

En fin, venid, folletinistas del Sena, venid á ver nuestros teatros, y os daremos materia para escribir *Cartas sobre España y Africa*, donde con razon podreis equiparar nuestras costumbres y las costumbres beduinas, sin necesidad de poner en accion las cómodas fábricas de cuentos que poseen vuestros embusteros de oficio.

Pero deciamos bien hace algunos instantes; no hablemos ya de estas cosas, porque sentimos que la indignacion nos rebosa en el alma, y que la sátira se convierte en nuestras manos en un látigo sangriento. No hablemos mas de teatros; que nuestros clamores no han de llegar, como quisieramos, á los oidos de los Aristarcos estranjeros, ni menos de los franceses, los cuales no hallan placer mas que en la injuria y en la mentira. Y hacen bien ciertamente: *¿est ce que la verité se vend en France*? como ha dicho muy bien uno de ellos. ¿Por ventura se vende la verdad en Francia? Nosotros estamos condenados á que se nos calumnie diariamente del otro lado de los Pirineos; no habrá en ese pais de sabios y de *farceurs* una pluma caritativa que se proponga, haciéndonos justicia, afrentarnos. Pero, ¿qué decimos? sino la hay tampoco en el nuestro, pretendemos que venga de lueñes tierras un *don Quijote* á desfacer tantos entuertos literarios? ¡Ah! no, no nacerá ya en Castilla otro Cervantes; por eso seguirán hasta que Dios quiera siendo la gloria de nuestras artes los hijos de Churriguera; de nuestras ciencias, los nietos de Gerardo Lobo, y los descendientes de Comella, de nuestra literatura y nuestros teatros.

FIN.

TABLA DE LAS MATERIAS.

CAPITULO III.

Los banqueros en camisa.

CAPITULO IV.

El Congreso y el Senado.

CAPITULO V.

Los Diputados y los Senadores.

CAPITULO VI.

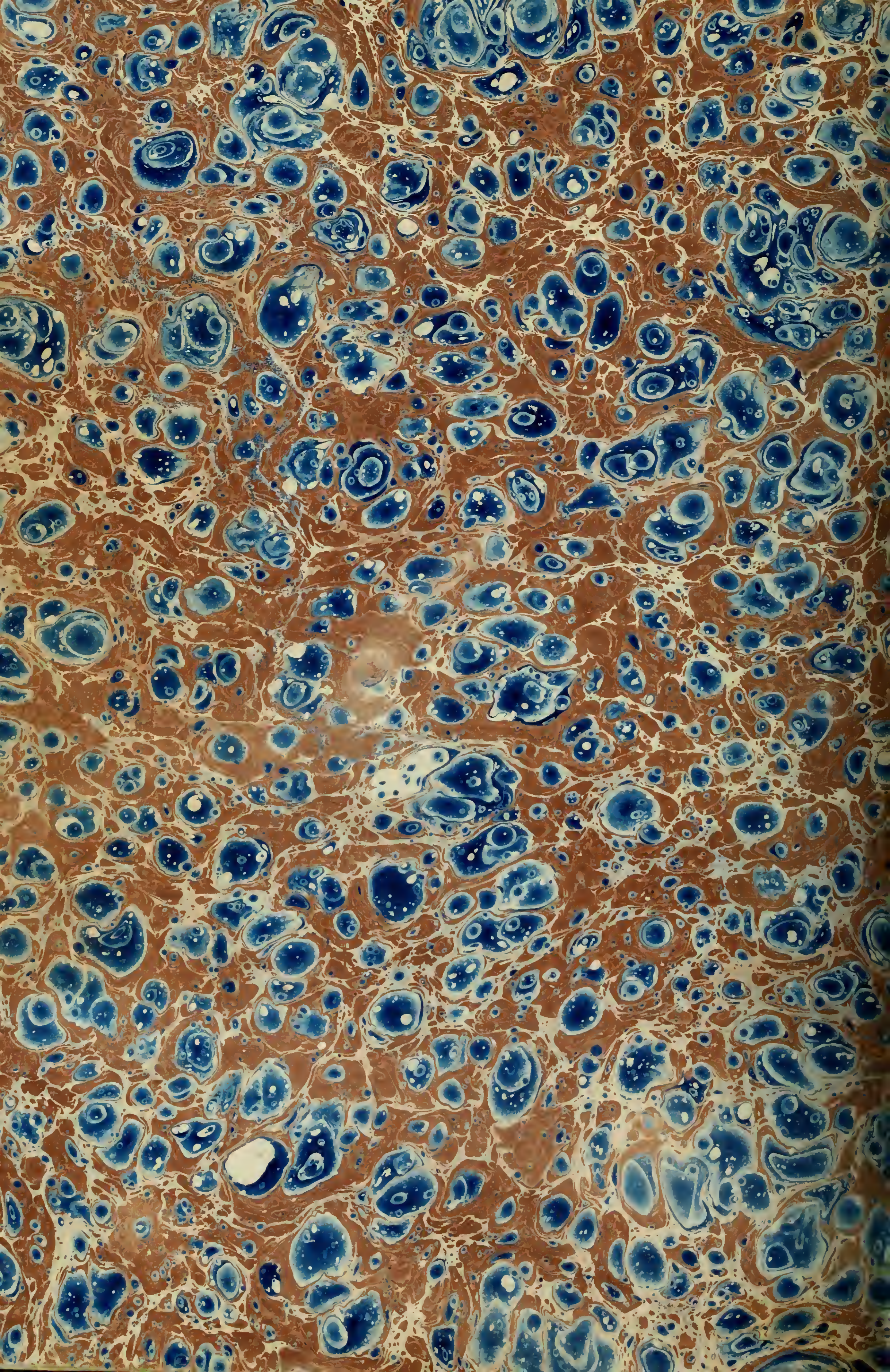
Los Ministerios y los Ministros.

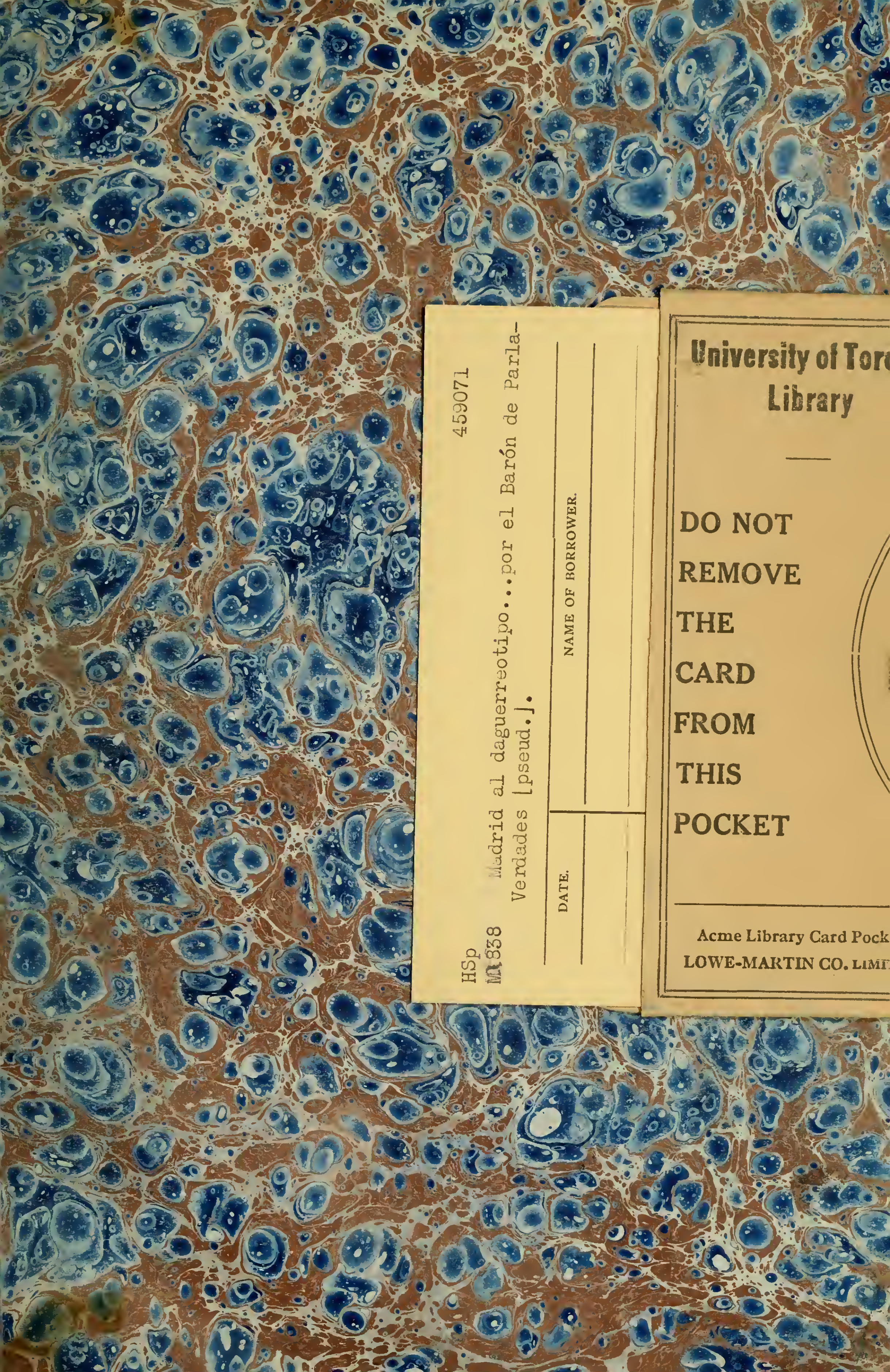
CAPITULO VII.

La Córte y la Nobleza.

CAPITULO VIII.

Las ciencias, las letras y las artes.




HSp
M838
Madrid al daguerreotipo...por el Barón de Parla-
Verdades [pseud.].
459071
DATE.
NAME OF BORROWER.
University of Toro
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pock
LOWE-MARTIN CO. LIMI

